



LA CRÍTICA LITERARIA

**LAS MIL MEJORES POESÍAS
DE LA
LENGUA CASTELLANA**

**Presentación del Arte Poética, ordenación,
índice alfabético de autores y edición del
célebre crítico literario Juan Bautista Bergua.**



**Colección clásica de ocho siglos de
poesía española e hispano-americana.**

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA

OCHO SIGLOS DE POESÍA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

Presentación del Arte Poética Castellana
y edición del célebre crítico literario
Juan Bautista Bergua

Selección por los intelectuales y poetas del 27

Ordenación por José Bergua

Prólogo por Helios Bergua,
Editor de Ediciones Ibéricas 1991-2010

Introducción por el poeta Luis García Montero

Edición Platino
EDICIONES IBÉRICAS
Colección La Crítica Literaria
www.LaCriticaLiteraria.com

Copyright del texto: ©2014 Ediciones Ibéricas

Ediciones Ibéricas - Clásicos Bergua - Librería Editorial Bergua (España)

Copyright de esta edición: ©2014 LaCriticaLiteraria.com

Colección La Crítica Literaria

www.LaCriticaLiteraria.com

ISBN: 978-84-7083-967-2

Imagen de la portada: "El Parnaso" por Rafael Sanzio (1483-1520).

El Triunfo de la poesía. Apolo con poetas y musas.

Ediciones Ibéricas - LaCriticaLiteraria.com

C/ La Punta Del Cuerno 191, Cuchía, Cantabria 39318

www.EdicionesIbericas.es

www.LaCriticaLiteraria.com

Impreso por LSI (Internacional)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en su totalidad ni en parte, ni ser registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) para más información.

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form, by any means (digital, electronic, recording, photocopying or otherwise) without the prior permission of the publisher.

ÍNDICE

[INTRODUCCIÓN POR EL POETA LUIS GARCÍA MONTERO](#)

[PRÓLOGO A LA EDICIÓN PLATINO POR HELIOS BERGUA](#)

[PRESENTACIÓN DEL ARTE POÉTICA CASTELLANA](#)

[POR JUAN BAUTISTA BERGUA](#)

[EL DESPERTAR DE LA POESÍA CASTELLANA](#)

[LA MÉTRICA CASTELLANA](#)

[**LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA**](#)

[ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES](#)

[EL CRÍTICO y EDITOR - Juan Bautista Bergua](#)

[LA CRÍTICA LITERARIA - \[www.LaCriticaLiteraria.com\]\(http://www.LaCriticaLiteraria.com\)](#)

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA

- "El Libro Del Mes...ya es un clásico de todas las bibliotecas"

Historia de Iberia Vieja, 2008

- "Esta selección implica un valor ponderativo palmario si recordamos la expresión «de antología », que usamos para referirnos a algo destacado, bueno, extraordinario; textos, en definitiva, que merecen ser leídos y recordados, que merecen quedar. Este valor sobresaliente es el criterio expuesto en títulos como *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana*."

INSULA: La Revista de Letras y Ciencias Humanas

- *Las Mil Mejores Poesías* para los encarcelados:

"Quiero hacer aquí un inciso para recordar el poema que Raúl Rivero envió a Jorge Moragas después de la visita fallida de éste a esa gran cárcel del Caribe. El diputado español le llevó nada menos que *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana* y el libro ha sido para Rivero una llave con la que salir de la mazmorra en la que se le ha encadenado para torturar su razón. «Nena, no salgo del libro. No salgo porque estoy de viaje. Una incursión silenciosa y noble...El querido amigo que me lo regaló me envió un boleto hacia la felicidad y una oportunidad»."

carcel dela razen

El Diario de León

- *La Nación: ¿Quién lo inició en la lectura?*

Dramaturgo, novelista, poeta y ensayista Antonio Gala: Fue el libro como objeto el que me invitó a entrar. Tenía cinco años cuando compré con mis ahorros *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana*. El libro siempre me ha consolado de todas las decepciones y me ha salvado de muy sombríos pozos.

- "*Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana* cumplieron conmigo el papel que suelen representar en otras infancias las novelas de aventuras. Cuando me fui de casa de mis padres, robé el ejemplar. Era una forma de ponerle casa a mi tiempo."

Extracto de "¿Qué libro se llevaría usted a una isla desierta?", un capítulo dedicado a Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana en la nueva obra de Luis García Montero, Una forma de resistencia (Alfaguara, Madrid, 2014)

Emir de la

Amel de la

Emir de la

INTRODUCCIÓN

Mis primeras excursiones literarias se deben a *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana*, ocho siglos de poesía española e hispanoamericana antologados por J. Bergua. Todavía conservo el ejemplar en tela roja, muy achacoso y descompuesto por la guerra familiar.

Era costumbre de mi padre leernos en alto algunos poemas, y costumbre de mis hermanos escabullirse en el menor descuido, muy disimuladamente, poniendo distancia entre sus ganas de jugar y larguísimos poemas de Espronceda, Zorrilla o Campoamor que mi padre, desde su sillón con humo de tabaco después de la cena o en la cama dominical blanca y sin humo, intentaba leernos con una voz de ronquera algo teatral, sentida y profunda. A mí me daba vergüenza dejarlo solo: creo que ese es de verdad el motivo de mi afición a la poesía.

Las Mil Mejores Poesías desencadenaron en mí un modo de pensar y de imaginar, una manera de entender las relaciones entre la realidad y mi deseo.

Yo les aconsejo el mundo de los libros, por ejemplo, el mundo de los libros de poesía, porque son una buena provincia de libertad y un buen fuego para pasar el invierno.

Luis García Montero

Extracto de *Artes Poéticas*, 1992, "¿Por qué no sirve para nada la poesía?" por Luis García Montero, Catedrático de Literatura Española, ganador del Premio Nacional de Literatura y merecedor del Premio Nacional de la Crítica.

Esta edición Platino de *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana* contiene obras del propio Luis García Montero.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN PLATINO

Cuando se gestaba la primera edición de *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana* no existía más referencia que la selección del gran maestro¹ y el buen juicio poético de "los compiladores". La entonces Librería-Editorial Bergua, luego Ediciones Ibéricas, estaba en la calle Preciados, esquina a Mariana Pineda, ahora Maestro Vitoria, en lo que hoy es parte de unos grandes almacenes. Solían reunirse allí, a la caída de la tarde, escritores, poetas, intelectuales y amigos de Madrid o de paso por la capital. No era esto especial de la Librería-Editorial Bergua, sino costumbre muy extendida en todas las librerías, al menos las del centro, entonces la Puerta del Sol. Contribuía a ello sin duda en este caso, además de la simpatía personal de los anfitriones Juan Bautista y José Bergua, la gran estufa que en el centro de la librería hacía el ambiente agradable; la calefacción central era aún privilegio de los menos, y no existía la televisión; la tertulia y un ambiente agradable hacían de sustituto, probablemente menos alienante.

Comentó una tarde Juan Bautista Bergua que estaba trabajando en una antología de la mejor poesía castellana que, parafraseando la reducida selección de Menéndez y Pelayo¹, se llamaría *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana*. La idea fue acogida con entusiasmo unánime por todos los visitantes habituales, escritores, poetas del 27 y los que por edad ya no podrían calificarse como tales. Todos se convirtieron en auténticos patrocinadores de la idea al ofrecer de forma graciosa su obra publicada e incluso aún sin publicar. Algunos, como Juan Ramón Jiménez, con tal entusiasmo que hasta se iba a la imprenta a revisar las galeras. Antonio Machado, entonces en Segovia y que sólo venía a Madrid esporádicamente, no sólo ofreció toda su obra publicada, sino que envió un cuaderno cuadriculado, de los que se utilizaban en las escuelas, con poesías inéditas; perdido luego en la confusión de la posguerra, Juan Bautista Bergua nunca dejó de lamentarlo. La elección de las poesías a incluir se convirtió en el tema central de las tertulias y el intercambio de opiniones, si no violento, era sin duda vehemente. Que nadie se atreviera, por ejemplo, a decir delante de Don Ramón María del Valle Inclán, que de Góngora se podía considerar otra cosa que no fueran los romances, el resto de su obra era simplemente producto de la envidia; Azorín, con voz pausada, siempre ecuánime, intervenía "pero Ramón, que Las Soledades son también grandes poemas". Don Ramón, el de las barbas de chivo, le fulminaba con la mirada, requería su mano al pecho, miraba al soslayo y se iba sin que hubiese nada. Por supuesto, al día siguiente volvía y continuaba la discusión sobre cuáles de los más de ocho mil sonetos de Lope de Vega había que seleccionar. Era la época de La Barraca, de los camiones librería que en verano recorrían los pueblos de España tratando de llevar la cultura a un pueblo que, con frecuencia, no sabía leer y, en fin, del descubrimiento de las tradiciones y arte populares. No es extraño que la publicación de una recopilación mayor de la poesía castellana levantara tanto entusiasmo. La frase de Pemán a Juan Bautista Bergua resume, quizá, la situación de forma perfecta: "Juan, a ver si consigues que la poesía sea como el vino de mi tierra, del que se ofrece una copa gratis y compran la botella".

Se encargó la realización material a José Bergua, a la sazón muy joven y luego muerto prematuramente en el 59, que firmó como autor por concesión graciosa de su hermano para darle ánimos, pero, aparte de su entrega y dedicación, en pura justicia, sería difícil decidir quienes fueron los **compiladores reales, si** todos aquellos poetas, escritores e intelectuales de la época, que con tanto entusiasmo aportaron sus ideas y patrocinaron graciosamente la primera edición, o Juan Bautista Bergua, que hacía de árbitro en las encendidas y entusiastas tertulias sobre lo que al final se debía incluir o no, aunque sólo fuera por aquello de que alguien tiene que decidir cuando son varios los que opinan. En cualquier caso, vaya a todos hoy el agradecimiento profundo de los editores.

A lo largo de estos años, **y ésta es ya la trigésimo segunda edición**, ha habido pocas variaciones, aparte de la **inclusión natural de nuevos poetas**, aunque a veces se ha cambiado el orden de aparición de las poesías entre la nota preliminar y el texto de la selección. Solamente durante la época triste, que hoy la mayoría de los españoles no ha conocido, hubo que suprimir, por ejemplo, la *Casada infiel* de García Lorca, poema que incitaba a la lujuria, se ignoraba a Neruda, autor del texto de las viñetas de Picasso², a Miguel Hernández.... y otros infantilismos por el estilo. Se insinuaba lo que en la nueva España *que amanecía* se debía añadir, pero la verdad es que el consejo desinteresado que el brazo secular trasmitía, nunca pasó de retrasar el *nihil obstat* de las sucesivas ediciones, excepto por las supresiones citadas. A partir de los cincuenta, en general, se acaban las sugerencias, aunque hasta la vigésimo segunda edición, a final de los sesenta, por ejemplo, no se pudo recuperar a Neruda.

Hoy, para esta Edición Platino, hemos recurrido para revisar la selección al sistema de recoger en una base de datos a todos los poetas y escritores, y las obras que de ellos **se citan, en todos los textos de** Lengua y Literatura Castellana que hemos podido **encontrar desde 1929 a la fecha, 72** para ser más precisos. Pues bien, el resultado es increíble: **hasta los poetas contemporáneos, muchos aún en vida, la coincidencia entre los libros de texto y la selección de *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana*, es superior al 91 por ciento. Déjanos la vanidad, querido lector, aunque sea injusta, de creer que *Las Mil Mejores Poesías* son, y han sido hasta hoy, el paradigma de la mejor poesía castellana.** Respecto a los poetas actuales, no es que falle la comparación, sino que la estadística ya no es aplicable. Los libros de texto sólo citan, en general, poesías y poetas muy consagrados y no hay con que comparar. Además es comprensible. A partir del siglo pasado, con la popularización de la prensa se multiplicó de forma inusitada la publicación de poesías. Primero en las revistas periódicas y luego, en el último cuarto de siglo, al aparecer los diarios, incluso en éstos se solía incluir de forma habitual junto a poemas de autores ya famosos, los de las glorias locales. A esta costumbre hoy casi desaparecida, le ha sucedido la proliferación de premios y certámenes poético-literarios, lo que, unido al desarrollo de las artes gráficas, pone al alcance de cualquier autor hacer ediciones limitadas que siempre son un obsequio amable. Se hace ingente la sola labor de seguir lo publicado en castellano, por no hablar de su selección crítica. Además, generalmente **es difícil que un poeta sea incluido en los libros de texto antes de alcanzar una edad avanzada y, lo más corriente, sólo cuando ya no en vida.** Antonio Machado o García Lorca fueron aceptados

artistas aceptados en su muerte

desde sus primeras obras, pero esto no es frecuente. A partir de la segunda mitad del siglo XX ¿qué ha ocurrido?

En primer lugar, por poetas de la segunda mitad del siglo XX se entiende aquellos que comienzan a difundir su obra en ese período. Nadie incluiría a Rafael Alberti o a Vicente Aleixandre, por ejemplo, entre estos poetas, aunque continuaran creando poesía durante este período. Por otra parte, es un hecho, al margen de cualquier juicio sobre su valía, que ningún poeta, ni poesía, de esta época ha alcanzado la popularidad que tuvieron muchos de los que les precedieron durante los cien años anteriores. Creemos que hay una explicación. En primer lugar, del 37 al 50 desaparece en España toda actividad intelectual y todo el esfuerzo se concentra en eliminar la ideología de los vencidos. Recuérdese, por ejemplo, a Miguel Hernández, a quien con goebbelsiana sabiduría se decidió que, como Mahler durante el nazismo, simplemente no había existido y es que, verdaderamente, qué se podía hacer con un poeta que había escrito: *"La Luna lo veía y se tapaba / por no fijar su mirada / en el libro, en la cruz / y en la Star ya descargada. / ¡Más negro, más, que la noche!, / menos negro que su alma, / el cura verdugo de Ocaña"*³. Durante la década 50-60 hay un atisbo de renacimiento. Son los últimos tiempos del existencialismo en Europa y en España, como en Francia, se pone de moda reunirse en cafés-cueva (los de la época, quizá, aún recuerden Sésamo, en la calle del Príncipe), para oír música, poesía o cualquier cosa que sonara a libertad en este caso. En el TEU se representaban las obras de Alfonso Sastre y se intentaba dar a conocer a Bertolt Brecht de forma efímera. Apareció entonces la televisión -en Madrid con programación regular desde el 60 y, como el hombre es un animal óptico, la lectura cedió ante la imagen. La obra literaria, en general, necesita un autor y un ambiente. Los Ateneos, las sociedades de amigos de cualquier actividad cultural, incluso los casinos de ciudades y pueblos cambiaron sus actividades por la televisión, compatible con los juegos de mesa y que evitaba *la funesta manía de pensar* a los ahora se agrupadosban alrededor de la pantalla para ver el partido. Cualquier acto, cultural o no, fue desapareciendo paulatinamente. No son los poetas los culpables. La sociedad es un fenómeno dinámico y aunque la producción poética de los últimos 50 años haya sido mayor que nunca, quizá haya faltado quien la recoja. Se une a esto otro factor. Ya Quevedo se quejaba de los malos poetas que inundaban la Corte. Los ha habido siempre, pero mientras que entonces tenían que repartir sus engendros en copias hechas a mano, ahora es fácil hacer una pequeña edición, que incluso aceptan las librerías, siempre que sea en consignación, por supuesto. Además, en el último cuarto de siglo, las Auto-nomías son capaces de publicar cualquier cosa para mostrar su esfuerzo cultural. El resultado es una proliferación de basura que hace que el lector casual, que inocente hojea un libro pretendidamente de poesía, reaccione extendiendo su impresión a toda la poesía actual. Nada más injusto. En esta época hay grandes poetas pero, por supuesto, sólo unos cuantos de los cientos que aparecen, quizás porque la proliferación del verso libre se presta a creerse poeta. Desde la *Oda sáfica* de Esteban Manuel de Villegas, el verso libre no tenía presencia apenas en la poesía castellana hasta mediados del siglo XX.

Edición actual.- Desde el punto de vista tipográfico, en los poemas antiguos de la nota preliminar, se ha mantenido la letra gótica que subsistió hasta entrado el siglo XVI en que fue reemplazada definitivamente por tipos modernos. En el texto principal, sin

embargo, se han utilizado sólo tipos actuales para facilitar la lectura y se han eliminado las letras que imitan las góticas desaparecidas, como usar una "f" por la "s" sorda o intermedia gótica. Excepto por estas letras desaparecidas, se ha mantenido la ortografía original. Por ejemplo, en la Edad Media no había un consenso general sobre cuando usar la "u" o la "v" escritas y, aunque no se pronunciaba, por ejemplo, "*auia*", sino "*abía*" o "*avía*", se ha mantenido el "*auia*" original de los códices. Esta indeterminación se mantiene hasta el siglo XVI, véanse, por ejemplo los *Ovillejos* de Cervantes en el texto de esta antología. Lo mismo ocurre con los signos iniciales de interrogación y exclamación, que no se imponen definitivamente hasta el XVII. Con anterioridad, como en la mayoría de los idiomas europeos, sólo se utilizaba el final siendo el inicial optativo del autor. La acentuación gráfica, tampoco estaba sistematizada y cada copista seguía las reglas que le parecían más oportunas, variando, en consecuencia, de unas copias a otras. En todo caso se ha respetado la acentuación original de la época en todas las poesías, aunque no coincida con la de hoy.

También se han recibido a lo largo de estos tres cuartos de siglo miles de cartas, que agradecemos, pero imposibles de contestar individualmente. Una de las preguntas más frecuentes concierne, en la poesía antigua, a la cronología citada y tipo de castellano utilizado. Aunque la datación de códices y fechas no es nuestra sino de los eruditos que los han estudiado, la aparente discrepancia de que se use un castellano más próximo al actual en poemas cronológicamente anteriores a otros de castellano aparentemente más antiguo, es debida fundamentalmente a la distinta difusión de esta lengua en las diferentes regiones de la península. España no existía aún como nación, estando el castellano más evolucionado en unas zonas que en otras y de ahí la aparente anomalía.

Otra pregunta frecuente es por qué no se cita ninguna "jarcha". Las jarchas, siglos XI al XIII, suelen estar escritas con métrica de romance en la lengua del autor, la mayoría en árabe, y esta antología es de la poesía en lengua castellana, no de la escrita a lo largo de los siglos en lo que hoy es España.

También pregunta frecuente ha sido por qué el célebre soneto "*No me mueve, mi Dios, para quererte*", aparece sólo como atribuido a Santa Teresa. La razón es que de la obra de Teresa de Cepeda y Ahumada se conserva la versión ológrafa. De este soneto, sin embargo, no se conserva el manuscrito. Se ha atribuido a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa, habiéndose seguido la opinión más extendida, atribuirlo a la Santa de Ávila.

Juan Bautista Bergua murió en 1991, tres meses antes de llegar a los cien años. Aunque nunca perdió la cabeza, ni el buen humor, su vista fue disminuyendo al final de sus años. Durante éstos, un querido y gran amigo, conciudadano de Baroja curiosamente, se encargaba de revisar notas y ediciones de *Las Mil Mejores Poesías*, poetas de la segunda mitad del siglo XX y de la Noticia Preliminar. Lo que le parecía mas anecdótico de las notas de Juan Bautista Bergua lo incluía y a veces lo completaba con su imaginación. Unía este gran amigo, ya fallecido también, a su bondad y desinterés una cierta tendencia a definir lo bueno y lo malo en arte. En esta Edición Platino hemos vuelto a revisar la selección y notas originales y de Juan Bautista Bergua, cientos de folios, que, quizá sean menos anecdóticas y divertidas que las de otras ediciones anteriores, pero sí más fieles al origi-

nal. Además para la revisión y selección de la poesía de la segunda mitad del XX hemos contado con la colaboración desinteresada de uno de los poetas actuales, cuya obra estaba incluida en esta selección antes de que se ofreciera a revisarla, y que ha pedido que no se cite su nombre. Su colaboración excluye cualquier afán de notoriedad.

En *Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana*, como en toda antología poética, lo que se intenta en realidad, es reflejar los mejores ambientes poéticos de cada época. Huelga decir, por ejemplo, que de los siglos XII al XIV, lo que se ofrece son fragmentos de lo mejor que está recogido en los códices que se conservan de la época. Por otra parte si la inspiración poética fuese susceptible de medición cuantitativa, tal vez sólo habría mil poesías de una docena de poetas de los últimos diez siglos. Espronceda, Zorrilla, Bécquer y Campoamor, por ejemplo, aunque de distintas generaciones, fueron coetáneos; todos tuvieron su ambiente, sus seguidores, su círculo de popularidad y sus detractores. Decía García Lorca, por ejemplo, que un poeta que había escrito: *"Pero, ¡ay!, al cazador desventurado/ que al gavilán hirió/ por cazar sin licencia y en vedado/ un guarda le mató"* y había logrado, sin embargo, ser con mucho el más leído, popular diríamos hoy, del último cuarto del siglo XIX y primeros años del XX, era algo tan absolutamente genial que no debía faltar en ninguna antología poética, se clasificara o no su poesía dentro del género jocoso. Juan Bautista Bergua le daba la razón y así se incluyó *"El gran festín"* entre las obras seleccionadas, poesía que, por otra parte, no desmerece del resto de la obra de Campoamor.

De una antología se espera que recoja la obra de todos, incluso la de aquellos que, aunque su obra completa pudo no ser continuadamente genial, sí tuvieron momentos de inspiración afortunada. Cuáles, o quiénes, son los mejores de la selección que te ofrecemos, eso, querido lector, tendrás que decidirlo tú, pero desde el siglo XII hasta hoy, salvo obras recientes aún no incluidas, si fueron poéticamente buenas, están recogidos en esta nueva edición que te ofrecemos. Vaya con ella nuestro agradecimiento por la atención que nos dispensas.

HELIOS BERGUA

Editor Ediciones Ibéricas 1991-2010
y hijo de Juan Bautista Bergua

¹ *Las Cien Mejores Poesías* de Menéndez y Pelayo.

² "*Los crímenes de Franco*", viñetas ilustradas por Picasso sobre texto de Neruda.

³ El cura de Ocaña llevado de una santa ira no podía evitar tomar parte en los apaleamientos que el brazo secular infligía a los impíos recalcitrantes para salvar sus almas del error. A los poseídos, que no dejaban más alternativa que el fusilamiento, la hoguera ya no se usaba, el cura de Ocaña se reservaba el derecho a darles el tiro de gracia.

DEL ARTE POÉTICA CASTELLANA

«Todas las cosas de este mundo y de los otros mundos -decía el maestro Navarro Ledesma- pueden ser objeto de la Literatura: objeto literario es todo cuanto ha sido creado y todo cuanto han hecho, pensado e imaginado los hombres, y cuanto en adelante puedan hacer, pensar o imaginar». Ahora bien, cualquier obra literaria que se someta a nuestra consideración podrá ser catalogada, según la característica predominante en ella, en uno de los tres grupos siguientes: o como obra literaria *didáctica*, o como obra literaria *oratoria*, o como obra literaria *poética*. Los géneros literarios son, pues, esencialmente, tres: DIDÁCTICA, ORATORIA y POESÍA.

La **Didáctica** tiene por objeto «enseñar» y su característica es la verdad.

La **Oratoria** tiene por objeto «persuadir» y su característica es la elocuencia.

La **Poesía** tiene por objeto «deleitar» y su característica es la *belleza*.

Esto no quiere decir que pueda establecerse entre estos tres géneros literarios una separación esencial, puesto que muchas obras literarias participan de dos de ellos y aun de los tres. Así, por ejemplo, las «Coplas» de Jorge Manrique son de carácter francamente didáctico (poesía didáctica); muchos sermones de fray Luis de Granada son de inspirada y elevada elocuencia (oratoria poética); obras como las de Melo, Solís y Gracián instruyen deleitando (didáctica poética); muchas obras de Quevedo y Saavedra Fajardo enseñan convenciendo (didáctica oratoria), y en fin, otras, a cuya cabeza está el «Quijote», entran por derecho propio en los tres géneros, puesto que en muchos trozos de incomparable elocuencia poética instruyen al tiempo que causan el mayor deleite.

Siendo este libro la antología poética castellana por antonomasia, empezaremos directamente por la *Poesía*, comenzando por analizar el Arte Poética castellana que, en realidad, podría llamarse española, que ambas lenguas sólo se diferencian en el acento de quien las habla y esto es un texto escrito, aunque minoritariamente se hablen otras lenguas en España. Difícilmente diría nadie de los sudamericanos, por ejemplo, que hablan el castellano en vez del español.

Poesía.--Poesía es aquel género literario cuyo objeto inmediato y perenne es la «belleza». Poesía es «crear»; es belleza en sí, y «poeta», el hombre que realiza la poesía. Es decir, el hombre que «crea», por antonomasia.

La «poesía» es, de entre lo más hermoso del mundo, quizá, la manifestación y forma más alta y noble de la estética y la espiritualidad. Ella, deleitándonos, llena los fines más preciados y útiles: nos enseña, nos conmueve, nos hace pensar y sentir, nos dignifica y nos vuelve mejores. Todo esto, claro, si su bondad y hermosura la hace digna del nombre de poesía. Pues sabido es que no todo lo que se pretende hacer pasar por poesía lo es y, desgraciadamente, las medianías en arte son insoportables. Ahora bien, todo cuanto existe,

DEL ARTE POÉTICA CASTELLANA

«Todas las cosas de este mundo y de los otros mundos -decía el maestro Navarro Ledesma- pueden ser objeto de la Literatura: objeto literario es todo cuanto ha sido creado y todo cuanto han hecho, pensado e imaginado los hombres, y cuanto en adelante puedan hacer, pensar o imaginar». Ahora bien, cualquier obra literaria que se someta a nuestra consideración podrá ser catalogada, según los tres grupos siguientes: o como *oratoria*, o como obra literaria *poética*. Los tres géneros literarios son: DIDÁCTICA, ORATORIA y POESÍA.

24 otras personas subrayaron esta parte del libro

[AÑADIR A MI BLOC DE NOTAS](#)

La **Didáctica** tiene por objeto «enseñar» y su característica es la verdad.

La **Oratoria** tiene por objeto «persuadir» y su característica es la elocuencia.

La **Poesía** tiene por objeto «deleitar» y su característica es la *belleza*.

Esto no quiere decir que pueda establecerse entre estos tres géneros literarios una separación esencial, puesto que muchas obras literarias participan de dos de ellos y aun de los tres. Así, por ejemplo, las «Coplas» de Jorge Manrique son de carácter francamente didáctico (poesía didáctica); muchos sermones de fray Luis de Granada son de inspirada y elevada elocuencia (oratoria poética); obras como las de Melo, Solís y Gracián instruyen deleitando (didáctica poética); muchas obras de Quevedo y Saavedra Fajardo enseñan convenciendo (didáctica oratoria), y en fin, otras, a cuya cabeza está el «Quijote», entran por derecho propio en los tres géneros, puesto que en muchos trozos de incomparable elocuencia poética instruyen al tiempo que causan el mayor deleite.

Siendo este libro la antología poética castellana por antonomasia, empezaremos directamente por la *Poesía*, comenzando por analizar el Arte Poética castellana que, en realidad, podría llamarse española, que ambas lenguas sólo se diferencian en el acento de quien las habla y esto es un texto escrito, aunque minoritariamente se hablen otras lenguas en España. Difícilmente diría nadie de los sudamericanos, por ejemplo, que hablan el castellano en vez del español.

Poesía.--Poesía es aquel género literario cuyo objeto inmediato y perenne es la «belleza». Poesía es «crear»; es belleza en sí, y «poeta», el hombre que realiza la poesía. Es decir, el hombre que «crea», por antonomasia.

La «poesía» es, de entre lo más hermoso del mundo, quizá, la manifestación y forma más alta y noble de la estética y la espiritualidad. Ella, deleitándonos, llena los fines más preciados y útiles: nos enseña, nos conmueve, nos hace pensar y sentir, nos dignifica y nos vuelve mejores. Todo esto, claro, si su bondad y hermosura la hace digna del nombre de poesía. Pues sabido es que no todo lo que se pretende hacer pasar por poesía lo es y, desgraciadamente, las medianías en arte son insoportables. Ahora bien, todo cuanto existe,

ha existido o se puede imaginar, puede ser concebido y expresado poéticamente; si, naturalmente, se es capaz de ello.

Quizá nadie ha hecho tanto por la humanidad como los poetas, y las épocas de los grandes poetas han sido siempre las épocas grandes de la historia. Porque ha habido épocas en la historia de los pueblos en las que una especie de venturosa y admirable casualidad acumuló una serie de altísimos vates, como en nuestro Siglo de Oro. Del mismo modo, las más puras y verdaderas glorias de los pueblos son aquellas que los poetas estamparon para siempre con su genio. Las militares suelen ir teñidas de dolor y de sangre, por lo que siempre serán discutibles. Las en otras artes (ingeniería, arquitectura, etc.) pueden ser repetidas. En filosofía y otras ramas del saber, si muy dignas de admiración sus glorias, siempre estarán en inferioridad respecto a las glorias poéticas a causa de su menor universalidad, es decir, de alcanzar a mucho menor número de personas, por ser su público más restringido. Por algo los hombres elevaron en todos los tiempos sus mejores estatuas, materiales o espirituales, a los poetas, reconociendo, al hacerlo así, que jamás la criatura humana está tan cerca de la Belleza absoluta de que habla Platón (grande entre los filósofos a causa de haber sido poeta al mismo tiempo) como cuando «crea» a favor de esa creación sublime que es la «poesía» digna de tal nombre. Y por ello también las creaciones de los verdaderos poetas son más sólidas e inmutables que las obras de los más grandes entre los grandes hombres. Y aun, que los hombres mismos. *Don Quijote*, *Sancho*, *Hamlet* y *Fausto* están más vivos, más cerca de nosotros, son en verdad más reales para los hombres que Alejandro, César, Napoleón e incluso que Cervantes, Shakespeare, Goethe o que cualquiera de cuantos con su vida y sus hechos hayan marcado una huella profunda en la marcha de la Humanidad.

Tan soberana e incomparable cosa es la poesía, de tal modo es apta para expresar la belleza, que, bien que pueda manifestarse también en prosa, pues hay trozos de ésta admirablemente poéticos, para ella y con objeto de que pudiese alcanzar el mayor esplendor y adornarse con las más ricas galas, nació un lenguaje especial: el VERSO. Verso es la palabra o conjunto de palabras sujetas a determinada medida y a una cadencia en cierto modo musical. Hay un arte y una ciencia al mismo tiempo que se ocupa de cuanto a la versificación se refiere, que es la «Métrica».

Los elementos esenciales de la versificación castellana son: el *acento* (diferencia de intensidad entre los sonidos fuertes y los débiles), el *número de sílabas*, la *cesura* (suspensión de la voz por descanso natural que divide el verso en dos partes, llamadas «hemistiquios»), el *ritmo* (orden y armonía en los movimientos y curso de toda cosa, aquí de los versos) y la *rima* (consonancia o asonancia en la terminación de los versos).

Se dice que la rima es CONSONANTE cuando la igualdad de las letras es total desde la última vocal acentuada. Ejemplo:

Guarneciendo de una ría (r-**IA**)
la entrada incierta y angosta (ang-**OSTA**)
sobre un peñón de la costa (c-**OSTA**)

que bate al mar noche y día (d-**IA**)
se alza gigante y sombría (somb-r**IA**)...

Se dice que la rima es ASONANTE cuando sólo ciertas vocales son las mismas a partir de la última acentuada. Ejemplo:

¡Qué hermoso es ver el día
coronado de fuego levantarse (**Ars-E**)
y a su beso de lumbre
brillar las olas y encenderse el aire! (**Air-E**).

Aunque menos perfecta que la «consonante», la rima «asonante» es la gloria de nuestra poesía, puesto que en ella están escritos los *romances*.

La «rima», si bien no es cualidad indispensable para el verso, es lo que más le caracteriza y hermosea. Pero es arma de dos filos, pues así como en los grandes prosistas se suelen encontrar a veces trozos en prosa admirablemente poéticos, como el «Discurso de las armas y las letras» (capítulo 38 de El Quijote), en cambio, en los malos poetas y en los mediocres cuanto suele haber es rima. Es decir, simple habilidad para acabar de un modo asonantado o aconsonantado sus pobres engendros.

Respecto a la «acentuación», sólo puede darse como regla general (bien que haya versos acabados en consonancia aguda) que todos los versos suelen ir acentuados en la «penúltima» sílaba. La falta de la debida acentuación puede anular el verso.

En lo que al número de sílabas afecta, preciso es hacer notar que no siempre las sílabas métricas de los versos coinciden con las gramaticales a causa de las licencias poéticas. Estas licencias son tres principalmente: *sinalefa*, *diéresis* y *sinéresis*.

La «sinalefa» se produce al unirse la sílaba acabada en vocal con la primera de la palabra siguiente si a su vez empieza también en vocal. El resultado es disminuir, fonéticamente, el número de sílabas de los versos afectados por ella. Ejemplo:

Ya dulce amigo, huyo y me retiro (13 sílabas gramaticales), que se leen y cuentan métricamente:

Ya-dul-cea-mi-go-hu-yoy-me-re-ti-ro (sólo 11 sílabas métricas).

La «diéresis» se comete cuando se cuenta un diptongo rompiéndole, como dos sílabas. Ejemplo:

Del mundanal ruido (que hay que leer: ru-i-do)

«Sinéresis», licencia contraria a la anterior, consistente en formar diptongos; es decir, pronunciar en una sola emisión de voz vocales que de otro modo irían separadas. Viene a ser como una especie de sinalefa en medio de palabra. Ejemplo:

Alza el león la cabeza poderosa.

Hay trece sílabas gramaticales pero sólo once métricas, que se leen así:

Al-zael-león-la-ca-be-za-po-de-ro-sa

Además de estas licencias que podríamos llamar normales, el poeta puede permitirse otras tales que prescindir de los artículos, cambiarlos, quitar sílabas a las palabras, aumentar o suprimir letras, omitir las preposiciones y mudar los acentos o los géneros gramaticales. Estas licencias se pueden usar, pero sin abusar de ellas, aunque lo mejor es no emplearlas.

Teniendo en cuenta el número de sílabas, existen en la métrica castellana versos de 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 18 y 20 sílabas. En versos de mayor extensión es difícil notar el ritmo y la armonía. De todas estas clases de versos, los más usados son los graciosos y ligeros hexasílabos, los heptasílabos, los dodecasílabos y los bellos y majestuosos alejandrinos (de catorce sílabas). Pero, sobre todo, los octosílabos, de recio abolengo castellano y popular raigambre, y los endecasílabos, italianos de origen, pero traídos por Boscán y muy bien aclimatados en España, y sin disputa los más bellos y artísticos de todos.

EL DESPERTAR DE LA POESÍA CASTELLANA

La métrica y la rima nacen, como la lengua misma, pobres y frías. Quizá la primitiva forma métrica fue el romance con el que por su sencillez y facilidad (asonancia y sólo en los versos pares) darían casi naturalmente los primeros poetas, los juglares, y del que se apartarían buscando metros más importantes, a su juicio, los rimadores del *mester de clerecía* (género poético usado por los hombres de letras de los siglos XII al XIV, opuesto al *mester de juglaría* propio de la poesía popular), y al que se volvió después cuando de nuevo imperaron las formas populares. Pero no han quedado documentos escritos que lo confirmen.

Los versos de las primeras canciones de «gesta» son desiguales y asonantados, dominando los de 14 y 16 sílabas. *El Cantar de mío Cid*, compuesto a mitad del siglo XII tampoco tiene regularidad en la métrica ni en la rima, puesto que unos versos asonantan y otros con-sonantan. Véase una muestra, el adiós del Cid a su familia:

*La oración fecha, – la missa acabada la an:
salieron de la elesia – ya quieren cavalgar.
El Cid a doña Ximena – ívala abraçar
doña Ximena al Cid – la manol va besar,
llorando de los ojos, – que non sabe que se far.
E él a las niñas, – tornolas a catar:
« a Díos vos encomiendo – e al Padre spirítal,
agora nos partímos, – Díos sabe el ajuntar».
Llorando de los ojos, – que non vídiese atal,
así parten unos d'otros – como la uña de la carn[e].*

En las primeras manifestaciones de la lírica castellana (como «serranillas», «canciones de amor y de amigo», de «segadores» y de «espigadoras»), la rima es también muy pobre. Generalmente una sola repetida, o cuando más dos, alternadas caprichosamente a gusto del poeta:

*Esta sí que es siega de vida,
esta sé que es siega de flor.
Hoy segadores de España
vení a ver la Moraña
trigo blanco y sín argaña
que de verlo es bendición.*

Véase otra muestra, ésta de gesta, anónima, del siglo XII, relativa al relato legendario de *Los siete infantes de Lara*:

La cabeça de [don] Muñó – tornola en su lugar

*e la de Díego Gonçalez – [en los braços] fue a tomar:
[e] mesando sus cabellos – e las barbas de su faz:*

**Señero, so, e mezquino – para estas bodas bofordar!
Fijo Díago Gonçalez, – a vos amaba yo más,
facíalo con derecho – ca vos nacíerades ante.
Grant bien vos quería el conde – ca vos erades su alcalle
también toviste su seña – en el vado de Cascajar.*

En las primeras traducciones e imitaciones de los poemas franceses predominan los versos, como en los poemas originales, de nueve sílabas. Así acontece, por ejemplo, en el *Libro de Apolonio*, *Vida de Santa María Egipciaca* y el *Libre dels tres Reys d'Orient*, que se conservan, manuscritos y en el mismo código, en la biblioteca de El Escorial. Con los versos de nueve sílabas alternan otros de trece, por ejemplo. Véase el empiece del *Libro de Apolonio*:

*En el nombre de Díos e de Santa María,
Sí ellos me guíassen estudiar querría.
Componer un romance de nueva maestría,
Del buen Rey Apolonio e de su cortesía.*

*El Rey Apolonio de Tiro natural
Que por las auenturas vistó grant temporal,
Commo perdió la fija, e la muger capdal,
Commo las cobró amas ca les fue muy leyal*

Véase ahora el comienzo, esta vez, de la vida de *Madona Santa María Egipciaca*:

*Oyt varones huna razon
En que non ha ssí verdat non:
Escuchat de coraçon
Sí ayades de Díos perdon.
Toda es ffecha de uerdat,
Non ay ren de falssedat.
Todos aquellos que a Díos amarán.*

Principio asimismo, ahora, del *Libre dels tres Reys d'Orient*:

*Pues muchas vezes oyeste contar
De los tres Reyes que vinieron buscar
A Jhesuchristo, que era nado,
Vna estrella los guiando;
Et de la grant marauilla
Que les auino en la villa
Do Erodes era el traydor,
Enemigo del Criador.*

Alternan con versos de nueve sílabas otros de 13, 12, 10 y 8, y aun de menos sílabas. Su rima suele ser en pareados consonantes, que los diferencia de las formas métricas anteriores. En el *Libro de Apolonio aparece ya el tetrástrofo o cuaderna vía*, estrofas de cuatro versos «alejandrinos» (de catorce sílabas y alguna vez de dieciséis), igualmente rimados, lo que hace de él la primera muestra de este tipo de métrica, que fue la propia de los hombres de letras de los siglos XIII y XIV. «Fablar en cuento rimado», como decían entonces, era ya un gran progreso comparado con el pobre y sencillo arte de los juglares. En «cuaderna vía» escribió (salvo alguna cántica) Gonzalo de Berceo. Y en este tipo de métrica fueron escritos también el *Libro de Aleixandre* y el *Poema de Fernán González*. He aquí el comienzo de la *Vida de Sancto Domingo de Silos*, de Gonzalo de Berceo, monje de San Millán:

*En el nombre del Padre, que fizo toda cosa.
Et de don Jhesuchristo, fijo de la Gloriosa,
Et del Spíritu Sancto, que egual dellos posa,
De un confesor sancto quíero fer una prosa.*

*Quíero fer una prosa en fablar paladino,
En qual suele el pueblo fablar a su vecino,
Ca non son tan letrado por fer otro latino
Bíen valdrá, commo creo, un vaso de bon vino.*

Que este monje que con tan poco se contentaba por sus versos, un vaso de buen vino, lo era de San Millán, lo dice él mismo en la última estrofa de la vida del santo de este nombre (*Vida de San Millán*):

*Gonsalvo fue so nomme, que fizo est tractado
En San Millan de Suso fue de ninnez criado,
Natural de Berceo, ond Sant Millan fue nado;
Díos guarde la su alma del poder del pecado.*

Veamos ahora el comienzo del *Libro de Aleixandre*:

*Sennores, se quisíerdes mío seruício prender,
Querriáuos de grado servir de mío menster.
Deue de lo que sabe onme largo seer,
Se non, podrie de culpa o de rieto caer.
Mester trago fermoso, non es de ioglaría,
Mester es sen peccado es de clerezía,
Fablar curso rimado per la quaderna vía
A sillauas cuntadas, ca es grant maestría.*

Como se ve, el poeta está orgulloso de no escribir como los juglares, sino valiéndose, como los poetas cultos, de la cuaderna vía. En este tipo de métrica fue escrito también el *Poema de Fernán González*, del que copio una estrofa -el fragmento completo se da en el texto-, es uno de los más interesantes: el relativo a la venta de cierto azor y cierto caballo

cuyo precio originó, a causa de un olvido de don Sancho (el de pagar el precio convenido), la independencia del condado de Castilla (sobre el carácter legendario del relato no creo que haga falta insistir); véase:

*Leuava don Fernando vn mudado açor,
non auía en Castiella otro tal nín mejor,
otrosy vn cauallo que fuera de Almançor
auía de todo ello el Rey muy grant sabor.*

Sin duda para que fuese demostrado una vez más que nada hay nuevo bajo el Sol, un poeta de nuestros días, Francisco Fuentenebro, ha escrito un poema titulado *El viento te trajo...* que ofrece la curiosidad de, en poesía moderna, estar formado por tetrástrofos asonantados, precedidos del mismo estribillo Una vez más se demuestra que sólo los poemas son buenos o malos, no los estilos o la métrica:

El viento te trajo y el viento te llevó.

Fuiste la más hermosa primavera en flor;

Fuiste toda la sangre de mi corazón;

Fuiste, guitarra mía, mi bordón.

Fuiste, mujer de bronce, el Amor.

El viento te trajo y el viento te llevó.

Fuiste la música dulce de una canción

Que hemos cantado a dúo los dos.

Tus ojos y tus labios tenían un son

De zarabanda y de oración.

El viento te trajo y el viento te llevó.

Fue un antiguo verano. Tuve la sensación

De haber encontrado las raíces de Dios,

Las raíces galáxicas y cósmicas del sol,

El alma de esa frase: Tú y yo...

El viento te trajo y el viento te llevó.

Pájaros de muerte picaron el fresón

De tu boca de miel y me dijiste adiós.

Dos ángeles de piedra guardan tu panteón

Y tú, pura y fina, ya no tienes voz.

El viento te trajo y el viento te llevó.

Ya no puedes quererme, haces expiación

De la música dulce de aquella canción

Que hemos cantado muchas veces los dos.

Una música de salmodia y de pasión.

El viento te trajo y el viento te llevó.

Cristo de los Milagros: Escucha mi oración

Y ten piedad de mi amada muerta, que fue el bordón

De toda la sangre de mi corazón.

Señor de los señores: Escucha mi oración.

El viento te trajo y el viento te llevó

Fue Alfonso X quien en *Las Cántigas*, que ahora dicen *Cantigas*, escritas en lo que entonces constituía el galaico-portugués, empleó ya versos de cuatro, cinco o más sílabas, alternados con otros de arte mayor, usando, además, rimas correctas. Permítenos, lector amable, una pequeña incongruencia, intercalar en estas notas sobre la métrica castellana unos versos no castellanos. Se trata de una *Cántiga* de Alfonso X (1252-1284), rey de Castilla y Portugal y aspirante a Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Juglares y trovadores se ponían el jubón amarillo y se desgañitaban cantándolas por aldeas, poblados y castillos. Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XIII aún no estaba claro qué triunfaría en la península, si el galaico-portugués o el castellano. Veamos como ejemplo, la [Cántiga 207](#)

*Se ome fezer de grado pola Uírgen algun ben,
demostrar ll'aurá ela sínáes que lle praz én.*

*D'esto uos dírei míragre ond' aures sabor,
que morou Sancta María con mercé' e con amor
o un muí bon caualeíro et seu quíto seruídor
que en a seruír metía seu coraçón et seu sen.
Se ome fezer de grado pola Vírgen algun ben...*

*El auía un seu fillo que sabía mais amar
ea ssi, et un caualeíro matou – ll' – o; et con pesar
do fillo, foi él prendel – o et quíséra – o matar
u él seu fillo matara, que et quís ualuesse ren.
Se ome fezer de grado pola Uírgen algun ben...*

*E él leuando – o preso en ha eígreía' ntrou,
et o prest' entrou pos ele et él d' ál non sse nenbrou;
et pois que uiú a eígreía da Uírgen, y soltou,
et omíldou – ss'a omagen et díssou: "Graç porén."
Se ome fezer de grado pola Uírgen algun ben,
demostrar ll'auerá ela sínáes que lle praz en.*

Se dicen los versos de «arte mayor» si son mayores de ocho sílabas, y de «arte menor» si de ocho o de menos. Poco a poco, bajo la influencia sobre todo de la lírica provenzal, fue enriqueciéndose la métrica y es muy estimable ya en las redondillas del canciller Ayala:

*Sennor, sí tú has dada
Tu sentençia contra mí,
Por merçed te pído aquí
Que me sea revocada.*

o aquel otro cantar que empieza:

*Trístura e grant cuídado
Son conmígo todavía*

*Pues plaser e alegría
Así man desamparado.*

Pero sobre todo en el Arcipreste de Hita (Juan Ruiz), que con tanta frecuencia se aparta de la métrica y la rima de la ya poco deseada clerecía, para demostrar, sin duda, que si quiere le es fácil emplear esta forma métrica, empieza con ella su *Libro de buen amor*:

*Señor díos que alos jodíos pueblo de perdición
facafté de cabtíuo del poder de fa[raon]
a Daniel facafté del poço de Babilon,
faca amí coytado defta mala prefión.*

Empezando también de igual modo el prólogo en verso:

*Díos padre, díos fijo, díos fpíritu fanto,
el que nafçio de virgen effuerçe nos da tanto
que fienpre lo leemos en profa E en canto,
fea de nueftras almas cobertura e manto.*

Pero cuando se cansa de la "cuaderna vía" acude a metros más ligeros, incluso los inventa. Escúchesele en este *Gozo de Santa María*:

*o Santa maría
luz del día, \$ toda vía,
tú me guía
gana me gracia e bendición
e de jhefu consolación. \$ cantar de tu alegría,
que pueda con devoçion
El primer goso ques lea
en çibdad de galílea, ...*

O este otro:

*Tu, vírgen, del çielo Reyna
e del mundo melecína \$ por te feruír,
quíeras me oyr muy dígna,
que de tus gosos ayna
efcríua yo profa dígna,...*

Vuelve a las cuatro rimas seguidas en Declaración y en varios *Enxiemplos*, y aun en algunas *Cántigas de serrana*:

*Cerca de Tablada,
la fierra paffada,*

*falle me con aldara,
a la madrugada.*

*En cima del puerto
coyde fer muerto
de nieue e de frío
e dese rosío
e de grand elada*

*a la decída
dy una corrída
fallé vna fferrana
fermofa, loçana
e bien colorada*

Poco más o menos por la misma época el rey Alfonso XI escribió una «trova» que se recuerda, sobre todo, a causa de ser la más antigua poesía trovadoresca de autor conocido. Véase:

*En un tiempo cogí flores
Del muy noble paraíso,
Cuitado de mis amores
E d'el su fermoso ríso!*

*E siémpre vivo en dolor,
E ya lo non puedo sofrír,
Maís me valera la muerte
Que en el mundo vívír.*

*Yo con cuídado d'amores
Vol'o vengo ora dízer,
Que he d'aquesta mí senhora
Que mucho deseo aver.*

*En el tiempo en que solía
Yo coger d'aquestas flores,
D'al cuídado non avía
Desque ví los sus amores. ...*

De por entonces también (principios del siglo XIV), bien que no de este rey, aunque lleve su nombre, es el Poema de *Alfonso onceno o Crónica rimada*, donde se encuentran ya versos octosílabos precursores, como los de la trova anterior, del «romance» que, o volvía, si es que antes había sido empleado, o se adivinaba, en todo caso, como forma ideal de nuestra métrica. Véase una muestra sacada del episodio llamado *Muerte de los Infantes*:

*El rey moro de Granada
Mas quisiera la su fin,
Le su ssenna muy preçiada*

Entregásela a Osmín.

*E el poder le díó syn falla
A don Osmín su vasallo,
E guíssose de batalla
Con çínco mil de a cauallo.*

*De pus la çaga venieron
Rícos omnes e arrases,
E todos luego ffesieron
Muy bien apostadas ases.*

*El ínfante, buen varon,
Que syempre fue bien fardído,
Fferçole et coraçon
E díó un ffuerte bramído. ...*

Y lo mismo en la *Coronación del Rey* y demás cantos:

*Yo non podría contar
Del amor la ssu noblesa
Agora quiero fablar
Del noble rey ssyn uíleza.*

*En commo despues rregnó
Este rrey de grant bondat,
E como se coronó
En Burgos, noble çíudat. ...*

De este mismo siglo son los tan celebrados *Proverbios morales* que Don Sem Tob, «judío de Carrión», dedicó a Don Pedro I de Castilla a principios de su reinado,

*Sennor noble, rrey alto,
Oyd este sermon
Que vos díse don Santo
Judío de Carrión.*

*Comunal-mente rrímado,
De glosas y moral-mente
De phylosophía sacado,
Es el desír syguiente.*

*El rrey Alfonso fynando,
Asy fyncó la gente,
Commo el pulso, quando
Fallesçe al doliente.*

*Ca ninguno cuydaua
Que tan grande mejoría,
En el reyno fíncaua:*

Nín hombre lo creya. ...

De por entonces también es la *Revelación de un ermitaño*, nueva forma de la *Disputación del alma y del cuerpo* ya conocida por un texto del siglo XIII, y tema que aún volvería a aparecer en el siglo XVI, y asimismo en sentencias de arte mayor, en cierto poema de Antón de Meta titulado *Departimiento del cuerpo y del alma*. Veamos una muestra del que ahora nos interesa:

DÍSE EL CUERPO

*Essa ora el cuerpo fiso movímiento
Alço la cabeça començo a falar
E díxo: señora, ¿por qué tanto culpar
Me queres agora syn meresçímiento?
Que sí dixe o fise fue por tu talento
Sí non mira agora qual es mí poder,
Que estos gusanos non puedo toller,
Que comen las carnes de mí críamíento.*

DÍSE EL ANÍMA

*o cuerpo maldito, vil, enconado
Leno de fedor e de grand calabrína,
Metieronte en joyo, cubrieronte ayna,
Dexaronte dentro amal de tu grado.
Por ende tu piensas que ya es librado
Primero serás delante el derecho,
Donde darás cuenta de todo tu fecho
Que en el mundo fesíste, do poco as durado.*

O la muy gustada *Danza de la Muerte*, de métrica semejante:

*Yo soy la muerte cierta a todas criaturas
Que son y serán en el mundo durante,
Demando e digo o omne por que curas
De vida tan breue en punto pasante,
Pues non ay tan fuerte ni resío gigante
Que deste mí arco se pueda anparar.
Conuíene que mueras quando lo tirar,
Con esta mí frecha cruel traspasarte.*

Y se llega, al canciller Ayala, iniciador de la transición entre las antiguas formas y el esplendor literario de la corte de Don Juan II. Su *Rimado de Palacio* tiene ya versos de 16, 14, 13, 12, 8 y 7 sílabas. Véase una muestra de estrofas de versos de 16 sílabas:

AQUI FABLA DE LA GUERRA

*Cobdician caualleros las guerras de cada día,
por leuar muy grandes sueldos e leuar la quantía;
e fuelgan quando vee la tierra en rrobería
de ladrones e cortones que ellos lleuan en compañía.*

En seguida está el *Cancionero de Baena*, donde figuran poetas tan excelentes como Álvarez de Villasandino, que usaba ya versos de todos los metros, incluso los de once sílabas, y micer Francisco Imperial, poeta tan amante de la entonces floreciente métrica italiana en su *Desir de las Sete Virtudes*:

DESÍR DE LAS SYETE VÍRTUDES

*Era çercado todo aquel jardín
de aquel arroyo a guíssa de cava,
e por muro muy alto jazmín
que todo a la redonda la çercava:
el son del agua en dulçor pasava.
Harpa, dulçayna, vyhuela de arco,
e non me dígan que mucho abarco
que non ssé sy dormía o velava...*

Luego las «serranillas» del Marqués de Santillana y el *Laberinto* de Juan de Mena dan prueba de que sus autores eran ya maestros en la forma y en el lenguaje poético. Véase un fragmento de este último relativo a la muerte de Lorenzo de Dávalos, «aquel que era de todos amado»:

*Aquel que allí vees al çerco trauado
que quiere subir e se falla en el ayre,
mostrando su rostro sobrado donayre
por dos desonestas feridas llagado,
aquel es el Daulos mal fortunado,
aquel es el límpio mançebo Lorenço,
que fizo en un día su fin, e comienço
aquel es el que era de todos amado...*

Y ahora un fragmento de una graciosa y conocida «serranilla» del Marqués de Santillana:

*Moça tan fermosa
non ví en la frontera,
como una vaquera*

de la Fínojosa

*Façiendo la vía
del Calatraveño
a Santa María
vencido del sueño*

*por tierra fragosa
perdí la carrera,
do ví la vaquera
de la Fínojosa*

En fin, los nombres de Alvarez del Gato y Jorge Manrique son heraldos ya de algo muy acabado y muy próximo a las perfecciones artísticas del Renacimiento y a los grandes poetas del «Siglo de Oro», en quienes fondo y forma unidos brillaron y brillarán siempre de modo incomparable. Las justamente conocidas «Coplas» de Jorge Manrique *A la muerte de mi padre*, sobre todo, son de tal modo notables, verdadero y admirable ejemplo de poesía didáctica. No cerraré estas notas sobre el desarrollo de la poesía y de la métrica castellana sin citar *El Cantar de Rodrigo o Crónica rimada del Cid*, esperpento en que degeneró el sencillo y encantador *Cantar de mío Cid*, y ciertas «Coplas» muy gustadas en su época, las *Coplas de la panadera*, de tipo satírico y por ello su éxito. Véase un fragmento del *Cantar de Rodrigo* relativo al desposorio de doña Ximena con el Cid:

*Cuando Rodrigo boluío los ojos, todos yvan derramando.
Avien muy grant pauor del, e muy grande espanto.
Allego don Diego Laynez al rey berrarle la mano.
Quando esto vío Rodrigo, non le quíso berrar la mano.*

Y ahora otro fragmento de las Coplas de la panadera, que luego se dan con más extensión en el texto de esta antología:

*Dí Panadera.
Panadera soldadera
que vendes pan de barato
quentanos algún rebato
que te aconteció en la vera.
Dí Panadera.
Un miércoles que partiera
el Príncipe don Enríque
a buscar algún buen píque
para su espada ropera
saliera sin otra espera
de Olmedo tan gran compañía
con muy fermosa maña
al Puerto se retrujera.*

Dí Panadera...

... ..

Estos inicios de la poesía castellana tienen de común con otras lenguas romances la adopción de la rima proveniente del verso en el bajo latín. Probablemente lo más original es que ya desde el principio no abusa del pareado tan usado en las otras lenguas mayores en las que recordemos, sin embargo, es frecuente el pareado de 16 sílabas que, si se escribe en versos de ocho, se convierte en el romance castellano en cuanto a número de sílabas, aunque no necesariamente en cuanto acentuación. En cualquier caso en el siglo XV aparece ya una métrica castellana completa, tanto en lo que pudiéramos llamar poesía "culta", por ejemplo, Jorge Manrique, como en los romances populares, aunque sin olvidar que cuando decimos siglo XV estamos hablando de cien años, tanto en lo que afecta al castellano de las distintas regiones, como al intervalo de tiempo en sí que puede separar un romance de otro. Veamos, por ejemplo, el "*Romance del infante vengador*", uno de los más populares tanto, probablemente, en su época, como ahora. Obsérvese que está escrito como pareados de 15 sílabas, siguiendo la forma de la métrica provenzal:

*Helo, helo por do viene—el infante vengador,
caballero a la jineta—en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,—demudada la color,
y en la su mano derecha—un venablo cortador.
Con la punta del venablo—sacaría un arador.
Siete veces fue templado—en lasangre de un dragón,
y otras tantas fue afilado—porque cortase mexor:
el hieirro fue hecho en Francia,—y el asta en Aragón:
perfilándose lo yba—en las alas de su halcón.
Yba a buscar a don Quadros,—a don Quadros el traydor
allá le fuera a hallar—junto del Emperador.
La vara tiene en la mano—que era justícia mayor.
Siete veces lo pensaba—sí le tíaaría o no,
y al cabo de las ocho—el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Quadros—dado ha al Emperador:
pasado le ha manto y sayo,—que era de un tornasol;
por el suelo ladrillado—más de un palmo le metió.*

*Allí le habló el rey—bien oíréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, infante?—¿Por qué me tías, traídor?
—Perdóneme tu Alteza,—que no tíaaba a tí, no;
tíaaba al traídor de Quadros,—ese falso engañador,
que siete hermanos tenía,—no ha dejado sí a mí no,
por eso delante de tí,—buen rey, lo desafío yo—
Todos fían a don Quadros,—y al infante no fían, no.
Sí no fuera una doncella,—hija es del Emperador,
que los tomó por la mano—y en el campo los metió.
A los primeros encuentros,—Quadros en tierra cayó,*

*apeárase el infante,—la cabeza le cortó
y tomárala en su lança—y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey,—con su hija le casó.*

Pasemos ahora a repasar la métrica castellana, que ha dado a lo largo de los siglos a una poesía de belleza difícilmente igualable:

LA MÉTRICA CASTELLANA

Varios versos sujetos a un determinado orden de número y ritmo forman una estrofa. Muchas son las estrofas y casi innumerables podrían ser, sobre todo hoy día, dada la libertad y audacia de la métrica moderna; pero las «clásicas» son las siguientes:

Pareado.-Combinación de dos versos de cualquier metro consonantados o asonantados. Esta estrofa, tan empleada por los poetas franceses, lo es menos por los españoles. No obstante, algunos vates nuestros han escrito poemas en versos pareados, como por ejemplo Zorrilla en el llamado *La siesta*, que empieza:

Son las tres de la tarde, julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla:
La luz es una llama que abrasa el cielo
ni una brisa una rama mueve en el suelo...

En lindos pareados está también *La mujer manchega*:

La Mancha y sus mujeres... Argamasilla, Infantes,
Esquivias, Valdepeñas. La novia de Cervantes,
y del manchego heroico el ama y la sobrina,
(el patio, la alacena, la cueva y la cocina...)

Otra muestra de poesía en pareados:

Una gata sensible suspiraba
por un hermoso gato a quien amaba.
Mas al ver su desvío, con enojos,
de una caricia le sacó los ojos.
De ser galante trata,
que en amor la mujer es cual la gata.

Terceto.-Lo forman tres versos asonantes o consonantes, que riman el primero con el tercero y queda libre el segundo. Además, en general, es distinta la terminación en cada terceto.

Vente conmigo,
vente a las retamitas
de los caminos.

Este ya cadáver yerto
viviría todavía
si...el pobre no hubiera muerto.

El aire lleva mentiras.
El que diga que no miente
que diga que no respira.

Del *Viaje al Parnaso*, de Cervantes, escrito en tercetos:

Bien sé que en la naval dura
palestra perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.

Quevedo:

Pues más me quieres cuervo que no cisne,
conviértase en graznido el dulce arrullo,
y mi nevada pluma en sucia tizne.

Martínez de la Rosa ha hecho tercetos epigramáticos con un verso libre y un pareado:

Aquí yace un cortesano
que se quebró la cintura
un día de besamano.

Eche una limosna, hermano,
y que no suene el dinero;
no reviva el usurero.

Aquí yace un contador,
que jamás erró una cuenta
A no ser en su favor.

Una palma han colocado
en la tumba de Lucía
es que dátiles vendía

Se quejan mis clientes
de que pierden sus pleitos; pero en vano,
¿A mí qué más me da si siempre gano?

En las composiciones clásicas, los versos riman: primero con tercero y segundo con el primero del terceto siguiente, terminando en un cuarteto. Véase el final de la *Epístola moral a Fabio*

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira, a las espaldas;
Y la ambición se ríe de la muerte.
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones si las miro

De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto siempre amé; rompí los lazos;
Ven y verás el alto fin que aspiro
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Es potestativo del poeta empezar los versos, al escribirlos, con mayúsculas o con minúsculas.

Cuarteto.--Cuatro versos de cualquier medida que riman, o bien primero con tercero y segundo con cuarto, o bien primero con cuarto y segundo con tercero:

¡Señor, yo te conozco! La noche azul serena
dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí».
Pero la noche oscura, la de tinieblas llena
Me dice más pujante: «Tu Dios se acerca a ti»

(Zorrilla)

Si son versos endecasílabos (de 11 sílabas), los cuartetos son denominados «serventesios»:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas
Dulces y alegres cuanto Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía
Y con ella en mi mente conjuradas.

(Garcilaso)

Si los versos son octosílabos, el cuarteto recibe el nombre de «cuarteta» o «redondilla»:

Dichas que yo merecí
en pago de amor sincero,
por tan oscuro sendero
¡qué tristes llegáis a mí!
No son todos los maridos
de una suerte bien tratados;
ni querría más ducados
que los que hay arrepentidos.

(Cristóbal de Castillejo)

Si soy pobre en mi vivir,
y de mil males cautivo,
más pobre nací que vivo,
y más pobre he de morir.

(Quevedo)

Aquel si viene o no viene,
aquel si sale o no sale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

(Juan de Timoneda)

Ejemplo de estrofa de cuatro versos heptasílabos:

Una obra ha dado Inés,
os lo juro por la cruz,
yo no sé qué obra es,
mas sí sé que ha dado a luz.

(Bretón de los Herreros)

Agua me falta en el mar
y la hallo en las tabernas
Que mis contentos y el vino,
son aguados donde quiera.

(Quevedo)

Cuando pasas por mí lado
sin echarme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada,
o te acuerdas demasiado?

(Campoamor)

Los golpes que el boticario
da en su almirez o mortero,
los dobles primeros son
que anuncian cualquier entierro.

(Iriarte)

A ser tan grandes mis deudos,
como son grandes mis deudas,
delante del rey, sin duda,
cubrirme muy bien pudiera.

(Quevedo)

De tipo epigramático:

Con una mujer bonita
tiene un hombre el pan ganado,
sin más trabajo que hacerse
un poco el disimulado.

Vuestro «don», señor hidalgo,

es el «don» del «algodón»,
el cual para tener «don»
necesita tener «algo»

Diciéndolo no diré
lo que aquel pinar esconde,
allí, yo recuerdo donde
nos pasó, ya sabes qué.

De jorobas del cuerpo
todos se burlan.
¿Quién habrá que en el alma
no lleve alguna?

Aquí yacen cuatro socios,
que juntaron gran caudal:
un médico, un boticario,
un cura y un sacristán.

(Martínez de la Rosa)

Muchos vates castellanos cultivaron con éxito esta ligera y encantadora forma métrica. Entre ellos, Sor Juana Inés de la Cruz las hizo deliciosas. Véase en el texto principal de esta antología su composición titulada precisamente *Redondillas*.

Las «coplas» o «cantares» populares son cuartetos rimados en asonante de diverso metro y rima:

Donde hay rosas hay espinas,
lobos hay donde hay corderos,
donde hay palomas halcones,
y donde hay amor hay celos.

Ni contigo ni sin ti
mis penas tienen remedio:
Contigo porque me matas,
y sin ti porque me muero.

La pena y la que no es pena
todo es pena para mí.
ayer penaba por verte
y hoy peno porque te vi.

El cristal de mi ventana
le empañó con el aliento:
En él escribo tu nombre
y luego le borro a besos.

Quinteto.-Estrofa de cinco versos de arte mayor aconsonantados a gusto del poeta, pero siempre que no coloque tres versos seguidos con el mismo consonante o rima. Si los versos son de arte menor, entonces la estrofa recibe el nombre de «*quintilla*». Las combinaciones más usadas en quintetos y quintillas son:

1. «Rimas cruzadas»: primero con tercero y quinto, y segundo con cuarto, por ejemplo, de Hurtado de Mendoza:

Ved a lo que me ha traído
la costumbre y sufrimiento;
que de puro ser sufrido
vengo a decir lo que siento
cuando estoy ya sin sentido.

2. Primero con tercero y cuarto, y segundo con quinto:

Tu crítica majadera
de los versos que escribí,
pedante, poco me altera.
Mas pesadumbre tuviera
si te gustasen a ti.

(L. Moratín)

Y la muerte, según creo
de razón, no tardará,
que casi venir la veo
mas en ver que la deseo
quizá se encarecerá.

(Castillejo)

Obsérvese cómo dos de los quintetos el de Hurtado de Mendoza y el de Castillejo, terminan en cuartetas.

A veces los poetas, sin copiarse ni intención de ello, coinciden en ideas que a varios de ellos se les ocurren. La de que la «muerte» parece huir de aquel que la desea ha inspirado versos admirables.

Tales, por ejemplo, los famosos de Santa Teresa de Jesús «nacidos del fuego del amor de Dios que en sí tenía», que empiezan:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero...

Y los muy conocidos también del comendador Escrivá:

Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida...

Idea semejante en la siguiente redondilla de Quevedo:

Muerto estoy, no hay que dudar;
que aunque así me ven vivir
es que el gusto del morir
me vuelve a resucitar.

La misma combinación de versos, pero con el quinto truncado:

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera;
de cedro es su ramaje, de césped su verdor,
anida entre sus hojas perenne primavera
y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
añoso luchador.

de *El pino de Formentor* de Miguel Costa Llovera,

Un año más en el hogar paterno
celebramos la fiesta del Dios-niño,
símbolo augusto del amor eterno,
cuando cubre los montes el invierno
con su manto de armiño.

(Vicente W. Querol, de *En Nochebuena*)

3. Comienzo con un serventesio o una redondilla y entonces rima el primero con cuarto, y segundo con tercero y quinto:

Marchando con su madre, Inés resbala,
cae al suelo, se hiere y disputando
se hablan así después las dos llorando:
-¡Si no fueras tan mala!... -No soy mala.
-¡Qué hacías al caer? -¡Iba rezando!

(Campoamor)

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado.

(Fray Luis de León)

Contentos cuya memoria
a cruel muerte condena:
Idos de aquí en horabuena,
y pues que no me dais gloria
no vengáis a darme pena.

(Vicente Espinel)

4. Comienzo con un pareado: primero con segundo y cuarto, y tercero con quinto:

En buen punto seáis venidas
mis amados y queridas
en cuyo amparo y favor
y no en mis fuerzas crecidas
espero ser vencedor.

(Farsa del desafío del hombre)

5. Dos pareados: primero y segundo, tercero y cuarto, y el quinto verso rimando con el primer pareado, o sea, con primero y segundo:

Y volviendo la trasera
respondió de esta manera:
«Lámpara, ¡con qué deleite
te chupara yo el aceite
si tu luz no me ofendiera!»

(Iriarte)

Diole en viéndole los brazos,
y aliviando de embarazos,
la pobre cena apercibe
rica en casa que Dios vive
y más con tales abrazos.

(Lope, del *Isidro*)

Sextina.-Estrofa de seis versos endecasílabos u octosílabos, formada con un serventio o redondilla y un pareado. Pese a ser metro poco usado por nuestros poetas, la variedad de esta estrofa es grande. Véanse dos ejemplos del primer tipo, el primero con el pareado al principio y el segundo al final:

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,

está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

(Rubén Darío, de *Sonatina*)

Rayo de amor, celeste simpatía,
fuego inmortal que abrasa sin dolor,
llama feliz, que al de su amante envía
un corazón con dividido ardor,
tu lumbre fue la favorable estrella
que me guió a los pies de Filis bella.

(Alberto Lista)

Cuando tus huesos miro
de piel tan flaca armados y cubiertos
señora, no me admiro
desa tu liviandad y desconcierto;
que es fuerza ser liviana
quien es en todo la flaqueza humana.

(Jáuregui)

Dulce señora mía,
norte de mi afligido pensamiento,
luz de mi fantasía,
principio, medio y fin de mi tormento,
pues es tuya mi vida,
no seas con desdenes su homicida.

(Quevedo)

¿Por qué te llaman coja, Dorotea?
¿Quién hay que tu figura
enhiesta y firme al caminar no vea?
Pues, ¿a qué tal censura?
¿Es porque suele tu virtud acaso
tropezar y caer a cada paso?

(Jovellanos)

Otras variedades de sextinas, empezando por aquellas de las que se sirvió Jorge Manrique, usando versos octosílabos y tetrasílabos para escribir las «Coplas» a la muerte de su padre:

Recuerde el alma dormida
Avive el seso y despierte
Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte

Tan callando.

La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril desnudo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.»

(Núñez de Arce, de *Estrofas*)

Me lo contó un piel roja cazando en la Luisiana:
Cuando el Señor los bosques de América pobló,
dejó un espacio estéril en la extensión lozana,
y en este espacio yermo, de arena seca y vana,
donde no nace el trébol ni crece la liana,
el Diablo plantó un árbol y luego... descansó.

(Manuel Curros Enríquez, de *El árbol maldito*)

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en la edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz, de hinojos,
alzaba a Dios los ojos
soñando en las venturas celestiales.

(Núñez de Arce, de *Tristezas*)

Abierto está el piano...
Ya no roza el marfil aquella mano
más blanca que el marfil,
la tierna melodía
que a media voz cantaba, todavía
descansa en el atril.

(R. Gil, de *Tristitia rerum*)

Septina.--Siete versos rimados a gusto del poeta. Si son todos de arte menor, recibe el nombre de «seguidilla». Ejemplo de septina :

¡Santa la poesía
que a los parias anuncia el nuevo día
y es tan consoladora!
A tu ensueño de bardo el sol ya sube;
el astro por vecino enciende aurora,
y desde abajo del confín colora
de topacio la nube.

(Díaz Mirón, de *A un profeta*)

Que adore a Belisa un bruto,
y que ella olvide sus leyes,
si no es cual la de los reyes
adoración con tributo.
Que a todos les venda el fruto
cuya flor llevó el ausente,
mal haya quien lo consiente.

(Quevedo)

Es tu firmeza tan poca
que juzgo de tu rigor,
que de andar alrededor
te has vuelto, Fortuna, loca.
Mas si mi bien te provoca,
párate por mi consuelo; si no, dirélo.

Que el hidalgo por grandeza
muestre cuando riñe a solas
en la multitud de olas
tormentas en la cabeza.
Que disfrace su pobreza
con rostro grave y sereno, bueno.

Mas que haciendo tanta estima
de sus deudos principales.
como las ollas navales,
como batalla marina.
Que la haga cristalina,
a su capa el pelo ralo, malo.

Ejemplo de *seguidillas*:

No me mires que miran
que nos miramos
y verán en tus ojos
que nos amamos.
No nos miremos
que cuando no nos miren
nos miraremos.

No quiero que te vayas
ni que te quedes
ni que me dejes sola
ni que me lleves.
Quiero tan sólo...
Pero no quiero nada
¡lo quiero todo!

Hay una clase de seguidillas para cantar llamadas «seguidillas gitanas», que sólo tienen cuatro versos:

Madrecita mía,
yo no sé por dónde
al espejito en que me miraba
se le fue el azogue.

A la sombra de un árbol
se sientan muchos,
unos toman la sombra
y otros los frutos

Las hay también de tres versos tan sólo:

Voy como si fuera preso:
Detrás camina mi sombra;
delante, mi pensamiento.

Octavas.--Estrofas de ocho versos. Reciben diferentes nombres según la medida de estos versos. Así, «coplas de arte mayor o de Juan de Mena» (el primero que las empleó en su *Laberinto*), doce sílabas rimando los versos primero con cuarto, quinto y octavo, y segundo con tercero, sexto con séptimo:

Es fortaleza con muy gran denuedo
que sufre las prósperas y las molestas;
salvo aquellas cosas que son deshonestas,
otras ningunas no le hacen miedo;
huye, desdeña, depártase, cedo
de los que disformes por vicio me hacen,
las grandes virtudes inmenso le placen,
aplácele al ánimo firme ser quedo.

(Juan de Mena)

Son llamadas «octavas reales» si los versos son endecasílabos y riman primero con tercero y quinto, segundo con cuarto y sexto, y los dos últimos pareados.

Los blancos rostros más que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos;
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

(Ercilla, de *La Araucana*)

Canto los disparates, las locuras,
los furores de Orlando enamorado,
cuando el seso y razón le dejó a oscuras
el Dios injerto en Diablo y en pecado.

Y las desventuradas aventuras
de Farragut, guerrero endemoniado:
Los embustes de Angélica y su amante,
niña buscona y doncellita amante.

(Quevedo)

Y en agradable suspensión metidos,
al ruido de una fuente que murmura,
de los arpados cantos no aprendidos
que las aves le dan a su hermosura,
grande rumor se oyó, grandes ruidos
de cajas, grita y voces, que en la altura
y techos de oro del palacio suena,
retumba el bosque, y el jardín atruena.

(Valbuena, de *El Bernardo*)

En octavas de versos desiguales y rimados a su capricho, comienza Zorrilla *La leyenda de Al-hamar*. Véase una:

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje,
ganando a saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje,
a riesgo de la vida de su jinete real.
El, con entrambas manos, le recogió el rendaje
hasta que el rudo belfo tocó con el petral;
mas todo en vano; ciego, gimiendo de coraje,
indómito al escape, tendióse el animal

La octava real ha sido cultivada por grandes poetas, por ejemplo, Espronceda en el *Canto a Teresa*, y Zorrilla *Los cantos del trovador*. Las octavas son denominadas «octavas italianas» u «octavillas», si sus versos son de menos de once sílabas. En este caso el poeta puede rimarlos a su capricho con tal que los versos cuarto y octavo lo hagan en consonantes agudos. Ejemplos:

Vi desde encumbrada torre
antes de brillar la aurora
voraz llama abrasadora
reflejando el hondo mar;

mientras las esclavas mías
recorrían arpas de oro

y entonaban dulce coro
de himeneo en el altar.

(Arolas)

Hoy mi Dorina
se va a la aldea,
pues se recrea
viendo trillar.

Sígola aprisa;
cuantos placeres
Mantua tuviere
voy a olvidar

(N.F.Moratín)

Octavas de versos truncados:

Desde el primer latido de mi pecho,
condenado al amor y a la tristeza,
ni un eco a mi gemir, ni a la belleza
un suspiro alcancé,

Halló por fin mi fúnebre despecho
inmenso objeto a mi ilusión amante;
y de la luna el célico semblante,
¡y el triste mar amé!

(Pastor Díaz, *A la luna*)

Décimas.--Las décimas o «espinelas», se dicen inventadas por Vicente Espinel, tienen diez versos divididos en dos períodos, de cuatro y de seis versos; la rima es a gusto del poeta:

Bien pensará quien me oyere,
viendo que he llorado tanto,
que me alegro ahora y canto
como el cisne cuando muere.
Créame quien mal me quiere,

y sepa quien me lastima
de que el fiero mal me oprima,
que con este mismo son
puedo romper la prisión
y disimular la lima.

(Quevedo)

Guarneciendo de una ría
la entrada incierta y angosta,

sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,
se alza gigante y sombría

ancha torre secular
que un rey mandó edificar
a manera de atalaya
para defender la playa
contra las iras del mar.

(Núñez de Arce)

¡Pluma: cuando considero
los agravios y mercedes,
el bien y el mal que tú puedes
causar en el mundo entero;
que un rasgo tuyo severo

puede matar a un tirano,
y que otro torpe o liviano,
manchar puede un alma pura,
me estremezco de pavora
al alargarte la mano!

(A. López de Ayala)

¡Conciencia nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida

mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que a solas con el pecado
fueses tú para el malvado
delator, juez y verdugo.

(Núñez de Arce)

Pues bien, yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,

y es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito que te imploro
te imploro y te hablo en nombre

de mi última ilusión.

(Manuel Acuña)

Forma esta última muy sencilla, en versos heptasílabos, de los cuales riman tan sólo el cuarto con el décimo, y el segundo con sexto y octavo, sonando el todo muy bien. Manuel Acuña fue el Bécquer mejicano.

Sonetos.--Estrofa de 14 versos endecasílabos, por lo general, distribuidos en dos cuartetos rimados primero con cuarto, quinto y octavo, y segundo con tercero, sexto y séptimo y dos tercetos aconsonantados a gusto del poeta con tal que no rimen tres versos seguidos. Los sonetos para ser perfectos han de encerrar en sus catorce versos una idea completa, y acabar, a ser posible, en un pensamiento brillante. No es fácil conseguir todo esto, pero aquellos en los que tal acontece constituyen verdaderos poemitas ora líricos, ora amorosos, ora dramáticos, ora satíricos. El soneto es, quizás, la más bella de todas las formas poéticas, y cuando son buenos tanto de fondo como de forma, su encanto es incomparable, pues, sobre todo si aciertan a encerrar en catorce versos cuanto quiere decir el que los hace de un conciso y bello, unen a todas sus demás excelencias la de la brevedad. No sin razón decía Boileau que un soneto sin defecto vale él solo lo que un largo poema («Un sonnet sans défaut vaut seul un long poème»). ¿Quién inventó esta forma de versificar? No se sabe con certeza. Unos dicen que los trovadores provenzales (que es como no decir nada), otros que Petrarca quien, sin duda, si no fue el primero, los llevó a la cumbre. Entre ellos José Fuentes Ruiz, que lo afirma lindamente del modo siguiente:

NACIMIENTO DEL SONETO

Nació el numen de la fabla, al paso
que en sus forjas templábase el acero,
cuando al taller del recio Romancero
llegaron los tres Magos del Parnaso.

Dando rienda a los vuelos de Pegaso,
a la luz del mesiánico lucero,
lograron el celeste derrotero
Santillana, Boscán y Garcilaso.

Y queriendo rendir ante el Monarca,
en la ofrenda de un órfico amuleto,
todo el Oriente espléndido italiano,
enlazaron la lira de Petrarca,
con las catorce cuerdas del soneto,
a la cuna del Verso castellano.

Como estoy con Fuentes Ruiz daré otro suyo, que si se es gran poeta, no solamente se hacen bellos versos, sino que se dice algo con ellos:

ESPEJISMO

Ahora que ya la carne no turba mi sentido
y que de mis pasiones la paz he conquistado,
voy viendo la falacia de lo mucho que he amado
y, al cabo de la vida, lo poco que he vivido.

Todas las ilusiones que me han alucinado
eran tan sólo niebla que se ha desvanecido,
y cuando veo claro, considero que has sido
tal vez el Amor único que me hubiera salvado.

Pero ya no hay remedio. En mi sombrío huerto,
todo cuanto pudiera reflorar ha muerto,
y sobre esta miseria carnal de mis despojos,
de mis cinco sentidos con aversión reniego...
No supe conocerte, porque era un pobre ciego:
para ver bien quién eras me estorbaban los ojos.

En todo caso Petrarca los popularizó en su patria. De Italia pasaron a España y Europa. Nuestros grandes vates los hicieron magníficos, Shakespeare los hizo en Inglaterra y otros en las lenguas mayores europeas. Los tres que van a continuación son del propio autor de estas notas, pero mas adelante encontrará el lector varios de nuestros grandes poetas y luego en el texto de la antología.

EL POETA A UNA DE SUS HIJAS QUE SE CASABA LEJOS DE EL, EN ESPAÑA

Hija, tan triste estoy que estoy llorando.
Sí, mis lágrimas corren suavemente
mientras el tiempo va, lánguidamente,
mis horas solitarias devanando.

Suspiro los recuerdos evocando
y te veo y te tengo tan presente
que tu imagen, maravillosamente,
en torno mío todo va llenando.

Y ello me tiene el alma tan abierta
que por verte y tenerte cual te tengo,
pues hoy mi habitación la llenas toda,

He escrito en grandes letras en la puerta
por si a turbarnos viniera un imprudente:

«Es inútil llamar: estoy de boda»

ANIVERSARIO

Trabajo, amor, dolor. Dolor, amor, trabajo...
Cincuenta años de vida. De una vida cualquiera.
De una vida ignorada. ¡Agridulce quimera!
Para llegar a nada, bueno es cualquier atajo.

Un día, entre los días, cuando lo que aquí abajo
bulle yazga olvidado. Cuando ni hombre ni fiera
den señales de vida. Cuando lo último muera
y el Mundo sólo sea yerto y mudo badajo,
cuantos un día fueron: viles, héroes, santos,
habiendo ya pasado para no volver nunca
de un barro do hubo dioses serán como un rumor
que llegará a otras chispas encendidas y bellas:
«¡Vano fulgor, oh soles! Mañana, ¡oh estrellas!,
seréis muerte. Habréis sido: trabajo, amor, dolor ...»

¿PARA QUE?

Empezar vacilantes (¿qué mañana?) el camino.
Ir a tientas subiendo en continuo esperar.
Tropezar. Levantarse. De nuevo tropezar.
Siempre por ruta incierta; con caminar mohíno.
Ser víctima de todo. Ser juguete del sino.
Crear siempre, al principio, y siempre al fin dudar.
Luchar. ¡Luchar sin tregua y rara vez triunfar!
Esclavos del acaso, peleles del destino.

Al fin, ya recorridos dos tercios de jornada,
ver que nada se puede, que no se sabe nada,
y cada vez más torpes continuar la ruta...

Hasta que al fin vencidos, el débil como el fuerte
dar, tras inútil vida, en más inútil muerte...
Santo o demonio, al cabo ¡un vaso de cicuta!

Cuando el poeta no puede acabar en los catorce versos reglamentarios, puede añadir dos o tres suplementarios, que es lo que se llama «estrambote». Uno de estos versos puede, si se quiere, ser heptasílabo. Nunca mejor ocasión para recurrir a Cervantes, a quien por ser incomparable en prosa ha hecho que se olvide quizá un poco lo mucho que valía como poeta. Véase uno en el que no por recurrir a la sátira deja de ser magnífico:

A UN VALENTON

Un valentón de espátula y gregüesco
que a la muerte mil vidas sacrifica,
cansado del oficio de la pica,
mas no del ejercicio picaresco,
retorciendo el mostacho soldadesco
por ver que ya su bolsa le repica,
a un corrillo llegó de gente rica
y en el nombre de Dios pidió refresco.

«Den voacedes, por Dios, a mi pobreza
-les dice- donde no, por ocho santos
que haré lo que hacer suelo sin tardanza.»

Mas uno que a sacar la espada empieza
«¿Con quién habla -le dijo- el tragacantos?

Si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?»
Respondió el bravonel: «Irme sin ella.»

Dos o tres versos bastaban a Cervantes y poetas clásicos para hacer un «estrambote». Ahora no se contentan con tan poco. Calle Iturrino necesita siete versos para completar su cosmológico estrambote:

SONETO ASTRONAUTICO

A la humana ambición ¿basta una esfera?
La redondez ¿no es la monotonía
del eterno retorno? Cansaría
vivir a cualquier hombre si supiera
que al emprender de nuevo su carrera
una vez y otra vez contemplaría
camino y paisajes que veía
en su gozosa iniciación romera.

¿El límite?: jamás. Probar fortuna
del espacio a través; ¡que Ciencia y Arte
sirvan a mi satánico delirio!

Hay que poner collares a la Luna,
hay que tirar de su mostacho a Marte
hay que encender nuestro cigarro en Sirio.

*Mas de nuestro martirio,
de vivir nuestra efímera existencia
con angustioso afán, con la conciencia
de nuestra triste suerte,*

*un satélite más no nos redime,
la conquista del cielo a nadie exime
de caminar sufriendo, hasta la muerte.*

Pero, ¿no se podrán incluso hacer sonetos sin que los catorce versos tengan el mismo número de sílabas? Un gran poeta moderno, Manuel Machado, con el siguiente, nos dice que sí, que se puede.

SONETO HETEROSILABICO

¿Qué nuevo nombre a ti, creadora de poetas,
esencia de la juventud,
si todas las magníficas y todas las discretas
cosas se han dicho y hecho en tu virtud?
¿Qué madrigal a ti, compendio de hermosuras,
luz de la vida, si
mis pequeños poemas y mis grandes locuras
han sido siempre para ti?
En la hora exaltada
de estos nuevos loores,
toda la gaya gesta de tu poeta es
tirar de la lazada
que ata el ramo de flores
y que las flores caigan a tu pies.

Pues ¿y qué decir de aquellos tan tremendamente poetas que juegan con los versos (¡y muy bien!), repitiéndolos a su gusto con la gracia y facilidad que los más hábiles de los niños con sus, bolitas de barro pintado, piedra o cristal? Vaya como muestra, sin salirnos del soneto, uno del incomparable Miguel Hernández:

FUERA MENOS PENADO

*Fuera menos penado si no fuera
nardo tu tez para mi vista, nardo,
cardo tu piel para mi tacto, cardo,
tuera tu voz para mi oído, tuera.*
*Tuera es tu voz para mi oído, tuera,
y ardo si te oigo y si te miro ardo,
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo
miera, mi voz para la tuya miera.*
*Zarza es tu mano si la tiento, zarza,
ola tu cuerpo si lo alcanzo, ola,
cerca una vez, pero un millar no cerca.*
Garza es mi pena, esbelta y triste garza,

sola como un suspiro y un ay, *sola*,
terca en su error y en su desgracia *terca*.

Antes de seguir con otro poeta malabarista de palabras, oigamos a uno que tampoco parece muy satisfecho. Pero que en todo caso canta asimismo bien su desengaño, Rafael de Penagos:

TODO AL FIN...

Todo al fin se convierte en añoranza,
en nostalgia de huida melodía.
Se muere la pasión, se muere el día
en un ocaso de desesperanza.

Nos habla, en la lejana lontananza,
el eco de la voz de la alegría,
melancolía hoy, melancolía,
para el oído de la remembranza.

Todo pasa, se torna aire de ausencia,
humo del corazón y la memoria,
flor del recuerdo, brisa fatigada:
beso, pasión, latido y apetencia.

Y del paso - fugaz - de cada historia
sólo queda el aroma: todo y nada.

En todo caso debemos a esta hermosa que hizo tanto suspirar a Rafael Penagos, el que éste lo haya hecho, como buen poeta, de tan bello modo para los que le escuchan:

¿TE ACUERDAS ...?

¿Te acuerdas, di, te acuerdas aún de ello?
Yo tengo en la memoria, bien precisa,
aquella prisa mía, aquella prisa
por quemar con mi aliento tu cabello.

Recuerdo aquel clarísimo destello,
las olas jubilosas de tu risa,
y aquella risa tuya, aquella risa,
que hacía bello y grácil todo aquello.

¡Cuánto y cuánto daría porque en todo
brillara aquel reír que se ha extinguido
y fuera tu mirar lo que antes fuera!

¡Cuánto por encontrar de nuevo el modo
de oponer a este invierno amortecido
aquella relumbrante primavera!

Enrique Domínguez Millán sabe suspirar también muy dulcemente cuando se siente abeja de amor. Véase:

AQUI ESTOY, ANTE TI...

Aquí estoy, ante ti, barco varado,
casi inerte, en un éxtasis constante;
aquí estoy con mi muda interrogante
ciñéndome a tu rostro y tu costado.

Inmóvil de ansiedad, siempre a tu lado,
aquí estoy en espera vigilante.
tengo el alma, instante tras instante,
prisionera en un sueño enamorado.

No quiero que tu amor deje entreabierto
resquicio de distancia o lejanía,
incesante amenaza de mi puerto.

Quiero que en mí te fundas toda entera:
urdimbre de tu esencia con la mía
enlace de tu miel y de mi cera.

¡Qué suerte que otra abeja enamorada -su mujer, Acacia Uceta-, además de poetisa
asimismo delicada, acudiera a decirle que su cera estaba ya fundida!

LA LLAMA DE TU AMOR

La llama de tu amor fundió mi cera.
Tus manos moldearon mi figura.
Por ti pude elevarme en mi estatura
y asomarme a tu huerto en primavera.

La llama de tu amor hizo que fuera
posible mi ilusión y mi ventura.
Aún me tiemblan tu brazo en la cintura
y el brillo suave de tu cabellera.

Yo sé que soy la luz que por ti luce:
tuya es la fuerza que me impulsa y hace
seguir la senda que hasta ti conduce.

Tú le diste a mi canto melodía.
He nacido a tu amor como se nace
al alba tras la noche, cada día.

Y si esto es Amor, y parece que lo es y dulce y fuerte, ¿qué decían de él nuestros clásicos? Oigamos a Quevedo, por ejemplo:

EL AMOR Y SUS TORMENTOS

Osar, temer, amar y aborrecerse,
alegre con la gloria, atormentarse;
de olvidar los trabajos olvidarse,
entre llamas arder sin encenderse;
con soledad entre las gentes verse
y de la soledad acompañarse;
morir continuamente, no acabarse,
perderse por hallar con qué perderse;
ser Fúcar de esperanzas sin ventura,
gastar todo el caudal en sufrimientos,
ser cera blanda ante la piedra dura,
son efectos de amor en mis tormentos.
Nadie le llame dios, que es gran locura,
pues más son de verdugo sus tormentos.

Ahora, hablando de poetas hábiles en hacer juegos malabares con los vocablos, veamos dos ejemplos más. Primero, de Nazario Restrepo, quien, evidentemente, tenía sus dudas sobre la poesía contemporánea:

ATENCION A LOS FINALES

El que por musa delincuente *cuenta*
la del pintor de *pincelada helada*,
y por ser loca *rematada... atada*,
diga que debe estar *durmiente, ¿miente?*

No; no es poeta el *decadente ente*
de cuya voz *alambicada, cada*
forma de puro *avinagrada, agrada*;
mas no fascina a inteligente *gente*.

Haz que te inspire tu guardiana, *Diana*,
huelan tus versos a *olorosa rosa*,
sea tu musa castellana *llana*.

No sea nunca la insidiosa diosa
de la moderna caravana vana,
que el verso convirtió en leprosa prosa.

Y ahora el de Quevedo de cuatro siglos antes:

SONETO DIFÍCIL

Es el amor, según abrasa, brasa;
es nieve a veces, puro hielo, hielo;
es a quien yo pedir consuelo, suelo;
y saco poco de su escasa casa.

Es un ardor que a quien traspasa, pasa,
y como a veces yo pasélo, sélo;
es un pleito do no hay apelo, pelo;
es del demonio que la amasa, masa.

Tirano a quien el Cielo inspira ira
un ardor que si no se amata, mata;
gozo, primero que cumplido, ido.

Flechero que al que se retira, tira;
cadena fuerte que aun de plata, ata;
y mal que a muchos ha tejido, nido

Y ahora uno aún más difícil del amable y fácil poet Francisco Rodríguez Marín, que solía firmarse Bachiller Francisco de Osuna:

CHISMOGRAFIA

Dícenme que decís, ex reina mía,
que os dicen que yo he dicho aquel secreto.
Y yo digo que os digo en un soneto
que es decir por decir tal tontería.

¡Que tal cosa digáis! ... ¡Quién lo diría!
¡Digo! ¿Iba yo a decir?... Digo y prometo
que digan lo que digan, yo respeto
lo que decís que os dije el otro día.

No digo que no digan (y me aflige)
lo que decís que dicen, pues barrunto
que dicen que hay quien dice por capricho.

Mas decid vos que digo que no dije
lo que dicen que dije de este asunto:
ni dije, ni diré. ¡Lo dicho, dicho!

Y del también amable, fecundo y fácil poeta que fue Bretón de los Herreros:

A LA PEREZA

¡Qué dulce es una cama regalada!

Qué necio el que madruga con la aurora
aunque las musas digan que enamora
oír cantar a un ave en la alborada!

¡oh, qué lindo en poltrona dilatada
reposar una hora y otra hora!
Comer, holgar.... ¡qué vida encantadora,
sin ser de nadie y sin pensar en nada!

¡Salve, oh Pereza! En tu macizo templo
ya, tendido a la larga, me acomodo.
De tus graves alumnos el ejemplo
arrastro, bostezando: y, en tal modo
tu apacible modorra a entrar me empieza,
que no acabo el soneto... de per... (eza).

Además, cuando se tiene un ingenio tan chispeante como el de Serafín Estébanez Calderón, nada es imposible mediante un soneto. Ni siquiera poner como hoja de perejil a un bibliófilo empedernido como era Bartolomé Gallardo. Véase:

Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
tenaza de los libros, chuzo, púa
de papeles, aparte lo ganzúa, hurón,
carcoma, polilleja, rata.

Uñilargo, garduña, garrapata;
para sacar los libros, cabria, grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa
armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,
un Simancas te cabe en un bolsillo,
te pones por corbata una maleta
con tal que encierre libros, ¡so gran pillo!
Y, en fin, te comerías como sopa,
llenas de libros, Africa y Europa.

¿A qué poetas no habrán pedido versos sus amadas o, quizá, simplemente curiosas de su musa? En todo caso a dos, al menos, a Hurtado de Mendoza y Lope de Vega. Al primero, Reina, mediante simple petición; al segundo y como orden, Violante. Veámoslo:

Pedís, Reina, un soneto, y os le hago:
ya el primer verso y el segundo es hecho;
si el tercero me sale de provecho,
con otro más en un cuarteto acabo.

El quinto alcanzo: ¡España! ¡Santiago,
cierra! Y entro en el sexto: ¡Sus, buen pecho!
Si del séptimo libro, gran derecho
tengo a salir con vida deste trago.

Ya tenemos a un cabo los cuartetos:
¿Qué me decís, señora? ¿No ando bravo?
Mas sabe Dios si temo los tercetos.
¡Ay! si con bien este segundo acabo,
¡nunca en toda mi vida más sonetos!
Mas deste, gloria a Dios, ya he visto el cabo.

A Lope, no obstante la conminación, parece haberle costado menos el suyo:

Un soneto me manda hacer Violante:
En mi vida me he visto en tal aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
como me vea en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
y parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo. Es más, sospecho
que voy los trece versos acabando.
Contad si son catorce, y está hecho.

Se podría asegurar sin mentir que el objeto de la mayor parte de los sonetos (como de los versos en general), o el pretexto apoyándose en el cual se hicieron, fue el amor, pues, muchos poetas cantaron a las mujeres que se lo inspiraban, pensando en lo que tantos goces y pesares produce. Véanse dos sonetos ocupándose de ellas:

De quince a veinte es niña; buena moza
de veinte a veinticinco, y por la cuenta
gentil mujer de veinticinco a treinta,
¡dichoso aquel que en tal edad las goza!
De treinta a treinta y cinco no alborozas,
mas se puede comer con salpimienta,
Pero de treinta y cinco hasta cuarenta,
anda en vísperas ya de una corozas.
A los cuarenta y cinco es bachillera,
gansea, pide y juega del vocablo.
Cumplidos los cincuenta da en santera.
A los cincuenta y cinco hecha retablo,
niña, moza, mujer, vieja, hechicera,
bruja y santera, se la lleva el diablo.

Este, anónimo, del XVI, claro ejemplo de la zafiedad, mal gusto, y ejemplo de poesía mala, veámosle junto a otro de Lope de Vega, que para todo hombre, y más si es poeta, la mujer siempre es algo por lo que se da la vida y el alma, si la hubiere:

Es la mujer del hombre lo más bueno,
y locura decir que lo más malo;
su vida suele ser y su regalo,
su muerte suele ser y su veneno.

Cielo a los ojos cándido y sereno,
que muchas veces al infierno igualo,
por bueno, al Mundo, su valor señalo;
por malo, al hombre, su rigor condeno.

Ella nos da su sangre, ella nos cría;
no ha hecho el Cielo cosa más ingrata;
es un ángel y a veces una harpía.

Quiere, aborrece, trata bien, maltrata,
y es la mujer, en fin, como sangría,
que a veces da salud y a veces mata.

En 1945, cuando el exilio, ya largo, pensábamos que pronto sería corto, escribía:

Ocho años ha, cruzaba la frontera.
La tierra estaba igual, llena de flores.
Y una vez y otra vez vi sus colores
marchitarse y morir de igual manera.

Ocho años que el invierno por doquiera
vino a llenarlo todo de rigores.
Ocho años que alivió muchos dolores
con su bálsamo azul, la primavera.

Sólo mi corazón no ha variado,
ni mis firmes ideas han cambiado,
ni doblado los golpes mi entereza.

Mi frente blanca está, mas no vencida.
Blanca, porque el camino de la vida,
ha llenado de polvo mi cabeza.

Con frecuencia el soneto es el medio ideal para expresar los sentimientos, ora amorosos, ora desengañados. Dos ejemplos muy buenos de cada clase. De los primeros, de los amorosos, uno de Bernardo de Balbuena y el otro de Quevedo. De Balbuena:

Perdido ando, señora, entre la gente
sin vos, sin mí, sin ser, sin Dios, sin vida:
sin vos porque de mí no sois servida,
sin mí porque sin vos no estoy presente;
sin ser porque del ser estando ausente

no hay cosa que del ser no me despida;
sin Dios porque mi alma a Dios olvida
por contemplar a vos continuamente;

sin vida porque ausente de su alma
nadie vive, y si ya no estoy difunto
es en fe de esperar vuestra venida.

¡Oh vos por quien perdí alegría y calma
miradme amable y volveréisme al punto
a vos, a mí, a mi ser, mi Dios, mi vida!

Ahora un soneto amoroso de Quevedo:

Tras arder siempre, nunca consumirme;
y tras siempre llorar, no consolarme;
tras tanto caminar, nunca cansarme;
y tras siempre vivir, jamás morirme.

Después de tanto mal, no arrepentirme;
tras tanto engaño no desengañarme;
después de tantas penas, no alegrarme;
y tras tanto dolor, nunca reírme.

En tanto laberinto no perderme,
ni haber tras tanto olvido recordado.
¿Qué fin alegre puedo prometerme?

Antes muerto estaré que escarmentado:
Ya no pienso tratar de defenderme,
sino de ser de veras desdichado.

Y otro soneto amoroso de un poeta moderno, Francisco Morán, que tras encontrar todas las perfecciones en su amada, le recuerda que la belleza solo sirve para amar:

Tu gracia toda gracia transfigura;
tu sonrisa cielo es que resplandece;
la noche con tus ojos se oscurece;
la nieve de ti toma su blancura.

Se hace dulce en tus labios la dulzura;
la primavera para ti florece;
tu belleza las flores embellece,
y todo, en fin, proclama tu hermosura.

No temas derrochar esta riqueza,
pues, volviendo al pasado la mirada,
pronto te enfrentarás con la certeza

de que no te ha servido para nada
gracia, luz, ojos, labios y belleza
si no has sabido amar ni has sido amada.

Y ahora dos sobre la nostalgia de una juventud que fue y una vida que se va:

A LA BREVEDAD DE LA VIDA

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh cómo te deslizas, vida mía!
¡Qué mudos pasos tras la muerte fría
pisando vanidad, soberbia y galas!
Ya cuelga de mi muro sus escalas,
y es su fuerza mayor mi cobardía:
Por vida nueva tengo cada día
que el tiempo cano nace entre sus alas.
¡Oh mortal condición! ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer ver el mañana
sin temor de si quiero ver mi muerte!
Cualquier instante de esta vida humana
es un nuevo argumento que me advierte
cuán frágil es, cuán mísera y cuán vana.

(Quevedo)

Otro, de Pilar de Valderrama, cuando ya sólo le importaba sentirse cerca de los que amaba es, como de mujer, más dulce, pero no más optimista.

LO UNICO QUE ME IMPORTA

No me importa dejar un Mundo loco
que ha forjado una vida sin sentido.
El corazón parece está dormido.
Vale el dinero, lo demás muy poco.
Tampoco vale amar, buscar tampoco
silencio y soledad. Impera el ruido.
En este torbellino ¡cómo evoco
la juventud aquella que he vivido!
Dejaré sin sufrir ningún quebranto
este anti-arte, anti-música, anti-todo
lo grato y bello. Sólo me conforta
tener cerca los seres que amo tanto,
aunque sienta perderlos de tal modo,
que ya esto sólo de verdad me importa.

Y para que no quedemos con una impresión de melancolía y pesimismo, encargue-mos al propio Quevedo que nos lo disipe mediante un soneto burlesco y otro un poquito más que burlesco. Vaya el primero:

Dícenme, don Gerónimo, que dices
que me pones los cuernos con Ginesa;
yo digo que me pones cama y mesa,
y en la mesa capones y perdices.

Yo hallo que me pones los tapices
cuando el calor por el octubre cesa:
Por ti mi bolsa, no mi testa, pesa,
aunque con molde de oro me la rices.

Este argumento es fuerte y es agudo;
tú imaginas ponerme cuernos; de obra
yo, por lo que imagino, te desnudo.

Más cuerno es el que paga que el que cobra;
ergo, aquel que me paga es el cornudo
lo que de mi mujer a mí me sobra.

Y Quevedo, que como Aristófanes, descubrió que la gracia se esconde tras esas necesidades íntimas que, si satisfechos, alivian el cuerpo y descansan el alma y, si reprimidas, el carácter agrían y el espíritu entristecen, escribía:

SONETO CASI COPROLOGICO

La voz del ojo que llamamos pedo,
ruiseñor de los presos, detenida,
da muerte a la salud más prevenida
y el mismo Preste Juan la tiene miedo.

Mas pronunciada con el labio acedo
y del antro canoro despedida,
con risas y con pullas da la vida,
y con puf y con asco siendo quedo.

Ríome del poder de los monarcas
que se precian, cercados de tudescos,
de dar la vida y dispensar las parcas.

Pues en el tribunal de los gregüescos
con aflojar y reprimir las arcas
cualquier culo lo hace con dos cuescos.

Después de Cervantes a quien, su valor incomparable como prosista ha hecho, quizá, olvidar un poco su valía como poeta y de Lope y de Quevedo, trípode supremo, los tres, de las letras españolas en el Siglo de Oro y hasta ahora, cierro este breve homenaje a su majestad el soneto con seis de dos excelentes vates modernos que en el Parnaso, son los que seguramente deciden si los que llegan diciéndose poetas deben entrar o no: Federico García Lorca y Miguel Hernández.

De Federico

SONETO

Largo espectro de plata conmovida
el viento de la noche suspirando
abrió con mano gris mi vieja herida
y se alejó; yo estaba deseando.

Llaga de amor que me dará la vida
perpetua sangre y pura luz brotando.
Grieta que en Filomena enmudecida
tendrá bosque, dolor y nido blando.

¡Ay qué dulce rumor en mi cabeza!
Me tenderé junto a la flor sencilla
donde flota sin alma tu belleza.

Y el agua errante se pondrá amarilla,
mientras corre mi sangre en la maleza
olorosa y mojada de la orilla.

(F. García Lorca)

SONETO

Tengo miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua, y el acento
que de noche me pone en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.

Tengo pena de ser en esta orilla
tronco sin ramas; y lo que más siento
es no tener la flor, pulpa o arcilla,
para el gusano de mí sufrimiento.

Si tú eres el tesoro oculto mío,
y eres mi cruz y mi dolor mojado,
si soy el perro de tu señorío,
no me dejes perder lo que he ganado
y decora las aguas de tu río
con joyas de mi otoño enajenado.

(F. García Lorca)

SONETO

Una viola de luz yerta y helada
eres ya por las rocas de la altura.
Una voz sin garganta, voz oscura

que suena en todo sin sonar en nada.

Tu pensamiento es nieve resbalada
en la gloria sin fin de la blancura.
Tu perfil es perenne quemadura,
tu corazón paloma desatada.

Canta ya por el aire sin cadena
la matinal fragante melodía,
monte de luz y llaga de azucena.

Que nosotros aquí de noche y día
haremos en la esquina de la pena
una guirnalda de melancolía. (F. García Lorca)

De Miguel Hernández:

ECHA LA LUNA EN PANDOS AGUACEROS

Echa la Luna en pandos aguaceros
vahos de luz que los árboles azulan
desde el éter goteado de luceros...
En las eras los grillos estridulan.

Con perfumes balsámicos, pululan
las brisas por el campo. En los senderos
los lagartos verdean, y se ondulan
los reptiles agudos y rastreros.

Se oye rumor de pasos... ¿Quién se acerca?
¡Desnuda una mujer!... Su serenata
quiebra el grillo; el lagarto huye; se rolla
el silbante reptil. Y en una alberca
-arcón donde la Luna es tul de plata-
se echa la Leda astral como una joya.

o este, sobre la bienhallada pena:

PENA - bienhallada

Ojinegra la oliva en tu mirada,
boquitierna la tórtola en tu risa,
en tu amor pechiabierta la granada,
-barbioscura en tu frente nieve y brisa.

Rostriazul el clavel sobre tu vena,
malherido el jazmín desde tu planta,
cejijunta en tu cara la azucena,
dulciamarga la voz en tu garganta.

Boquitierna, ojinegra, pechiabierta,
rostriazul, barbiosa, malherida,
cejijunta te quiero y dulciamarga.

Semiciego por ti llego a tu puerta,
boquiabierta la llaga de mi vida,
y agridulce la pena que me embarga.

A TI, LLAMADA IMPROPIAMENTE ROSA

A ti, llamada impropriamente Rosa,
impropriamente Rosa, impropriamente,
rosa desde los pies hasta la frente
que te deshojarás al ser esposa.

Propia de rosas es tu piel de rosa
de cáliz y de pétalos caliente.
Pero es tu piel de rosa indiferente
otra rosada y diferente cosa.

Te llamas Rosa: si lo eres, dime:
¿Dónde están las espinas, los dolores
con que todos las rosas se defienden?

Por ser esposo de una rosa gime
mi cuerpo de claveles labradores
y ansias de ser rosal de ti le encienden.

Silva.-Combinación de versos heptasílabos y endecasílabos aconsonantados y con libertad de lugar. Si está dividida en partes iguales se denomina «estancia». Como ejemplo de estancia véase en la antología la *Canción a las ruinas de Itálica*, de Caro. Otra muestra:

Iba cogiendo flores
y guardando en la falda
mi ninfa, para hacer una guirnalda.
Mas primero las toca
a los rosados labios de su boca
y les da de su aliento los olores.
Y estaba (por su bien) entre una rosa
una abeja escondida
su dulce amor hurtando;
y como en la hermosa
flor de los labios, se halló, atrevida,
la picó, sacó miel, fuese volando.

Lira.- Estrofas de cinco versos en las que el segundo y el quinto son endecasílabos, y heptasílabos el primero, tercero y cuarto. Riman primero con tercero y segundo con cuarto y quinto. Veamos un fragmento de una lira de Fray Luis de León, que encontrará

completa en el texto de la selección y que estará siempre entre las mil mejores de la poesía universal:

AL SALIR DE LA PRISION

De nuevo, ¡oh Salamanca!,
estoy aquí, de la prisión salido.
La frente toda blanca,
el cuerpo envejecido.
¡Sí las canas me hiciesen más temido!

Romance.-El romance es una combinación métrica de origen genuinamente español, que se caracteriza por tener todos los versos pares asonantados, y los impares, libres. Hay romances formados con versos de cinco sílabas, de seis, de siete y de once. Pero el verdadero romance, el clásico, es el de versos octosílabos. Hasta tal punto, que cuando se habla simplemente de «romances» se sobrentienden éstos. Los otros reciben nombres especiales: «romances heroicos o endecasílabos», si de diez sílabas; «endechas o romances heptasílabos», los de versos de siete sílabas, y «romances cortos o romancillos», los de cinco y seis. Ejemplo, romance heroico:

Ante el soberbio pórtico anchuroso
un cuadrado jardín, al que cercaba
verja de limpio bronce, se extendía
todo alfombrado de olorosas plantas.

(Duque de Rivas)

A título de ejemplo me atrevo a transcribir uno que escribí, ya hace mucho tiempo, para un periódico del exilio, cuando aún libertad y república formaban parte de la esperanza:

AÑO NUEVO

El mudo del brazo largo,
el que a todos nos alcanza
desespero del que espera
y enemigo del que ama,
lanzó lento doce flechas,
otros dirán campanadas,
de la Luna nocharniega
sobre el escudo de plata.
La última, rebotando
contra la redonda cara
rechazó contra el arquero
y le hirió como una lanza.

Y de su pecho implacable
 salió un niño todo escarcha,
 que apenas desperezado
 tendió la vista con calma.
 Y al ver a un viejo que huía
 con clepsidra y con guadaña,
 le grito fuerte -¡He! ¡Abuelo!
 ¿qué ocurre que así escapas?
 El viejo, aflojando el paso,
 pero sin dejar la marcha,
 le replicó: -Tengo prisa
 por dejarte a ti la carga.
 -¿Tan mala es? -Abre los ojos.
 El niño miró con ansia
 y pronto sus ojos claros
 cubrían de plata lágrimas.
 -¡Mala es la cosecha, abuelo!
 -¡Es que la semilla es mala!
 Todo el grano es odio, luchas
 codicia, envidias, venganzas,
 ambiciones, villanías...
 -¿Por qué no miras a España?
 -¡España solar de odios!
 (suspiró la voz cansada
 perdiéndose entre la niebla
 sábana de la mañana).
 ¿Mirar?... No me queda tiempo.
 Mira tú si tienes ganas.
 Volvió el niño la cabeza
 mientras la voz se alejaba,
 y vio algo que renacía:
 Un pueblo que despertaba
 sobre un lecho de rencores
 buscando libertad al alba...

Y no puedo seguir porque no me acuerdo de más. Le publiqué hace muchos años (en Enero, creo, del 1942); no recuerdo dónde y mi retentiva, tan eliz entonces, con la edad, que no perdona, ha ido abandonándose. Bien me he dado cuenta al componer esta noticia preliminar que había pensado podría hacer enteramente de memoria, pero que me ha obligado, para muchas poesías, a tener que ir a buscarlas a los textos para no resultar, sin proponérmelo, coautor de ellas.

Romancillo:

El que inocente

La vida pasa
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos; ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas. (Moratín)

Endecha: de Lope de Vega

¡Pobre barquilla mía
Entre peñascos rota,
Sin velas, desvelada
Y entre las olas sola!

¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.

Ovillejo-Combinación métrica que consta de tres versos octosílabos, seguido cada uno de otro de pie quebrado con el que forma consonancia y de una redondilla cuyo verso final está compuesto de los tres pies quebrados:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes!
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los celos!
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia!

De este modo a mi dolencia
ningún remedio me alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.

(Cervantes)

Aunque éste es el tipo clásico de ovillejo, Quevedo dio este nombre a varias composiciones ligeras de versos heptasílabos y endecasílabos, que pueden verse en *Urania* su novena musa. Véase el que titula:

A SAN PEDRO CUANDO NEGÓ A CRISTO NUESTRO SEÑOR

¿Adónde, Pedro, están las valentías,
Que los pasados días

Dixiste al Señor? ¿Dónde los fuertes
 Miembros para sufrir con él mil muertes?
 ¿Pues sola una mujer, una portera
 Os hace acobardar de esa manera?
 A Dios negaste; luego os cantó el gallo,
 Y otro gallo os cantara a no negallo;
 Pero que el gallo cante
 Por vos, cobarde Pedro, no os espante
 Que no es cosa muy nueva o peregrina
 Ver el gallo cantar por la gallina

En estrofas como las enumeradas (que con razón se las puede llamar «clásicas») está escrito lo mejor de nuestra lira. Pero aún quedan los versos llamados «libres», «suelos» o «blancos», que son aquellos que no se ajustan ni sujetan a rima. La poesía evoca imágenes distintas en cada persona que la lee o escucha. Se ayuda de la cadencia y de la rima (esta última sólo se incorpora a la poesía al perderse la distinción entre sílabas largas y breves en el bajo latín, hacia el siglo V) y es básica en las lenguas romances, pero no indispensable. Al fin y al cabo, no existía en la poesía griega y latina, donde el solo apoyo era el ritmo y la cadencia que daba la alternancia de largas y breves, y la belleza de las imágenes. Son por esto los versos libres los más difíciles de hacer por no tener la ayuda de la rima, que ésta, sobre no ser esquiva a los verdaderos poetas (ni a los mediocres, de los que suele constituir la única gala de sus versos), con la hermosura y encanto de su cadencia y musicalidad hace, a veces, pasar por buenos, versos medianos, mientras que el verso libre, como va desnudo, requiere de mensaje de fondo cuanto de galas exteriores carece. De ahí su dificultad. En castellano, los clásicos suelen ser endecasílabos lo que les da un ritmo especial muy grato. Ejemplos:

Desde el oculto y venerable asilo
 Do la virtud austera y penitente
 Vive ignorada y, del liviano mundo
 Huida, en santa soledad, se esconde.
 El triste Fabio al venturoso Anfriso
 Salud en versos flébiles le envía...

(Jovellanos)

ODA SAFICA

Dulce vecino de la verde selva,
 huésped eterno del abril florido,
 vital aliento de la madre Venus,
 céfiro blando...

(Esteban Manuel de Villegas)

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA

Como una casta ruborosa virgen
se alza mi musa, y tímida de cuerdas
pulsándola de su arpa solitaria,
suelta la voz al canto...

(Manuel de Cabanyes)

El que la poesía se sirva preferentemente del verso para expresar sus creaciones no quiere decir que en pura y llana prosa no se pueda hacer poesía. Muchos libros hay en prosa que son totalmente poéticos (poesía pura son muchos trozos del «Quijote», y líricos e inspiradamente poéticos largos párrafos de los discursos de Castelar), por ejemplo, y ni que decir tiene, ese libro admirable que es *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez. Sin embargo, hay muchas obras escritas totalmente en verso, en un tiempo fue moda, como acontece con la *Historia de España* del padre Isla y gran número de poesías del siglo XVIII, que son enteramente prosaicas. Tan erróneo es, pues, creer que un escritor no puede ser altísimo poeta, aunque no haya escrito en su vida un verso, como pensar que todos los versos son poéticos (muchas veces ni siquiera son tales versos), y poetas todos los que se sirven de «coplas» o de «aleluyas» más o menos pomposas y disfrazadas de aparente ropaje poético, para dar forma a sus desmedradas lucubraciones.

En la poesía ocurre en cierto modo como en la música: la rima es como la inspiración melódica. Si bien se puede hacer música combinando sólo sonidos, sin hilo melódico que los una, lograr una obra mayor de esta forma es empresa aún por demostrar. Por otra parte, si sólo se tiene una cierta habilidad melódica, se puede llamar la atención una vez, pero difícilmente se soporta la segunda. Nada más lejos de nuestra intención que entrar a definir lo que es bueno o malo en poesía, pero sí nos atreveríamos a dar una regla práctica: la poesía que se lee una y cien veces y sigue emocionando, es buena; la que difícilmente aguanta una segunda lectura, es dudoso que hubiera pasado la criba de aquellos maravillosos poetas, escritores e intelectuales amigos del 27 que tanto ayudaron a definir esta selección poética que ahora te ofrecemos.

La segunda mitad del siglo XX ha sido pródiga en verso libre, quizá porque se presta para la llamada poesía «social», que intenta denunciar los abusos de una sociedad injusta, aunque esto, a veces, cueste la vida al poeta. Recuérdese a García Lorca y a Miguel Hernández, o a León Felipe y Antonio Machado, que si escaparon vivos fue sólo para morir de tristeza en el exilio; el que no ocurra siempre (perdóname lector un recuerdo íntimo, pero nunca podré olvidar el entierro de Antonio Machado, apenas éramos una docena en Colliure) es ya un logro social notable. El problema de la poesía social, como el de la epigramática, es que con frecuencia, no soporta el paso del tiempo. Igualmente que hoy nos resulta difícil reírnos con el humor de nuestros abuelos que, en el mejor de los casos, encontramos inocente, el poema social que pudo enardecer los ánimos en Mayo del 68, no es hoy, la mayoría de las veces, mas que una anécdota raramente recordada.

Bécquer, ese poeta excelso entre los grandes del romanticismo, decía "... *siempre habrá poesía*" y quisiéramos cerrar estas notas sobre el arte poética castellana con este poema de Bécquer y otros actuales en verso libre, donde por «libre» debemos entender libertad total del poeta para expresar sus ideas; unas veces habrá rima entre versos, o a mitad de uno, si conviene a la cadencia, otras simplemente una imagen bella, que en cada uno evocará una emoción distinta. En cualquier caso, lo único seguro es que "... *siempre habrá poesía*".

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira.
Podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el Sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el Mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
Y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;
mientras la Humanidad, siempre avanzando,
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rían;
mientras se llore
sin que el llanto acuda a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

De Miguel Hernández, que probablemente nunca se paró a pensar si lo que creaba en su poesía era verso libre, o rimado, o soneto o, simplemente, qué métrica empleaba para describir sus imágenes:

CULEBRA

Aunque
se horroricen
los gitanos,
lógica consecuencia
de la vida
malabarista
del silbo,
angosta
como el mismo:
culebra, canta
y dame la manzana.

Contra
tu abatida
posición
sublévate.
Esgrime
tu crespada
espada
sobre verde.

Eleva
tu cohete
permanente
a dogal
en mi garganta.
Y dame la manzana.

Consejera
fatal
por dicha
mía,
de mi madre
toda pies:
pon pulseras
consecutivas
a mis brazos
aunque
se horroricen
los gitanos.

Y dame la manzana.

«Dame la manzana» era una expresión en griego clásico sinónima de «dame tu amor» ¿quien se la enseñaría a Miguel Hernández?

LIMON

Oh limón amarillo,
patria de mi calentura.
Si te suelto
en el aire
oh limón amarillo,
me darás
un relámpago
en resumen.

Si te subo
a la punta
de mi índice,
oh limón
amarillo,
me darás
un chinito
coletudo,
y hasta toda
la China
aunque desde
los ángeles
contemplada.

Si te hundo
mis dientes
oh agrio
mi amigo,
me darás
un mínimo
de mar.

TORO

Insula de
bravura,
dorada
por exceso
de oscuridad.

En la plaza
disparándose
siempre
por el arco
del cuerno.
Golpeando
el platillo
de la arena.

Enlazando
caballos
con vínculos
de hueso.
Elevando
toreros
a la gloria.
Realizando
con ellos
el mito
de Júpiter
y Europa.

Y ahora, para acabar estas notas, vayamos a Sudamérica para recordar a un gran poeta actual, Mario Benedetti:

EL HIJO

De haber tenido un hijo
no lo habría llamado
ni mario ni orlando ni Hamlet
ni hardy ni brenno
como reza mi fardo onomástico
más bien le habría
colgado un monosílabo
algo así como luis o blas o juan
o paz o luz si era mujer
de manera que uno pudiera convocarlo
con sólo respirar
de haber tenido un hijo
le habría enseñado a leer
en los libros y muros
y en los ojos veraces
y también a escribir
pero sólo en las rocas
con un buril de fuego

de modo que las lluvias
limpiaran sus palabras
defendiéndolas
de la envidia y la roña
y eso aunque nadie nunca
se arrimara a leerlas
de haber tenido un hijo
acaso no sabría qué hacer con él
salvo decirle adiós
cuando se fuera
con mis heridos ojos
por la vida.

En Arte y en poesía en particular, las clasificaciones, los análisis, los estudios, en general, pueden ser entretenidos, aumentar en interés por lo que se lee o servir para enseñar, pero no valen ni para hacer poesías, ni poetas. Serlo es un don de los dioses con el que se nace o no. Solo la obra final tiene valor, sólo ella es buena o mala. Este es el castigo, o la gloria, del que se atreve a hacer algo en Arte. A veces el resultado ni siquiera es malo, sino sólo mediocre, y esto es aún más triste, no se perdona jamás; la poesía mala sirve, al menos, para citarla como ejemplo de vulgaridad. Si estas notas, que hemos reunido a modo de prólogo de esta antología, han servido para entretener o para despertar la curiosidad de un futuro poeta, aún niño, estamos pagados con creces.

JUAN BAUTISTA BERGUA

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA

ANTOLOGÍA POÉTICA

POEMA DE MIO CID

(Anónimo, Hacia 1140, Fragmento)

Adiós del Cid a su familia

La orafion fecha,-la missa acabada la an,
salieron de la eglesia,-ya quieren cavalgar.
El Cid a doña Ximena-ivala abraçar;
doña Ximena al Cid-la manol va besar,
llorando de los ojos,-que non sabe qué se far.
E él a las niñas-tornólas a catar:
«a Dios vos acomiendo-e al Padre spirital;
agora nos partimos,-Dios sabe el ajuntar»
Llorando de los ojos,-que non vidieste atal,
asis parten unos d'otros-commo la uña de la carn[e].
Myo Cid con los sos vassallos-pensó de cavalgar,
a todos esperando,-la cabefa tornando va.

A tan gran sabor-fabló Minaya Albar Fáñez:
«Cid, do son vuestros esfuerços?-en buena nasquiestes
[de madre;

pensemos de ir nuestra vía,-esto sea de vagar.
Aun todos estos duelos-en gozo se tornarán;
Dios que nos dió las almas-consejo nos dará.»
Al abbat don Sancho-tornan de castigar,
commo sirva a doña Ximena-e a las fijas que ha,
e a todas sus dueñas-que con ellas están;
bien sepa el abbat-que buen galardón dello prendrá.

Ornado es don Sancho,-e fabló Albar Fáñez:
«Si viéredes yentes venir-por conusco ir, abbat,
dezildes que prendan el rastro-e pienssen de andar,
ca en lermo o en poblado-poder nos han alcançar.»
Soltaron las riendas-piensen de andar;
cerca viene el plazdo-por el reyno quitar.
Vino myo Cid yazer-a Spinoza de Can

*** **

LOS SIETE INFANTES DE LARA

(Anónimo, Siglo XII, Fragmento)

La cabeza de [don] Muño-tornola en su lugar
e la de Diago Gonçalez- [en los braços] fue a tomar;
[e] mesando sus cabellos-e las barbas de su faz:
«Señero, so, e mezquino-para estas bodas bofordar!
Fijo Diago Gonçalez, -a vos amaba yo mas,
facialo con derecho-ca vos nacierades antes.
Grant bien vos queria el conde-ca vos erades su alcalla
tambien toviesteis su seña,-en el vado de Cascajar.»

... ..

GONZALO DE BERCEO

(Siglo XII-XIII)

El labrador avaro

Era en una tierra un omme labrador,
que usava la reia más que otra lavor:
más amava la tierra que non al Criador,
era de muchas guisas ome revolvedor.

Fazie una nemiga, faziela por verdat,
cambiaba los mojonos por ganar eredat;
fafie a todas guisas tuerto e falsedat,
avíe mal testimonio entre su vecindat.

Querie, pero que malo, bien a Sancta María,
udie sus miraculos, davalis acogía;
saludávala siempre, diciela cada día:
«Ave gracia plena que parist a Messía.»
Finó el rastrapaia de tierra bien cargado,
en sogá de diablos fue luego cativado,
rastravando por tienllas, de cozes bien sovado,
pechavanli a duplo el pan que dió mudado.

Doliéranse los angeles desta alma mezquina,
por quanto la levaban diablos en rapina:
quisieron acorrelli, ganarla por vecina,
mas pora fer tal pasta menguabalis farina.

Si lis dizien los angeles de bien una razón,
ciento dicien los otros, malas que buenas non:
los malos a los bonos tenienlos en rencon,
la alma por peccados non issie de presson.
Levantosse un angel, disso: «Io so testigo,
verdat est, non mentira, esto que o vos digo;
el cuerpo, el que trasco esta alma consigo,
fué de Sancta María vassallo e amigo.

Siempre la ementava a iantar e a cena:
dizieli tres palabras: «Ave gracia plena»,
la boca por qui essie tan sancta cantilena,
non merecie iazer en tal mal cadena.

Luego que esti nomne de la Sancta Reina
udieron los diablos, cojieronse ad ahina,
derramaronse todos como una neblina,
desampararon todos a la alma mesquina.

Vidieronla los angeles seer desemparada,
de pienes e de manos con sogas bien atada,
sedie como oveia que íaze ensarzada,

fueron e adussieronla pora la su maiada.

Nomne tan adonado e de vertut atanta
que a los enemigos seguda e espanta,
non nos deve doler nin lengua nin garganta,
que non digamos todos: «Salve Regina Sancta.»

POEMA DE FERNAN GONZALEZ

(Anónimo, 1250-1271, Fragmento)

Venta del azor y el caballo

Auíá en estas cortes muy grand pueblo sobejo,
después quel conde vino duro los poquellejo
ca dióles el buen conde mucho de buen consejo,
dellos en poridad, dellos por buen concejo.

Leuava don Ferrando vn mudado afor,
non auía en Castiella otro tal nin mejor
otrosy vn caualllo que fuera de Almanfor,
auía de todo ello el Rey muy grant sabor.

De grand sabor el Rey de a ellos lleuar,
luego dixo al Conde que los quería comprar.
«Non los vendería, sennor, mandedes los tomar,
vender non vos los quiero, mas quiero vos los dar».

El Rey dixo al Conde que non los tomaría,
mas afor e cavallo que se los compraría,
que d'aquella moneda mill marcos le daría,
por afor e cavallo sy dar se los quería.
Abenieronse ambos, fizieron su mercado,
puso quando lo diesse a día sennalado;
sy el auer non fuesse aquel día pagado,
siempre fues cada día al gallarin doblado.

Cartas por ABC partydas y fizieron,
todos los juramentos allí los escriuieron,
en cabo de la carta los testigos pusieron
quantos a esta merca delante estouieron.

Assaz avía el Rey buen caualllo comprado,
mas saliól a tres annos muy caro el mercado,
con el auer de Francia nunca sería pagado,
por y perdió el Rey Castiella, su condado.

.....

LIBRO DE ALIXANDRE

(Anónimo, Siglo XIII, Fragmento)

Los grifones amaestrados

Fizo prender dos grifos que son aves valientes,
abeçolos a carnes saladas e rezientes,
tovolos muy viçiosos de carnes convinientes
entro a que se ficieran gruesos e muy valientes.

Fizo fer una casa de cuero muy sobado
quanto cabrie un ome a anchura posado,
ligóla a los grifos con un firme filado
que non podrie falsar por un ome pesado.

Fizoles el comer por tres dias toller
por amor que oviesen talento de comer,
fizose el demiente en el cuero coser,
la cara descubierta, que pudiese veller.

Priso en una piertega la carne esfetada,
en medio de los grifos pero bien alongada;
cuydavanse cevar, mas noin les valió nada,
los grifos por prenderla dieron luego bolada.

... ..

LIBRO DE APOLONIO

(Anónimo, Siglo XIII, Fragmento)

Tarsiana, juglaresa

El sermón de la duenya fue tan bien adouado
que fué el coraçon del garçon amansando.
Diole plaço poco ha día senyalado,
mas que ella catase que hauie demandado.

Luego el otro día de buena madurguada
levanto se la duenya rica miente adobada;
priso huna viola buena e bien temprada,
e salio al mercado violar por soldada.
Començo hunos viesos e hunos sones tales
que trayen grant dulçor e eran naturales.
Finchien se de omnes a priesa los portales,
non les cabie en las plaças subien se a los poyales.

Quando con su viola houo bien solazado,
a ssabor de los pueblos houo asaz cantado,
torno les a rezar hun romance bien rimado
de la su razon misma por ho hauia pasado.

Fizo bien a los pueblos su razon entender.
Mas valie de cient marquos ese día el loguer.
Fue sse el traydor pagando del menester;
ganava por ello sobeiano grant auer.

POEMA DE ALFONSO ONCENO

(Anónimo, Siglos XII-XIV, Atribuido a Rodrigo Yannes, Fragmento)

El Infante Don Juan vence a los moros

Don juan, con gran plaser,
quando ffue adelantado
ayuntó muy gran poder,
en Córdoba fue entrado.

Con grand poder de mesnada
commo caudillo ssotil,
entró en tierras de Granada,
passo aguas de Xinnyl.

Su camino luego andó,
e fué correr Antequera,
el con Don Osmin lidió
e con grant gente rrefartera.

Todo el poder de Granada
con osmin ffueron venidos,
en gran lid aplasada
los moros ffueron vençidos,

Mal fueron desbaratados,
Dios quisso por ssu bondat,
en Guadalforçe arrancados,
e muerta grand potestad.

El Osmin escapó uil,
en que mató los infantes,
e dexó bien trece mill
muertos e mal andantes.

E entrado ffue por Granada
con muy gran pessar ssyn
Don Juan fiso tornada, [tiento;
con la onrra del vençimiento.

Don Johan agora dexemos
que vençió aquesta lid
del muy noble rey fablemos
que está en Valladolid. ...

ALFONSO XI

(1314 (?)—1350)

Cantiga

En un tiempo cogí flores
del muy noble paraíso,
cuitado de mis amores
e d'el su fremoso riso!
e siempre vivo en dolor
e ya lo non puedo sofrir,
mais me valera la muerte
que en el mundo vivir.

Yo con cuidado d'amores
vol' o vengo ora dizer,
que he d'aquesta mi senhora
que muicho desejo aver.

En el tiempo en que solía
yo coger d'aquestas flores,
d'al cuidado non avia
desde, vi los sus amores;
e non sen por qual ventura
me vino a defalir,
si lo fizo mi pecado,
si lo fizo el mal decir.

Yo con cuidado d'amores...

No creades, mi senhora,
el mal dizer de las gentes,
ca la muerte m'es llegada
sy en ello parades mentes;
ay senhora, noble rosa,
mercede vos vengo pedir,
avede de mi dolor
e non me dexedes morir.

Yo con cuidado d'amores...

Yo cogí la flor das frores
de que tu coger solias,
cuitado de mis amores
bien se lo que tu querias;
Dios lo pues te por tal guisa
que te lo pueda fazer,

ant' yo quería mi muerte
que te asy veja a morrer.
Yo con cuidado d'amores...

RABI SEM TOB

(Siglo XIV, Fragmento)

Proverbios morales

Sennor noble, rrey alto,
oyd este sermon
que vos dise don Santo,
judio de Carrion.

Comunal-mente rrimado
de glosas y moral-mente
de philosophya sacado,
es el desir syguiente.

El rrey Alfonso fynando,
asy fincó la gente,
commo el pulso, quando
fallesçe al doliente.

Ca ninguno cuydaria
que tan grande mejoría,
en el reyno fyncaria:
nin hombre lo creya,
quando es seca la rrosa
que ya su sason sale,
queda el agua olorosa,
rosada que mas vale.

Asy quedastes vos dél
para mucho durar
y librar lo que de él
cobdiciaua librar.

Commo la debda mía
que a vos muy poco monta,
con la cual yo podia
benir syn toda honta.

Yo estando en afruenta.
por miedo de pecados,
muchos que fis syn cuenta
menudos y granados;

tenia-me por muerto,
mas vino-me al talante
vn conorte muy fierto,
que me fiso bien andante.

Honbre torpe syn seso,
seria a Dios baldón
la tu maldad en peso

poner con su perdon.

El te fiso nasçer,
biues en merced suya,
¿commo podría vencer
a su obra la tuya?

Pecar es la tu manna,
la suya perdonar,
y alongar la sanna
los yerros baldonar.

Tanta ventaja quanto
ay del çielo a la tierra,
el su poder es tanto
mayor que la tu yerra.

Segund el poder suyo
asy en todo te sobra,
qual es el poder tuyo
atal es la tu obra.

... ..

RABI SEM TOB

(Siglo XIV, Fragmento)

Proverbios morales

Sennor noble, rrey alto,
oyd este sermon
que vos dise don Santo,
judio de Carrion.

Comunal-mente rrimado
de glosas y moral-mente
de philosophya sacado,
es el desir syguiente.

El rrey Alfonso fynando,
asy fincó la gente,
commo el pulso, quando
fallesçe al doliente.

Ca ninguno cuydaria
que tan grande mejoría,
en el reyno fyncaria:
nin hombre lo creya,
quando es seca la rrosa
que ya su sason sale,
queda el agua olorosa,
rosada que mas vale.

Asy quedastes vos dél
para mucho durar
y librar lo que de él
cobdiciaua librar.

Commo la debda mía
que a vos muy poco monta,
con la cual yo podia
benir syn toda honta.

Yo estando en afruenta.
por miedo de pecados,
muchos que fis syn cuenta
menudos y granados;

tenia-me por muerto,
mas vino-me al talante
vn conorte muy fierto,
que me fiso bien andante.

Honbre torpe syn seso,
seria a Dios baldón
la tu maldad en peso

poner con su perdon.

El te fiso nasçer,
biues en merced suya,
¿commo podría vencer
a su obra la tuya?

Pecar es la tu manna,
la suya perdonar,
y alongar la sanna
los yerros baldonar.

Tanta ventaja quanto
ay del çielo a la tierra,
el su poder es tanto
mayor que la tu yerra.

Segund el poder suyo
asy en todo te sobra,
qual es el poder tuyo
atal es la tu obra.

... ..

PEDRO LOPEZ DE AYALA

(1332-1407)

Aquí habla de la guerra

Cobdician caualleros las guerras de cada día,
por leuar muy grandes sueldos e leuar la quantía;
e fuelgan quando vee la tierra en rrobería
de ladrones e cortones que ellos llieuan en conpañía.

Oluidado han a los moros las sus guerras fazer,
ca en otras tierras llanas osar fallan que comer;
vnos son ya capitanes, otros enbían a correr,
sobre los pobres syn culpa se acostumbran mantener.

Los cristianos han las guerras, los moros están folgados,
en todos los más rreynos ya tienen rreyes doblados;
e todo aquesto viene por los nuestros pecados,
ca somos contra Dios en todas cosas errados.

Los que con sus bueyes solian las sus tierras labrar,
todos toman ya armas e comienfan a trabar;
rroban la pobre gente e así la fajen hermar:
Dios solo es aquel que esto podría emendar.

Non pueden vsar justicia los rreyes en la su tierra,
ca dizen que lo non sufre el tal tiempo de guerra;
osar es engañado e contra Dios más yerra
quien el camino llano desanpara por la syerra.

EL CANTAR DE RODRIGO O CRONICA RIMADA DEL CID

(Anónimo, 1344, Fragmento)

Desposorio de Doña Ximena con el Cid

Cuando Rodrigo boluo los ojos, todos yvan derramando.
Avien muy grant paur del, e muy grande espanto.
Allego don Diego Laynez al Rey besarle la mano.
Quando esto vió Rodrigo, non quisso bessar la mano

El espada traya luenga, el Rey fue mal espantado.
A grandes bozes dixo: tirat me alla esse peccado.
Dixo entofe don Rodrigo: querría más un clauo,
que vos seades mi sennor, nin yo vuestro vassallo.
Porque uos la besso mi padre, soy yo mal amanzellado.

Essas oras dixo el Rey al conde don ossorio su amo:
Dadme vos aca essa donfella, despossaremos este lozano.
Avn non lo creyó don Diego, tanto estaua espantado.
Salio la donfella, et traela el conde por la mano.
Ella tendió los ojos, et a Rodrigo comenzó de catarlo.

Dixo: Sennor, muchas merfedes ca este es el conde que
[yo demando.

Ally despossauan a donna Ximena Gómez con rrodrigo el
[Castellano.

Rodrigo respondió muy sannudo contra el Rey castellano:
Sennor, vos me dspossastes, mas a mi pesar que de grado.
Mas prometolo a Christus que a vos non besse la mano.

Nin me vea con ella en yermo nin en poblado,
ffasta que venza fincó lides con buena lid en canpo.
Quando esto oyo el Rey, fizose maravillado.
Dixo: Non es este omne, mas figura ha de peccado.

... ..

DANZA DE LA MUERTE

(Anónimo, Siglos XIV-XV, Fragmento)

(Primeramente llama a su danza a dos doncellas)

Está mí danza traye de presente
estas dos doncellas que vedes fermosas,
ellas vinieron de muy mala mente
a oír mis canciones, que son dolorosas;
mas non les valdrán flores e rosas,
nin las composturas que poner solían;
de mí, si pudiesen, partir se querrían,
mas non puede ser, que son mis esposas.
A estas e a todas por las aposturas
daré fealdad la vida partida,
e desnudedad por las vestiduras
por siempre jamás muy triste aborrida;
e por los palacios daré por medida
sepulcros oscuros, de dentro fedientes,
e por los manjares gusanos royentes,
que coman de dentro su carne podrida

... ..



MARQUES DE SANTILLANA

(Iñigo López de Mendoza, 1398-1458)

Serranilla

Moça tan fermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.

Façiendo la vía
del Calatraveño
a Sancta María
vençido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores
guardando ganado
con otros pastores
la vi tan grasiosa
que apenas creyera
que fuesse vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa
si antes sopiera
d'aquella vaquera
de la Finojosa.

Non tanto mirara
su mucha beldat,
porque me dejara
en mi libertat.
Mas dixे: «Donosa
(por saber quién era),
¿dónde es la vaquera
de la Finojosa?...»

Bien como riendo,
dixo: «Bien vengades
que ya bien entiendo



lo que, demandades:
non es deseosa
de amar, nin lo espera,
aquessa vaquera
de la Finojosa».



MICER FRANCISCO IMPERIAL

(Siglos XIV al XV, Fragmento)

Desir a las syete virtudes

... Era fercado todo aquel jardin
de aquel arroyo a guissa de cava,
e por muro muy alto jazmin
que todo a la redonda la çercava:
el son del agua en dulçor passava.
Harpa, duçayna, vyhuela de arco,
e non me digan que mucho abarco
que non ssé sy dormía o velava...
Des que bolví a man diestra el rrostro,
vi por la yerva pissadas de omme,
onde alegre fuime por rastro
el qual derecho a un rrosal llevome:
e commo quando entre árboles asome
alguno que ante los rramos mesçe,
tal vy un omme: muy cortés saluóme,
e poco a poco todo assy paresçe.

Era en vista benigno e suave,
e en color era la su vestidura
çeniza o tierra que seca se cave;
barva e cabello albo syn mesura:
traya un libro de poca escriptura,
escripto todo con oro muy fino,
e començaba: *En medio del camino*,
e del laurel corona e çentura ...



ARCIPRESTE DE HITA

(Juan Ruiz, Siglos XIV-XV)

Cántica de serrana

Cerca la Tablada
la sierra pasada
falleme con Aldara
a la madrugada.

Ençima del puerto
coydé ser muerto
de nieve e de frio
e dese rosio
e de grand elada.

A la deçida
di una corrida
falle una serrana
fermosa, lozana,
e bien colorada.

Dixe yo a ella:
omillome al bella:
Dis: tu que bien corres,
aqui non te engorres,
anda tu jornada.

Yol dixé: frio tengo,
e por eso vengo
a vos, fermosura,
quered por mesura
hoy darne posada.

Dixome la moza:
Pariente, mi choza
el que en ella posa,
conmigo desposa
dam grand soldada.

Yol dixé: de grado,
mas soy casado
aqui en Ferreros;
mas de mis dineros
darvos he, amada.

Dis: trota conmigo;
levóme consigo
e diom buena lumbre,
como de costumbre
de sierra nevada.



Dióme pan de çenteno
tisnado moreno,
e diom vino malo
agrillo e ralo,
e carne salada.

Diom queso de cabras;
fidalgo, dis, abras
ese blazo, et toma
un tanto de soma,
que tengo goardada.

Dis: huesped, almuerza
e bebe e esfuerza,
calientate e paga
de mal nons te faga
fasta la tornada.

Quien dones me diere,
quales yo pediere,
habra bien de çena,
et lechiga buena,
que nol coste nada.

Vos, que eso desides,
¿por qué non pedides
la cosa certera?
Ella dis: maguera
e sin será dada

Pues dam una cinta
bermeja bien tinta,
et buena camisa
fecha a mi guisa
con su collarada.

Et dam buenas sartas
de estanno e fartas,
et dame halia
de buena valia,
pelleja delgada.

Et dam buena toca
listada de cota,
et dame zapatas
de cuello bien altas
de pieza labrada.

Con aquestas joyas
quiero que lo oyas,
seras bien venido,
seras mi marido
e yo tu velada.



Serrana señora
tanto algo agora
non tray por ventura,
mas faré fiadura
para la tornada.

Dixome la heda:
do non hay moneda,
non hay merchandia,
nin hay tan buen día,
nin cara pagada.

Non hay mercadero
bueno sin dinero,
et yo non me pago
del que non da algo,
nin le dó posada.

Nunca de omenaje
pagan hostalaje,
por dineros fase
omen quanto plase,
cosa es probada.

... ..



JUAN DE MENA

(1411-1456, Laberinto, Fragmento)

Lorenzo Dávalos

Aquel que allí vees al çerco trauado
que quiere subir e se falla en el ayre,
mostrando su rostro sobado donayre
por dos desonestas feridas llagado,
aquel es el Daualos mal fortunado,
aquel es el limpio manfebo Lorenço,
que fizo en un dia su fin, e comienço,
aquel es el que era de todos amado...

Bien se mostraua ser madre en el duelo
que fizo la triste, despues que ya vido
el cuerpo en las andas sangriento tendido
de aquel que criara con tanto reçelo;
ofende con dichos crueles el çielo
con nuevos dolores su flaca salud,
e tantas angustias roban su virtud,
que cae por fuerfa la triste en el suelo.

E rasga con uñas crueles su cara,
fiere sus pechos con medida poca,
besando a su fijo la su fria boca
maldize las manos de quien lo matara,
maldize la guerra do se comenfara,
busca con yra crueles querellas,
niega a si mesma reparo de aquellas,
e tal como muerta biuiendo se para. ...



ANONIMO

Coplas de la panadera (Fragmentos)

Di Panadera.

Panadera soldadera
que vendes pan de barato
quentanos algun rebato
que te aconteció en la vera.

Di Panadera.

Un miercoles que partiera
el Principe don Enrique
a buscar algun buen pique
para su espada ropera
saliera sin otra espera
de Olmedo tan gran compañía
que con mui fermosa maña
al Puerto se retrujera.

Di Panadera.

... ..
Por mas seguro escogiera
el oBispo de siguença
estar aunque con berguença
junto con la cobijera
mas tan gran pabor cogiera
en ber fuir labradores
que a los sus paños menores
fue menester labandera.

Di Panadera.

... ..
Salido como de osera
rui dias el mayor domo
tan belloso biente y lomo
como ossa colmenera,
si la fe que prometiera
la guardase segun fallo
no comiera su cauallo
en el real la cibera.

Di Panadera.

... ..
Amarillo como cera
estaua el conde de haro
bustando todo reparo
por no pasar la ribera



despues bido la manera
como el Sr. Rey pasaba
pedos tan grandes tiraba
que se oian en talabera.

Di Panadera.

... ..
Tu señor q'eres minera
de toda virtud diuina
saca la tu medicina
de la tu santa atriaquera
porq yo señor siquiera
aya mas por algún rato
que del dicho disbarato
a muchos quede dentera

Di Panadera.

... ..



MACIAS

(Siglo XV)

Cantiga en loores del Amor

Con tan alto poderyo
Amor nunca fué juntado,
nin con tal orgullo e brío
qual yo vy por mi pecado
contra mí que fuí sendío,
denodado en yr a ver
 su grant poder
e muy alto señoryo.
Con él venía Mesura,
e la noble Cortesya,
la poderosa Cordura,
la briosa Loçania:
rreglávalos Fermosura
que traya gran valor,
 porque Amor
vençió la mi grant locura,
 El mi coraçón syn seso
desque las sus ases vydo,
fallesçíome e fuy preso,
e finqué muy mal ferido:
la mi vida es en pesso
sy acorro non me ven,
 ora de quen
el desir non era defeso.
 Rendyme a su altesa
desque fuy desbaratado,
e priso me con cruesa
onde bivo encaçelado:
las mis guardas son Tristesas,
e Cuydado en que biví,
 despues que vy
la su muy gran rrealesa.

ANONIMO

(Siglo XIV-XV, Fragmento)

Jura en Santa Gadea

En Santa Gadea de Burgos
do juran los fijosdalgo,
allí le toma la jura
el Cid al rey castellano.
Las juras eran tan fuertes,
que a todos ponen espanto;
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo:
-Villanos mátente Alfonso,
villanos, que non fidalgos,
de las Asturias de oviedo,
que non sean castellanos.
Mátente con aguijadas,
non con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
non con puñales dorados;
abarcas traigan calçadas
que non zapatos con laços;
capas traigan aguaderas,
non de contray, ni frisado;
con camisones de estopa,
non de holanda, ni labrados;
vayan cabalgando en burras,
non en mulas ni caballos;
frenos traigan de cordel,
non de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
non por villas ni poblados,
y sáquente el corazón
por el siniestro costado,
si non dijeres verdad
de lo que te es preguntado,
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu hermano.
Jurado tiene el buen rey,
que en tal caso no es hallado;
pero con voz alterada
dijo muy mal enojado:
-Cid, hoy me tomas la jura,

después besarme has la mano.-

Respondiérale Rodrigo:
d'esta manera ha fablado:

-Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.

-Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me estés más en ellas
desde este día en un año.-

-Pláçeme, dijo el buen Cid,
pláçeme, dijo, de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado:

tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.-

Ya se despide el buen Cid,
sin al rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
esçorfados fisjosdalgo;
todos son hombre mancebos,
ninguno hay viejo ni cano;
todos llevan lanza en puño
con el hierro acicalado
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.

JORGE MANRIQUE

(1440-1478)

A la muerte del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, su padre

Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando:
cuán presto se va el placer,
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.
Y pues vemos lo presente
cómo en un punto es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
porque todo ha de pasar
por tal manera.
Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos
allegados, son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.

INVOCACIÓN

Dexo las invocaciones

de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficciones,
que traen yerbas secretas
sus sabores.
A aquel sólo me encomiendo
a aquel sólo invoco yo
de verdad
que en este mundo viviendo,
el mundo no conoció
su deidad.

Este mundo es el camino
para el otro, qu'es morada
sin pesar;
más cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos cuando nascemos
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenescemos;
así que cuando morimos
descansamos.

Este mundo bueno fue
si bien usásemos dél,
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.
Y aún el Hijo de Dios,
para subirnos al cielo,
descendió
a nascer acá entre nos
y vivir en este suelo
do murió.

Ved de cuan poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;
que en este mundo traidor,
aun primero que muramos
las perdemos.
D'ellas deshace la edad,
d'ellas casos desastrados

que acaescen,
d'ellas por su calidad,
en los más altos estrados
desfallescén.

Decidme: la hermosura,
la gentil frescura y tez
de la cara,
la color y la blancura,
cuando viene la vejez
¿cuál se para?
Las mañas y ligereza
y la fuerza corporal
de juventud,
todo se torna graveza
cuando llega el arrabal
de senectud.

Pues la sangre de los godos,
el linaje y la nobleza
tan crecida,
¡por cuántas vías e modos
se pierde su gran alteza
en esta vida!
Unos por poco valer,
¡por cuán baxos y abatidos
que los tienen!
Otros que por no tener,
con oficios no debidos
se mantienen.

Los estados y riquezas
que nos dexan a deshora,
¿quién lo duda?,
no les pidamos firmeza,
pues que son de una señora
que se muda.
Que bienes son de Fortuna
que revuelve con su rueda
presurosa,
la cual no puede ser una
ni ser estable ni queda
en una cosa.

Pero digo que acompañen
y lleguen hasta la huesa
con su dueño;

por eso no nos engañen,
pues se va la vida apriesa
como sueño;
y los deleites de acá
son en que nos deleitamos
temporales,
y los tormentos de allá
que por ellos esperamos,
eternales.

Los placeres y dulfores
d'esta vida trabajada
que tenemos,
¿que son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando a nuestro daño,
corremos a rienda suelta
sin parar;
des' que vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
tornar la cara fermosa
corporal,
como podemos hacer
el alma tan gloriosa
angelical,
¡qué diligencia tan viva
tuviéramos cada hora,
y tan presta,
en componer la cativa,
dexándonos la señora
descompuesta!

Estos reyes poderosos
que vemos por escripturas
ya pasadas,
en casos tristes, llorosos,
fueron sus buenas venturas
trastornadas:
así que no hay cosa fuerte;
que a papas y emperadores
y prelados
así los trata la muerte

como a los pobres pastores
de ganados.

Dexemos a los troyanos
que sus males no los vimos,
ni sus glorias;
dexemos a los romanos,
aunque oímos y leímos
sus historias.

No curemos de saber
lo de aquel siglo pasado
que fue d'ello;
vengamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como truxeron?
Las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras
¿fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
de las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danfar
y aquellas ropas chapadas
que traían?

Pues el otro su heredero.
don Enrique, ¡qué poderes
alcançava!
¡Cuán blando, cuán halaguero
el mundo con sus placeres

se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
cuán contrario, cuán cruel
se le mostró,
habiéndole sido amigo,
¡cuán poco duró con él
lo que le dio!

Las dádivas desmedidas,
los edificios reales
llenos de oro,
las baxillas tan fabridas
los enriques y reales
del tesoro;
los jaeces y caballos
de su gente y atavíos
tan sobrados,
¿dónde iremos a buscallos?
¿Qué fueron sino rocíos
de los prados?

Pues su hermano el inocente,
que en su vida sucesor
se llamó,
¡qué corte tan excelente
tuvo y cuánto gran señor
que le siguió!
Mas como fuese mortal,
metióle la muerte luego
en su fragua.
¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego
echaste agua.

Pues aquel gran Condestable
maestre que conocimos
tan privado,
no cumple que d'él se hable,
sino sólo que le vimos
degollado.
Sus infinitos tesoros,
sus villas y sus lugares,
su mandar,
¿qué le fueron sino lloros?
¿Qué fueron sino pesares
al dexar?

Pues los otros dos hermanos
Maestres tan prosperados
como reyes,
c'a los grandes y medianos
traxeron tan sojuzgados
a sus leyes;
aquella prosperidad
que tan alta fue subida
y ensalfada,
¿qué fue sino claridad
que cuando más encendida
fue amatada?

Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y barones
como vimos tan potentes,
di, muerte, ¿do los escondes
y los pones?
Y sus muy claras hazañas
que hicieron en las guerras
y en las paces,
cuando tú, cruel, te ensañas
con tu fuerfa los atieras
y deshaces.

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y banderas,
los castillos impunables,
los muros e baluartes
y barreras,
la cava honda chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada,
todo lo pasas de claro
con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo
amado por virtuoso
de la gente,
el Maestre don Rodrigo
Manrique tan famoso
y tan valiente,
sus grandes hechos y claros

no cumple que los alabe,
pues los vieron,
ni los quiero hacer caros,
pues el mundo todo sabe
cuáles fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para criados
y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Cuán benino a los sujetos,
y a los bravos y dañosos
un león!

En ventura, Octaviano;
Julio César en vencer
y batallar;
en la virtud, Africano,
Aníbal en el saber,
y trabajar;
en la bondad, un Trajano:
Tito en liberalidad
con alegría;
en su brazo, un Archidano:
Marco Tulio en la verdad
que prometía.

Antonio Pío en clemencia;
Marco Aurelio en igualdad
del semblante;
Adriano en elocuencia;
Teodosio en humanidad
y buen talante
Aurelio Alejandro fue
en disciplina y rigor
de la guerra;
un Constantino en la fe;
Gamelio en el gran amor
de su tierra.

No dexó grandes tesoros
ni alcanzó muchas riquezas

ni baxillas,
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas;
y en las lides que venció
caballeros y caballos
se prendieron
y en este oficio ganó
las rentas e los vasallos
que le dieron.

Pues por su honra y estado
en otros tiempos pasados,
¿cómo se hubo?
Quedando desamparado,
con hermanos y criados
se sostuvo.
Después que hechos famosos
hizo en esta dicha guerra
que hacía,
hizo tratos tan honrosos,
que le dieron muy más tierra
que tenía.

Estas sus viejas historias
que con su brazo pintó
en la juventud
con otras nuevas victorias
agora las renovó
en la senectud.
Por su gran habilidad,
por méritos y ancianía
bien gastada
alcanzó la dignidad
de la gran caballería
del Espada.

E sus villas e sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló;
mas por cercos e por guerras
y por fuerfas de sus manos
las cobró.
Pues nuestro rey natural
si de las obras que obró
fue servido,

dígalo el de Portugal,
en Castilla quién siguió
su partido.

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero;
después de tan bien servida
la corona de su Rey
verdadero;
después de tanta hazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la muerte a llamar
a su puerta.

(HABLA LA MUERTE)

Diciendo: «Buen caballero,
dexad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corafón de acero
muestre su esfuerfo famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
hiciste tan poca cuenta
por la fama,
esfuércese la virtud
para sufrir esta afrenta
que os llama.

»No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexáis;
aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.

»El vivir que es perdurable
no se gana con estados

mundanales,
ni con vida deleitable
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones,
y con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos y aflicciones
contra moros.

»Y pues vos claro barón,
tanta sangre derramastes
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes
por las manos:
y con esta confiança
y con la fe tan entera
que teneis,
partid con buena esperança
que esta otra vida tercera
ganaréis.»

(RESPONDE EL MAESTRE)

«No gastemos tiempo ya
en esta vida mezquina
por tal modo,
que mi voluntad está
conforme con la divina
para todo;
y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara, pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiere que muera
es locura.»

ORACIÓN

Tú que por nuestra maldad
tomaste forma civil
y baxo nombre;
tú que en tu divinidad
juntaste cosa tan vil
como el hombre;

tú que tan grandes tormentos
sufriste sin resistencia
en tu persona,
no por mis merescimientos,
mas por tu sola clemencia,
me perdona.

CABO

Así con tal entender
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer,
de hijos y de hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio
(el cual la ponga en el cielo
y en su gloria),
y aunque la vida perdió,
nos dexó harto consuelo
su memoria.

ANONIMO

(Siglo XV)

Coplas de Mingo Revulgo

(Fragmento)

GIL ARRIBATO

I

¡Ah Mingo Revulgo, Mingo,
ah Mingo Revulgo, hao!
¿Qués de tu sayo de blao?
¿Non lo vistes en domingo?
¿Qués de tu jubón bermejo?
¿Por qué traes tal sobrecejo?
Andas esta trasnochada
la cabeça desgrenaða:
¿Non te llotras de buen rejo?

II

La color tienes marrida
y el corpanço rechinado
andas de valle en collado
como res que anda perdida,
y no miras sy te vas
adelante o cara atras.
Çanqueando con los pies
dando trancos al traues
que non sabes do te estás.

MINGO REVULGO

III

A la he, gil arribato,
sé que en fuerte ora allá echamos
quando a Candulo cobramos
por pastor de nuestro hato,
andase tras los zagales
por estos andurriales
todo el día enbeueçido
holgazando syn sentido,
que non mira nuestros males.

IV

Oja, oja los ganados
y la burra con los perros,
cuales andan por los ferros
perdidos, descarriados,
por los santos te prometo,
que este dañado baltrueto
(que nol medre Dios las cejas)
ha dexado las ouejas,
por folgar tras todo seto.

... ..

XIII

Está la perra Justilla,
que viste tan denodada,
muerta, flaca, trasyjada;
juro a diez que avries manfilla;
con su fuerfa y corafon
cometie al brauo leon
y mataua al lobo viejo;
ora vn triste de vn conejo
se la mete en vn rincon.

... ..

XXIX

Sy tú fueras sabidor,
entendieses la verdad
verías que por tu royndad
es avido mal pastor:
saca, saca de tu seno
la royndad de que estás lleno,
y verás como será
que éste se castigará,
o dará Dios otro bueno.

... ..

LOPEZ MALDONADO

(Siglo XV)

Al Amor

¡Ay amor,
perjuro, falso, traidor!
 Enemigo
de todo lo que no es mal;
 desleal
al que tiene ley contigo.
 Falso amigo
al que te das por mayor,
 ¡ay amor,
perjuro, falso, traidor!
 Tus daños
nos dan claro a entender
 que un placer
es pesar de cien mil años,
 y en mis daños
esto se prueba mejor.
 ¡ay amor,
perjuro, falso, traidor!

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance de doña Alda

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar;
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento instrumentos tañen
para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
doña Alda dormido se ha;
ensoñando había un sueño,
un sueño de gran pesar.
Despertó despavorida
y con un pavor muy grand;
los gritos daba tan grandes
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
-¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
-Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar:
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
do so los montes muy altos,
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que asín lo ahinca muy mal.

El azor con grande cuita
metióse so mi brial:
el águila con gran ira
de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma,

con el pico lo deshaz.

Allí habló su camarera,

bien oiréis lo que dirá:

-Aqueste sueño, señora,

bien os lo entiendo soltar:

el azor es vuestro esposo,

que viene de allen la mar:

el águila sedes vos,

con la cual ha de casar,

y aquel monte es la iglesia

donde os han de velar.

-Si así es, mi camarera,

bien te lo entiendo pagar

Otro día de mañana

cartas de fuera le tran:

tintas venían de dentro,

de fuera escritas con sangre

que su Roldán era muerto

en caza de Roncesvalles.

LOPE DE STUÑIGA

(Siglo XV)

Cruelles penas que da amor

Llorad mí triste dolor
e cruel pena en que vivo,
pues de quien soy amador
non oso desir cativo.

Mi coraçon quiso ser
causa de mi perdifiñon
me fase padescer
donde tan grand perdifion
amor me da et syn rason,
e cruel pena en que vivo,
pues de quien soy amador
non oso desir cativo.

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance del conde Arnaldos

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba a cazar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar hacía en calma
los vientos hace amainar,
los peces que andan nel hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
nel mástil las faz posar.
Allí fabló el conde Arnaldos
bien oiréis lo que dirá:
–Por dios te ruego, marinero,
dígasme ora ese cantar.
respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
–Yo no digo esa canción
sino a quien conmigo va.

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance de la hija del rey de Francia

De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida;
íbase para París,
do padre y madre tenía.

Errado lleva el camino,
errada lleva la vía;
arrimárase a un roble
por esperar compañía.

Vio venir a un caballero
que a París lleva la guía.

La niña desque lo vido
de esta suerte le decía:

-Si te place, caballero,
llévesme en tu compañía.

-Pláceme, dijo, señora.
pláceme dijo, mi vida.

Apeóse del caballo
por hacelle cortesía;
puso la niña en las ancas
y él subiérase en la silla.

En el medio del camino
de amores la requería

La niña desque lo oyera
díjole con osadía:

-Tate, tate, caballero,
no hagáis tal villanía;

hija soy de un malato
y de una malatía;

el hombre que a mí llegase,
malato se tornaría.

Con temor el caballero
palabra no respondía.

A la entrada de París
la niña se sonreía.

-¿De qué vos reís, mi señora?

¿De qué os reís, vida mía?

-Ríome del caballero

y de su gran cobardía;

¡tener la niña en el campo

y catarle cortesía!
Con vergüenza el caballero
estas palabras decía:
-Vuelta, vuelta, mi señora,
que una cosa se me olvida.
La niña, como discreta,
dijo: -Yo no volvería,
ni persona, aunque volviese,
en mi cuerpo tocaría;
hija soy del rey de Francia
y la reina Costantina;
el hombre que a mí llegase
muy caro le costaría.

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance de Fontefrida

Fonte-frida, fonte-frida
fonte-frida y con amor,
do todas las avecidas
van tomar consolación
si no es la tortolica,
que está viuda y con dolor.
Por allí fuera a pasar
el traidor del ruiseñor;
las palabras que le dice
llenas son de la traición:
-Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.
-Vete de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,
turbia la bebía yo;
que no quiero haber marido
porque hijos no haya, no;
no quiero placer con ellos,
ni menos consolación.
¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que no quiero ser tu amiga,
ni casar contigo no!

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance de Blanca-Niña

Blanca sois, señora mía,
más que no el rayo del sol,
¿si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor?
Que siete años había, siete.
que no me desarmo, no.
Más negras tengo mis carnes
que no un tiznado carbón.
-Dormilda, señor, dormilda
desarmado sin temor
que el conde es ido a la caza,
a los montes de León
-Rabia le mate los perros,
y águilas el su halcón,
y del monte hasta casa
a él arrastre el morón.-
Ellos en aquesto estando,
su marido que llegó:
-¿Qué hacéis la Blanca-Niña,
hija de padre traidor?
-Señor, peino mis cabellos
péinolos con gran dolor,
que me dejáis a mi sola
y a los montes os vais vos.
-Esas palabras, la niña,
no eran sino traición:
¿cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?
-Señor, era de mi padre,
y enviáoslo para vos.
-¿Cúyas son aquellas armas
que están en el corredor?
-Señor, eran de mi hermano
y hoy os las envió.
-¿Cúya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?
-Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,

bien os la merezco yo.

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance de Rosa Fresca

Rosa Fresca, Rosa Fresca,
tan garrida y con amor,
cuando vos tuve en mis brazos,
no vos supe servir, no;
y agora que os serviría
no vos puedo yo haber, no.
-Vuestra fue 1a culpa, amigo;
vuestra fue, que mía, no;
enviásteme una carta
con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar
él dijera otra razón:
que érades casado, amigo,
allá en tierras de León;
que tenéis mujer hermosa
y hijos como una flor
-Quien vos lo dijo, señora,
no vos dijo verdad, no;
que yo nunca entré en Castilla
ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño,
que no sabia de amor.

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance de Abenámar

-¡Abenámar, Abenámar
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida:
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira-
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía:

-Yo te lo diré, señor,
aunque me cueste la vida;
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho,
mi madre me lo decía:
que mentira no dijese,
que era grande villanía:
por tanto, pregunta, rey,
que la verdad te diría.

-Yo agradezco, Abenámar,
agüesa tu cortesía.
¿Qué castillos son aquéllos?
¡Altos son y relucían!

-El Alhambra era, señor,
y la otra la Mezquita:
los otros los Alixares.
labrados a maravilla.

El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra,
otras tantas se perdía.

El otro es Generalife,
huerta que par no tenía;
el otro Torres Bermejas,
castillo de gran valía. -

Allí habló el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:

-Si tu quisieses, Granada,

contigo me casaría:
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.
-Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda:
el moro que a mi me tiene
muy grande bien me quería.

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance del rey moro que perdió Alhama

Paseábase el rey moro
por la ciudad de granada
desde la puerta de elvira
hasta la de Vivarrambla
«¡ay de mi alhama!»
Cartas le fueron venidas
que su Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego
y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Descabalgó de una mula,
y en un caballo cabalgó;
por el Zacatín arriba,
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añafles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
apriesa toquen al arma,
porque lo oigan sus moros,
los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que él son oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno a uno y dos a dos
juntado se ha gran batalla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un moro viejo,
de esta manera hablara:
¿Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada?
«¡Ay de mi Alhama!»
-Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.

«¡Ay de mi Alhama!»

Allí fabló un alfaquí
de barba crecida y cana:

-Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara.

«¡Ay de mi Alhama!»

Mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada:
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.

«¡Ay de mi Alhama!»

Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada. -

«¡Ay de mi Alhama!»

ANONIMO

(Hacia el siglo XV)

Romance del rey moro que perdió Valencia

Helo helo por do viene - el moro por la calzada.
caballero a la jineta - encima una yegua baya;
borceguíes marroquíes - espuela de oro calzada:
una adarga ante los pechos - y en su mano una azagaya.
Mirando estaba Valencia, - como está tan bien cercada:
-Oh Valencia, oh Valencia, - de mal fuego seas quemada.
Primero fuiste de moros - que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente, - a moros serás tornada,
aquel perro de aquel Cid - prenderélo por la barba:
su mujer doña Jimena, - será de mí cautivada;
su hija Urraca Hernando - será mi enamorada;
después de yo harto de ella - la entregaré a mi compañía.
El buen Cid no está tan lejos - que todo bien lo escuchaba.
-Venid vos acá, mi hija - mi hija doña urraca;
dejad las ropas continas, - y vestid ropas de Pascua.
Aquel moro hi-de-perro - detenémelo en palabras,
mientras yo ensillo a Babieca - y me ciño la mi espada.-
La doncella muy hermosa - se paró en una ventana:
el moro desde que la vido, - de esta suerte le hablara:
-¡Alá te guarde, señora - mi señora doña urraca!
-¡Así haga a vos, señor - buena sea vuestra llegada!
Siete años ha, rey, siete, - que soy vuestra enamoradaotros
tantos ha, señora, - que os tengo dentro del alma.
Ellos estando en aquesto, - el buen Cid que se asomaba.
Adiós, adiós, mí señora, - la mi linda enamorada,
que del caballo Babieca - yo bien oigo la patada.-
Do la yegua pone el pie - Babieca pone la pata.
Allí hablará al caballo - bien oiréis lo que hablaba:
-¡Reventar debía la madre - que a su hijo no esperaba! -
Siete vueltas la rodea - alrededor de una jara;
la yegua que era ligera, - muy adelante pasaba,
fasta llegar cabe un río - adonde una barca estaba.
El moro, desde que la vido, - con ella bien se holgaba;
grandes gritos da al barquero - que le allegase la barca:
el barquero es diligente, - túvosela aparejada,
embarcó muy presto en ella, - que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado, - el buen Cid, que llegó al agua
y por ver al moro en salvo, - de tristeza reventaba;

mas con la furia que tiene, - una lanza le arrojaba,
y dijo: -¡Recoged, yerno, - arrecogedme esa lanza,
que quizá tiempo vendrá - que os será bien demandada!

ANONIMO

(Siglo XV)

Romance de Bernardo del Carpio

Con cartas sus mensajeros - el rey al Carpio envió:
Bernardo como es discreto - de traición se receló:
las cartas echó en el suelo - y al mensajero así habló:
-Mensajero eres, amigo, - no mereces culpa, no;
mas al rey que acá te envía - dígasle tú esta razón:
que no le estimo yo a él - ni aun a cuantos con el son;
mas por ver lo que me quiere, - todavía allá iré yo.-
Y mandó juntar los suyos, - de esta suerte les habló:
-Cuatrocientos sois los míos, - los que comedes mi pan:
los ciento irán al Carpio - para el Carpio guardar;
los ciento por los caminos, - que a nadie dejen pasar,
doscientos iréis conmigo - para con el rey hablar;
si mala me la dijera, - peor se la he de tornar.-
Por sus jornadas contadas - a la corte fue a llegar.
-Mántengavos Dios, buen rey, - y a cuantos con vos están.
-Mal vengades vos, Bernardo, - traidor, hijo de mal padre;
dite yo el Carpio en tenencia, - tú tomarlo en heredad.
-Mentides, el rey, mentides, - que no dices la verdad;
que si yo fuese traidor - a vos os cabría en parte.
Acordásevos debía - de aquella del Encinal,
cuando gentes extranjeras - allí os trataron tan mal,
que os mataron el caballo - y aun a vos querían matar.
Bernardo, como traidor, - de entre ellos os fue a sacar;
allí me diste el Carpio - de juro y de heredad;
prometísteme a mi padre, - no me guardaste verdad.
-Prendedlo, mis caballeros, - que igualado se me ha,
-Aquí, aquí los mis doscientos, - los que comedes mi pan,
que hoy era venido el día - que honra habemos de ganar.-
El rey, de que aquesto viera, - de esta suerte fue a hablar:
-¿Qué ha sido aquesto, Bernardo; - que así enojado te has?
¿Lo que hombre dice de burla - de veras vas a tomar?
Yo te di el Carpio, Bernardo, - de juro y de heredad.
-Aquestas burlas, el rey - no son burlas de burlar;
llamásteme de traidor, - traidor, hijo de mal padre:
el Carpio yo no lo quiero, - bien lo podéis vos guardar,
que cuando yo lo quisiere, - muy bien lo sabré ganar.

JUAN ALVAREZ GATO

(¿1440-1515?)

Quita álla que no quiero...

Quita allá, que no quiero,
mundo enemigo;
quita allá que no quiero
pendencias contigo.

Ya sé lo que quieres,
ya sé tus dulzores;
prometes placeres,
das cien mil dolores;
los favorecidos,
de tus amadores,
el mejor librado
es el más perdido.

No quiero tus ligas
más en mi posada,
y aunque me persigas
no se me da nada;
que entonces se gana
la gloria doblada,
cuanto más te huyo
y menos te sigo.

Quita allá que no quiero
falso enemigo;
quita allá que no quiero
pendencias contigo.

Amor, no me dexes...

Amor, no me dexes
que me moriré.

Que en ti so yo bivo,
sin ti so cativo;
si m'eres esquivo
perdido seré.

Si algún mal me viene.
por ti se detiene;
en ti me sostiene
tu gracia y mi fe.

Que el que en ti se ceva,
que truene, que llueva,

no espera ya nueva
que pena le dé.

Que aquel que tú tienes,
los males son bienes.
a él vas y vienes
muy cierto lo sé.

Amor, no me dexes,
que me moriré.

Canción

No le des prisa, dolor,
a mi tormento crecido,
que a las veces ell olvido
es un concierto d'amor.

Que do más la pena hiera
allí está el querer callado,
y lo más disimulado
aquello es lo que se quiere

Aunque's el daño mayor
del fuego no conocido,
a las veces ell olvido
es un concierto d'amor.

JUAN DEL ENCINA

(1469-1529)

Villancico

No te tardes, que me muero,
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!
Apresura tu venida
porque no pierda la vida,
que la fe no está perdida
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!
Sácame desta cadena
que recibo muy gran pena,
pues tu tardar me condena:
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!
La primer vez que me viste
sin lo sentir me venciste:
suéltame, pues me prendiste.
Carcelero,
¡no te tardes que me muero!
La llave para soltarme
ha de ser galardonarme
prometiendo no olvidarme.
Carcelero,
¡no te tardes, que me muero!

Ya cerradas son las puertas

Ya cerradas son las puertas
de mi vida,
y la llave es ya perdida.

Tiénelas por bien cerradas
el portero del Amor;
no tiene ningún temor
que de mí sean quebradas.
Son las puertas ya cerradas
de mi vida,
y la llave es ya perdida.

Las puertas son mis servila
cerradura es olvido, [cios,

la llave que se ha perdido
es perder los beneficios.
Así que fuera de quicios
va mi vida,
y la llave es ya perdida.

Pues la vida está en poder
de aquella que siempre amo;
ahora triste, aunque llamo,
no me quiere responder.
Cerróme con su poder
la salida,
y la llave es ya perdida.

Servila con tanta fe,
con cuanta nadie sirvió;
el galardón que me dio
fue peor que nunca fue.
Cerróme no sé por qué
la salida,
y la llave es ya perdida.

GIL VICENTE

(1470 [?]-1539)

Canción

¡Dicen que me case yo!
¡no quiero marido, no!

Más quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura
que no estar en ventura
si casaré bien o no.

¡Dicen que me case yo!
¡No quiero marido, no!

Madre, no seré casada
por no ver vida cansada,
o quizá mal empleada
la gracia que Dios me dio

¡Dicen que me case yo!
¡No quiero casarme no!

No será ni es nacido
tal para ser mi marido,
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la só.

¡Dicen que me case yo!
¡No quiero casarme, no!

Cántiga

¡Muv graciosa es la doncella
como es bella y hermosa!

Digas tú, el marinero
que en las naves vivías
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.

Digas tú, el caballero
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.

Digas tú, el pastorcico
que el ganadico guardas,
si el ganado o los valles o la sierra
es tan bella.

COMENDADOR ESCRIVA

(Siglos XV y XVI)

A la muerte

1

Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta conmigo,
porque el gozo de ir contigo
no me torne a dar la vida.

Ven, como rayo que hiere,
que hasta que ha herido
no se siente su rüido,
por mejor herir do quiere:
así sea tu venida;
si no, desde aquí me obligo
que el gozo que habré contigo
me dará de nuevo vida.

2

Vos me matáis de tal suerte
y con pena tan gloriosa,
que no sé más dulce cosa
que los trances de mi muerte.

Y de ella soy tan ufano,
tan penado y tan contento,
que no trocaré un tormento
por mil bienes de otra mano.

Y pues que quiso mi suerte
darme pena tan gloriosa,
no quiero más dulce cosa
que los trances de mi muerte.

GARCI SANCHEZ DE BADAJOZ

(Siglos XV y XVI)

Lamentaciones de amores

Lágrimas de mi consuelo,
que habéis hecho maravillas
y hacéis,
salid, salid sin recelo
y regad estas mejillas
que soléis

Ansias y pasiones mías,
presto me habéis de acabar,
yo lo fio;
¡oh llanto de Jeremías,
vente ahora a cotejar
con el mío!

Animas del Purgatorio,
que en dos mil penas andáis
batallando,
si mi mal os es notorio,
bien veréis que en gloria estáis
descansando.

Y vosotras que quedáis
para perpetua memoria
en cadena,
cuando mis males sepáis,
pareceros ha que es gloria
vuestra pena.

¡Oh fortuna de la mar
que trastornas mil navíos
en que vengo,
si te quieres amansar
ven a ver los males míos
que sostengo!

Troya, tú que te perdiste
que solías ser la flor
en el Mundo,
gózate conmigo, triste,
que ya llegó mi clamor
al profundo.

Y vos, cisnes, que cantáis
junto con la cañavera
 en par del río,
pues con el canto os matáis,
mirad si es razón que muera
 con el mío.

Y tú, fénix que te quemas,
y con tus alas deshaces
 por victoria,
y después que así te extremas,
otro de ti mismo haces
 por memoria.
así yo triste, mezquino,
que muero por quien no espero
 galardón,
doyme la muerte contino,
y vuelvo como primero
 a mi pasión.

Mérida, que en las Españas
otro tiempo fuiste Roma.
 mira a mí,
y verás que en mis entrañas
hay mayor fuego y carcoma
 que no en ti.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO

(1490 [?]-1550)

Visita de amor

Unas coplas muy cansadas,
con muchos pies arrastrando,
a lo toscano imitadas,
entró un amador cantando,
enojosas y pesadas.

Cada pie con dos corcovas
y de paso doce arrobas,
trovadas al tiempo viejo.
Dios perdone a Castillejo,
que bien habló de estas trovas.

Dijo Amor: «¿Dónde se aprende
este metro tan prolijo,
que las orejas ofende?
«Algarabía de allende»:
el sujeto frío y duro,
y el estilo, tan oscuro,
que la dama en quien se emplea
duda, por sabia que sea,
si es requiebro o es conjuro»

«Ved si la invención es basta;
pues Garcilaso y Boscán,
las plumas puestas por asta
cada uno es un Roldán,
y, con todo, no le basta;
yo no alcanzo, cual engaño
te hizo para tu daño,
con locura y desvarío,
meter en mi señorío
moneda de reino extraño.»

«Con dueñas y con doncellas
(dijo Venus), ¿que pretende
quien las dice sus querellas
en lenguaje que no entiende
él, ni yo, ni vos, ni ellas?
Sentencio al que tal hiciere
que la dama por quien muere
lo tenga por cascabel,
y que haga burla dél
y de cuanto le escribiere.»

JUAN BOSCAN

(†1542)

El ruiseñor que pierde sus hijuelos

Cual suele el ruiseñor entre las sombras
de las hojas del olmo o de la haya
la pérdida llorar de sus hijuelos,
a los cuales sin plumas aleando
el duro labrador tomó del nido;
llora la triste pajarilla entonces
la noche entera sin descanso alguno,
y desde allí, do está puesta en su ramo,
renovando su llanto dolorido,
de sus querellas hincha todo el campo.

A la Tristeza

Tristeza, pues yo soy tuyo,
tú no dexes de ser mía;
mira bien que me destruyo
solo en ver que el alegría
presume de hacerme suyo.

¡Oh tristeza!,
que apartarme de contigo
es la más alta crueza
que puedas usar conmigo

No huyas ni seas tal
que me apartes de tu pena;
soy tu tierra natural,
no me dexes por la ajena
do quizá te querrán mal.

Pero di:
ya que esté en tu compañía,
¿cómo gozaré de ti,
que no goce de alegría?
Que el placer de verte en mí,
no hay remedio para echallo,
¿quien jamás estuvo así?
Que de ver que en ti me hallo,
me hallo que estoy sin ti.

¡Oh ventura!
¡oh amor que tú hiciste
que el placer de mi tristura

me quitase de ser triste!

Pues me das, por mi dolor,
el placer que en ti no tienes,
porque te sienta mayor,
no vengas, que si no vienes,
entonces vendrás mejor.

Pues me places
vete ya, que en tu ausencia
sentiré yo lo que haces.
mucho mas que en tu presencia.

GARCILASO DE LA VEGA

(1503-1536)

Egloga primera (Fragmentos)

A don Pedro de Toledo, marques de Villafranca, virrey de Nápoles

SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de cantar, sus queixas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.

Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo,
agora estés atento, solo y dado
al ínclito gobierno del Estado
albano; agora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra al fiero Marte.

Agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
el ardiente jinete, que apresura
el curso, tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir, van dilatando:
espera, que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras:
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria:
el árbol de victoria

que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debaxo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores:
y en tanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde una agua clara con sonido
atravesara el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
a1 rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quexaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡Oh, más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo,
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo:
témola con razón, pues tú me dexas;
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid, sin duelo, lágrimas corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente;
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente

va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dexas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mi debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

.....

NEMOROSO

Corrientes aguas puras, cristalinas,
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;
y en este mismo valle donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que despertando, a Elisa vi a mi lado.

¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.
 ¿Do están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi ánima por doquier que se volvían?
 ¿Do está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio al oro
como a menor tesoro,
¿adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
 ¿Do la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.
 ¿Quien me dixera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?

... ..

A la flor de Gnido

Si de mi baxa lira
tanto pudiese el son, que en un momento
aplacase la ira del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento;
 y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al son confusamente los traxese;
 no pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,

el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido;
ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes,
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;
y como por ti sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertido en viola
llora su desventura
el miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano,
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.
Por ti el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso;
yo puedo ser testigo
que ya del peligroso
nafragio fui su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,

que ponzoñosa fiera
nunca fue aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tu engendrada
ni producida de la dura tierra;
no debe ser notada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anaxárate, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepintió muy tarde;
y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,
cuando abaxo mirando
el cuerpo muerto vido
del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
que con su breve pena
compró la plena punición ajena.

Sintió allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron;
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura;

hasta que finalmente
en duro mármol vuelta y transformada,
hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas

probar, por Dios, agora;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas
den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso notable
que por ti pase triste y miserable.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA

(1503-1575)

A una dama

Tu gracia, tu encanto, tu hermosura,
muestra todo del cielo, retirada,
como cosa que está sobre natura,
ni pudiera ser vista ni pintada.

Pero yo, que en el alma tu figura
tengo, en humana forma abreviada,
tal hice retratarte de pintura
que el amor te dejó en ella estampada.

No por ambición vana o por memoria,
o ya para manifestar mis males:
mas por verte más veces que te veo.

Y por solo gozar de tanta gloria,
señora, con los ojos corporales,
como con los del alma y del deseo.

SANTA TERESA DE JESUS

(1515-1582)

Versos nacidos del fuego del amor de Dios que en si tenía

*Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

GLOSA

Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazón;
mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Que duros estos destierros
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
do no se goza al Señor!
Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
quítame Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,

que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte no seas esquivá;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a El solo es al que quiero
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

(Siglo XVI, Soneto anónimo atribuido a Santa Teresa de Jesús)

Soneto a Jesús crucificado

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera.

GUTIERRE DE CETINA

(1520-1560?)

Madrigal

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

Soneto

Horas alegres que pasáis volando,
porque a vueltas del bien mayor mal sienta;
sabrosa noche que en tan dulce afrenta
el triste despedir me vas mostrando;
importuno reloj que, apresurando
tu curso, mi dolor me representa:
estrellas con quien nunca tuve cuenta
que mi partida vais acelerando:
gallo que mi pesar has denunciado,
lucero que mi luz va oscureciendo,
y tú, mal sosegada y moza aurora,
si en voz cabe dolor de mi cuidado,
id poco a poco el paso deteniendo,
si no puede ser más, siquiera un hora.

FRAY LUIS DE LEON

(1529-1591)

En la prisión

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado!
Y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con sólo Dios se acompasa,
y a solas su vida pasa:
ni envidiado ni envidioso.

Vida retirada

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal rüido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado
ni del dorado techo
se admira fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mí contento
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío
a vuestro almo reposo,
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,

un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértente las aves
con su cantar süave no aprendido.
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
do ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso rüido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí, una pobrecilla

mesa, de amable paz bien abastada,
me baste, y la baxilla
de fino oro labrada
sean de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserablemente
se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

[A Francisco Salinas](#)

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
mi alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo ciego adora
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro
a aquesta inmensa cítara aplicado,
con movimiento diestro
produce el son sagrado
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía

consonante respuesta,
y entrambas a porfía
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás a aqueste baxo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! Suene de contino,
salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos.

A Felipe Ruiz

¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo,
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí, a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
el divino poder echó el cimiento
tan a nivel y plomo,
do estable eterno asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra esta fundada,
las lindes y señales

con que a la mar airada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen,
dó sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y decrecen.

De dó manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
del aire en la región, quién las sostiene;
de los rayos las fraguas;
dó los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el gállego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano;
y entre las nubes mueve
su carro Dios ligero y reluciente
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados;
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,
las causas de los hados, las señales.

Quien rige las estrellas
veré, y quien las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos osas,
de bañarse en el mar, siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz do se mantiene;
y por qué en el invierno

tan presuroso viene,
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

Noche serena

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,
el amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
la lengua dice al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
templo de caridad y hermosura,
mi alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baxa, oscura?

¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?»

El hombre esta entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! Despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño;
¿las almas inmortales
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay! Levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera,
burlareis los antojos
de aquesa lisonjera

vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el baxo y torpe suelo comparado
a aqueste gran trasumpto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternos,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales,
y en proporción concorde tan iguales;

la luna como mueve
la plateada rueda, y va en pos de ella
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella;
y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino
de bienes mil cercado
serena el cielo con su rayo amado;
rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
y precia la baxeza de la tierra
y no gime y suspira
por romper lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí asentado
en rico y alto asiento
está el amor sagrado
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda; y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!

¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

Imitación a diversos

Vuestra tirana exención
y ese vuestro cuello erguido
estoy cierto que Cupido
pondrá en dura sujeción.
Vivid esquiva y exenta;
que a mi cuenta
vos serviréis al amor
cuando de vuestro dolor
ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
fuere de nieve esparcida
y las dos luces de vida
recogieren ya su lumbre;
cuando la arruga enojosa
en la hermosa
frente y cara se mostrare
y el tiempo que vuela helare
esa fresca y linda rosa.

Cuando os viéredes perdida
os perderéis por querer,
sentiréis que es padecer,
querer y no ser querida.
Diréis con dolor, señora,
cada hora:
¡Quien tuviera, ay, sin ventura,
o agora aquella hermosura,
o antes el amor de agora!

A mil gentes que agraviadas
tenéis con vuestra porfía
dexaréis en aquel día
alegres y bien vengadas.
Y por mil partes volando,
publicando
el amor irá este cuento,
para aviso y escarmiento
de quien huye de su bando.

¡Ay!, por Dios, señora bella,
mirad por vos, mientras dura
esa flor graciosa y pura,
que el no gozalla es perdella,

y pues no menos discreta
y perfeta
sois que bella y desdeñosa,
mirad que ninguna cosa
hay que a amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
con ley dulce eternamente,
¿y pensáis vos ser valiente
contra él acá en el suelo?
Da movimiento y viveza
a belleza
el amor, y es dulce vida;
y la suerte más válida
sin él es triste pobreza.

¿Qué vale el beber en oro,
el vestir seda y brocado,
el techo rico labrado,
los montones de tesoro?
¿Y qué vale si a derecho
os da pecho
el mundo todo y adora,
si a la fin dormís, señora,
en el solo y frío lecho?

En la Ascension

¡Y dexas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro!

Los antes bienhadados
y los agora tristes afligidos
a tus pechos criados
de Ti desposeídos,
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aquese mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero airado?

Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! Nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquezas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alexas!
¡Cuán pobres y cuan ciegos ¡ay! nos dexas!

Soneto

Agora con la aurora se levanta
mi luz, agora coge en rico ñudo
el hermoso cabello, agora el crudo
pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuelta al cielo pura y santa
las manos y los ojos bellos alza, y pudo
dolerse agora de mi mal agudo;
agora incomparable tañe y canta.

Ansí digo, y del dulce error llevado,
presente ante mis ojos la imagino,
y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado
ánimo, y conociendo el desatino,
la rienda suelta largamente al lloro.

ALONSO DE ERCILLA

(1533-1594, de La Araucana, Fragmento)

Discurso de Colocolo, en la junta de los caciques araucanos

Tomé y otros caciques se metieron
en medio de estos bárbaros de presto,
y con dificultad los departieron,
que no hicieron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuvieron,
y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
a razonar así tomó la mano:

"Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida,
a pesarme de veros pretendores
de cosa que a mí tanto era debida;
porque según mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
más el amor que siempre os he mostrado
a bien aconsejaros me ha incitado...

¿Qué furor es el vuestro, ¡oh araucanos!,
que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra nuestras entrañas tenéis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan a golpe a los cristianos,
¿volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso,
a los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción con afrentoso
partido, a todo el mundo manifiesto;
lanzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derraméis la sangre del estado,
que para redimir nos ha quedado...

En la virtud de vuestro brazo espero
que puede en breve tiempo remediarse;
mas ha de haber un capitán primero,
que todas por él quieran gobernarse;
éste será quien más un gran madero
sustentare en el hombro sin pararse;
y pues que sois iguales en la suerte,

procure cada cual ser el más fuerte."

... ..

FERNANDO DE HERRERA

(1534-1597, Fragmentos)

Por la victoria de Lepanto

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero:
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra
salud y gloria nuestra.
Tu rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero:
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron,
cual piedra en el profundo, y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
en el grande aparato de sus naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva
y las manos aviva
al ministerio injusto de su estado,
derribó con los brazos suyos graves
los cedros mas excelsos de la cima
y el árbol que más yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños confundidos
del impío furor suyo; alzó la frente
contra ti, Señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente:
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña
porque en ti confiadas le resisten
y de armas de tu fe y amor se visten.

Dixo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
y de mis padres los ilustres hechos,
o valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quien las pudo librar? ¿Quien de sus manos
pudo salvar los de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrán por suerte ahora

guardallas de mi diestra vencedora?

... ..
 Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
 usurpe quien su fuerza osado estima,
 prevaleciendo en vanidad y en ira,
 este soberbio mira,
 que tus aras afea en su vitoria.
 No dexes que los tuyos así oprima,
 y en su cuerpo, cruel, las fieras cebe,
 y en su esparcida sangre el odio pruebe;
 que hecho ya su oprobio dice: «¿Dónde
 el Dios de estos está? ¿De quién se esconde?»

Por la debida gloria de tu nombre,
 por la justa venganza de tu gente,
 por aquel de los míseros gemidos,
 vuelve el brazo tendido
 contra este que aborrece ya ser hombre;
 y las honras que celas tú consiente;
 y tres o cuatro veces el castigo
 esfuerza con rigor a tu enemigo,
 y la injuria a tu nombre cometida
 sea el hierro contrario de su vida.

... ..
 Cual león a la presa apercebido,
 sin recelo los impíos esperaban
 a los que tú, Señor, eras escudo;
 que el corazón desnudo
 de pavor, y de amor y fe vestido,
 con celestial aliento confiaban.
 Sus manos a la guerra compusiste,
 y sus brazos fortísimos pusiste,
 como arco acerado, y con la espada
 vibraste en su favor la diestra armada.
 Turbáronse los grandes, los robustos
 rindiéronse temblando y desmayaron;
 y tú entregaste, Dios, como la rueda,
 como la arista queda
 al ímpetu del viento, a estos injustos,
 que mil huyendo de uno se pasmaron.
 Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
 en las espesas cumbres se derrama,
 tal en tu ira y tempestad seguiste
 y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando

las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos;
que con hondos gemidos
se retira a su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo, torpe sus entrañas,
de tu león temiendo las hazañas;
que, saliendo de España, dio un rugido,
que lo dexó asombrado y aturdido.

... ..

Por la pérdida del rey Don Sebastián, (Fragmentos)

Voz de dolor y canto de gemido
y espíritu de miedo, envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal, aborrecido,
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste
donde el áfrico Atlante y seno ardiente
hasta do el mar de otro color se viste,
y do el límite rojo del Oriente
y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta,
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz, mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
victoria, y sin volver a Dios sus ojos,
con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos!
Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dexó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno
de indignación, de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto,
de gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso

el nuevo sol, presagio de mal tanto,
y con terrible espanto
el señor visitó sobre sus males
para humillar los fuertes arrogantes,
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con hierro airado
la ofensa venguen y el error culpado.

Los impíos y robustos, indinados,
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago;
la llanura con muertos, aspereza;
cayó en unos vigor, cayó desnudo;
mas en otros desmayo y torpe miedo.

... ..

Soneto

Rojo sol, que con hacha luminosa
coloras el purpúreo y alto cielo,
¿hallaste tal belleza en todo el suelo
que iguale a mi serena luz dichosa?

Aura süave, blanda y amorosa,
que nos halagas con tú fresco vuelo.
cuando el oro descubre el rico velo
mi luz, ¿trenza tocaste más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro
de los errantes astros y fijados.
¿consideraste tales dos estrellas?
Sol puro, aura, luna, luces de oro.
¿oísteis mis dolores nunca usados?
¿Visteis luz mas ingrata a mis querellas?

SAN JUAN DE LA CRUZ

(1542-1591)

Cantico espiritual entre el alma y Cristo su Esposo

ESPOSA

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dexaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras,
plantados por la mano del Amado,
oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dexó de su hermosura.

ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,

y todos más me llagan
y déxame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas, ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues, has llagado
a aqueste corazón, no lo sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿por qué así lo dexaste
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos
y solo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura:
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada,

en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montaña.

Detente, Cierzo muerto;
ven, Austro, que recuerdas los amores;
aspira por mi huerto
y corran tus olores
y pacera el Amado entre las flores.

¡Oh ninfas de Judea!
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
mora en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las compañías
de la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos en las noches veladores,
por las amenas liras
y cantos de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la esposa
en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada.
allí te di la mano,

y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura teñido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
los jóvenes discurren el camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa,
allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio;
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el exido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que andando enamorada
me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas,
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello,
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían,
por eso me adamabas
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dexaste.

ESPOSO

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

ESPOSA

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en su hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego, a las subidas
cavernas de las piedras nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,
el canto de la dulce Filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,
y la caballería,
a vista de las aguas descendía.

Canciones del alma

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras, en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía,
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
mas cierto que la luz de mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guiaste
oh amable más que el alborada,
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transforma-

En mi pecho florido, [da!
que entero para él solo se guarallí
quedó dormido, [daba,
y yo le regalaba
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando ya sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía

Quédeme y olvideme,

el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

FRANCISCO MEDRANO

(1545-1607)

No siempre fiero...

No siempre fiero el mar zahonda al barco,
ni acosa el galgo a la medrosa liebre,
ni sin que ella afloje o él se quiebre,
la cuerda siempre trae violento al arco.

Lo que es rastrojos hoy, ayer fue charco,
frío dos horas antes lo que es fiebre;
tal vez al yugo el buey, tal al pesebre,
y no siempre severo está Aristarco.

Todo es mudanza, y de mudanza vive
cuanto en el mar aumento de la Luna,
y en la Tierra, del Sol, vida recibe.

Y sólo yo, sin que haya brisa alguna
con que del gozo al dulce puerto arribe,
prosigo el llanto que empecé en la cuna.

Yo vi romper...

Yo vi romper aquestas vegas llanas,
y crecer vi y romper en pocos meses
estas ayer, Sorino, rubias mieses,
breves manojos hoy de espigas canas.

Estas vi, que hoy son pajas, más ufanas
sus hojas desplegar para que vieses
vencida la esmeralda en sus enveses,
las perlas en su haz por las mañanas.

Nació, creció, espigó y granó en un día
lo que ves con la hoz hoy derrocado,
lo que entonces tan vivo parecía.

¿Qué somos pues, qué somos? Un traslado
desto, una mies, Sorino, más tardía;
y ¡a cuantos, sin granar, los ha segado!

JUAN DE TIMONEDA

(† 1583)

Canzoneta

Aquel si viene o no viene,
aquel si sale o no sale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

Aquel pensar que es amado
el amante y venturoso
y tenerse por dudoso
de verse bien empleado,
si con esto se mantiene
y que el seso no resbale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

Aquel mirarse de día
ella a él y él a ella,
y esperar la noche bella
y hablarle como solía;
aquel cuando se detiene
aguardando quien le vale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

Aquel pensar si me ha oído,
si me ha visto por ventura,
si llegó la hora y postura
que se había constituido;
si en esperanzas se aviene
y el amor con esto sale,
todito el mundo no tiene
contento que se le iguale.

Aquellas señas que espere
que le señala la dama,
aquel ¡ce! con que le llama,
aquel decir que le quiere,
aquel sí cuando conviene
en cosa que poco vale,
en los amores no tiene
contento que se le iguale.

GASPAR GIL POLO

(+ 1591)

Quien libre está

Quien libre está no viva descuidado,
que en un instante puede estar cautivo,
y el corazón helado y mas esquivo
tema de estar en llamas abrasado.

Con la alma del soberbio y elevado
tan áspero es Amor y vengativo,
que quien sin él presume de estar vivo,
por él con muerte queda atormentado.

Amor, que a ser cautivo me condenas,
Amor, que enciendes fuegos tan mortales,
tú que mi vida afliges y maltratas:
maldigo desde ahora tus cadenas,
tus llamas y tus flechas, con las cuales
me prendes, me consumes y me matas.

No es ciego Amor...

No es ciego Amor, mas yo lo soy, que guío
mi voluntad camino del tormento;
no es niño Amor, más yo que en un momento
espero y tengo miedo, lloro y río.

Nombrar llamas de amor es desvarío,
su fuego es el ardiente y vivo intento,
sus alas son mi altivo pensamiento
y la esperanza vana en que me fío.
No tiene Amor cadenas, ni saetas,
para aprehender y herir libres y sanos,
que en él no hay mas poder que el que le damos.

Porque es Amor mentira de poetas,
sueño de locos, ídolo de vanos:
¡Mirad qué negro dios el que adoramos!

FERNANDEZ DE ANDRADA

(Siglo XVI)

Epistola moral a Fabio (Fragmentos)

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido,
ni subir al honor que pretendiere.

El animo plebeyo y abatido
elija, en sus intentos temeroso,
primero estar suspenso que caído.

Que el corazón entero y generoso
al caso adverso inclinara la frente
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dio al prudente
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna
de contrarios sucesos nos espera
desde el primer sollozo de la cuna.

Dexémosla pasar como a la fiera
corriente del gran Betis cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.

Aquel, entre los héroes es contado,
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza
cuando de Astrea fue cuanto regía
con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo procede y pasa al bueno.
¿Qué espera la virtud o qué confía?

.....

Mas precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, mas sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios,
que acepta el don y burla del intento
el ídolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
y no le pasarás de hoy a mañana,
ni quizá de un momento a otro momento.

... ..

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
do apenas sale el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que deste sueño me recuerde?

... ..

Pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano;
las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron, ¡y nosotros a porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor, que nos envía
las espigas del año y la hartura
y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
a las aguas del cielo y al arado,
ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fue criado
el varón para rayo de la guerra,
para surcar el piélago salado,
para medir el orbe de la tierra
y el cerco donde el sol siempre camina?
¡oh, quien así lo entiende cuánto yerra!

... ..

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al simple y al discreto,
y algún manjar común, honesto y leve.

No porque así te escribo, hagas conceto
que ponga la virtud en ejercicio;
que aun esto fue difícil a Epicteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio

y el ánimo enseñar a ser modesto;
después le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso
en si propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
este camino sea el alto asiento,
morada de la paz y del reposo.

... ..

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
en las costumbres sólo a los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.

... ..

Sin la templanza, ¿viste tu perfeta
alguna cosa? ¡oh muerte!, ven callada,
como sueles venir en la saeta,
no en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor: que no es mi puerta
de doblados metales fabricada.

Así Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad, y mi albedrío
con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuanto confío
ni el arte de decir, vana y pomposa,
el ardor atribuyas de este brío.

¿Es, por ventura, menos poderosa
que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones si las miro
de mas ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé: rompí los lazos.
Ven y veras al alto fin que aspiro
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

JUAN LOPEZ DE UBEDA

(†hacia 1596)

Romance de un alma que desea el perdón

Yo me iba, ¡ay Dios mío!,
a Ciudad reale;
errara el camino
en fuerte lugare.

Salí zagaleja
de en cas de mi madre,
en la edad pequeña
y en la dicha grande.

Un galán hermoso
me topó en la calle,
y el cabello en grenchas
pude enamorarle.

Por ser él quien era
gustó de criarme,
porque yo de mío
no diz que era nadie.

Llevóme a su casa,
hizo que me laven
con agua de rostros,
que hermosos hacen.

Diome ropa limpia,
quedé como un ángel,
y tal gracia tuve,
que pude agradarle.

De palmilla verde,
me hiciera un brialé,
pañó de esperanza,
que gran precio vale.

Diome unos corpiños
de grana flamante,
porque en amor suyo
con ellos me inflame.

De fe unos zarcillos
porque se la guarde,
y en fe de su amor,
patena y corales.

De oro una sortija
y otra de azabache,
de amor y temor,

porque tema y ame.

Las jervillas justas,
porque justo calce,
porque en buenos pasos
y con gracia ande.

Hizo que a su lado
con él me sentase,
para que a su mesa
comiese y cenase.

Hizo que me sirvan
sus mismos manjares,
su plato y su copa,
su vino y su pane.

El mejor bocado
tal vez vi quitarse
de su misma boca
para regalarme.

Tal vez, ¡ay Dios mío!,
le vi, por amarme,
quedarse clavado,
y muerto quedarse.

Abrióme su pecho,
donde me asomase
al corazón suyo
adonde me atrae.

Dejóme un custodio
que me vele y guarde,
y me lleve en palmas
hasta Ciudad Reale.

Por pecados míos,
que deben ser graves,
*yo errara el camino
en fuerte lugare.*

Pienso, ausente hermoso
si no es que me engañe,
que de nuevo el pecho
mi dolor os abre.

Galán de mi alma,
mi Dios perdonadme,
porque en vuestro nombre,
mi Jesús me salve.

Llevadme con vos
hasta Ciudad Reale;
*no errare el camino
en fuerte lugare.*

LUIS BARAHONA DE SOTO

(1548-1595)

Ve, suspiro caliente...

Ve, suspiro caliente, al pecho frío
de aquella viva piedra por quien muero;
cual libre va de culpa el mensajero,
aunque no sé a que parte, aun siendo mío.

Loarte has que en extraño señorío
entraste mis querellas tú el primero,
y que ablandaste un corazón de acero,
que se templó en mis ojos, hechos río.

Seguro vas, pues el amor te guía,
y más llevando nuevas de mi muerte
adonde buscan gloria con mis daños.

Quizá entrará el amor do no solía,
y con el fin de mis pasados años
comenzarán los buenos de mi suerte.

ALONSO DE BARROS

(1552-1604)

Proverbios morales (Fragmento)

Cuanto más lo considero,
más me lastima y congoja
ver que no se muda hoja
que no me cause algún daño;
aunque, si yo no me engaño,
todos jugamos un juego,
y un mismo desasosiego
padecemos sin reposo;
pues no tengo por dichoso
al que el vulgo se lo llama,
ni por verdadera fama
la voz de solos amigos.
Ni por fieles testigos
los que son apasionados.
Ni tampoco por honrados
los que no son virtuosos.
Ni los que son envidiosos
por vecinos de codicia.
Ni pienso que hará justicia
el que no tiene conciencia.
Ni al que le falta experiencia
tendré por buen consejero.
Ni capitán que presuma
de serlo, no estando alerta.
Ni el cobarde hallará puerta
segura para escaparse.
Ni acertará a disculparse
el que hiciere cosa fea.
Ni tiene cebo el amor
como amar y ser amado.
Ni más infelice estado
que es el falto de esperanza.
Ni hay quien tenga vida larga
que no tenga larga pena.
Ni es sabio el que se condena
por culpa que otro merece.
Ni puede un engaño estar
por mucho tiempo ocultado.
Ni hay hombre muy descuidado

que también no sea perdido.

... ..

Ni más cierto y deleitoso
amigo que el libro bueno.

Ni sabio que en vicio ajeno,
para el suyo no escarmiente.

Ni falta jamás qué hacer
al que bien quiere ocuparse.

Ni puede alguno librarse
de envidia o de menosprecio.

Ni hay provecho cual gastar
bien el tiempo antes que acabe.

Ni sabe poco el que sabe
vencer su dificultad.

Ni tan ligera saeta
como el pensamiento humano.

Ni más bárbaro tirano
que el que con muerte castiga.

... ..

FRANCISCO DE LA TORRE

(Fines del siglo XVI)

Oda

Tirsis, ¡ah Tirsis!, vuelve y endereza
tu navecilla contrastada y frágil
a la seguridad del puerto; mira
que se te cierra el cielo.

El frío bóreas, y el ardiente Noto,
apoderados de la mar insana,
anegaron agora en este piélago
una dichosa nave.

Clamó la gente mísera, y el cielo
escondió los clamores y gemidos
entre los rayos y espantosos truenos,
de su turbada cara.

¡Ay!, que me dice tu animoso pecho
que tus atrevimientos mal regidos
te ordenan según caso desastrado
al romper de tu Oriente.

No ves, cuitado, que el hinchado Noto
trae en sus remolinos polvorosos
las imitadas mal seguras alas
de un atrevido mozo.

No ves que la tormenta rigurosa
viene del abrasado monte, donde
yace muriendo vivo el temerario
Encélado y Tifeo.

Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y prevén a tu mal, que la desdicha
revenida con tiempo no penetra
tanto como la súbita.

¡Ay!, que te pierdes; vuelve, Tirsis, vuelve
tierra, tierra, que brama tu navío
hecho prisión, y cueva sonora
de los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se avengan
los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes
que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
dende la playa, que el airado cielo

menos se encruelece de contino
con quien se anima menos.

La cierva

Doliente cierva, que el herido lado
de ponzoñosa y cruda yerba lleno,
buscas el agua de la fuente pura,
con el cansado aliento y con el seno
bello de la corriente sangre hinchado,
débil y decaída tu hermosura:
¡ay!, que la mano dura
que tu nevado pecho
ha puesto en tal estrecho,
gozosa va con tu desdicha cuando
cierva mortal, viviendo, estás penando
tu desangrado y dulce compañero,
el regalado y blando
pecho pasado del veloz montero.

Vuelve, cuitada, vuelve al valle, donde
queda muerto tu amor, en vano dando
términos desdichados a tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
la beldad, que la cruda mano esconde
delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
ya forzosos y terrible,
no puede ser posible
que le excusen los cielos, permitiendo
crudos astros que muera padeciendo
las asechanzas de un montero crudo,
que te vino siguiendo
por los desiertos de este campo mudo.

Mas, ¡ay!, que no dilatas la inclemente
muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
del crudo amor vencido y maltratado:
tú con el fatigado aliento pruebas
a rendir el espíritu doliente
en la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
que contigo la vida
tuvo por bien perdida,
no fué tan poco de tu amor querido,
que habiendo tan cruelmente padecido,

quieras vivir sin él, cuando pudieras
librar el pecho herido
de crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado
como tórtolas solas y queridas,
solos y acompañados anduvistes:
cuando de verde mirto y de floridas
violetas, tierno acanto y lauro amado,
vuestras frentes bellísimas ceñistes:
cuando las horas tristes,
ausentes y queridos,
con mil mustios bramidos
ensordecisteis la ribera umbrosa
del claro Tajo, rica y venturosa
con vuestro bien, con vuestro mal sentida,
cuya muerte penosa
no deja rastro de contenta vida.

Agora el uno, cuerpo muerto lleno
de desdén y de espanto, quien solía
ser ornamento de la selva umbrosa:
tú, quebrantada y mustia, al agonía
de la muerte rendida, el bello seno
agonizando, el alma congojosa:
cuya muerte gloriosa,
ni los ojos de aquellos
cuyos despojos bellos
son victorias del crudo amor furioso,
martirio fué de amor, triunfo glorioso
con que corona y premia dos amantes
que del siempre rabioso
trance mortal salieron muy triunfantes.

Canción, fábula un tiempo, y acaso agora
de una cierva doliente, que la dura
flecha del cazador dejó sin vida,
errad por la espesura
del monte, que de gloria tan perdida
no hay sino lamentar su desventura.

BALTASAR DEL ALCAZAR

(1530-1606)

Una cena

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa,
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto:
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco, fue, Inés, este toque,
pero arrójame la bota;
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo a loque.

¿De qué taberna se traxo?
Mas ya..., de la del Castillo
diez y seis vale el cuartillo
no tiene vino más baxo.

Por nuestro Señor, que es mila
taberna de Alcocer; [na
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fue
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba
no es menester alaballo;
solo una falta le hallo:

que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin: ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y que bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues, sus, encójase y entre
que es algo estrecho el camino
No echas agua, Inés, al vino
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
porque con mas gusto comas,
Dios te guarde, que así tomas,
como sabia mi consejo.

Mas di, ¿no adoras y aprecias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica;
tal debe tener especias!

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta
de placer; no sé de ti.
¿Cómo te va? Yo, por mí,
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡Que clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡Qué color!
¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extreel
de Pinto no le iguala; [mo,
pues la aceituna no es mala
bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena,
levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo.
Las once dan, yo me duermo:
quédese para mañana.

Su modo de vivir en la vejez

Deseáis, señor Sarmiento,
saber en estos mis años,
sujetos a tantos daños,
cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
porque la historia es bien breve,
y el daros gusto se os debe
con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente
de rayos acompañado,
me dan un huevo pasado
por agua, blando y caliente.

Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino
porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
toca en la meridional,
distando por un igual
del oriente y del ocaso,
me dan asada y cocida

una gruesa y gentil ave,
con tres veces del suave
licor que alegra la vida.

Después que cayendo, viene
a dar en el mar Hesperio,
desamparado el imperio
que en este horizonte tiene,
me suelen dar a comer
tostadas en vino mulso,
que el enflaquecido pulso
restituyen a su ser.

Luego me cierran la puerta,
yo me entrego al dulce sueño,
dormido, soy de otro dueño:
no sé de mí nueva cierta.

Hasta que, habiendo sol nuevo
me cuentan cómo he dormido:
y así de nuevo les pido
que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto:
veo que se va cayendo,
voile puntales poniendo
porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
presto me dicen mis males
que han de faltar los puntales
y allanarse el edificio.

Preso de amores

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, el jamón
y berenjenas con queso.

Esta inés, amante, es
quien tuvo en mí tal poder,
que me hizo aborrecer
todo lo que no era Inés,

Trájome un año sin seso,
hasta que en una ocasión
me dio a merendar jamón
y berenjenas con queso.

Fue de Inés la primer palma,
pero ya juzgase mal

entre todos ellos cual
tiene mas parte en mi alma.

En gusto, medida y peso
no le hallo distinción:
ya quiero Inés, ya jamón,
ya berenjenas con queso.

Alega Inés su beldad,
el jamón que es de Aracena,
el queso y la berenjena
la española antigüedad.

Y está tan fiel en el peso,
que, juzgando sin pasión,
todo es uno: Inés, jamón
y berenjenas con queso.

PABLO DE CESPEDES

(1538-1603)

Duración de la tinta (fragmento del «El arte de la pintura»)

Tiene la eternidad ilustre asiento,
en este humor, por siglos infinitos,
no el oro o el bronce, ni ornamento
vario, ni en los colores exquisitos:
la vaga fama con robusto aliento
en él esparce los canoros gritos
con que celebra las famosas lides,
desde la India a la ciudad de Alcides ...

Los soberbios alcázares alzados
en los latinos montes hasta el cielo,
anfiteatros y arcos levantados
de poderosa mano y noble celo,
por tierra desparcidos y asolados
son polvo ya que cubre el yermo suelo;
de su grandeza apenas la memoria
vive y el nombre de pasada gloria ...

Todo se anega en el Estigio lago:
oro esquivo, nobleza, ilustres hechos;
el ancho imperio de la gran Cartago
tuvo su fin con los soberbios techos:
sus fuertes muros de espantoso estrago
sepultados encierra en sí y deshechos
el espacioso puerto, donde suena
ahora el mar en la desierta arena ...

¡Cuántas obras la tierra avara esconde,
que ya ceniza y polvo las contemplo!
¿Dónde el bronce labrado y oro, y dónde
atrios y gradas del asirio templo,
al cual de otro gran rey nunca responde
de alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el decoro que el ingenio adquiere
se libra de morir o se difiere.

No creo que otro fuese el sacro río
que al vencedor Aquiles y ligero
le hizo el cuerpo con fatal rocío
impenetrable al homicida acero,
que aquella trompa y sonoro brío
del claro verso del eterno Homero,
que viviendo en la boca de la gente

ataja de los siglos la corriente. ...

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

(1547-1616)

Viaje al Parnaso (Fragmento)

Arrojóse mi vista a la campaña
rasa del mar, que truxo a mi memoria
del heroyco Don Juan la heroyca hazaña,
donde con alta de soldados gloria,
y con propio valor y ayrado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

Allí, con rabia y con mortal despecho,
el otomano orgullo vio su brío hollado
y reducido a pobre estrecho ...

(Mercurio a Cervantes)

Bien sé que en la Naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano,
que de raro inventor tu pecho encierra,
no te la ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra,
llevándola[s] en grupa Rozinante
descubren, y en la envidia mueuen guerra.

Pasa, raro inuentor, passa adelante
con tu sutil desinio, y presta ayuda
a Apolo, que la tuya es importante,
antes que el esquadrón vulgar acuda
de mas de veynte mil sietemesinos
poetas, que de serlo están en duda ...

(Elogio a Góngora)

Aquel que tiene de escribir la llaue,
con gracia y agudeza en tanto extremo,
que su yqual en el orbe no se sabe;

es don Luis de Góngora, a quien temo
agrauiar en mis cortas alabanzas,
aunque las suba al grado más supremo.

(Cervantes de sí mismo dice:)

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió para librarse del oluido.

Soy por quien *La Confusa*, nada fea,
pareció en los teatros admirable
si esto a su fama es justo se le crea.

Yo, con mi estilo en parte razonable,
he compuesto comedias que, en su tiempo,
tuuieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quixote* passatiempo
al pecho melancólico y mohíno,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Nouelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad vn desatino.

Yo soy aquel que en la inuención excede
a muchos, y, al que falta en esta parte,
es fuer?a que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé al arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la humilde pluma mía
por la región satírica, baxeza
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que assí empieça
por honra principal de mis escritos:
Boto a Dios que me espanta esta grandeza.

Yo he compuesto romances infinitos,
y el *de los zelos* es aquel que estimo,
entre otros, que los tengo por malditos.

Por esto me congoxo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique
para dar a la estampa el gran Persiles
con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles,
dispuestos en sonetos de a dozena,
he honrado tres sugetos fregoniles.

Ovillejos (del «Quijote»)

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes!

¿Y quién aumenta mis duelos?

Los celos!

¿Y quien prueba mi paciencia?

Ausencia!

De este modo en mi dolencia
ningún remedio me alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.

¿Quien me causa este dolor?

Amor!

¿Y quién mi gloria repuna?

Fortuna!

¿Y quien consiente mi duelo?

El cielo!

De este modo yo recelo
morir deste mal extraño,
pues se aúnan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorara mi suerte?

La muerte!

Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

Mudanza!

Y sus males, ¿quien los cura?

Locura!

De ese modo no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

Al t́mulo del rey Felipe II en Sevilla

Soneto

Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla;
porque ¿a quién no sorprende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!

Roma triunfante en ánimo y nobleza

Apostaré que el ánimo del muerto
por gozar este sitio hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.

Esto oyó un valentón, y dijo: - Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado.

Y el que dijere lo contrario, miente.

Y luego incontinente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

Soneto-oración (de la «Gran Sultana»)

A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste,
a costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída
y adonde él nos perdió, Tú nos cobraste.

A Ti, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste.

A ti me vuelvo en mi aflicción amarga
y a Ti toca, Señor, el darme ayuda
que soy cordera de tu aprisco ausente
y temo que a carrera corta o larga
cuando a mi daño tu favor no acuda
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

VICENTE ESPINEL

(1550-1624)

Letrilla

Contentamientos pasados,
¿qué queréis?

Dejadme, no me canséis.

Contentos cuya memoria
a cruel muerte condena,
idos de mí enhorabuena,
y pues que no me dais gloria
no vengáis a darme pena.

Ya están los tiempos trocados,
mi bien llevóselo el viento,
no me deis ya más cuidados,
que son para más tormentos,
contentamientos pasados.

No me os mostréis lisonjeros,
que no habéis de ser creídos,
ni me amenacéis con fieros,
porque el temor de perderos
le perdí en siendo perdidos,
y si acaso pretendéis
cumplir vuestra voluntad
con mi muerte bien podéis
matarme; y si no mirad
¿qué quereis?

Si dar disgusto y desdén
es vuestro propio caudal,
sabed que he quedado tal
que aún no me ha dejado el bien
de suerte que sienta el mal;
mas con todo, pues me habéis
dejado y estoy sin vos,
¡paso!, ¡no me atormentéis!
Contentos, idos con Dios,
Dejadme, no me canséis.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

(1559-1613)

A la esperanza (Fragmento)

Alivia sus fatigas
el labrador cansado
cuando su yerta barba escarcha cubre,
pensando en las espigas
del agosto abrasado
y en los lagares ricos del octubre;
la hoz se le descubre
cuando el arado apaña,
y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
sus miembros, y se obliga
el joven al trabajo de la guerra.
Huye ocio seguro,
trueca por la enemiga
su dulce, natural y amiga tierra;
mas cuando se destierra
o al asalto acomete,
mil triunfos y mil glorias se promete.

La vida al mar confía,
y a dos tablas delgadas,
el otro, que del oro está sediento.
Escóndesele el día
y las olas hinchadas
suben a combatir el firmamento;
él quita el pensamiento
de la muerte vecina
y el oro le pone y en la mina.

Dexa el lecho caliente
con la esposa dormida
el cazador solícito y robusto.
Sufre el cierzo inclemente,
la nieve endurecida
y tiene en su afán, por premio justo,
interrumpir el gusto
y la paz de las fieras
en vano cautas, fuertes y ligeras.

Premio y cierto fin tiene
cualquier trabajo humano,
y el uno llama al otro sin mudanza;

el invierno entretiene
la opinión del verano,
y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
solo quedó en el suelo,
cuando todos huyeron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;
todo lo precipitas
en olvido profundo,
y del fin natural, Flérída, huyes.
Si la cerviz rehuyes
de los brazos amados,
¿qué premio piensas dar a los cuidados?

Amor, en diferentes
géneros dividido,
él publica su fin, y quien le admite.
Todos los accidentes
de un amante atrevido
(niéguelo o disimúlelo) permite.
Limite pues, limite
la vana resistencia;
que, dada la ocasión, todo es licencia.

Al Sueño

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho,
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas, descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déxale al amor sus glorias ciertas.

La vida en el campo

Llevó tras sí los pámpanos otubre
y con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente;
y el sol apenas vemos en Oriente,
cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña
del Aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Tais tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

JOSEPH DE VALDIVIELSO

(1560?-1638)

A una conversión

Lágrimas del alma
ya se despeñan
de las altas torres
de su dureza.

Vila endurecida
mas que un mármol fuerte,
buscando su muerte
y huyendo su vida.

Dios, que no la olvida,
llama a la puerta
de las altas rocas
de su dureza.

A su puerta llama,
y dejando el lecho,
del mármol del pecho
dos fuentes derrama:
y Dios, que las ama,
llega a beberlas,
de las altas rocas
de su dureza.

Entre el blanco velo,
Dios la viene a ver,
tráela de comer
el pan de su cielo,
convierte su hielo
en lágrimas tiernas,
de las altas rocas
de su dureza.

Lágrimas descenden
sobre sus enojos,
y desde sus ojos
los de Dios encienden;
las manos le prenden,
porque hasta Dios llegan,
de las altas rocas
de su dureza.

JOSEPH DE VALDIVIELSO

(1560?-1638)

A una conversión

Lágrimas del alma
ya se despeñan
de las altas torres
de su dureza.

Vila endurecida
mas que un mármol fuerte,
buscando su muerte
y huyendo su vida.

Dios, que no la olvida,
llama a la puerta
de las altas rocas
de su dureza.

A su puerta llama,
y dejando el lecho,
del mármol del pecho
dos fuentes derrama:
y Dios, que las ama,
llega a beberlas,
de las altas rocas
de su dureza.

Entre el blanco velo,
Dios la viene a ver,
tráela de comer
el pan de su cielo,
convierte su hielo
en lágrimas tiernas,
de las altas rocas
de su dureza.

Lágrimas descenden
sobre sus enojos,
y desde sus ojos
los de Dios encienden;
las manos le prenden,
porque hasta Dios llegan,
de las altas rocas
de su dureza.

LUIS DE GONGORA

(1561-1627)

Angélica y Medoro

En un pastoral albergue
que la guerra entre unos robles
lo dexó por escondido
o lo perdonó por pobre,
do la paz viste pellico
y conduce entre pastores
ovejas del monte al llano
y cabras del llano al monte,
mal herido y bien curado,
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flecha
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
lo halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba
tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,
porque labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble.

Ya la regala los ojos,
ya le entra, sin ver por dónde,
una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,
ya despide al primer golpe
centellas de agua, ¡oh piedad,
hija de padres traidores!

Yerbas le aplica a sus llagas,
que si no sanan entonces
en virtud de tales manos

lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas;
los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba
cuando el cielo la socorre
de un villano en una yegua
que iba entrando en el bosque.

Enfrénanle de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmes troncos mueven
y las sordas piedras oyen;
y la que mejor se halla
en las selvas que en la corte
simple bondad, al pío ruego,
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano
y sobre la yegua pone
un cuerpo con poca sangre,
pero con dos corazones.

A su cabaña los guía
que el sol deja su horizonte
y el humo de su cabaña
le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella
do una labradora acoge
un mal vivo con dos almas
una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
para lecho les compone,
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos
desta vida fueron dioses
restituyen a Medoro
salud nueva, fuerzas dobles,
y le entregan, cuando menos,
su beldad y un reino en dote,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre
de cupidillos menores
la choza, bien como abejas
huevo tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando
a un áspid la envidia torpe,
contando de las palomas
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,
haciendo la cuerda azote,
porque el caso no se infame
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
son sus rancos atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.

Desnudo el pecho anda ella;
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha, es con claveles;
con jazmines, si le coge.

El pie calza en lazos de oro
porque la nieve se goce,
y no se vaya por pies
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes,
plumas les baten veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiñeñores.

Los troncos les dan cortezas
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
o que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle *Angélica* suena,
otro, *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas
deja que sombras las moren,
profanan con sus abrazos
a pesar de sus horrores

Choza, pues tálamo y lecho,

contestes destos amores,
el cielo os guarde si puede,
de las locuras del Conde.

Romance

Servía en Orán al rey
un español con dos lanzas
y con el alma y la vida
a una gallarda africana.

tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron la alarma.

Trescientos Zenetes eran
deste rebato la causa;
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;

las adargas avisaron
a las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;
y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican
y freno de amor le para;
no salir es cobardía,
ingritud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:

«Salid al campo señor
bañen mis ojos la cama,
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.

»Vestíos y salid apriesa,
que el general os aguarda;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.

»Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda;

que tenéis de acero el pecho
y no habéis menester armas.

Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así: «Mi señora
tan dulce como enojada,
porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya;
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.

»Concededme, dueña mía,
licencia para que salga
al rebato en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata.»

«Entre los sueltos caballos...»

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Zenetes,
que por el campo buscaban,
entre lo rojo lo verde,
aquel español de Orán
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte
para que lo lleve a él
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado,
capitán de cien Zenetes.

En el ligero caballo
suben ambos, y él parece
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos lo mueven.

Triste camina el alarbe,
y lo mas bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español
de ver cada vez que vuelve
que tan tiernamente llore
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta,
comedidas y corteses,
de sus suspiros la causa,

si la causa lo consiente.

El cautivo, como tal,
sin excusarlo, obedece,
y a su piadosa demanda
satisface desta suerte:

«Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente,
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.

«Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.

»Yo nací en Gelves el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco mata-siete.

»En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes
después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles.

Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses.

»Extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.

»Era tal la su hermosura,
que se hallarían claveles
más ciertos en sus dos labios
que en los dos floridos meses.

»Cada vez que la miraba
salía el sol por su frente,
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.

»Juntos así nos criamos,
y Amor en nuestras niñeces
hirió nuestros corazones
con arpones diferentes.

»Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las suyas
libertades y desdenes.

»Mas, ya la razón sujeta,
con palabras me requiere
que su crueldad perdone
y de su beldad me acuerde;

»y apenas vide trocada
la dureza de esta sierpe,
cuando tú me cautivaste:
mira si es bien que lamente.

Esta, español, es la causa
que a llanto pudo moverme;
mira si es razón que lllore
tantos males juntamente.»

Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.

»Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas,
dichosamente padeces.

»¿Quién pudiera imaginar
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?

»Si eres del Amor cautivo,
desde aquí puedes volverte;
que me pedirán por robo
lo que entendí que era suerte.

»Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas
ni las granas mas alegres.

»Anda con Dios, sufre y ama,
y vivirás si lo hicieres,
con tal que cuando la veas
pido que de mí te acuerdes.»

Apeóse del caballo,
y el moro tras él desciende,
y por el suelo postrado,
la boca a sus pies ofrece.

»Vivas mil años, le dice,
noble capitán valiente,
que ganas más con librarme
que ganaste con prenderme.

»Alá se quede contigo

y te dé victoria siempre
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes.»

«Andeyo caliente...»

*Ande yo caliente,
y ríase la gente.*
Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
príncipe con mil cuidados
como píldoras dorados:
que yo en mi pobre mesilla
quiero mas una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de blanca nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy enhorabuena
el mercader nuevos soles;
yo, conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a medianoche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
del golfo de mi lagar
la blanca o roja corriente,
y ríase la gente.

Pues Amor es tan cruel

que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente.

«La mas bella niña»

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:
Dexadme llorar,
a orillas del mar.

Pues me diste, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el penar,
y me cautivastes
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad.
Dexadme llorar,
a orillas del mar.

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
Dexadme llorar,
a orillas del mar.

No me pongáis freno
ni queráis culpar,
que lo uno es justo
lo otro por demás.
Si me queréis bien

no me hagáis el mal
harto peor fue
morir y callar.

*Dexadme llorar,
a orillas del mar.*

Dulce madre mía,
¿quien no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?

*Dexadme llorar,
a orillas del mar.*

Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad
después que en mi lecho
sobra la mitad.

*Dexadme llorar,
a orillas del mar.*

El forzado

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena:
«¡Oh, sagrado mar de España;
famosa playa serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
Pues eres tú el mismo mar
que con sus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,

tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que dice por sus letras;
porque si es verdad que llora
mi cautiverio en su arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
a mis demandas respuesta;
que bien puedes, si es verdad,
que las aguas tienen lengua;
pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser,
pues que yo vivo en su ausencia;
pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado
a nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
de la religión seis velas
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

Soledades (Fragmento)

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa,
media luna las armas de su frente,
y el Sol todo los rayos de su pelo,
 luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
náufrago y desdeñado sobre ausente,
lagrimosas de amor dulces querellas
 da al mar; que condolido,
 fue a las ondas, fue al viento
 el mísero gemido,
segundo de Arión dulce instrumento.
Del siempre en la montaña opuesto pino
 al enemigo Noto,
 piadoso miembro roto,

breve tabla, delfín no fue pequeño
 al inconsiderado peregrino
 que a una Libia de ondas su camino
 fió, y su vida a un leño.
 Del Océano, pues, antes sorbido,
 y luego vomitado
 no lejos de un escollo coronado
 de secos juncos, de calientes plumas,
 alga todo y espumas,
 halló hospitalidad donde halló nido
 de Júpiter el ave.
 Besa la arena, y de la rota nave
 aquella parte poca
 que lo expuso en la playa dio a la roca,
 que aun se dejan las peñas
 lisonjear de agradecidas señas.
 Desnudo el joven, cuanto ya el vestido.
 Océano ha bebido,
 restituir le hace a las arenas,
 y al sol lo extiende luego,
 que, lamiéndolo apenas
 su dulce lengua de templado fuego,
 lento lo embiste, y con suave estilo
 la menor onda chupa al menor hilo.
 No bien, pues, de su luz los horizontes
 que hacían desigual, confusamente,
 montes de agua y piélagos de montes,
 desdorados los siente,
 cuando, entregado el mísero extranjero
 en lo que ya del mar redimió fiero,
 entre espinas crepúsculos pisando,
 riscos que aun igualara mal, volando,
 veloz, intrépida ala,
 menos cansado que confuso, escala.
 Vencida al fin la cumbre,
 del mar siempre sonante,
 de la muda campaña
 árbitro igual e inexpugnable muro,
 con pie ya mas seguro
 declina al vacilante
 breve esplendor de mal distinta lumbre:
 farol de un cabaña
 que sobre el ferro está en aquel incierto
 golfo de sombras anunciando el puerto.

.....

«Hermana Marica,...»

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no iras tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpiño,
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega;
y a mi me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
media de estameña.

Y si hace bueno,
traeré la montera,
que me dio, la Pascua,
mi señora agüela.

Y el estadal rojo,
con lo que le cuelga,
que trujo el vecino
cuando fue a la feria.

Iremos a misa,
veremos la iglesia,
dará nos un cuarto
mi tía la ollera.

Compraremos dél
(que nadie lo sepa)
chochos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecica,
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro
y tú a las muñecas,
con las dos hermanas
Juana y Madalena,
y las dos primillas
Marica y la Tuerta.

Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto dello
bailar en la puerta.

Y al son del adufe,

cantará Andregüela:
«No me aprovecharon,
mi madre, las yerbas»

Y yo, de papel,
haré una librea,
teñida de moras,
porque bien parezca.

Y una caperuza
con muchas almenas:
pondré por penacho
las dos plumas negras,
del rabo del gallo
que acullá en la huerta
anaranjeamos
las Carnestolendas.

Y en la caña larga
pondré una bandera,
con dos borlas blancas,
en sus trezaderas.

Y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí;
dos hilos por riendas.

Y entraré en la calle
haciendo corvetas
yo y otros del barrio,
que son mas de treinta.

Jugaremos cañas
junto a la plazuela
porque Barbolilla
salga acá y nos vea.

Barbola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca,
porque algunas veces
hacemos, yo y ella,
las bellaquerías
detrás de la puerta.

Alegoría de la brevedad de las cosas humanas

*Aprended, flores, en mi
lo que va de ayer a hoy,*

*que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.*

La Aurora ayer me dio cuna,
la noche ataúd me dio;
sin luz muriera, si no
me la prestara la Luna.
Pues de vosotras ninguna
deja de acabar así,
*aprended, flores, en mi
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.*

Consuelo dulce el clavel
es a la breve edad mía,
pues quien me concedió un día
dos apenas le dio a él;
efímeras del vergel,
yo cárdena, él carmesí,
*aprended, flores, en mi
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.*

Flor es el jazmín, si bella
no de las más vividoras,
pues dura pocas más horas
que rayos tiene de estrella;
si el ámbar florece, es ella
la flor que retiene en sí.
*Aprended, flores, en mi
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.*

Aunque el alhelí grosero
en fragancia y en color,
más día ve que otra flor,
pues ve los de un mayo entero,
morir maravilla quiero,
y no vivir alhelí.
*Aprended, flores, en mi
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.*

A ninguna al fin mayores
términos concede el sol
si no es al girasol,
Matusalén de las flores;
ojos son aduladores
cuantas en él hojas vi.

*Aprended, flores, en mi
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fui,
y sombra mía aun no soy.*

BARTOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA

(1562-1631)

A una mujer que usaba de afeites y estaba hermosa

Yo os quiero confesar, don Juan, primero:
que ese blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero,

Pero tras eso confesaros quiero,
que es tanta la beldad de su mentira
que en vano a competir con ella aspira
belleza igual en rostro verdadero.

Mas, ¿qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así Naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo ni es azul: ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Soneto

«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?

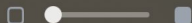
¿Quien da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo, que más la reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego!, ¿es la tierra el centro de las almas?»



OK



A una mujer que usaba de afeites y estaba hermosa

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

LUIS DE GONGORA

(1561-1627)

Angélica y Medoro

En un pastoral albergue
que la guerra entre unos robles
lo dexó por escondido
o lo perdonó por pobre,
do la paz viste pellico
y conduce entre pastores
ovejas del monte al llano
y cabras del llano al monte,
mal herido y bien curado,
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flecha
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
lo halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba
tanta sangre paga en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,
porque labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble.

Ya la regala los ojos,
ya le entra, sin ver por dónde,
una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,
ya despidе al primer golpe
centellas de agua, ¡oh piedad,
hija de padres traidores!

Yerbas le aplica a sus llagas,
que si no sanan entonces
en virtud de tales manos

lisonjean

Amor

mas ella s

para ligar

los rayos

Los úl

cuando e

de un vill

que iba e

Enfrér

las tristes

que los fi

y las sord

y la qu

en las sel

simple bo

cortésm

Humi

y sobre la

un cuerpe

pero con

A su c

que el sol

y el humo

le va servi

Llegan

do una la

un mal vi

una ciega

Bland

para lech

que será t

do el garz

Las m

desta vid

restituye

salud nue

y le en

su beldad

segunda

primera

Coron

de cupidi

la choza,

huevo tro

LOPE DE VEGA

(1562-1635)

Canción

¡Oh libertad preciosa,
no comparada al oro,
ni al bien mayor de la espaciosa Tierra,
más rica y más gozosa
que el precioso tesoro
que el mar del sur entre su nácar cierra;
con armas, sangre y guerra,
con las villas y famas,
conquistada en el mundo;
paz dulce, amor profundo,
que el mar apartas y a tu bien nos llamas;
en ti sola se anida
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida!

Cuando de las humanas
tinieblas vi del cielo
la luz, principio de mis dulces días,
aquellas tres hermanas
que nuestro humano velo
texiendo, llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo,
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia
quien mas leyere en ella
que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, Señor, exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo.
soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que sostengo.
Cuando a las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rostro embisto,
venzo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
y con libre albedrío

lloro el ajeno mal y canto el mío.

Cuando la aurora baña
con helado rocío
de aljófar celestial el monte y prado,
salgo de mi cabaña,
riberas de este río,
a dar el nuevo pasto a mi ganado,
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves
al sueño el pecho inclino
debaxo un sauce o pino,
oyendo el son de las parleras aves
o ya gozando el aura
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
con rústicas palabras
mi ganadillo cuento
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
y la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de rosa
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;
aquí de la enramada
parra que al olmo enlaza,
melosas uvas cojo;
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.

No me da descontento
el hábito costoso
que de lascivo el pecho noble infama;
es mi dulce sustento
del campo generoso

estas silvestres frutas que derrama;
mi regalada cama,
de blandas pieles y hojas,
que algún rey la envidiara,
y de ti, fuente clara,
que, bullendo, el arena y agua arrojas,
estos cristales puros,
sustentos pobres, pero bien seguros.

Estése el cortesano
procurando a su gusto
la blanda cama y el mejor sustento:
bese la ingrata mano
del poderoso injusto,
formando torres de esperanza al viento;
viva y muera sediento
por el honroso oficio,
y goce yo del suelo,
al aire, al sol y al hielo,
ocupado en mi rústico ejercicio;
que más vale pobreza
en paz que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso
ni al rico lisonjeo,
ni soy camaleón del que gobierna,
ni me tiene envidioso
la ambición y el deseo
de ajena gloria ni de fama eterna;
carne sabrosa y tierna,
vino aromatizado,
pan blanco de aquel día,
en prado, en fuente fría,
halla un pastor con hambre fatigado,
que el grande y el pequeño
somos iguales lo que dura el sueño.

«A mis soledades voy...» (De La Dorotea)

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

No sé que tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mi mismo

no puedo venir mas lejos.

Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
como se sufre a si mismo
un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.

El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento;
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.

La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,
su locura en su arrogancia,
mi humildad en su desprecio.

O sabe naturaleza
más que supo en otro tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.

Sólo sé que no sé nada,
dixo un filosofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.

No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.

Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más
otros por carta de menos.

Dijeron que antiguamente
se fue la verdad al cielo;
tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos
los propios y los ajenos:
la de plata los extraños
y la de cobre los nuestros.

¿A quien no dará cuidado
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo
y el valor a lo moderno?

Dixo Dios que comería
su pan el hombre primero
con el sudor de su cara
por quebrar su mandamiento.

Y algunos, inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.

Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento;
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las campanas,
no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.

¡Oh, bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!

Fea pintan a la envidia,
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio.

Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos,

tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño,
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni pascua dieron.

Con esta envidia que digo
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

«Pobre barquilla mía...»

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola!

¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.

Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.

Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas a las ondas.

Advierte que te llevan
a dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.

Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.

Segura navegabas;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,

ni se estima la perla
hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.

Para los altos mares
no llevas, cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.

¿Quien te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa:
que presumir de nave
fortunas ocasiona.

¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas,
azote son del viento
y de las aguas sombra?

¿En qué gavia descubres
del árbol la alta copa,
la tierra en perspectiva,
del mar incultas olas?

¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?

Si te sepulta arena,
¿que sirve fama heroica?
Qué nunca desdichados
sus pensamientos logran.

¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?

Laureles de la orilla
solamente coronan
navíos de alto bordo
que jarcias de oro adornan.

No quieras que yo sea
por tu soberbia pompa,
faetonte de barqueros

que los laureles lloran.

Pasaron ya los tiempos
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que, salpicando estrellas,
del sol la frente mojan;
ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas,
abrasan pobres chozas.

Contenta con tus redes,
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?

Cuando de rojo nácar
se anunciaba la aurora,
mas peces te llenaban
que ella lloraba aljófár.

Al bello sol que adoro
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña
la cama de sus hojas.

Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.

Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia;
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!

Quedad sobre la arena,
inútiles escotas;
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.

Si con eternas plantas
las fixas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!,
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al bien que eterno gozas
que adonde estás me lleve,
más pura y más hermosa.

Mi honesto amor te obligue,
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.

Mas, ¡ay!, que no me escuchas.
Pero la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

Judit

Cuelga sangriento de la cama al suelo
el hombro diestro del feroz tirano,
que opuesto al muro de Betulia en vano,
despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
del pabellón a la siniestra mano,
descubre el espectáculo inhumano
del tronco horrible, convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea
los vasos y la mesa derribada,
duermen las guardas, que tan mal emplea,
y sobre la muralla, coronada
del pueblo de Israel, la casta hebrea
con la cabeza resplandece armada.

Lágrimas de mujer

Daba sustento a un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuélele de la jaula el pajarillo
al dulce aire do vivir quería.

Con un suspiro, a la ocasión, tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo
dijo, y de sus mejillas, amarillo
tornó el clavel que entre su nieve ardía:

«¿Adónde vas por escapar del nido
al peligro de ligas y de balas
y al dueño huyes que tu pico adora?»

Oyóla el pajarillo enternecido
y a la antigua prisión volvió sus alas.
¡que tanto puede una mujer que llora!

!Duerme, mi niño!

Pues andáis en las palmas
 Angeles santos,
que se duerme mi niño,
 ¡tened los ramos!

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que suenan tanto,
no le hagáis ruido,
corred más paso,
que se duerme mi niño,
 ¡tened los ramos!

El niño divino,
que esta cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto,
que se duerme mi niño,
 ¡tened los ramos!

Rigurosos hielos
le están cercando,
ya veis que no tengo
con que guardarlo:
Angeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi niño,
 ¡tened los ramos!

Ausencia

Ir y quedarse, y con quedar partirse;
partir sin alma, e ir con alma ajena;
oír la dulce voz de una sirena
y no poder del árbol desasirse;
 arder como la vela y consumirse
haciendo torres sobre tierna arena;
caer de un cielo, y ser demonio en pena,
y de serlo jamás arrepentirse;
 hablar entre las mudas soledades;
pedir prestada, sobre fe, paciencia,

y lo que es temporal llamar eterno;
creer sospechas y negar verdades,
es lo que llaman en el mundo ausencia,
fuego en el alma y en la vida infierno.

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?

¿Que tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh, cuanto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¿Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuanto amor llamar porfía!»
¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana !

Amor es esto

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso,
no hallar, fuera del bien, centro y reposo;
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso.
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor süave,
olvidar el provecho, amar el daño:
creer que un cielo en un infierno cabe;
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor; quien lo probó lo sabe.

Cena de Isidro y María de la Cabeza
(del "Isidro," Fragmento)

Llegó a su casa contento,
donde esperaba María,

no desdeñosa y baldía,
sino alegre, el rostro atento
a ver si Isidro venía.

Dióle en viéndole los brazos,
y aliviando de embarazos,
la pobre cena apercibe,
rica en casa que Dios vive,
y más con tales abrazos.

Sonaba la olla al fuego
con la hortaliza y la vaca,
y mientras ella la saca,
Isidro a los bueyes luego
ata el sustento a una estaca.

Como amigo y jornalero
pace el animal el yero
primero que su señor;
que en casa del labrador
quien sirve come primero...

Salió, en fin, la pobre cena
de aquel rico labrador,
sabrosa por el sudor,
falta de regalo y llena
de conformidad y amor.

Y cuando igualmente amados,
comen así dos casados,
la envidia, a quien todo pesa,
bien puede estar a su mesa,
contándoles los bocados.

Y pues el contento importa,
¿cuanto mejor le va a quien
le dió el necesario bien
el cielo con mano corta,
que ésa fue larga también?

... ..

Canción de bodas

Dente parabienes
el mayo garrido,
los alegres campos,
las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas
los verdes alisos
y con frutos nuevos

almendros floridos.
Echen las mañanas
después del rocío,
en espadas verdes
guarnición de lirios.
Suban los ganados
por el monte mismo
que cubrió la nieve
a pacer tomillos.

Montañas heladas,
y soberbios riscos,
antiguas encinas
y robustos pinos,
dad paso a las aguas
en arroyos limpios
que a los valles bajan
de los hielos fríos.
Canten ruiseñores
y con dulces silbos
sus amores cuenten
a los verdes mirtos.
Fabriquen las aves
con nuevo artificio
para sus hijuelos
amorosos nidos

Ruego a la Muerte

Enseñé, no me escucharon;
escribí, no me leyeron;
curé mal, no me prendieron;
maté, no me castigaron.

Si con morir satisfice,
¡oh Muerte, quiero quejarme!
Bien pudieras perdonarme
por los servicios que hice.

Cancioncillas.

Por los jardines de Chipre
andaba el niño Cupido
entre las flores y rosas
jugando con otros niños.
La aljaba tiene colgada

de las ramas de un aliso;
por jugar con ella el viento
volaba de amor herido.
Las aves que en él cantaban
los enamorados picos
trocaron, cuando la vieron,
en hacer casados nidos.
Por no hacer más desarreglos
y llegar a compungido suspendiendo sus retozos
escapó el lindo Cupido.

* * *

No lloréis, ojuelos,
porque no es razón
que llore de celos
quien mata de amor.
Quien pueda matar
no intente morir
si hace con reír
más que con llorar.
Si queréis vengar
los muertos que habéis
¿por qué no tenéis
de mí compasión?
No lloréis, ojuelos,
porque no es razón
que llore de celos
quien mata de amor.

Maya

I

En las mañanicas
del mes de mayo
cantan los ruiseñores
perfuma el campo.
En las mañanicas,
como son frescas,
cubren los ruiseñores
las alamedas.
Y riense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.

Vístense las plantas
de múltiples sedas
que sacar colores
muy poco les cuesta.
Los campos alegran
con tapetes varios,
cantan ruiseñores
perfuma el campo.

II

Sale mayo hermoso
con los frescos vientos
que le ha dado marzo
de céfiros bellos.
Las lluvias de abril
flores le trujeron:
púsose guirnaldas
en rojos cabellos.
Los que eran amantes
amaron de nuevo,
y los que no amaban
a buscarlo fueron.
Todo pues amores
cuando allá por mayo
cantan ruiseñores
y perfuma el campo.

III

Claros aires de Valencia
que dais a la mar embates,
a sus verdes plantas flores,
a sus naranjos azares;
huéspedes frescos de abril,
instrumentos de sus aves,
campanitas del amor
que despertáis los amantes
llevad mis suspiros,
aires suaves
al azar de unas manos
que en ellas nacen.

Si os partiéredes al alba,
quedito, pasito, amor,
no espantéis al ruiseñor.
Si os levantáis de mañana
de los brazos que os desean,

porque en los brazos no os vean
de alguna envidia liviana,
pisad con planta de lana,
quedito, pasito, amor,
no espantéis al ruiseñor.

(Pájaro leve
y encantador,
puede encontrar huyendo quien

[se le lleve.)

Seguidilla

Apacibles prados
creced las hierbas,
que ganado de oro
pasa por ellas.

Caminad suspiros
adonde soléis,
y si duerme mi niña
no la despertéis.

No corráis, vientecillos
con tanta prisa
porque al son de las aguas
duerme la niña.

En santiago el Verde
me dieron celos,
noche tiene el día;
vengarme pienso.

Alamos del seto,
¿dónde está mi amor?
si se fue con otro
moriréme yo.

Blancas coge lucinda
las azucenas
y en llegando a sus manos
parecen negras.

Cuando sale el alba,
lucinda bella,
saliendo más hermosa
la tierra alegre.

Con su sol enjuga
sus blancas perlas
si una flor le quita
dos mil engendra.

Porque son sus plantas
de primavera
y como cristales
sus manos bellas.

Y así, con ser bellas,
las azucenas,
en llegando a sus manos
parecen negras.

Riberitas hermosas
del darro y del genil,
esforzad vuestros aires,
me abraso aquí.

Hermosas riberas
donde yo nací
lo que fue mi muerte
en vosotras vi.

Orillas hermosas
que el cristal cubrís,
tened que me muero
lástima de mí.

En el fuego julio
y en la vista abril;
esforzad vuestros aires
que me abraso aquí.

TIRSO DE MOLINA

(1583-1648)

Chispas

¿Cómo, amor, te llaman ciego,
si te engendras de mirar?
¿Por qué tiembblas al hablar
si te dan nombre de fuego?
¿Por que quitas el sosiego
si el mundo paz te ha llamado?
¿Cómo eres rey sin estado?
¿Cómo dios y estas desnudo?
¿Cómo elocuente, si mudo?
¿Cómo cobarde, si osado?

De burlas matarme esperas,
cuando de mi amor te burlas;
llégame el amor de burlas
y heme abrasado de veras.

Dos días tienen de gusto
las mujeres, si no yerran
los que sus acciones tasan,
y son: el en que se casan,
y el que a su marido entierran.

Calle el alma lo que siente
porque sienta lo que calla,
que amor que palabras halla,
tan falso es como elocuente.

Amante que fue querido
y ruega menospreciado,
muestras da de afeminado
cuando se humilla ofendido.

... ..

JUAN DE ARGUIJO

(1567-1623)

Al Guadalquivir, en una avenida

Tú, a quien ofrece el apartado polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata,
que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
 para cuya corona, como a solo
rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo;
 claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros,
 de la mejor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

La tempestad y la calma

Yo vi del rojo Sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se oscurece
el cielo con tiniebla de horror llena.
 El austro proceloso airado suena,
crece su furia, la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto olimpo y con espanto truena;
 mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y a su luz primera
restituirse alegre el claro día,
 y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré y dije: ¿Quien sabe si le espera
igual mudanza a la fortuna mía?

La avaricia

Castiga el Cielo a Tántalo inhumano,
que en impía mesa su rigor provoca,
medir queriendo en competencia loca
saber divino con engaño humano.
 Agua en las aguas busca, y con la mano

el árbol fugitivo casi toca;
huye el copioso Eridano a su boca,
y en vez de fruta toca el aire vano.

Tú, que espantado de su pena admiras
que el cercano manjar en largo ayuno
al gusto falte y a la vista sobre,
¿cómo de muchos Tántalos no miras,
ejemplo igual? Y si codicias uno,
mira el avaro, en sus riquezas, pobre.

En segura pobreza vive Eumelo

En segura pobreza vive Eumelo
con dulce libertad, y le mantienen
las simples aves, que engañadas vienen
a los lazos y ligas sin recelo.

Por mejor suerte no importuna al cielo,
ni se muestra envidioso a la que tienen
los que con ansia de subir sostienen
en flacas alas el incierto vuelo.

Muerte tras luengos años no le espanta,
ni la recibe con indigna queja,
mas con sosiego grato y faz amiga.

Al fin, muriendo con pobreza tanta
ricos juzga a sus hijos, pues les deja
la libertad, las aves y la liga.

BERNARDO DE VALBUENA

(1568-1627)

Artificioso origen de la ciudad de Granada

(de «El Bernardo», Fragmento)

... ..

Galirtos, rey de Alora, que pretende
serlo también del campo granadino,
y de la árabe sangre real descende,
que a Sulmán a pedirle ayuda vino,
por verdad éste así dicen que vende
de Estordian el suceso peregrino;
así su muerte cuenta, y deste modo
el origen también del reino todo.

Por festejar al bravo Ferraguto,
que a Doralice libertado había
de la infame prisión de un jayán bruto.
Granada en fiestas de placer ardía:
alegre el rey, la infanta ya sin luto,
del muerto Mandricardo, cuando un día...
¡Oh humanas vueltas! ¿Quién la inmortal rueda
de los hados hará constante y queda?

A hacer de su riqueza y reino alarde,
y dar al de Aragón su amada infanta,
de la Alhambra con él bajó una tarde
de un real jardín a la floresta planta;
por donde más fresco y menos arde
el sol, y más Generalife espanta,
a gozar fueron de las flores y aves,
suave olor y músicas süaves.

Cuando por arrayanes y laureles,
de un moral descendieron a la sombra,
donde, de rosas hecha y de claveles,
el suelo les prestó una fresca alfombra,
que, en blanda murta y blancos mirabeles,
entretejida, su belleza asombra,
convidando a quedarse por un rato
al gusto de aquel cielo o su retrato.

Y en agradable suspensión metidos,
al ruido de una fuente que murmura,
de los arpados cantos no aprendidos
que las aves le dan a su hermosura,
grande rumor se oyó, grandes rüidos:

de cajas, grita y voces, que en la altura
y techos de oro del palacio suena,
retumba el bosque y el jardín atruena.

... ..

GUILLEN DE CASTRO

(1569-1631)

Diálogo entre un galán y una dama embozada, en un sarao

- GALAN Asegurándome voy,
por lo que el talle señala,
que es lo mejor de la sala
esto que mirando estoy.
- DAMA Buena razón para mala,
cordura será rogalle,
pues tan bien habla, que calle,
- GALAN Quisiera en esta ocasión
decir alguna razón
que se pareciera al talle.
Y, mirando, me destruyo,
porque a contemplar me obliga
lo que entre mí mismo arguyo.
- DAMA Mejor será que las diga
que se parece el mal suyo;
pero no me mire tanto,
que, vista del todo, espanto.
- GALAN Si me espanta, pues procura,
cubrir un sol de hermosura,
con el nublado de un manto.
Esto con razón me admira,
mirando sus rayos bellos.
- DAMA Pues ¿por qué no se retira
si soy sol, huyendo de ellos?
¿Es águila que los mira
y resiste a sus rigores,
con la vista?
- GALAN Con mejores
ojos quisiera mirar;
mas, bien me puedo llamar
águila en cosas de amores...
- DAMA ¿Qué espíritu le revela
lo que entre nosotros pasa?
- GALAN Porque ya el alma recela
que ese sol de nieve, abrasa,
y esta sombra ardiendo, hiela.
-

DAMA En fin, que yo soy la fría,
 ¿y cómo sabe que cría
 tanto hielo mi cuidado?

GALAN Porque creo que me ha dado
 todo el fuego que traía...

DAMA Vuélvase, si quiere ver
 doña Fulana, que danza
 muy bien.

GALAN Muy bien ha de ser
 que es mujer, y una mudanza
 hace bien una mujer.
 Que es mudanzas su caudal,
 aunque, según está fiera
 y yo me siento mortal,
 que vuesa merced la hiciera
 no me estuviera a mí mal.
 Mire si me paga bien,
 pues adoro hasta el desdén.

DAMA Ya la danza se acabó.

GALAN Y porque me acabe yo,
 se acabó el sarao también;
 ¡que aun agora se recata!
 Muérome en fin, y así muero
 por conocer quien me mata.

DAMA Aunque sé que es lisonjero,
 porque no me llame ingrata,
 en esto gusto le doy (*Descubriose*)
 y un desengaño verá.

GALAN ¡Que bien empleado estoy!

DAMA ¡Qué contento vivirá!

GALAN Antes muero, pues me voy.

RODRIGO CARO

(1573-1647)

A las ruinas de Itálica

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fue; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo,
este llano fue plaza, allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo!, representa
cuanta fue su grandeza y es su estrago.

¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras? ¿Dónde el desnudo
luchador? ¿Dónde el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confusos lo presente
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna y la que baña

el mar, también vencido, gaditano.
 Aquí de Elio Adriano,
 de Teodosio divino,
 de silio peregrino,
 rodaron de marfil y oro las cunas;
 aquí, ya de laurel, ya de jazmines,
 coronados los vieron los jardines,
 que ahora son zarzales y lagunas.
 La casa para el César fabricada,
 ¡ay!, yace de lagartos vil morada;
 casas, jardines, césaes murieron,
 y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
 la vista en luengas calles destruidas;
 mira mármoles y arcos destrozados,
 mira estatuas soberbias que violenta
 Némesis derribó, yacer tendidas,
 y ya en alto silencio sepultados
 sus dueños celebrados.
 Así a Troya figuro,
 así a su antiguo muro,
 y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,
 ¡oh patria de los dioses y los reyes!
 Y a ti, a quien no valieron justas leyes;
 fábrica de Minerva, sabia Atenas,
 emulación ayer de las edades,
 hoy cenizas, hoy vastas soledades,
 que no os respetó el hado, no la muerte;
 ¡ay!, ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama
 en buscar al dolor nuevo argumento?
 Basta ejemplo menor, basta el presente,
 que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,
 aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
 tal genio o religión fuerza la mente
 de la vecina gente,
 que refiere admirada
 que en la noche callada
 una voz triste se oye que llorando
Cayó Itálica, dice, lastimosa,
 eco reclama *Itálica* en la hojosa
 selva que se le opone, resonando
Itálica, y al claro nombre oído
 de *Itálica*, renuevan el gemido

mil sombras nobles de su gran ruina;
¡tanto aun la plebe a sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido
huésped, a tus sagrados manes debo,
les dio y consagró, *Itálica* famosa.
Tú, si lloroso don han admitido
las ingratas cenizas, de que llevo
dulce noticia asaz, si lastimosa,
permíteme, piadosa
usura a tierno llanto,
que vea el cuerpo santo
de Geroncio, tu mártir y prelado.
Muestra de su sepulcro algunas señas,
y cavaré con lágrimas las peñas
que ocultan su sarcófago sagrado;
pero mal pido el único consuelo
de todo el bien que airado quitó el Cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y sus estrellas.

ANTONIO MIRA DE AMESCUA

(1577?-1644)

Canción

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
se sentó en los pimpollos de una haya,
y con su pico de marfil nevado
de su pechuelo blanco y amarillo
la pluma concertó pajiza y baya;
y celoso se ensaya
a discantar en alto contrapunto
sus celos y amor junto,
y al ramillo, y al prado y a las flores
libre y ufano cuenta sus amores.
Mas, ¡ay!, que en este estado
el cazador cruel de astucia armado,
escondido le acecha,
y al tierno corazón aguda flecha
tira con mano esquivia
y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay, vida mal lograda,
retrato de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno
el corderillo jugueteón se aleja,
enamorado de la yerba y flores,
y por la libertad el pasto tierno
el cándido licor olvida y deja
por quien hizo a su madre mil amores;
sin conocer temores,
de la florida primavera bella
el vario manto huella
con retozos y brincos licenciosos,
y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas, ¡ay!, que en un otero
dio en la boca de un lobo carnívor,
que en partes diferentes
lo dividió con sus voraces dientes,
y a convertirse vino
en purpúreo el dorado vellocino.
¡Oh inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!

Rica con sus penachos y copetes,
 ufana y loca, con ligero vuelo
 se remonta la garza a las estrellas,
 y, puliendo sus negros martinetes,
 procura ser allá, cerca del cielo,
 la reina sola de las aves bellas;
 y por ser de ellas
 la que más altanera se remonta,
 ya se encubre y trasmonta,
 a los ojos del lince mas atentos
 y se contempla reina de los vientos;
 mas, ¡ay!, que en la alta nube
 el águila la vio y al cielo sube,
 donde con pico y garra
 el pecho candidísimo desgarrar
 del bello airón que quiso
 volar tan alto con tan corto aviso.
 ¡Ay, pájaro altanero,
 retrato de mi suerte verdadero!

Al son de las belísonas trompetas
 y al retumbar del sonoro parche,
 formó escuadrón el capitán gallardo:
 con relinchos, bufidos y corvetas
 pidió el caballo que la gente marche
 trocando en paso presuroso el tardo;
 sonó el clarín bastardo
 la esperada señal de arremetida,
 y en batalla rompida,
 teniendo cierta de vencer la gloria,
 oyó a su gente que cantó victoria.
 Mas, ¡ay!, que el desconcierto
 del capitán bisoño y poco experto
 por no observar el orden,
 causó en su gente general desorden,
 y, la ocasión perdida,
 el vencedor perdió victoria y vida.
 ¡Ay, fortuna voltaria,
 de mis prósperos fines siempre varia!

En cristalino mundo lisonjero
 la bella dama en su beldad se goza,
 contemplándose Venus en la tierra,
 y al más rebelde corazón de acero
 con su vista enternece y alborozar,
 y es de las libertades dulce guerra;

el desamor destierra
 de donde pone sus divinos ojos,
 y de ellos son despojos
 los purísimos castos de Diana,
 y en su belleza se contempla ufana.
 Mas, ¡ay!, que un accidente,
 apenas puso el pulso intercadente,
 cuando cubrió de manchas,
 cárdenas ronchas y viruelas anchas
 el bello rostro hermoso
 y lo trocó en horrible y asqueroso.
 ¡Ay, beldad malograda,
 muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Sobre frágiles leños, que con alas
 de lienzo débil de la mar son carros,
 el mercader surcó sus claras olas;
 llegó a la India, y, rico de bengalas,
 perlas, aromas, nácares bizarros,
 volvió a ver las riberas españolas.
 Tremoló banderolas,
 flámulas, estandartes, gallardetes;
 dio premio a los grumetes
 por haber descubierto
 de la querida patria el dulce puerto.
 Mas, ¡ay!, que estaba ignoto
 a la experiencia y ciencia del piloto
 en la barra un peñasco,
 donde, tocando de la nave el casco,
 dio a fondo, hecho mil piezas,
 mercader, esperanzas y riquezas.
 ¡Pobre bajel, figura
 del que anegó mi próspera ventura!

Mi pensamiento con ligero vuelo,
 ufano, alegre, altivo, enamorado,
 sin conocer temores la memoria,
 se remontó, señora, hasta tu cielo,
 y contrastando tu desdén airado,
 triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;
 y en la sublime gloria
 de esa beldad se contempló mi alma,
 y el mar de amor sin calma
 mi navecilla con su viento en popa
 llevaba navegando a toda ropa.
 Mas, ¡ay!, que mi contento

fue pajarillo y corderillo exento,
fue la garza altanera,
fue el capitán que la victoria espera,
fue la Venus del mundo,
fue la nave del piélago profundo,
pues por diversos modos
todos los males padecí de todos.

Canción, ve a la coluna
que sustentó mi próspera fortuna,
y verás que si entonces
te pareció de mármoles y bronces,
hoy es mujer; y en suma,
breve bien, fácil viento, leve espuma.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

(1580-1645)

El sueño

¿Con qué culpa tan grave,
sueño blando y suave,
pude en largo destierro merecerte
que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no lo busco yo por ser descanso,
sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores
hacen inobedientes mis dos ojos
a la ley de las horas;
no han podido vencer a mis dolores
las noches, ni dar paz a mis enojos.
Madrugan más en mí que en las auroras
lágrimas a este llano,
que amanece a mi mal siempre temprano;
y tanto, que persuade la tristeza
a mis dos ojos, que nacieron antes
para llorar que para ver. Tú, sueño,
de sosiego los tienes ignorantes,
de tal manera, que al morir el día
con luz enferma vi que permitía
el sol que le mirasen en Poniente.

Con pies torpes al punto, ciega y fría,
cayó de las estrellas blandamente
la noche, tras las pardas sombras mudas,
que el sueño persuadieron a la gente.
Escondieron las galas a los prados
y quedaron desnudas
estas laderas y sus peñas solas;
duermen ya entre sus montes recostados
los mares y las olas.
si con algún acento
ofenden las orejas,
es que entre sueños dan al cielo quejas
del yerto lecho y duro acogimiento,
que blandos hallan en los cerros duros.
Los arroyuelos puros
se adormecen al son del llanto mío,
y a su modo también se duerme el río.
Con sosiego agradable

se dejan poseer de ti las flores,
mudos están los males,
no hay cuidado que hable,
faltan lenguas y voz a los dolores,
y en todos los mortales
yace la vida envuelta en alto olvido.
Tan solo mi gemido
pierde el respeto a tu silencio santo,
yo tu quietud molesto con mi llanto,
y te desacredito
el nombre de callado, con mi grito.
Dame, cortés mancebo, algún reposo,
no seas digno del nombre de avariento
en el más desdichado y firme amante
que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa en mi tormento.
Gózante en las cabañas,
y debajo del cielo
los ásperos villanos;
hállate en el rigor de los pantanos
y encuéntrate en las nieves y en el hielo
el soldado valiente,
yo no puedo hallarte, aunque lo intente,
entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo
que eres más riguroso que la tierra,
más duro que la roca,
pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
y en ella mi alma por jamás te toca.
Mira que es un gran rigor: dame siquiera
lo que de ti desprecia tanto avaro,
por el oro en que alegre considera,
hasta que da la vuelta el tiempo claro;
lo que había de dormir en blando lecho
y da el enamorado a su señora,
y a ti se te debía de derecho.
Dame lo que desprecia de ti agora
por robar el ladrón; lo que desecha
el que envidiosos celos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha,
tócame con el cuento de tu vara:
oirán siquiera el ruido de tus plumas
mis desventuras sumas;
que yo no quiero verte cara a cara,
ni que hagas más caso

de mí, que hasta pasar por mí de paso;
o que a tu sombra negra por lo menos,
si fueses a otra parte peregrino,
se le haga camino
por estos ojos de sosiego ajenos;
quítame, blando sueño, este desvelo,
o de él alguna parte,
y te prometo, mientras viere el cielo,
de desvelarme sólo en celebrarte.

*Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes,
escrita al Conde-Duque de Olivares (Fragmentos)*

No he de callar, por mas que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy sin miedo que libre escandalice
puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
que es lengua la verdad de Dios severo
y la lengua de Dios nunca fue muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
ni eternidad divina los separa,
ni de los dos alguno fue primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,
siendo verdad, implicación hubiera
en ser y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera,
y la misericordia, y todo cuanto
es Dios todo ha de ser verdad entera.

Señor Excelentísimo, mi llanto
ya no consiente márgenes ni orillas;
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
la vista por dos urnas derramada
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada

que fue, si rica menos, más temida,
en vanidad y en sueños sepultada.

Y aquella libertad esclarecida
que en donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrentas de los años
envejecer en manos de la suerte.

... ..

*Memoria inmortal de don Pedro Girón,
Duque de Osuna, muerto en la prisión*

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
pero no a su defensa sus hazañas;
diéronle muerte y cárcel las Españas,
de quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una a una
con las propias naciones las extrañas;
su tumba son de Flandes las campañas,
y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió al Vesubio
Parténope, y Trinacria el Mongibelo;
el llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;
la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
murmuran con dolor su desconsuelo.

«Ya formidable y espantoso suena»

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de dolor envía,
señas de su desdén de cortesía:
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar piadosa viene
espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

«Miré los muros de la patria mía»

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo mas corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

A una nariz

Erase un hombre a una nariz pegado;
érase una nariz superlativa;
érase una nariz sayón y escriba;
érase un pez espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado;
érase una alquitara pensativa;
érase un elefante boca arriba;
era Ovidio Nasón más naridado.

Erase el espolón de una galera;
érase una pirámide de Egipto;
las doce tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.

Letrilla satírica

*Poderoso caballero
es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo;
él es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado,
de continuo anda amarillo;
que, pues doblón o sencillo,

hace todo cuanto quiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nace en las Indias honrado,
 donde el mundo le acompaña;
 viene a morir en España
 y es en Génova enterrado.
 Y pues quien le trae al lado
 es hermoso, aunque sea fiero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Es galán y es como un oro,
 tiene quebrado el color,
 persona de gran valor,
 tan cristiano como moro;
 pues que da y quita el decoro
 y quebranta cualquier fuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Son sus padres principales
 y es de nobles descendiente,
 porque en las venas de Oriente
 todas las sangres son reales;
 y pues es quien hace iguales
 al duque y al ganadero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Mas, ¿a quién no maravilla
 ver en su gloria sin tasa
 que es lo menos de su casa
 doña Blanca de Castilla?
 Pero pues da al bajo silla
 y al cobarde hace guerrero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
 son siempre tan principales,
 que sin sus escudos reales
 no hay escudos de armas dobles;
 y pues a los mismos robles
 da codicia su minero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Por importar en los tratos
 y dar tan buenos consejos,

en las casas de los viejos
gatos le guardan de gatos.
Y pues él rompe recatos
y ablanda al juez más severo,
poderoso caballero
es don Dinero.

Y es tanta su majestad
(aunque son sus duelos hartos),
que con haberle hecho cuartos
no pierde su autoridad:
pero pues da calidad
al noble y al pordiosero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Nunca vi damas ingratas
a su gusto y afición,
que las caras de un doblón
hacen sus caras baratas.
Y pues las hace bravatas
desde una bolsa de cuero,
poderoso caballero
es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra,
(mirad, si es harto sagaz),
sus escudos en la paz,
que rodela en la guerra.
Y pues al pobre lo entierra
y hace propio al forastero;
poderoso caballero
es don Dinero.

Romance del Cid, en un lenguaje antiguo

Estando en cuita y en duelo,
denostado de zofrir,
el Cid al rey don Alfonso
fabló de esta guisa; oíd:

Si como atendéis los chismes
de los que fablan de mí,
atendiérades mis quejas,
mi sandez toviera fin.

No supe vencer la envidia,
sí supe vencer la lid,
pues hoy desfacen mis fechos

los dichos de algún malsín.

Mil banderas vos he dado,
esclavos más de cien mil;
y esos que de mí murmuran,
sólo a vos dan que reír.

Yo, que supe daros reinos,
yago desterrado aquí,
y con mucha yanta al lado
quien los sabe destruir.

Menguas ponen en mi honra
que las estodían en sí:
traidor me llaman a voces,
a vos os toca el mentir.

Quando fuían de Tizona,
por ser canalla tan vil;
todo saldrá en la colada;
de Colada no hay fuir.

En mataros tantos moros
cuido que los ofendí,
dexando huérfanos todos
los que caboñan al Cid.

Faced que juzgue mi causa
el valiente, no el dotil:
que entre plumas y tinteros
aun Christo vino a morir.

JUAN DE TASSIS
CONDE DE VILLAMEDIANA
(1582-1622)

Defiéndeme de este mal

Defiéndeme de este mal
lo que el mismo mal me niega,
pues es tal que al alma llega,
y en ella queda inmortal.

Entiérrese mi querella
de su secreto vencida,
que no es bien que tenga vida
quien busca cómo perdella.

En los peligros buscados
se pierden los prevenidos,
remedios siempre perdidos
es muerte de desdichados.

Secreto yo te guardara
porque Amor manda guardarte,
si decirte y si callarte
la vida no me costara.

Quien sólo supo vivir
en desdichas confirmado,
podrá morir confesado,
y confesado, morir.

Una verdad por castigo,
pudiera decir, señora,
mas es ya muy tarde agora,
y habrá de morir conmigo.

Llegar, ver y entregarme...

Llegar, ver y entregarme ha sido junto,
la deuda general pagada os tengo,
y a ser de vos injustamente vengo
condenado sin culpa en sólo un punto.

Padezco el mal, la causa no barrunto,
que yo, sin esperanza, me entretengo,
y sólo de adoraros me mantengo
vivo al servir, y al merecer difunto.

Quien sabe tanto y claramente entiende
que esperar algo es yerro sin disculpa
con la intención no puede haber errado.

Miro y no hallo en mí de qué me enmiende;
mas si desdichas las tenéis por culpa,
¿cómo estará sin ella un desdichado?

Nadie escuche mi voz

Nadie escuche mi voz y triste acento,
de suspiros y lágrimas mezclado,
si no es que tenga el pecho lastimado
de dolor semejante al que yo siento.

Que no pretendo ejemplo ni escarmiento
que rescate a los otros de mi estado,
sino mostrar creído, y no aliviado
de un firme amor el justo sentimiento.

Juntóse con el cielo a perseguirme
la que tuvo mi vida en opiniones,
y de mí mismo a mí como en destierro.

Quisieron persuadirme las razones,
hasta que en el propósito más firme
fue disculpa del yerro el mismo yerro.

JUAN DE JAUREGUI

(1583-1641)

Afecto amoroso comunicado en silencio

Deja tu albergue oculto,
mudo silencio; que en el margen frío,
deste sagrado río
y en este valle solitario inculto,
te aguarda el pecho mío.

Entra en mi pecho, y te diré medroso
lo que a ninguno digo,
de que es amor testigo,
y aun a ti revelarlo apenas oso.
Ven, ¡oh silencio fiel!, y escucha atento
tú sólo, y mi callado pensamiento.

Sabrás (mas no querría
me oyese el blando céfiro, y al eco
en algún tronco hueco
comunicase la palabra mía,
o que en el agua fría
el Betis escondido me escuchase);
sabrás que el cielo ordena
que con alegre pena
en dulces llamas el amor me abrase,
y que su fuego, el corazón deshecho,
de sus tormentos viva satisfecho...

No quiera el cielo que a la dulce calma
de tu beldad serena
turbe una breve pena,
aunque mil siglos la padezca el alma;
dile, silencio, tú, con señas mudas,
lo que ha ignorado siempre y tu no dudas.

Mas ¡ay! no se lo digas,
que es forzoso decirlo en mi presencia;
y bien que la decencia
de tu recato advierto, al fin me obligas
que espere su sentencia,
y el temor ya me dice en voz expresa:
"No has sido poco osado
sólo en haberla amado:
no te abalances a mayor empresa
basta que sepan tu amorosa historia
el secreto silencio y tu memoria"

A un navío destrozado

Este bajel inútil, seco y roto,
tan despreciado ya del agua y viento,
vio indiferente el vasto movimiento
del proceloso mar, del Euro y Noto.

Soberbio al golfo, humilde a su piloto,
y del rico metal siempre sediento,
trajo sus minas al ibero asiento,
habidas en el índice remoto.

Ausente yace de la selva cara,
do el verde ornato conservar pudiera,
mejor que pudo cargas de tesoro.

Así quien sigue la codicia avara,
tal vez mezquino muere en extranjera
provincia, falto de consuelo y oro.

FRANCISCO DE RIOJA

(1583-1659)

A la rosa

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu llama
ni tu púrpura hermosa
a detener un punto
la ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dio Amor de sus alas blancas plumas,
y oro de su cabello dio a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas,
y esto, purpúrea flor, y esto, ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate silencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aún no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia, tu nacimiento o muerte llora.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

(1596-1669)

Oda sáfica

Dulce vecino de la verde selva
huésped eterno del abril florido,
vital aliento de la madre Venus,
céfiro blando;
si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y a mi ninfa dile,
dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía;
Filis un tiempo mi dolor lloraba;
quísome un tiempo, mas agora temo,
temo sus iras.
Así los dioses con amor paterno,
así los cielos con amor benigno,
nieguen al tiempo que feliz volares
nieve en la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
cuando amanece en la elevada cumbre,
toque tus hombros, ni su mal granizo
hiera tus alas.

El pajarillo

Yo vi sobre un tomillo
quejarse a un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento,
dar mil quejas al viento
para que al cielo santo
llegue su tierno llanto,
llegue su tierno acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
más sonoro volvía;
ya circular volaba;
ya rastrero corría;

ya, pues, de rama en rama
al rústico seguía,
y saltando en la grama
parece que decía:
«Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía.»
Y que le respondía
el rústico: «No quiero.»

PEDRO CALDERON DE LA BARCA

(1600-1681)

Cantarcillo

Ruiseñor que volando vas,
cantando finezas, cantando favores,
¡oh, cuanta pena y envidia me das!
Pero no, que si hoy cantas amores,
tú tendrás celos y tú llorarás.

¡Qué alegre y desvanecido
cantas, dulce ruiseñor,
las venturas de tu amor
olvidado de tu olvido!

En ti, de ti entretenido
al ver cuan ufano estás,
¡oh, cuanta envidia me das
publicando tus favores!
Pero no, que si hoy cantas amores,
tú tendrás celos y tú llorarás.

A las flores (de «El príncipe constante»)

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
¡tanto se aprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:
en un día nacieron y espiraron;
que pasados los siglos horas fueron.

«La vida es sueño», (Fragmento)

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí

contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
¿qué más os pude ofender,
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas
que la dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:
y teniendo yo mas alma
¿tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
gracias al docto pincel,
cuando atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con mas albedrío

tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culebra
que entre las flores rept
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra
cuando músico celebra
de las flores la piedad
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
y teniendo yo más vida
¿tengo menos libertad?

En llegando a esta pasión
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan süave
exención tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?

... ..

Es verdad. Pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos:
y sí haremos, porque estamos
en mundo tan singular,
que vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el Rey que es Rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte: ¡desdicha fuerte!
¡Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece

su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza;
sueña el que afana y pretende;
sueña el que agravia y ofende;
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.

¿Qué es la vida? Un frenesí,
¿Qué es la vida? una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

... ..

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

(1651-1691)

Redondillas

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro proceder loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual
quejándoos, si os tratan mal;
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel
a una culpáis de cruel
y a otra por frágil culpáis. [plada

Pues ¿cómo ha de estar temla
que vuestro amor pretende
si la que es ingrata ofende

y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cual es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar
y después con mas razón
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

«Al que, ingrato, me deja, busco amante...»

Al que, ingrato, me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo, ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata,
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante,
y soy diamante al que de amor me trata,
triunfante quiero ver al que me mata
y mato al que me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquel, mi pundonor enojo;
de entrambos modos infeliz me veo.
Pero yo, por mejor partido, escojo:

de quien no quiero, ser violento empleo;
que de quien no me quiere, vil despojo.

Fantasía contenta con amor decente

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mi tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL

(1693-1770)

Pago que da el Mundo a los poetas

Dícese de Quevedo que fue claro,
y que en algunas coplas está obsceno;
Góngora puede ser que fuese bueno,
pero ya sus comentarios le hacen raro.

El Calderón, que nos lo venden caro,
sólo de lo amatorio fue muy lleno
y nos dejó en la cómica un veneno
que nos hemos bebido sin reparo.

La idea de Juan Pérez fue abatida,
de Solís intrincada, ¡infeliz suerte!
¡Oh, ciencia pobre! ¡Facultad perdida!

¡Mundo borracho, que al varón más fuerte
después de ajarlo, miserable, en vida,
predicas estas honras en su muerte!

A otro perro con ese hueso

Albricias, que el Mundo
sin duda esta cuerdo,
pues da con justicia
castigos y premios.

*Vaya usted a otro perro
con aquese hueso.*

Humildes ensalza,
abate soberbios,
liberales premia,
castiga avarientos.

Socorre las viudas
y guía a los ciegos,
los huérfanos cría
cura a los enfermos.

Limosna da al pobre,
al triste consuelo,
cautivos desata,
y redime presos.

Ahorca asesinos,
azota rateros,
empalma alcahuetas,
y empala adulterios.

Mancebas recoge,
encierra mancebos,
niños adoctrina,
y respeta viejos.

Ya las injusticias
están por el suelo,
y Dios sea bendito,
porque ya era tiempo.

Ya los sabios tienen
ventura y respeto,
y el ocioso vano
desgracia y desprecio.

Ya no tiene fuerza
alguna el dinero,
y el mérito sólo
consigue los puestos.

Ya nadie pondera
delitos ajenos,
y todos conocen
sus menores yerros.

Nadie se maltrata
por lograr ascensos,
que en su estado todos
están muy contentos.

No hay interesados,
ni avaros logreros;
sólo se procura
el bien de los pueblos.

No corre el engaño,
la mentira menos,
y así no hay motivos
para sentimientos.

Hay paz octaviana
en todo el congreso,
porque todo el mundo
castiga su genio.

Ya en los pleitos nada
compone el empeño;
todo va arreglado
a ley y derecho.

Ya no hay robo alguno
en cortes ni puertos;
que todos son fieles,
hasta los venteros.

Ya son en la tierra

puros los contentos,
y así tiene el Mundo
remedios del Cielo.

Todo es muy posible,
así lo concedo;
mas perdone el Mundo,
que yo no lo creo.

*Vaya usted a otro perro
con aquese hueso.*

ANONIMO

(Siglos XVII-XVIII)

Romance de don Alvaro de Luna

-Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.
Al son de las campanillas
van diciendo en altas voces:

-Den para enterrar el cuerpo
del rico ayer, y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja,
no la tiene, ni hay de dónde;
mueva a compasión su muerte;
socorredle, pretensores,
pues que tanto dio y dar pudo
a tantos de los que oyen.
El que daba dignidades
haciendo duques y condes
grandes, marqueses, prelados,
maestres, comendadores;
el que con la voluntad
pudo hacer e hizo hombres,
como delincuente muere;
dadle limosna, señores.

Ayer el mundo mandó;
hoy de un bochín sucio y torpe
se sujeta al proceder,
y humilde a sus pies se pone.
Por esas calles que hoy pasa,
entre confusos pregones,
le vimos acompañado
del mismo rey y su corte,
¡y dichoso el que alcanzaba
su lado, a ponerse adonde
con su vista le alcanzase,
ya que no con sus razones!
Hoy a este mismo acompañan
mil populares montones
de gente ociosa, perdida,
vagabundos, mahechores.
El que pudo lo que quiso
con los dados por tutores,
como delincuente hoy muere;

dadle limosna, señores.

¡Oh mundo vano, caduco,
como pagas a quien pone
sus esperanzas en ti!
¡Y cuan pocos te conocen!

Esto un cofrade decía
de la Caridad a voces,
cuando por la Costanilla
un tropel de gente rompe;
la guardia del rey don Juan
se divide en escuadrones
para que de su justicia
la ejecución no se estorbe.
Gran cantidad de alguaciles,
dos alcaldes de su corte,
tres capitanes con gente
por las calles y cantones.

-Plaza aparte, aparte, claman
diciendo los muñidores.

-Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

En medio viene el de Luna
rompiendo los corazones
en una mula enlutada,
capuz hasta los talones,
una caperuza negra,
agravado con prisiones,
a los lados uno y otro
un par de predicadores.
Todos se conmueven dél,
no hay quien de vello no llore,
y al preguntar por qué muere
todos los hombros encogen
los pregoneros lo dicen,
unos a otros lo responden.

Llegan hasta un cadalso,
encima del cual le ponen,
teatro de su tragedia,
donde lo que dicen oye.

-Hagan bien para hacer bien
por el alma deste pobre.

ANONIMO

(Siglos XVII-XVIII)

Romance del caballero

Madre, un caballero
que a las fiestas sale,
que mata los toros
sin que ellos le maten,
mas de cuatro veces
pasó por mi calle,
mirando mis ojos,
porque le mirase.

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

Música me daba
para enamorarme,
papeles y cosas
que las lleva el aire;
siguióme a la iglesia,
siguióme en el baile,
de día y de noche,
sin querer dejarme.

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

Viéndome tan dura,
procuró ablandarme
por otro camino
más dulce y más suave.
Diome unos anillos
con unos corales,
zarzillos de plata,
botillas y guantes.
Diome unos corpiños
con unos cristales.
¡Negros fueron ellos,
pues negros me salen!

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

Perdí el desamor
con las libertades,

quísele bien luego
bien le quise, madre.
Empecé a quererle,
empezó a olvidarme,
muérome por él,
no quiere él mirarme.

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

Pensé enternecerle,
¡mejor mala landre!
¡Halléle mas duro
que unos pedernales!
Anda enamorado
de otra de buen tallo,
que al primer billete
le quiso de balde.

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

¡Nunca yo lo fuera,
madre, miserable,
pues no hay interés
que al fin no se pague!
¡Mal haya el presente
que tan caro sale!
¡Y mal haya él,
que tanto mal sabe!

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

Y al correr la plaza
con otros galanes,
caída dé él solo
que no se levante;
salga de las fiestas
tal, que otros le saquen,
y cuando estas cosas
madre, no le alcancen.

*!Rabia le de, madre,
rabia que le mate!*

ANONIMO

(Siglos XVII-XVII)

Romance de la muerte del rey don Pedro

A los pies de don Enrique
yace muerto el rey don Pedro,
más que por su valentía,
por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal,
el pie le puso en el cuello,
que aun allí no está seguro
de aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
a no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos,
a compasión y contento,
mezclados unos con otros
corren a ver el suceso,
y los de Enrique
cantan, repican y gritan:
«¡Viva Enrique!», y los de Pedro
clamorean, doblan, lloran
su rey muerto.

Unos dicen que fue justo,
otros dicen que mal hecho,
que el rey no es cruel si nace
en tiempo que importa serlo,
y que no es razón que el vulgo
con el rey entre a consejo,
a ver si casos tan graves
han sido bien o mal hechos;
y que los yerros de amor
son tan dorados y bellos
cuanto la hermosa Padilla
ha quedado por ejemplo,
que nadie verá sus ojos
que no tenga al rey por cuerdo,
mientras como otro Rodrigo
no puso fuego a su reino.

Y los de Enrique
cantan, repican y gritan:

«¡Viva Enrique!», y los de Pedro
clamorean, doblan, lloran
su rey muerto.

Los que con ánimos viles,
o por lisonja o por miedo,
siendo del bando vencido
al vencedor siguen luego,
valiente llaman a Enrique
y a Pedro, tirano y ciego,
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto.

La tragedia del Maestre,
la muerte del hijo tierno,
la prisión de doña Blanca,
sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales,
dan voces pidiendo al Cielo
justicia, pidiendo al rey,
y mientras que dicen esto
los de Enrique
cantan, repican y gritan:
«¡Viva Enrique!», y los de Peclamorean,
doblan, lloran [dro
su rey muerto.

Llora la hermosa Padilla:
el desdichado suceso,
como esclava del rey vivo
y como viuda del muerto.
«¡Ay, Pedro, qué muerte infame
te han dado malos consejos,
confianzas engañosas
y atrevidos pensamientos!»
Salió corriendo a la tienda,
y vio con triste silencio
llevar cubierto a su esposo
de sangre y de paños negros;
y que en otra parte a Enrique
le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos
y los otros instrumentos;
y los de Enrique
cantan, repican y gritan:
«¡Viva Enrique!», y los de Pedro
clamorean, doblan, lloran
su rey muerto.

Como acrecienta el dolor
la envidia del bien ajeno,
y el ver a los enemigos
con favorable suceso,
así la triste señora
llora y se deshace viendo
cubierto a Pedro de sangre
y a Enrique de oro cubierto,
Echó al cabello la mano,
sin tener culpa el cabello,
y mezclando perlas y oro,
de oro y perlas cubrió el cuello,
quiso decir «Pedro» a voces,
«¡villanos, vive en mi pecho!»,
mas poco le aprovechó;
y mientras lo está diciendo
los de Enrique
cantan, repican y gritan:
«¡Viva Enrique!», y los de Peclamorean,
doblan, lloran [dro
su rey muerto.

Rasgó las tocas mostrando
el blanco pecho encubierto
como si fuera cristal
por donde se viera Pedro.
No la vieron los contrarios,
y viola envidioso el cielo
de ver en tan poca nieve
un elemento de fuego;
desmayóse ya vencida
del poderoso tormento,
cubriendo los bellos ojos,
muerte, amor, silencio y sueño.
Entretanto, el campo todo
aquí y allá van corriendo
vencedores y vencidos,
soldados y caballeros:
y los de Enrique
cantan, repican y gritan:
«¡Viva Enrique!», y los de Pedro
clamorean, doblan, lloran
su rey muerto.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN

(1737-1780)

Fiesta de toros en Madrid

Madrid, Castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaida amante,
las ordena celebrar
por si la puede ablandar
el corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos,
desde Aravaca a Madrid;
hubo pandorgas y fuegos
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores
en las cifras y libreas,
mostraron los amadores,
y en pendones y preseas,
la dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,
y de lejos muchas de ellas;
las más apuestas doncellas
que España entonces tenía.

Aja de Jetafe vino,
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,
que de la Alcarria en que habita
llevó a asombrar a Madrid
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
dos, cada cual más hermosa,

y Fátima la preciosa,
hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende a ver en arena
la sangrienta lid dudosa
y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte afligranó,
y con espejos y flores,
y damascos adornó.

Añafles y atabales
con militar armonía,
hicieron salva, y señales
de mostrar su valentía
los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
pacieron la verde grama
nunca animales tan fieros,
junto al pueblo que se llama,
por sus peces, de Viveros.

Como los que el vulgo vio
ser lidiados aquel día;
y en la fiesta que gozó
la popular alegría
muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
y a Tarfe tiró por tierra,
y luego a Benalguacil;
después con Hamete cierra
el temerón de Conil.

Traía un ancho listón
con uno y otro matiz
hecho un lazo por airón,
sobre la inhiesta cerviz
clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
ofrecerle vencedor
a la dama que servía:
por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.

El alcaide, muy zambrero,
de Guadalajara, huyó,
malherido al golpe fiero,

y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,
que, aunque tres toros ha muerno
se quiere aventurar [to,
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía
va a ponérsele delante;
la fiera le acometía,
y sin que el rejón le plante
le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado:
le embiste el toro en un vuelo
acogiéndole entablerado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.

Dio vuelta hiriendo y matando
a los de a pie que encontrara,
el circo desocupando,
y emplazándose, se para,
con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir;
la plebe grita indignada,
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo,
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega
hincó la rodilla y dijo:

«Sobre un caballo alazano
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano»

Mucho le pesa a Aliatar;
pero Zaida dio respuesta,
diciendo que puede entrar,
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero,

vieron entrar en la plaza
un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores
en el yelmo los plumajes,
por los visos y celajes,
vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
con recamado pendón,
y una cifra a ver se alcanza
que es de desesperación,
o a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla,
y el mote dice a la orilla:
Nadie mi espada venciera.

Era el caballo galán,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademán:
cabos negros, y brioso,
muy tostado y alazán.

Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña, erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.

Dio la vuelta alrededor;
los ojos que le veían
lleva prendados de amor:

«¡Alah te salve decían,
déte el profeta favor!»

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente;
todos quieren que se exima
del riesgo, y él solamente
ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
hacen de ámbar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor,
de jazmines y de azahar.

Mas cuando en medio se para,
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara,
y así la dice, y suspira:

«Señora sueños no son,
así los cielos, vencidos
de mi ruego y aflicción,
acerquen a mis oídos
las campanas de León,

como ese doncel, que ufano
tanto asombro viene a dar
a todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio Castellano.»

Sin descubrirle quien era,
la Zaida desde una almena
le habló una noche cortés,
por donde se abrió después
el cubo de la Almodena.

Y supo que, fugitivo
de la corte de Fernando,
el cristiano, apenas vivo,
está a Jimena adorando
y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca
con frecuentes correrías
y todo en torno la cerca;
observa sus saetías,
arroyadas, y ancha alberca.

Por eso le ha conocido,
que en medio de aclamaciones
el caballo ha detenido

delante de sus balcones
y la saluda rendido.

La mora se pone en pie
y sus doncellas detrás;
el alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:

«No habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero»,
y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él,
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate cruel;
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
desde que le vio llegar,
de tanta gala asombrado,
y alrededor ha observado
sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda
de tal suerte le embistió:
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
segunda vez acomete,
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez le mete
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera,
con heroico atrevimiento,
el pueblo, mudo y atento;
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido;
el suelo huele y le moja
en ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás

para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
de Zaida el rostro alterado,
claramente conociera
cuánto le cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.

Mas, ¡ay, que le embiste hoel
animal espantoso! [rrendo
Jamás peñasco tremendo
del Cáucaso cavernoso,
se desgaja estrago haciendo,
ni llama así fulminante
cruza en negra oscuridad
con relámpagos delante,
al estrépito tronante
de sonora tempestad,

como el bruto se abalanza
con terrible ligereza;
mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el ultimo aliento lanza.

La confusa vocería
que en tal instante se oyó
fue tanta, que parecía
que honda mina reventó.
o el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba:
en su lanza le clavó
y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
le, alarga a Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo:

»si no os dignárades ser
con él benigna, advertid
que a mí me basta saber
que no lo debo ofrecer
a otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
dijo, turbada: «Señor,
yo le admito y le venero,

por conservar el favor
de tan gentil caballero.»

Y besando el rico don,
para agradar al doncel,
le prende con afición
al lado del corazón
por brinquillo y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo,
de envidia ardiendo se ve,
y, trémulo y amarillo,
sobre un tremecén rosillo
lozaneándose fue.

Y en ronca voz: «Castellano,
le dice, con mas decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»

Así dijo. El de Vivar
responde, y la lanza al ristre
pone, y espera a Aliatar;
mas sin que nadie administre
orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos
su muerte o prisión pedía,
cuando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y soto
tercio escogido emboscó,
que, viendo como tardó,
se acerca, oyó el alborozo,
y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
por la puerta a su señor,
y Zaida a le despedir,
iban la fuerza a embestir:
tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó disimulando,

y por el parque florido
salió con él razonando.

Y es fama que, a la bajada,
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada
de no quitar la celada
hasta que gane Madrid.

JOSE CADALSO

(1741-1782)

A Venus

Madre divina del alado niño,
oye mis ruegos, que jamas oíste
otra tan triste lastimosa pena
como la mía.

Baje tu carro desde el alto Olimpo
entre las nubes del sereno cielo,
rápido vuelo traiga tu querida
blanca paloma.

No te detenga con amantes brazos
Marte, que deja su rigor al verte,
ni el que por suerte se llamó tu esposo
sin merecerlo.

Ni las delicias de las sacras mesas;
cuando a los dioses, llenos de ambrosía,
alegre brinda Jove con la copa
de Ganimedes.

Ya el eco suena por los altos techos
del noble alcázar, cuyo piso huellas,
lleno de estrellas, de luceros lleno
y tachonado.

Cerca del ara de tu templo, en Pafos,
entre los himnos que tu pueblo dice,
este infelice tu venida aguarda;
baja volando.

Sobre tus aras mis ofrendas pongo,
testigo el pueblo, por mi voz llamado,
y concertado con mi tono el suyo
te llaman madre.

Alzo los ojos al verter el vaso
de leche blanca y el de miel sabrosa;
ciño con rosas, mirtos y jazmines
esta mi frente...

Ya, Venus, miro resplandor celeste
bajar al templo; tu belleza veo;
ya mi deseo coronaste, ¡oh madre,
madre de amores!

Vírgenes tiernas, niños y matronas,
ya Venus llega, vuestra diosa viene;
el aire suene con alegres himnos,

júbilo santo...

GASPAR M. DE JOVELLANOS

(1744-1811)

Epístola de Fabio a Anfriso (Fragmentos)

DESCRIPCION DEL PAULAR

Credibile est illi numen inesse loco.

OVIDIO

Desde el oculto y venerable asilo
do la virtud austera y penitente
vive ignorada y, del liviano mundo
huida, en santa soledad se esconde,
el triste Fabio al venturoso Anfriso
salud en versos flébiles envía.
Salud le envía a Anfriso, al que inspirado
de las mantuanas musas, tal vez suele,
al grave son de su celeste canto,
precipitar del viejo Manzanares
el curso perezoso; tal, süave
suele ablandar con amorosa lira
la altiva condición de sus zagalas.
¡Pluguiera a Dios, oh Anfriso, que el cuitado
a quien no dio la suerte tal ventura
pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera a Dios, pues ya con su barquilla
logró arribar a puerto tan seguro,
que esconderla supiera en este abrigo,
a tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos,
y las fieras borrascas tantas veces
entre sustos y lágrimas corridas.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo
que hoy desterrado de su pecho vive.

Mas ¡ay de aquel que hasta en el santo asilo
de la virtud arrastra la cadena,
la pesada cadena con que el mundo
oprime a sus esclavos! ¡Ay del triste
en cuyo oído suena con espanto,
por esta oculta soledad rompiendo,
de su señor el imperioso grito!

Busco en estas moradas silenciosas
el reposo y la paz que aquí se esconden,
y solo encuentro la inquietud funesta
que mis sentidos y razón conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
lo busco, ¡oh caro Anfriso!, que estos dones,
herencia santa que al partir del mundo
dejó Bruno en sus hijos vinculada,
nunca en profano corazón entraron
ni a los parciales del placer se dieron.

... ..

¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
se extiende un valle, que de mil delicias
con sabia mano ornó Naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
de las vecinas rocas, el Lozoya,
por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos alzan las plateadas copas,
o ya, sobre las aguas encorvados,
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque umbrío
hasta la falda del vecino monte
se extiende; tan ameno y delicioso
que le hubiera juzgado el gentilismo
morada de algún dios, o a los misterios
de las silvanas Driadas guardado.

Aquí encamino mis inciertos pasos,
y en su recinto umbrío y silencioso,
mansión la más conforme para un triste,
entro a pensar en mi cruel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo,
mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
el rayo acechador, ni su reflejo
viene a cubrir de confusión el rostro
de un infeliz en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
aquí tampoco la quietud de un triste,

pues sólo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimero arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave,
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido,
mientras al dulce soplo desprendidas
las agostadas hojas revolando,
bajan en lentos círculos al suelo,
cúbrenle en torno, y la frondosa pompa,
que al árbol adornara en primavera,
yace marchita y muestra los rigores
del abrasado estío y seco otoño.

... ..

Tales cosas revuelvo en mi memoria
en esta triste soledad sumido.

Llega en tanto la noche, y con su manto
cobija al ancho mundo. Vuelvo entonces
a los medrosos claustros. De una escasa
luz el distante y pálido reflejo,
guía por ellos mis inciertos pasos;
y en medio del horror y del silencio,
¡oh, fuerza del ejemplo portentosa!,
mi corazón palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes, y discurre por mis nervios
un súbito rigor que los embarga.
Parece que oigo que del centro oscuro
sale una voz tremenda que, rompiendo
el eterno silencio, así me dice:
»Huye de aquí, profano; tú, que llevas
»de ideas mundanales lleno el pecho,
»huye de esta morada, do se albergan
»con la virtud humilde y silenciosa
»sus escogidos; huye, y no profanes
»con tú planta sacrílega este asilo.»
De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los pavorosos tránsitos, y llego
por fin a mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos

paso la triste y perezosa noche
en molesta vigilia, sin que llegue
a mis ojos el sueño, ni interrumpen
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve, por fin, con la rosada aurora
la luz aborrecida, y en pos de ella
el claro día a publicar mi llanto
y dar nueva materia al dolor mío.

Epigrama

Dijiste contra el peinado
mil cosas enardecido,
contra las de ancho vestido
y las de estrecho calzado.
Por eso alguien ha tachado
tu sermón de muy severo;
pero que se engaña infiero,
porque olvidando tu oficio,
sólo la virtud y el vicio
te dejaste en el tintero.

FELIX MARIA SAMANIEGO

(1745-1801)

Fábulas

El perro y el cocodrilo

Bebiendo un perro en el Nilo,
al mismo tiempo corría
-Bebe quieto-le decía
un taimado cocodrilo.
Díjole el perro prudente:
-Dañoso es beber y andar,
pero ¿es sano el aguardar
a que me claves el diente?
¡Oh, qué docto perro viejo!
Yo venero tu sentir
en esto de no seguir
del enemigo el consejo.

La alforja

En una alforja al hombro
llevo los vicios;
los ajenos delante,
detrás los míos.
Esto hacen todos;
así ven los ajenos,
mas no los propios.

La serpiente y la lima

En casa de un cerrajero
entró la serpiente un día
y la insensata mordía
en una lima de acero.
Díjole la lima: -El mal,
necia, será para ti,
¿Cómo has de hacer mella en mí
que hago polvos el metal?
Quien pretende sin razón
al mas fuerte derribar,
no consigue sino dar
coces contra el aguijón.

La zorra y el busto

Dijo la zorra al busto

después de olerlo:

-Tu cabeza es hermosa,
pero... sin seso.

Como éste hay muchos,
que aunque parecen hombres
sólo son bustos.

TOMAS DE IRIARTE

(1750-1791)

El burro flautista (Fábula)

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar
pasaba un borrico
por casualidad

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
dejó olvidada
por casualidad

Acercóse a olerla
el dicho animal
y dio un resoplido
por casualidad

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

«¡Oh!, dijo el borrico,
¡qué bien se tocar!
¿y dirán que es mala
la música asnal?»

Sin reglas del arte,
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

JUAN MELENDEZ VALDES

(1754-1817)

Rosana en los fuegos

Del sol llevaba la lumbre,
y la alegría del alba,
en sus celestiales ojos
la hermosísima Rosana,
una noche que a los fuegos
salió, la fiesta de Pascua,
para abrasar todo el valle
en mil amorosas ansias.
Por doquiera que camina
lleva tras sí la mañana,
y donde se vuelve rinde
la libertad de mil almas.
E1 Céfitro la acaricia
y mansamente la halaga,
los Amores la rodean
y las Gracias la acompañan.
Y ella, así como en el valle
descuella la altiva palma
cuando sus verdes pimpollos
hasta las nubes levanta;
o cual vid de fruto llena
que con el olmo se abraza,
y sus vástagos extiende
al arbitrio de las ramas;
así entre sus compañeras
el nevado cuello alza,
sobresaliendo entre todas
cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
tras sí, todo lo avasalla;
de amor mata a los pastores
y de envidia a las zagalas.
Ni las músicas se entienden,
ni se gozan las lumbradas;
que todos corren por verla
y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire

JUAN MELENDEZ VALDES

(1754-1817)

Rosana en los fuegos

Del sol llevaba la lumbre,
y la alegría del alba,
en sus celestiales ojos
la hermosísima Rosana,
una noche que a los fuegos
salió, la fiesta de Pascua,
para abrasar todo el valle
en mil amorosas ansias.
Por doquiera que camina
lleva tras sí la mañana,
y donde se vuelve rinde
la libertad de mil almas.
E1 Céfiro la acaricia
v mansamente la halasa.

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

contra vosotros naciendo;
aunque si nació, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer),
¿qué más os pude ofender,
para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que la dan belleza suma,
apenas es flor de pluma
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad,
negándose a la piedad
del nido que deja en calma:
y teniendo yo mas alma
¿tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
gracias al docto pincel,
cuando atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con mas albedrío

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
que entre las flores rept
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra
cuando músico celebra
de las flores la piedad
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
y teniendo yo más vida
¿tengo menos libertad?
En llegando a esta pasión
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón.
¿Qué ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave
exención tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y a un ave?
Es verdad. Pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñámos:
y si haremos, porque estamos
en mundo tan singular,
que vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el Rey que es Rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe
y en cenizas le convierte
la muerte: ¡desdicha fuerte!
Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte!
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece

y no se esmere en loarla.

Cuál, absorto la contempla
y a la aurora la compara
cuando más alegre sale
y el cielo de su albor baña;
cuál, al fresco y verde aliso
que crece al margen del agua
cuando más pomposo en hojas
en su cristal se retrata;
cual, a la luna, si muestra
llena su esfera de plata,
y asoma por los collados
de luceros coronada.

Otros pasmados la miran
y mudamente la alaban,
y cuanto más la contemplan,
muy más hermosa la hallan.
Que es como el cielo su rostro
cuando en la noche callada
brilla con todas sus luces den
y los ojos embaraza.

¡Ay, qué de envidias se encien-
¡Ay, qué de celos que causa
en las serranas del Tormes
su perfección sobrehumana!
Las mas hermosas la temen,
mas, sin osar murmurarla;
que como el oro mas puro
no sufre una leve mancha.

«Bien haya tu gentileza,
una y mil veces bien haya,
y abraza la envidia al pueblo
hermosísima aldeana.

Toda, toda eres perfecta,
toda eres donaire y gracia,
el amor vive en tus ojos
y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
yo la doy por bien robada;
mas recibe el don benigna
que mi humildad te consagra.»

Esto un zagal la decía
con razones mal formadas;
que salió libre a los fuegos
y volvió cautivo a casa.

Y desde entonces perdido
el día a sus puertas le halla;
ayer le cantó esta letra
echándole la alborada:

«Linda zagaleja
de cuerpo gentil,
muérome de amores
desde que te vi.»

Tu talle, tu aseo,
tu gala y donaire,
no tienen, serrana,
igual en el valle.
Del cielo son ellos
y tú un serafín
muérome de amores
desde que te vi.

De amores me muero,
sin que nada baste
a darme la vida
que allá te llevaste,
si ya no te dueles
benigna de mi:
que muero de amores
desde que te vi.

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

(1760-1828)

A don Francisco de Goya, insigne pintor

Quise aspirar a la segunda vida,
que agradecido el Mundo
al eminente mérito reserva:
de pocos adquirida,
entre los que siguieron
la inspiración de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
vano el estudio, y siempre deseada
la perfección; siempre la vi distante.
Mas la amistad sagrada
quiso dar premio a mi tesón constante,
y a ti, sublime artífice, destina
a ilustrar mi memoria,
dándola duración con tus pinceles:
émulos de la fama y de la historia.
A tanto la divina
arte que sabes poderosa alcanza,
a la muerte quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
culpé de temerosos mis deseos
tú me los cumples, en la edad futura,
al mirar de tu mano los primores
y en ellos mi semblante,
voz sonará que al cielo se levante
con debidos honores;
venciendo de los años al desvío,
y asociando a tu gloria el nombre mío.

Elegía a las musas (Fragmento)

Esta corona, adorno de mi frente,
esta sonante lira y flautas de oro
y máscaras alegres que algún día
me disteis, sacras Musas, de mis manos
trémulas recibid, y el canto acabe,
que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad ligera,
apresurando a no volver las horas,
robo con ellas su vigor al numen.

sé que negáis vuestro favor divino
a la cansada senectud, y en vano
fuera implorarle; pero en tanto, bellas
ninfas del verde Pindo habitadoras,
no me neguéis que os agradezca humilde
los bienes que os debí. si pude un día,
no indigno sucesor de nombre ilustre,
dilatarme famoso, a vos fue dado
llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
pudo bastar vuestro amoroso anhelo
a prestarme constancia en los afanes
que turbaron mi paz, cuando insolente
vano saber, enconos y venganzas,
codicia y ambición, la patria mía
abandonaron a civil discordia.

... ..

A Flérída, poetisa

Basta Cupido ya, que a la divina
ninfa del Turia reverente adoro:
ni espero libertad, ni alivio imploro,
y cedo alegre al astro que me inclina.
¿Que nuevas armas tu rigor destina
contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
la cítara pulsar griega y latina.

Ya, coronada del laurel febeo,
en altos versos llenos de dulzura,
oigo su voz, su número elegante.

Para tanto poder débil trofeo
adquieres tú; si sólo su hermosura
bastó a rendir mi corazón amante.

La noche de Montiel

¿Adónde, adónde está, dice el infante
ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle, desnuda la cuchilla,
y se presenta a su rival delante.

Cierra con él, y en lucha vacilante
le postra, y pone al pecho la rodilla:
Beltrán (aunque sus glorias amancilla)
trueca a los hados el temido instante.

Herido el rey por la fraterna mano,
joven expira con horrenda muerte,
y el trono y los rencores abandona.

No aguante premios en el Mundo vano
la inocente virtud; si das la suerte
por un delito atroz, una corona.

La despedida

Nací de honesta madre: diome el Cielo
fácil ingenio en gracias, afluyente:
dirigir supo el animo inocente
a la virtud, el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
pude adquirir coronas a mi frente:
la corva escena resonó en frecuente
aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.

Dócil, veraz: de muchos ofendido,
de ninguno ofensor, las Musas bellas
mi pasión fueron, el honor mi guía.
Pero si así las leyes atropellas,
si para ti los méritos han sido
culpas; adiós, ingrata patria mía.

MANUEL MARIA DE ARJONA

(1771-1820)

La diosa del bosque

¡Oh, si bajo estos árboles frondosos
se mostrare la célica hermosura
que vi algún día en inmortal dulzura
este bosque bañar!

Del cielo tu benéfico descenso
sin duda ha sido, lúcida belleza;
deja, pues, diosa, que mi ingrato incienso
arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo,
y me acobarda el rígido escarmiento,
que, ¡oh, Piritool!, condenó su intento
y tu intento, Ixión.

Lejos de mi sacrílega osadía;
bástame que con plácido semblante
aceptes, diosa, a mis anhelos pía,
mi ardiente adoración.

Mi adoración y el cántico de gloria
que de mí el Pindo atónito ya espera;
baja tú a oírme de la sacra esfera,
¡oh, radiante deidad!

Y tu mirar más nítido y süave
he de cantar que fúlgido lucero;
y el limpio encanto que infundirle sabe
tu dulce majestad.

De pureza jactándose Natura,
te ha formado del cándido rocío
que sobre el nardo al apuntar de estío
la aurora derramó.

Y excelsamente lánguida retrata
el rosicler pacífico de Mayo
tu alma: Favonio su frescura grata,
a tu hablar trasladó.

¡Oh, imagen perfectísima del orden
que liga en lazos fáciles el mundo,
sólo en los brazos de la paz fecundo,
sólo amable en la paz!

En vano con espléndido aparato
finge el arte solícito grandezas;
Natura vence con sencillo ornato

tan altivo disfraz.

Monarcas que los pérsicos tesoros
ostentáis con magnífica porfía,
copiad el brillo de un sereno día
sobre el azul del mar.

O copie estudio de émula hermosura
de mi deidad el mágico descuido;
antes veremos la estrellada altura
los hombres escalar.

Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
ya las alas del céfiro recibe,
y al pecho ilustre en que tú numen vive
vuela, vuela, veloz;

y en los erguidos álamos ufana
penda siempre esta cítara aunque nueva
que ya a sus ecos hermosura humana
no ha de ensalzar mi voz.

JUAN MARIA MAURI

(1772-1845)

La timidez

A las márgenes alegres
que el Guadalquivir fecunda,
y adonde ostenta pomposo
el orgullo de su cuna,
vino Rosalba, sirena
de los mares que tributan
a España entre perlas y oro,
peregrinas hermosuras.

Más festiva que las auras,
más ligera que la espuma,
hermosa como los cielos,
gallarda como ninguna,
con el hechicero adorno
de tantas bellezas juntas,
no hay corazón que no robe
ni quietud que no destruya.

Así Rosalba se goza,
mas la que tanto procura
avasallar libertades,
al cabo empeña la suya.

Lisardo, joven amable,
sobresale entre la turba
de esclavos que por Rosalba
sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años
no bien de la edad adulta
acaban de ver cumplida
la primavera segunda.

Aventajado en ingenio,
rico en bienes de fortuna,
dichoso, en fin, si supiera
que audacias amor indulta.

Idólatra más que amante,
con adoración profunda,
a Rosalba reverencia,
y deidad se la figura.

Un día alcanza otro día
sin que su amor le descubra;
el respeto le encadena

y ella su respeto culpa.

Bien a Lisardo sus ojos.
dijeran que mas premura;
pero él, comedido amante,
o los huye o no los busca.

Perdido y desconsolado,
una noche en que Natura
a meditación convida
con su pompa taciturna,
mientras el disco mudable
en que ceñirse acostumbra
entre celajes de nácar
esconde tímida Luna,
al margen del sacro río
la inocente suerte acusa,
y así fatiga a los aires
con endechas importunas.

«Baja tu vuelo,
amor altivo,
mira que al cielo
osada va;
buscas en vano
correspondencia:
amor insano,
déjame ya.

»Déjame el alma
que otra vez libre
plácida calma
vuelva a tener;
¡qué digo, necio!,
el cielo sabe
si más aprecio
mi padecer.

»Gima y padezca,
una esperanza
sin que merezca
a mi deidad;
sin que le pida
jamás el precio
de mi perdida
felicidad.

»Tímida boca,
nunca le digas
la pasión loca
del corazón,

adonde oculto
está su templo
y ofrenda y culto
lágrimas son.»

Mas dijera: pero el llanto,
en que sus ojos abundan,
le interrumpe, y las palabras
en la garganta se anudan.

Cuando junto a la ribera
en un valle donde muchas
del árbol grato a Minerva
óptimas ramas se cruzan,
süave cuanto sonora,
Lisardo otra voz escucha,
que, enamorando, los ecos
tales acentos modula:

«Prepara el ensayo
de más atractivos
la rosa en los vivos
albores de mayo.

»Si al férvido rayo
su cáliz expone,
que el sol la corone
en premio ha logrado,
y es reina del prado
y amor de Dione

»¡Oh, fuente! En eterno
olvido quedaras
si no te lanzaras
del seno materno.

»Tal vez el invierno
tu curso demora;
más tú, vencedora,
burlando las nieves,
a tu ímpetu debes
los besos de Flora.

»Y tú, que en dolores
consumes los años,
autor de tus daños
por vanos temores
en pago de amores
no temas enojos,
enjuta los ojos;
que el dios que te hiere
más culto no quiere

que audacias y arrojos.»

Rayos son estas palabras
que al ciego joven alumbran,
quien su engaño reconoce
y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde
testigos de su ventura
fueron las amigas sombras
de la noche y selva mucha;
mas muda la selva en vano
y en vano la sombra oscura,
no sufre, orgullosa, Venus
que sus victorias se encubran.

Lo que celaron los ramos
las cortezas lo divulgan,
que en ellas dulces memorias
con emblemas perpetúan.

Las Náyades en los troncos
la fe y amor que se juran
leyeron, y ruborosas
se volvieron a sus urnas.

La ramilletera ciega

Caballeros, aquí vendo rosas;
frescas son y fragantes a fe;
oigo mucho alabarlas de hermosas;
eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
tiene el mundo, ni luz ni color;
mas la rosa del cáliz exhala
dulce un hálito aroma de amor.

Cierra, cierra tu cerco oloroso,
tierna flor, y te duele de mí:
no en quitarme tasado reposo
seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama,
otra dicha negada a mi ser:
debe el pecho apagar una llama
que no puede en los ojos arder.

Tú que dices la flor de las flores,
sin igual en fragancia y matiz,
tú la vida has vivido de amores,
del Favonio halagada feliz.

Caballero, compradle a la ciega
esa flor que podéis admirar:
la infeliz con su llanto la riega:
ojos hay para sólo llorar.

MANUEL JOSE QUINTANA

(1772-1857)

A España, después de la revolución de marzo (Fragmentos)

¿Qué era, decidme, la nación que un día
reina del mundo proclamó el Destino,
la que a todas las zonas extendía
su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase a Occidente,
y el vasto mar Atlántico sembrado
se hallaba de su gloria y su fortuna.
Doquiera España; en elpreciado seno
de América, en el Asia, en los confines
del Africa, allí España. El soberano
vuelo de la atrevida fantasía
para abarcarla se cansaba en vano;
la tierra sus mineros le rendía,
sus perlas y coral el oceano.
Y donde quier que revolver sus olas
él intentase, a quebrantar su furia
siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
abandonada a la insolencia ajena,
como esclava en mercado, ya aguardaba
la ruda argolla y la servil cadena.
¡Que de plagas, oh Dios! Su aliento impuro
la pestilente fiebre respirando,
infestó el aire, emponzoñó la vida;
la hambre enflaquecida
tendió los brazos lívidos, ahogando
cuanto el contagio perdonó; tres veces
de Jano el templo abrimos,
y a la trompa de Marte aliento dimos;
tres veces, ¡ay!, los dioses tutelares
su escudo nos negaron, y nos vimos
rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
por tus inmensos términos, oh, Iberia?
¿Que viste ya, sino funesto luto,
honda tristeza, sin igual miseria,
de tu vil servidumbre acerbo fruto?

.....

Estremecióse España

del indigno rumor que cerca oía,
 y al gran impulso de su justa saña
 rompió el volcán que en su interior hervía.
 Sus déspotas antiguos,
 consternados y pálidos se esconden;
 resuena el eco de venganza en torno,
 y del Tajo las márgenes responden:
 «¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
 los colosos de oprobio y de vergüenza
 que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
 Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;
 y tú, orgulloso y fiero,
 viendo que aún hay Castilla y castellanos,
 precipitas al mar tus rubias ondas,
 diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

... ..

¡Pues qué! ¿Con faz serena
 viérais los campos devastar opimos,
 eterno objeto de ambición ajena,
 herencia inmensa que afanando os dimos?
 Despertad; raza de héroes; el momento
 llegó ya de arrojaros a la victoria;
 que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
 que vuestra gloria humille nuestra gloria.
 No ha sido en el gran día
 el altar de la patria alzado en vano
 por vuestra mano fuerte.
 Juradlo, ella os lo manda: «¡Antes, la muerte
 que consentir jamás ningún tirano!»

Si, yo lo juro, venerables sombras;
 yo lo juro también, y en este instante
 ya me siento mayor. Dadme una lanza,
 ceñidme el casco fiero y refulgente;
 volemós al combate, a la venganza;
 y el que niegue su pecho a la esperanza,
 hunda en el polvo la cobarde frente.
 Tal vez el gran torrente
 de la devastación en su carrera
 me llevará. ¿Que importa? ¿Por ventura
 no se muere una vez? ¿No iré, expirando,
 a encontrar nuestros ínclitos mayores?
 «¡Salud, oh padres de la patria mía,
 yo les diré, salud! La heroica España
 de entre el estrago universal y horrores

levanta la cabeza ensangrentada,
y vencedora de su mal destino,
vuelve a dar a la tierra amedrentada
su cetro de oro y su blasón divino.»

ALBERTO LISTA

(1775-1848)

Al sueño

*«El grande y el pequeño,
iguales son lo que les dura el sueño»*

Desciende a mí consolador Morfeo,
único Dios que imploro,
antes que muera el esplendor febeo
sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día
me encuentre aletargado,
cuando triunfante de la niebla umbría
ascienda al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
tu calma silenciosa
aquel feliz que en lecho de oro y grana
estrecha el seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones
de Pluto y de Citeres,
las que a la tarde fueron ilusiones,
a la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamas la matutina estrella
en tus brazos rendido
al que bebió en los labios de su bella
el suspiro de amor correspondido.

¡Ah!, déjalos que gocen. Tu presencia
no turbe su contento;
que es perpetua delicia su existencia
y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace, el orbe colorando,
la sonrosada aurora,
y el ave sus amores va cantando
y la copa de abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo
la noche sosegada,
y de trémula luz esmalta el cielo,
y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso
huye en veloz carrera,
une con breve y plácido reposo
las dichas que ha gozado a las que espera.

Mas, ¡ay!, a un alma del dolor guarida
desciende ya propicio;
cuanto me quites de la odiosa vida,
me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el súbito alborozo
que a la aurora resuena,
si al despertar el mundo para el gozo,
sólo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, o la verdura
del prado que florece,
si mis ojos no miran su hermosura,
y el universo para mí enmudece?

El ámbar de la vega, el blando ruido
con que el raudal se lanza,
¿qué son, ¡ay!, para el triste que ha perdido,
último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,
la esfera luminosa;
en vano, de almas tiernas confidente,
los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama
a un pecho enamorado,
si su tranquila amortiguada llama
resbala por las faldas del collado
no es para un corazón de quien ha huído
la ilusión lisonjera,
cuando pidió, del desengaño herido,
su triste antorcha a la razón severa.

Corta el hilo a mi acerba desventura,
¡oh tú!, sueño piadoso;
que aquellas horas que tu imperio dura
se iguale el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazga mi mente,
y muerto mi sentido
empapa el ramo, para herir mi frente,
en las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño
a la ceniza yerta,
sólo, ¡ay de mí!, que del eterno sueño,
más felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida
fantasmas voladores
ni los sucesos de mi amarga vida
con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento

la triste imagen fiera;
bástale su malicia al pensamiento,
sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,
que volarán contigo;
y el dolor de perderlos cuando huyeres
de atreverme a gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena
mi ardiente fantasía;
que asaz libre será para la pena
cuando me entregues a la luz del día.

Ven, termina la mísera querella
de un pecho acongojado.
¡Imagen de la muerte! Después de ella
eres el bien mayor del desgraciado.

BARTOLOME JOSE GALLARDO

(1776-1852)

Blanca flor (Canción romántica)

¿A qué puertas y ventanas
clavar con tanto rigor,
si de par en par abiertas
tengo las del corazón?

Así, con su madre a solas,
lamenta su reclusión
la bella niña cenceña,
la del quebrado color,
el pecho lleno de amor,
de amargo llanto los ojos,
*y de par en par abiertas
las puertas del corazón.*

¡Madre, la mi madre, dice,
madre de mi corazón,
nunca yo al mundo naciera,
pues tan sin ventura soy!
Atended a las mi cuitas,
habed de mi compasión,
*y de par en par abridme
las puertas del corazón.*

Yo me levantara un día
cuando canta el ruiseñor,
el mes era de las flores,
a regar las del balcón.
Un caballero pasara
y me dijo: «¡Blanca Flor!»
*y de par en par abrióme
las puertas del corazón.*

Si blanca, su decir dulce
colorada me paró;
yo callé, pero miréle,
¡nunca le mirara yo!,
que de aquel negro mirar
me abraso en llama de amor,
*y de par en par le abrí
las puertas del corazón.*

Otro día, a la alborada,
me cantara esta canción:
«¿Dónde estás, la blanca niña,

blanco de mi corazón?»
en laúd con cuerdas de oro
y de regalado son,
*que de par en par me abriera
las puertas del corazón.*

El es gallardo y gentil,
gala de la discreción;
si parla, encantan sus labios;
si mira, mata de amor;
y, cual si yo su sol fuera,
es mi amante girasol;
*y abriome de par en par
las puertas del corazón.*

Yo le quiero bien, mi madre
(¡no me lo demande Dios!)
Quiérole de buen querer,
que de otra manera no.
si el querer bien es delito,
muchas las culpadas son,
*que de par en par abrieron
las puertas del corazón.*

Vos, madre, mal advertida
me claváis reja y balcón:
clavad, madre, norabuena,
más de esto os aviso yo;
cada clavo que claváis
es una flecha de amor
*que de par en par me pasa
las puertas del corazón.*

Yo os obedezco sumisa,
y no me asomo al balcón:
«¿Que no hable?» -Yo no hablo.
«¿Que no mire?»- ¿Miro yo?
Pero «que le olvide», madre...,
madre mía, olvidar no,
*que de par en par le he abierto
las puertas del corazón.*

En fin, vos amasteis, madre;
señora abuela riñó;
mas por fin vos os velasteis,
y a la fin nació yo.
si vos reñís como abuela,
yo amo cual amasteis vos
*al que abri de par en par
las puertas del corazón.*

JUAN NICASIO GALLEGO

(1777-1853)

Elegía a la muerte de la duquesa de Frias **(Fragmentos)**

Al sonante bramido
del piélago feroz que el viento ensaña
lanzando atrás del Turia la corriente;
en medio al denegrido
cerco de nubes que de sirio empaña
cual velo funeral la roja frente;
cuando el cárabo oscuro
ayes despide entre la breña inculta,
y a tardo paso soñoliento, Arturo,
en el mar de occidente se sepulta;
a los mustios reflejos
con que en las ondas alteradas tiembla
de moribunda luna al rayo frío,
daré del mundo y de los hombres lejos
libre rienda al dolor del pecho mío.

Sí, que al mortal a quien del hado el ceño
a infortunios sin término condena,
sobre su cuello mísero cargando
de uno en otro eslabón larga cadena,
no en jardín halagüeño,
ni al puro ambiente de apacible aurora
soltar conviene el lastimero canto
con que al cielo importuna.
solitario arenal, sangrienta luna
y embravecidas olas acompañen
sus lamentos fatídicos. ¡oh, lira,
que escenas sólo de aflicción recuerdas;
lira que ven mis ojos con espanto
y a recorrer tus cuerdas
mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor, *¡Piedad* no existe!

¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
gentil, discreta, incomparable amiga,
cuya presencia sola
el tropel de mis penas disipaba!
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella
de la corte española
más digno fue y espléndido ornamento?

¡Y aquel mágico acento
 enmudeció por siempre, que llenaba
 de inefable dulzura el alma mía!
 Y ¡qué!, fortuna impía,
 ¿ni su postrer adiós oír me dejas?
 ¿Ni de su esposo amado
 templar el llanto y las amargas quejas?
 ¿Ni el estéril consuelo
 de acompañar hasta el sepulcro helado
 sus pálidos despojos?
 ¡Ay! Derramen sin duelo
 sangre mi corazón, llanto mis ojos.
 ¿Por qué, por qué a la tumba,
 insaciable de víctimas, tu amigo
 antes que tú no descendió, señora?
 ¿Por qué al menos contigo
 la memoria fatal no me llevaste,
 que es un tormento irresistible ahora?
 ¿Qué mármol hay que pueda
 en tan acerba angustia los aciagos
 recuerdos resistir del bien perdido?
 Aún resuena en mi oído
 el espantoso obús lanzando estragos,
 cuando mis ojos ávidos te vieron
 por la primera vez. Cien bombas fueron
 a tu arribo marcial salva triunfante.

... ..

A mas alto poder, mísero amigo,
 los ojos torna y el clamor dirige
 que entre sollozos lúgubres exhalas,
 al ser inmenso que los orbes rige,
 en las rápidas alas
 de ferviente oración remonta el vuelo.
 Yo elevaré contigo
 mis tiernos votos, y al gemir de aquella
 que en mis brazos creció, cándida niña,
 trasunto vivo de tu esposa bella,
 dará, benigno, el cielo
 paz a su madre, a tu aflicción consuelo.
 Sí; que hasta el solio del Eterno llega
 el ardiente suspiro
 de quien con puro corazón le ruega,
 como en su templo santo el humo sube
 del balsámico incienso en vaga nube.

ANDRES BELLO

(1780-1865)

La agricultura de la zona tórrida (Fragmentos)

¡Salve, fecunda zona
que al sol enamorado circunscribes,
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
de granadas espigas; tú la uva
das a la hirviente cuba;
no de purpúrea flor, o roja, o gualda
a tus florestas bellas
falta matiz alguno; y bebe en ellas
aromas mil el viento;
y greyes van sin cuento
paciendo tu verdura, desde el llano
que tiene por lindero el horizonte,
hasta el erguido monte,
de inaccesible nieve siempre cano.
Tú das la caña hermosa,
de do la miel se acendra,
por quien desdeña el mundo los panales;
tú en urnas de coral cuajas la almendra
que en la espumante jícara rebosa;
bulle carmín viviente en tus nopales
que afrenta fuera al múrice de Tiro;
y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro;
el vino es tuyo, que la herida agrave
para los hijos vierte
del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya,
que cuando de süave
humo en espiras vagorosas huya,
solazará el fastidio al ocio inerte.
Tu vistes de jazmines
el arbusto sabeo,
y el perfume le das que en los festines
la fiebre insana templará a Lineo.
Para tus hijos la prócera palma
su vario feudo cría,
y el ananás sazona su ambrosía,

su blanco pan la yuca,
sus rubias pomos la patata educa,
y el algodón despliega al aura leve
las rosas de oro y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
en enramadas de verdor lozano
cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores.

... ..

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzáis sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!
Honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad, morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.
Lo emulará celosa
vuestra posteridad, y nuevos nombres
añadiendo la fama
a los que ahora aclama.
«Hijos son estos hijos
(pregonará a los hombres)
de los que vencedores superaron
de los Andes la cima;
de los que en Bocayá, los que en la arena
de Maipo y de Junín, y en la campaña
gloriosa de Apuríma,
postrar supieron al león de España.»

JOSE JOAQUIN DE MORA

(1780-1864)

El estío

Hermosa fuente que al vecino río
sonora envías tu cristal undoso,
y tu blanda, cual sueño venturoso,
yerba empapada en matinal rocío.

Augusta soledad del bosque umbrío
que da y protege el álamo frondoso,
amparad de verano riguroso
al inocente y fiel rebaño mío.

Que ya el suelo feraz de la campiña
selló julio con planta abrasadora
y su verdura a marchitar empieza;
y alegre ve la pampanosa viña
en sus venas la savia bienhechora,
nuncio feliz de la otoñal riqueza.

JOSE SOMOZA

(1781-1852)

Soneto

La Luna, mientras duermes, te acompaña,
tiende su luz por tu cabello y frente,
va del semblante al cuello y lentamente
cumbres y valles de tu seno baña.

Yo, Lesbia, que al umbral de tu cabaña
hoy velo, lloro y ruego inútilmente,
el curso de la Luna refulgente
dichoso he de seguir o Amor me engaña.

He de entrar, cual la Luna, en tu aposento,
cual ella al lecho en que tu faz reposa
y cual ella a tus labios acercarme.

Cual ella respirar tu dulce aliento,
y, cual el disco de la casta diosa,
puro, trémulo, mudo, retirarme.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

(1787-1862)

La aparición de Venus

De pompa ceñida bajó del Olimpo
la Diosa que en fuego mi pecho encendió;
sus ojos azules, de azul de los cielos,
su rubio cabello de rayos de sol.

Al labio y mejilla carmín dio la aurora;
dio el alba a la frente su blanco color;
y al pecho de nieve su brillo argentado
la cándida senda que Juno formó.

En trono de nácar la luna de Agosto,
el iris de Mayo tras nube veloz,
y en fértil otoño la lluvia primera,
tan gratas al alma, tan dulces no son.
No tanto me asombra del mar el bramido,
de horrisonos truenos el ronco fragor,
y el rayo rasgando la cóncava nube,
cual temo sus iras, su adusto rigor...

Mas, ¡ay!, que los vientos ya baten las alas,
ya el carro de nubes apresta el Amor;
ya Céfiro riza la pluma a los cisnes,
y en coro levantan las Gracias su voz.

Cual rápida estrella que cruza los aires,
cual fúlgida aurora que el polo alumbró,
fugaz desaparece la plácida Diosa
y el orbe se cubre de luto y dolor.

Epístola al señor duque de Frías con motivo de la muerte de su esposa

Desde las tristes márgenes del Sena,
cubierto el cielo de apiñadas nubes,
de nieve el suelo, y de tristeza el alma,
salud te envía tu infeliz amigo,
a ti, ¡más infeliz!..., y ni le arredra
el temor de tocar la cruda llaga,
que aún brota sangre, y de mirar tus ojos
bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera
si no llorara el hombre?... Yo mil veces
he bendecido a Dios, que nos dio el llanto
para aliviar el corazón, cual vemos
calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora, pues, llora; otros amigos fieles,
de más saber y de mayor ventura,
de la estoica virtud en tus oídos
harán sonar la voz; yo, que en el mundo
del cáliz de amargura una vez y otra
apuré hasta las heces, no hallé nunca
mas alivio al dolor que el dolor mismo
hasta que ya cansado, sin aliento,
luchando el alma y reluchando en vano,
bajo el inmenso peso se rendía...

¿Lo creerás, caro amigo? ... Llega un tiempo
en que, gastados del dolor los filos,
ese afán, esa angustia, esa congoja,
truécase al fin en plácida tristeza;
y en ella absorta, embebecida el alma,
replégase en si misma silenciosa,
y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea, y yo otras veces
lo dudé como tú; juzgaba eterna
mi profunda aflicción, y grave insulto
anunciarme que un tiempo fin tendría...
Y le tuvo: de Dios a los mortales
es esta otra merced; que así tan sólo,
entre tantas desdichas y miserias,
sufrir pudieran la cansada vida.

Espera, pues; da crédito a mis voces,
y fíate de mi... ¿Quién en el mundo
compró tan caro el triste privilegio
de hablar de la desdicha? ... En tantos años,
¿viste un día siquiera, un solo día,
en que no me mirases vil juguete
de un destino fatal, cual débil rama
que el huracán arranca, y por los aires
la remonta un instante y contra el suelo
la arroja luego y la revuelca impío?...

MARIANO MELGAR

(1790-1815)

Yarabí

*Vuelve, que ya no puedo
vivir sin tus cariños;
vuelve, mi palomita,
vuelve a tu dulce nido.*

Mira que hay cazadores
que con afán maligno
te pondrán en sus redes
mortales atractivos;
y cuando te hayan preso,
te darán cruel martirio;
no sea que te cacen:
huye tanto peligro.

Ninguno ha de quererte
como yo te he querido,
te engañas si pretendes
hallar amor más fino.
Habrá otros nidos de oro,
pero no como el mío:
por ti vertió mi pecho
sus primeros gemidos.

Bien sabes que yo siempre
en tu amor embebido,
jamás toqué tus plumas
ni ajé tu albor divino;
si otro puede tocarlas
y disipar su brillo,
salva tu mejor prenda:
ven al seguro asilo.

No pienses que haya entrado
aquí otro pajarillo:
no, palomita mía,
nadie toca este sitio.
Tuyo es mi pecho entero,
tuyo es este albedrío,
y por ti sola clamo
con amantes suspiros.

No seas, pues, tirana;
haz la paces conmigo;
ya de llorar cansado

me tiene tu capricho.
No vuelas más, no sigas
tus desviados giros;
tus alitas doradas
vuelve a mi, que ya expiro.
*Vuelve, que ya no puedo
vivir sin tus cariños;
vuelve, mi palomita,
vuelve a tu dulce nido.*

FRANCISCO ACUÑA FIGUEROA

(1791-1862)

¿Por qué su odio?

De que es un ingrato sois testigos,
pero ese odio que me tiene
quisiera saber de dónde viene,
si sólo le hice bien cuando aún amigos.
¿será que siempre el mal se olvida,
mas ¡ay! que el bien, nunca se perdona
en esta vida?

ANGEL SAAVEDRA

(Duque de Rivas, 1791-1865)

Un castellano leal

ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro.

»Esas puertas se defiendan;
que no ha de entrar, vive Dios,
por ellas quien no estuviere
mas limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio
un fementido traidor
que contra su Rey combate
y que a su patria vendió.

»Pues si él es de Reyes primo,
primo de Reyes soy yo,
y conde de Benavente
si el es duque de Borbón,

»llevándole de ventaja
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre
y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salía
cuya puerta se cerró;

y a la que estaba a caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises,
más bien que timbre, baldón;

y de pajes y escuderos
llevando un tropel en pos
cubierto de ricas galas,
al gran duque de Borbón,

el que lidiando en Pavía,
mas que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
a su natural señor;

y que a Toledo ha venido,

ufano de su traición,
para recibir mercedes
y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadra
del Alcázar de Toledo,
cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos,
 al lado de una gran mesa,
que cubre de terciopelo
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos,
 ante un sillón de respaldo
que entre bordado arabesco
los timbres de España ostenta
y el águila del Imperio,
 en pie estaba Carlos Quinto,
que en España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
viste tabardo tudesco,
de rubias martas orlado
y desabrochado y suelto,
 dejando ver un justillo
de raso jalde, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos,
 y la excelsa y noble insignia
del Toisón de Oro, pendiendo
de una preciosa cadena,
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,
 descubre por ambos lados
tanta majestad, cubriendo,
rubio, cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de ámbar

y un primoroso mosquero,
y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulento,
blanco y las orejas rubias,
el ancho y carnosos cuello.

Con el Condestable insigne,
apaciguador del reino,
de los pasados disturbios
acaso está discurriendo;
o del trato que dispone
con el Rey de Francia preso,
o de asuntos de Alemania,
agitada por Lutero,
cuando un tropel de caballos
oye venir a lo lejos
y ante el alcázar pararse,
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
rumor impensado luego,
ábrese al fin la mampara
y entra el de Borbón soberbio,
con el semblante de azufre
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto,
y con balbuciente lengua,
y con mal borrado ceño,
acusa al de Benavente
un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
latió con orgullo el pecho,
ufano de la entereza
de su esclarecido deudo.
Y aunque, advertido, procura
disimular cual discreto,
a su noble rostro asoman
la aprobación y el contento.

El Emperador un punto
quedó indeciso y suspenso,
sin saber qué responder
al francés de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento
del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno,

por tener tales vasallos,
de noble lealtad modelos,
y con los que el ancho mundo
será a sus glorias estrecho,
mucho al de Borbón le debe
y es fuerza satisfacerlo;
le ofrece para calmarlo
un desagravio completo.

Y llamando a un gentilhombre
con el semblante severo,
manda que el de Benavente
venga a su presencia presto.

ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes
desciende de su litera
el conde de Benavente
del alcázar a la puerta.

Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas,
y con semblante muy noble,
mas de gravedad tan seria,
que veneración de lejos
y miedo causa de cerca.

Era su traje unas calzas
de púrpura de Valencia,
y de recamado ante
colete a la leonesa.

De fino lienzo gallego
los puños y la gorguera,
unos y otra guarnecidos
con randas barcelonesas.

Un birretón de velludo
con un cintillo de perlas,
y el gabán de paño verde
con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava
la insignia española lleva;
que el Toisón ha despreciado
por ser Orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,
sube por las escaleras,

y al verle, las alabardas
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso
de que en el alcázar entra
un Grande, a quien se le debe
todo honor y reverencia.

A1 llegar a la antesala,
los pajes que están en ella
con respeto le saludan
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando
hasta la cámara regia.
Pensativo está el Monarca,
discurriendo cómo pueda
componer aquel disturbio
sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,
aun mucho más de él espera,
y al de Benavente mucho
considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,
no hay quien dar consejo pueda,
y Villalar y Pavía
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado
y el codo sobre la mesa,
al personaje recibe,
que comedido se acerca.

Grave el conde le saluda
con una rodilla en tierra,
mas como Grande del reino
sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno,
que alce del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable
al cabo le manifiesta
que es el que al Borbón aloje
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera,
respóndele Benavente,

destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,
vos sois mi rey en la tierra;
a vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa;
de mi disponed y de ella;
pero no toquéis mi honra
y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbón ocupe,
puesto que es voluntad vuestra;
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca;

»que a mi me sobra en Toledo
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores,
cuyo solo aliento infesta.

»Y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo a ella,
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas.»

Dijo el conde, la real mano
besó, cubrió su cabeza
y retiróse bajando
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente
mandó que le condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Carlos Quinto
de ver tan noble firmeza
estimando la de España
más que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO

Muy pocos días el duque
hizo mansión en Toledo
del noble conde ocupando
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
dejó vacío, partiendo
con su séquito y sus pajes
orgulloso y satisfecho,
turbó la apacible luna

un vapor blanco y espeso
que de las altas techumbres
se iba elevando y creciendo.

A poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo.

Después, en ardientes chispas
y en un resplandor horrendo
que iluminaba los valles,
dando en el Tajo reflejos,
y al fin su furor mostrando
en embravecido incendio
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
conmovióse todo el pueblo,
de Benavente el palacio
presa de las llamas viendo.

El Emperador, confuso,
corre a procurar remedio,
en atajar tanto daño
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse
tantas riquezas el fuego,
a la lealtad castellana
levantando un monumento.

Aun hoy unos viejos muros,
del humo y las llamas negros
recuerdan acción tan grande
en la famosa Toledo.

El faro de Malta

Envuelve al mundo extenso triste noche,
ronco huracán y borrascosas nubes
confunden y tinieblas impalpables
el cielo, el mar, la tierra.

Y tú invisible te alzas, en tu frente
ostentando de fuego una corona,
cual rey del caos, que refleja y arde
con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
y revienta a tus pies, do rebramante,

creciendo en blanca espuma, esconde y borra
el abrigo del puerto.

Tú, con lengua de fuego *aquí está*, dices,
sin voz hablando al tímido piloto,
que como a numen bienhechor te adora,
y en ti los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
que céfiro amoroso desenrolla,
recamado de estrellas y luceros;
por él rueda la luna.

Y entonces tú, de niebla vaporosa
vestido, dejas ver en formas vagas
tu cuerpo colosal, y tu diadema
arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
rocas alevés, áridos escollos;
falso señuelo son, lejanas cumbres
engañan a las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca;
tú, cuya inmóvil posición indica
el trono de un monarca, eres su norte,
les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha,
en medio del fulgor de las pasiones
o de alevés halagos de fortuna,
a los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
en esta escasa tierra que presides,
y grato albergue el cielo bondadoso
me concedió propicio,
ni una vez sólo a mis pesares busco
dulce olvido del sueño entre los brazos
sin saludarte y sin tornar los ojos
a tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
al par los tornarán!... Tras larga ausencia
unos, que vuelven a su patria amada,
a sus hijos y esposa;
otros, prófugos, pobres, perseguidos,
que, asilo buscan, cual busqué, lejano,
y a quienes que lo hallaron tu luz dice
hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte a los bajeles
que de mi patria, aunque de tarde en tarde,
me traen nuevas amargas y renglones

con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho,
destrozado y hundido en amargura,
palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
huyendo inhospitables, contrastado
del viento y mar entre ásperos bajíos,
vi tu lumbre divina.

Viéronla como yo los marineros,
y, olvidando los votos y plegarias,
que en las sordas tinieblas se perdían.

¡¡Malta!! ¡¡Malta!!, gritaron:

y fuiste a nuestros ojos la aureola
que orna la frente de la santa imagen
en quien busca afanoso peregrino
la salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
rey de la noche y de tu excelsa cumbre
la benéfica llama,

por la llama y los fúlgidos destellos
que lanza, reflejando al sol naciente,
el arcángel dorado que corona
de Córdoba la torre.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS

(1796-1873)

Letrilla satírica

Tanta es, niña mi ternura,
que no reconoce igual.
si tuvieras un caudal
comparable a la hermosura
de ese rostro que bendigo,
me casaría contigo.

Eres mi bien y mi norte,
graciosa y tierna Clarisa,
y a tener tú menos prisa
de llamarme tu consorte
pongo al cielo por testigo,
me casaría contigo
¿Tú me idolatras? Convengo.
Y yo, que al verte me encanto,
si no te afanaras tanto
por saber que sueldo tengo
y si cojo aceite o trigo,
me casaría contigo.

A no ser porque tus dengues
ceden sólo a mi porfía
cuando, necio en demasía,
para dijés y merengues
mi dinero te prodigo,
me casaría contigo.

A no ser porque recibes
instrucciones de tu madre,
y es forzoso que la cuadre
cuando me hablas y me escribes
o me citas al postigo,
me casaría contigo.

Si cuando sólo al bandullo
regalas tosco gazpacho,
haciendo de todo empacho,
no tuvieras mas orgullo
que en la horca don Rodrigo,
me casaría contigo.

Si, después de estar casados,
en lugar de rica hacienda,
no esperase la prebenda

de tres voraces cuñados
y una suegra por castigo,
me casaría contigo.

Si conjurando la peste
que llorar a tantos veo,
virtudes que en ti no creo
de cierto signo celeste
me pusieran al abrigo,
me casaría contigo.

Prende a otro novio en tu jaula
y Dios te dé mil placeres;
porque yo, que sé quien eres
y he conocido la maula,
sin rebozo te lo digo:
No me casaré contigo.

Dios me libre y me defienda.

De una mujer zalamera
que su amor quiera probar
diciéndome sin cesar
«consuelo mío, mi prenda»
Dios me libre y me defienda.

De escuchar a un majadero
mientras le dan de cenar,
deletreando asesinar
de Cervantes la leyenda
Dios me libre y me defienda.

De esos que apuestan por todo,
y escupen por el colmillo,
y hablan de onzas a porrillo
con insolente fachenda,
Dios me libre y me defienda.

De creer que un palaciego
más que a la viuda llorosa,
si es oji-negra y hermosa,
el pobre inválido atienda,
Dios me libre y me defienda.

De querer enemistar
jamás con un escribano,
o con alguacil villano
que por vengarse me prenda,
Dios me libre y me defienda.

Aunque mi padre le abone

y un santo me lo aconseje,
de que otro me la maneje,
si Dios me la da, mi hacienda,
Dios me libre y me defienda.

De fiarme de un chismoso
que, si hoy lo es en mi servicio,
mañana su mismo vicio
le hará también que me venda,
Dios me libre y me defienda.

De creer yo que en la corte
aunque allí todo es error,
de la pobreza el olor
a cien varas no trascienda,
Dios me libre y me defienda.

De dudar yo que en la guerra
ganan muchos un balazo
que les troncha pierna o brazo
y pocos una encomienda,
Dios me libre y me defienda.

Aunque sean más hermosas
que la diosa de Citeres,
de acompañar a mujeres
cuando van a alguna tienda,
Dios me libre y me defienda.

De imaginar que Tiburcio
con leer sólo el *Rengifo*,
como a hacer un logogrifo
a hacer poemas aprenda,
Dios me libre y me defienda.

De criticón cuya envidia
contra mis versos la arme,
y se empeñe en censurarme,
tal vez porque no me entienda,
Dios me libre y me defienda.

De creer que un jugador
deje las cartas traidoras,
aunque me haga a todas horas,
mil propósitos de enmienda,
Dios me libre y me defienda.

De dudar yo que es muy raro
y merece eterna palma
el que tiene bella el alma
teniendo la cara horrenda,
Dios me libre y me defienda.

De aprisionar el dinero

por temor de infausta suerte
a riesgo de que la muerte
sin gastarlo me sorprenda,
Dios me libre y me defienda.

De médico y boticario,
de hombre cominero y ruin,
de mujer que hable latín
y de caballo sin rienda,
Dios me libre y me defienda.

SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON

(1799-1867)

La tarde

¡Qué fresco delicioso
correr por la marina,
y el pecho, al blando influjo,
con qué placer respira!

Sobre las claras aguas
salta la afable brisa,
y en soplos apacibles
el verde azul agita.

El mar, al fausto beso,
en olas mil se riza,
y con leve murmullo
lame la hermosa orilla.

El Sol, ya trasponiendo
por las opuestas cimas,
hiere con tibios rayos
las aguas cristalinas.

La luz se desvanece
en el movable prisma,
y entre hermosos colores,
que su perfil matizan,

los africanos montes,
con rosadas neblinas,
en la región del Moro
se roban a mi vista.

La alegre gaviota
allá en los aires gira,
y tras el pez dorado,
veloz, al mar se libra.

Zambúllese, trazando
mil ruedas cristalinas,
que entre insensibles sombras
se apagan cual la vida.

El ave sale ilesa
sobre las tersas linfas,
meciéndose entre espuma
como una pomposa isla.

El marinero canta,
remando en su barquilla,
sus sencillos amores,

sus redes y fatigas.

El ave de la noche
en las rocas vecinas
se angustia y se lamenta
con voces doloridas.

Del Norte las tinieblas
a descender principian,
y entre pardos celajes
la Luna se divisa.

En tanto, errante, vaga
mi mente embebecida
tras la imagen incierta
de mi esperada dicha:

¡Dicha infiel e inconstante.
cual del abril los días,
engañoso cual sombra,
cual viento fugitiva!

ANTONIO ROS DE OLANO

(1802-1887)

Sin hijo

Era la madre de un niño,
de un niño que deliraba;
eran sus ojos dos fuentes
y los del hijo dos llamas.

« No rías, hijo, no rías,
¡que me partes las entrañas!
Llora para que se enjuguen,
al verte llorar, mis lágrimas!...»

«Aquel pajarito, madre,
que tiene el pico de plata,
el cuerpo de azul de cielo,
y de oro fino las alas... »

Calló el niño, y quedó quieto,
las pupilas apagadas:
como quedan en el nido
polluelos que el cierzo mata.

Y dudando si dormía,
viendo que ya no lloraba,
besó la madre la boca
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan
las aves en la alborada,
mientras que cantar las oye,
ella ríe, llora y canta:

«Aquel pajarito, madre,
que tiene el pico de plata,
y el cuerpo de azul de cielo,
y de oro fino las alas...»

JOSE MARIA DE HEREDIA

(1803-1839)

Niágara (Fragmento)

Dadme mi lira, dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuanto tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz! ... Niágara undoso,
solo tu faz sublime ya podría
tornarme el don divino que ensañada
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
tu trueno aterrador; disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan,
y déjame mirar tu faz serena,
y de entusiasmo ardiente mi alma llena,
Yo digno soy de contemplarte; siempre,
lo común y mezquino desdeñando,
ansí por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé; vi el Oceano
azotado del austro proceloso
combatir mi bajel, y ante mis plantas
sus abismos abrir, y amé el peligro
y sus iras amé; mas su fiereza
en mi alma no dejara
la profunda impresión de tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego
en ásperos peñascos quebrantado,
te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.

.....

JUAN AROLAS

(1805-1849)

Sé más feliz que yo

Sobre pupila azul, con sueño leve,
tu párpado cayendo amortecido,
se parece a la pura y blanca nieve
que sobre las violetas reposó.
Yo el sueño del placer nunca he dormido:

Sé más feliz que yo.

Se asemeja tu voz en la plegaria
al canto del zorzal de indiano suelo
que sobre la pagoda solitaria
los himnos de la tarde suspiró.
Yo sólo esta oración dirijo al cielo:

Sé más feliz que yo.

Es tu aliento la esencia más fragante
de los lirios del Arno caudaloso
que brotan sobre un junco vacilante
cuando el céfiro blando los meció.
Yo no gozo su aroma delicioso:

Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego,
que de callada noche se aconseja
y se nutre con lágrimas y ruego,
en tus purpúreos labios se escondió.
El te guarde el placer y a mí la queja:

Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores,
como un campo de rosas del Oriente;
al ángel del recuerdo pedí flores
para adornar tu sien, y me las dio.
Yo decía al ponerlas en tu frente:

Sé más feliz que yo.

Tu mirada vivaz es de paloma;
como la adormidera del desierto,
causas dulce embriaguez, hurí de aroma
que el cielo de topacio abandonó.
Mi suerte es dura, mi destino incierto:

Sé más feliz que yo.

La odalisca

¿De qué sirve a mi belleza
la riqueza,
pompa, honor y majestad,
si en poder de adusto Moro
gimo y lloro
por la dulce libertad?
Luenga barba y torvo ceño
tiene el dueño
que con oro me compró;
y al ver la fatal gumía
que ceñía,
de sus besos temblé yo.
¡Oh, bien hayan los cristianos
más humanos
que veneran una cruz
y dan a sus nazarenas
por cadenas
auras libres, clara luz!
Ellas, al festín de amores,
llevan flores;
sin velo se dejan ver,
y en cálices cristalinos
beben vinos
que aconsejan el placer.
Tienen zambras con orquestas
y a sus fiestas
ricas en adornos van,
con el seno delicado,
mal guardado
de los ojos del galán.
Más valiera ser cristiana
que sultana
con pena en el corazón,
con un eunuco atezado
siempre al lado
como negra maldición.
Dime, mar, que me aseguras
brisas puras,
perlas y coral también,
si hay linfa en tu extensión larga
más amarga

que mi lloro en el harén.

Dime, selva, si una esposa
cariñosa

tiene el dulce ruseñor,
¿por qué para sus placeres
cien mujeres

tiene y guarda mi señor?

Decid, libres mariposas,
que entre rosas

vagáis al amanecer,
¿por qué bajo llave dura
sin ventura

gime esclava la mujer?

Dime, flor, siempre besada
y halagada

del céfiro encantador,
¿por qué ha de pasar un día
de agonía

sin un beso del amor?

Yo era niña, y a mis solas
en las olas

mis delicias encontré;
de la espuma que avanzaba,
retiraba

con temor nevado pie.

Del mar el sordo murmullo
fue mi arrullo

y el aura me adormeció.

¡Triste la que duerme y sueña
sobre peña

que la espuma salpicó!

De la playa que cercaron
me robaron

los piratas de la mar;
¡ay de la que en dura peña
duerme y sueña,

si es cautiva al despertar!

Crudos son con las mujeres
esos seres

que adoran el interés,
y tendidos sobre un leño
toman sueño

con abismos a sus pies.

Conducida en su galera,
prisionera

fui cruzando el mar azul;
mucho lloré; sordos fueron,
me vendieron
al sultán en Estambul.

El me llamó hurí de aroma
que Mahoma
destinaba a su vergel;
de Alá gloria y alegría,
luz del día,
paloma constante y fiel.

Vi en un murallado suelo,
como un cielo
de hermosuras de jazmín,
cubiertas de ricas sedas,
auras Ledas
disfrutaban del jardín.

Unas padecían celos
y desvelos;
lograban otras favor;
quién por un desdén gemía,
quién vivía
sin un goce del amor.

Mil esclavas me sirvieron,
y pusieron
rico alfareme en mi sien;
pero yo siempre lloraba,
y exclamaba
con voz triste en el harén:
¿De que sirve a mi belleza
la riqueza,
pompa, honor y majestad,
si en poder de adusto moro
gimo y lloro
mi perdida libertad?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

(1806-1880)

Los viajes

Un pescador, vecino de Bilbao,
cogió, yo no se dónde, un bacalao.

-¿Que vas a hacer conmigo?
(el pez le preguntó con voz llorosa).

El respondió: -Te llevaré a mi esposa;
ella, con pulcritud y ligereza,
te cortara del cuerpo la cabeza;
negociaré después con un amigo,
y si me da por ti maravedises,
irás con él a recorrer países.

- ¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pescado).

Y replicó discreto el vascongado:

- ¿Por esa pequeñez te desazonas?
Pues hoy viajan así muchas personas.

El último olvido

Dio Perico en olvidar
hasta el comer, a veces, y el dormir;
sólo una vez se le olvidó el vivir,
y nunca más lo pudo recordar.

La vida del hombre

Hoja en que estampo mi nombre;
tú me sobrevivirás.

¿Qué vale, ¡ay!, el ser del hombre
cuando un papel dura más?

VENTURA DE LA VEGA

(1807-1865)

A la Reina Gobernadora

Cuando la griega juventud volaba
al campo de la gloria
y al macedón guerrero arrebatava
el sangriento laurel de la victoria,
¿quién a blandir la fulminante lanza
robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza,
¿quien su pecho alentó, quien, sino el fuego
del entusiasmo ardiente
que corrió en viva llama por sus venas
cuando escuchó elocuente
tronar la voz del orador de Atenas?

Tú fuiste, oh sacro fuego,
tú quien el duro mármol animaba
bajo el cincel del inspirado griego;
tú quien la trompa de Marón sonaba;
en cuanto el mundo a la memoria ofrece
de eterno, de elevado,
tu creador espíritu aparece;
tú ante el funesto vaso envenenado,
en el alma de Sócrates brillaba;
tú la mano de Apeles dirigías;
en la lira de Píndaro sonabas,
y la lanza de Aristides blandías.

Más, ¡oh!, ¿por qué ofuscada
a tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
de la aureola de Dios destello ardiente,
que de la antigua Grecia derruida,
el canto melodioso
eternizó y el brazo belicoso,
¿yace entre sus escombros extinguida?

No. Como chispa eléctrica impaciente
que presa en frío pedernal, no pudo
brillar, hasta que siente
de acerado eslabón el golpe rudo,
así en medroso pasmo
en tu pecho dormía,
juventud española, el entusiasmo;

mas cuando el recio acento generoso
retumbó por los ámbitos de España,
del Pirene ríscoso
al confín andaluz que Atlante baña,
estalla, al fin, la mágica centella
las almas conmoviendo,
y el abatido pueblo se levanta,
y en sed de gloria ardiendo,
lidia el guerrero y el poeta canta...

PATRICIO DE LA ESCOSURA

(1807-1878)

El bulto vestido de negro capuz

Simancas, 1521

El caminante

El sol a Occidente su luz ocultaba,
de nubes el cielo cubierto se vía;
furioso en los pinos el viento bramaba,
rugiendo agitado Pisuerga corría.

Soberbia Simancas sus muros ostenta,
burlando la saña del fiero huracán.
Mas, ¡ay del cautivo, que mísero cuenta
las horas de vida por siglos de afán!

Por medio del monte veloz cual la brisa
cual sombra medrosa, cual pálida luz,
un bulto que apenas la vista divisa,
camina encubierto con negro capuz.

Mudado el semblante, la vista azorada,
sollozos amargos lanzando sin fin,
la madre invocando de Dios adorada,
de hinojos se postra del río al confín.

Del ave nocturna la voz agorera
de encima el castillo se deja escuchar;
relámpago rojo, con luz pasajera,
las densas tinieblas haciendo cesar.

«¡Dichoso mil veces el mísero exclama!
¡Dichoso, murallas, que en fin os miré!»
Y al punto, inflamado de súbita llama,
el rezo dejando se pone de pie.

La prisión

«Muchos, repetidos, muy graves pecados
los hombres hicieron y Dios se enojó;
en pena, de libres que fueron creados,
esclavos los hizo, tiranos les dio.»

«¡Tiranos!, con ellos, cadenas, prisiones,
castillos y guerras y el potro cruel.
¡Tiranos!, con ellos, rencor, disensiones...
Tremenda es la ira del Dios de Israel!»

«Castilla, hijo mío, sintió el torpe yugo,
y a fuer de briosa lo quiso arrojar.
En vano: ayudarnos al cielo no plugo;
Padilla el valiente cayó en Villalar.»

«Nosotros, Alfonso, también moriremos;
también nuestra sangre vertida será.
¡Que importa! Muriendo felices rompemos
las férreas cadenas que el mundo nos da.»

Acuña, el obispo, patriota esforzado,
aquel que al tirano no quiso acatar,
el cuerpo de indignas cadenas cargado,
cual cumple a los libres acaba de hablar.

En pie, silencioso, con aire abatido,
mancebo que apenas seis lustros cumplió,
le escucha, y responde con hondo gemido,
que el eco en la torre fugaz repitió:

«¡Tan bravo en las lides!» Acuña le dice:
«¡Tan bravo y cobarde tembláis al morir!...»
«Teneos, obispo; muriendo es felice
quien sólo en cadenas espera vivir.»

«Morir es mas dulce que ver, como he visto,
caer, a *Padilla* y a ciento con él.»
«Yo burlo la muerte, mas, ¡ay!, no resisto
de amor, a los otros, fortuna cruel.»

Oyóle el obispo con pena y callóse;
maguer que ordenado, tenia razón:
lágrima furtiva al ojo asomóse;
el joven su mano besó con pasión.

El soldado

La noche era entrada, lluviosa y oscura;
un trueno a otro trueno continuo seguía;
velando, cubierto de fuerte armadura,
la noche, un soldado, feroz, maldecía.

El puente guardaba, la puerta y rastrillo
con fuego y espada y agudo puñal;
ninguno a llegarse se atreve al castillo,
o tema aquel brazo probar en su mal.

Con planta ligera el puente atraviesa;
el bulto vestido del negro capuz;
«Detente», el soldado gritándole apriesa,
le pone a los pechos su enorme arcabuz.

Mas él, sin turbarse, «Soldado, replica,

¿que gloria matando pensáis conseguir
a un mozo perdido que asilo suplica
do pueda esta noche tan sólo dormir?»

«Mancebo, ¿quién eres?» «Un huérfano soy,
guardián del castillo, yo soy trovador.»
«Tal casta de gentes de sobra anda hoy;
marchad, noramala, maldito cantor.»

Lloraba el mancebo; dolor era oílle;
votaba el soldado, que hacía temblar.
El uno: «Doleos», tornaba a decille;
él otro: «¡Demonio!, ¿te quieres marchar?»

En tanto, a torrentes el cielo llovía,
y un rayo no lejos del puente cayó;
invoca el soldado temblando a María;
inerte a sus plantas al huérfano vio.

«¡Mal hora los diablos que aquí te trajeron,!...
Apenas respira... ¡Cuidado, rapaz!
Muy tierna crianza tus padres te dieron;
más horas tuviste que yo de solaz.»

La trova

En sucio y estrecho paraje y oscuro
ardiendo en el centro su medio pinar,
sentados en torno del fétido muro,
como diez soldados se pueden contar.

Un hombre con ellos de pardo vestido,
hercúleas las formas, de rostro brutal,
los ojos de tigre, mirando torcido
parece ministro del genio del mal.

Al par de aquel hombre, se ve suspirando
el rostro de un niño, de un ángel de luz;
verdugo el primero que estamos mirando,
el otro es el bulto del negro capuz.
«¡Que cante, que cante!», le mandan a coro
las férreas figuras que en torno se ven;
lanzando un bramido terrible, cual toro,
«¡que cante, que cante!» el verdugo repite también.

Quisiera el mancebo primero que el canto
dar rienda a la pena, que muere de afán;
más fuerza le manda, y enjuga su llanto,
y canta, y de muerte sus cantos serán.

Trova

En medio de un monte fragoso,
entre encinas colosales
de años ciento,
templo antiguo ya ruinoso,
cercado de matorrales
tiene asiento.

Aquí con su canto llegaba el mancebo,
un fraile que pasa le manda callar.

«¿Cantáis, y no lejos tenéis al que debo
por la vez postrera, triste, confesar?»

El fraile, acabando, siguió su camino:
callóse el mancebo, y el tigre exclamó:
«Razón tiene el padre; sin ser adivino,
estoy persuadido de lo mismo yo.»

«Cualquiera al mirarte, responde un soldado,
llegar a Simancas, pensara algún mal.»

«¡Un mal!, por mi vida, Fortún que has errado;
mañana a mis manos muere un desleal.»

«Alfonso García, famoso caudillo
que de Comuneros en Toledo fue,
mañana en los filos de aqueste cuchillo
por sus buenas obras hallara mercé.»

«¿Mañana le matan?, con ansia pregunta,
¡mañana!, el que el canto festivo entonó:
¡Mañana! ¡Es posible!, y el alba despunta...
Verdad es; entonces hoy mismo murió.»

El beso

Levantán en medio del patio espacioso
cadalso enlutado, que causa pavor;
un Cristo, dos velas, un tajo asqueroso
encima, y con ellos el ejecutor.

En torno al cadalso se ven los soldados,
que fieros empuñan terrible arcabuz,
a par del verdugo, mirando asombrados
al bulto vestido del negro capuz.

«¿Qué tiemblas, muchacho, cobarde alimaña?
Bien puedes marcharte, y presto, a mi fe.
Te faltan las fuerzas, si sobra la saña;
por Cristo bendito, que ya lo pensé.»

«Diez doblas pediste, sayón mercenario:
diez doblas cabales al punto te di.
¿Pretendes ahora negarme, falsario,
la gracia que en cambio tan sólo pedí?»

«Rapaz, no por cierto, ¡creí que temblabas!
Bien presto al que odias verásle morir»,
y en esto cerrojos se escuchan y aldabas,
y puertas herradas se sienten abrir.

Salió el comunero gallardo, contrito,
oyendo al buen fraile que hablándole va.
Enfrente el cadalso miró de hito en hito,
mas no de turbarse señales dará.

Encima subido, de hinojos postrado,
al *Mártir por todos* oró con fervor;
después, sobre el tajo grosero inclinado:
¡El golpe de muerte!, clamó con valor.

Alzada en el aire su fiera cuchilla,
volviéndose un tanto con ira el sayón,
al triste que en vano lidió por Castilla
prepara en la muerte cruel galardón.

Mas antes que el golpe descargue tremendo,
veloz cual pelota que lanza arcabuz,
se arroja al cautivo, a «¡García!», diciendo,
el bulto vestido del negro capuz.

«¡Mi Blanca!» responde; y un beso, el postrero
se dan, y en el punto la espada cayó.
Terror invencible sintió el sayón fiero
cuando ambas cabezas cortadas miró.

MANUEL DE CABANYES

(1808-1833)

La independencia de la poesía
(Fragmento)

Como una casta ruborosa virgen
se alza mi Musa, y tímida, las cuerdas
pulsando de su arpa solitaria,
suelta la voz del canto.

¡Lejos, profanas gentes! No su acento
del placer muelle, corruptor del alma,
el ritmo cadencioso hará süave
la funesta ponzoña.

¡Lejos, esclavos, lejos! No sus gracias
cual vuestro honor, traficánse y se venden;
no sangrisalpicados techos de oro
resonarán sus versos.

En pobre independencia ni las iras
de los verdugos del pensar la espantan
de sierva a fuer; ni meretriz impura,
vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria.
galas desecha que maldad cobijan:
las cumbres vaga en desnudez honesta;
mas ¡guay de quien la ultraje!

Sobre sus cantos la expresión del alma
vuela sin arte; números sonoros
desdeña y rima acorde; son sus versos,
cual su espíritu, libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
cual la espada del bueno; y nunca, nunca
tu noble faz con el rubor de oprobio
cubrirán, madre España,
cual del cisne de Ofanto los cantares
a la reina del mundo avergonzaron,
de su opresor con el infame elogio
sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo
le dio una lira mágica y el arte
de arrebatarse a su placer las almas
y arder los corazones;
le dio a los héroes celebrar mortales
y a las deidades del Olimpo... El eco

del Capitolio altivo aún los nombres
que él despertó, tornaba.

JOSE DE ESPRONCEDA

(1808-1842)

Canto a Teresa (Fragmentos)

Descansa en paz

Bueno es el mundo, ¡bueno!, ¡bueno!, ¡bueno!
Como de Dios, al fin, obra maestra,
por todas partes de delicias lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
a celebrar esta vivencia nuestra.
¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!,
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!
(*María*, por don Miguel de los Santos Alvarez.)

¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido
a aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?
¡Ay!, que de aquellas horas de alegría
le quedó al corazón sólo un gemido,
el llanto que al dolor los ojos niegan
lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¿Dónde volaron, ¡ay!, aquellas horas
de juventud, de amor y de ventura,
regaladas de músicas sonoras,
adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras,
sus alas de carmín y nieve pura,
al son de mi esperanza desplegando,
pasaban, ¡ay!, en derredor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura susurraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía,
las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡Cuán süave resonó en mi oído
el bullicio del mundo y su rüido!

... ..

Yo, desterrado en extranjera playa,
con los ojos estáticos seguía

la nave audaz que en argentada raya
volaba al puerto de la patria mía;
yo, cuando en occidente el sol desmaya,
solo y perdido en la arboleda umbría,
oír pensaba el armonioso acento
de una mujer al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo
de la mágica luna se colora,
del sol poniente al lánguido desmayo,
lejos entre las nubes se evapora;
sobre las cumbres que florece mayo,
brilla fugaz al despuntar la aurora,
cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
juega en las aguas del sereno río.

¡Ay!, aquella mujer, tan sólo aquella,
tanto delirio a realizar alcanza,
y esa mujer, tan cándida y tan bella,
es mentida ilusión de la esperanza;
es el alma que vívida destella
su luz al mundo cuando en él se lanza,
y el mundo con su magia y galanura,
es espejo no más de su hermosura .

... ..

¡Oh, Teresa! ¡Oh, dolor! Lágrimas mías
¡ah!, ¿dónde estáis, que no corréis a mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días
no consoláis vosotras mis pesares?
¡Oh!, los que no sabéis las agonías
de un corazón que penas a millares,
¡ay!, desgarraron y que ya no llora,
¡piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh!, dichosos mil veces, sí, dichosos
los que podéis llorar, y, ¡ay!, sin ventura
de mí, que entre suspiros angustiosos
ahogar me siento en infernal tortura!
¡Retuércese entre nudos dolorosos
mi corazón, gimiendo de amargura!
También tu corazón, hecho pavesa,
¡ay!, llegó a no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,
que fuera eterno manantial de llanto
tanto inocente amor, tanta alegría,
tantas delicias y delirio tanto?
¿Quién pensara jamás llegase un día

en que perdido el celestial encanto
y caída la venda de los ojos,
cuanto diera placer causara enojos?

... ..

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
áridos ni una lagrima brotaban;
cuando ya su color tus labios rojos
en cárdenos matices se cambiaban;
cuando de tu dolor tristes despojos
la vida y su ilusión te abandonaban,
y consumía lenta calentura
tu corazón al par que tu amargura;

si en tu penosa y última agonía
volviste a tu pasado el pensamiento;
si comparaste a tu existencia un día
tu triste soledad y tu aislamiento;
si arrojó a tu dolor tu fantasía
tus hijos, ¡ay!, en tu postrer momento
a otra mujer tal vez acariciando,
madre tal vez a otra mujer llamando;

¡oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!, ¡martirio horrendo!,
¡espantosa expiación de tu pecado!
¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,
morir, el corazón desesperado!
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
presente a su conciencia lo pasado,
buscando en vano, con los ojos fijos
y extendiendo tus brazos, a tus hijos.

¡Oh!, ¡cruel!, ¡muy cruel!... ¡Ay! Yo, entre tanto
dentro del pecho mi dolor oculto,
enjugo de mis párpados el llanto
y doy al mundo el exigido culto;
yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto,
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón, pedazos hecho.

Gocemos, si; la cristalina esfera
gira bañada en luz; ¡bella es la vida!
¿Quién a parar alcanza la carrera
del mundo hermoso que al placer convida?
Brilla radiante el sol, la primavera
los campos pinta en la estación florida;
truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más, ¿que importa al mundo?

Canción del pirata

Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman
por su bravura el *Temido*,
en todo el mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
en la lona gime el viento,
alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
allá a su frente Estambul.

«Navega, velero mío,
sin temor;
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.»

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo mas de tierra;
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,

a quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de «¡Barco viene!»
es de ver
como vira y se previene
a todo trapo a escapar;
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

»En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro...

«¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
no me abandone la suerte
y al mismo que me condena
colgaré de alguna antena,
quizá en su propio navío.

Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por perdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo
como un bravo
sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
 aquilones;
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
 al son violento
y del viento
 al rebramar
yo me duermo
 sosegado
 arrullado
por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar.*

Himno a la Inmortalidad

¡Salve, llama creadora del mundo
lengua ardiente de eterno saber,
puro germen, principio fecundo
que encadenas la muerte a tus pies!

Tú la inerte materia espoleas,
tú la ordenas juntarse y vivir,
tú su lodo modelas, y creas
miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
vencedora la muerte tal vez;
de sus restos levanta tu mano
nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
tú revistes los cielos de azul,
tú la luna en las sombras argentas,
tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
verde pompa a los árboles das,
melancólica música al río,
ronco grito a las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
en los valles suspiras de amor,

tú murmuras del aura en las alas,
en el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
en arroyos de hirviente metal;
tú abrillantas la perla que encierra
en su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
negro manto que agita Aquilón;
con tu aliento los aires enciendes,
tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
manantial sempiterno del bien;
luz del mismo Hacedor desprendida,
juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que al mundo
en sus ejes impulsa a rodar;
sentimiento armonioso y profundo
de los orbes que animan tú faz.

De tus obras los siglos que vuelan
incansables artífices son,
del espíritu ardiente cincelan
y embellecen la estrecha prisión.

Tú, en violento, veloz torbellino,
los empujas enérgica, y van;
y adelante en tu raudo camino
a otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
desparecen y llegan sin fin
y en su eterno trabajo se alcanzan,
y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
en tú inmenso taller sin cesar,
y en la tosca materia golpean,
y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Oceano
flota el hombre en perpetuo vaivén,
y derrama abundante tu mano
la creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,
pon tu labio en su eterno raudal;
tú serás como el sol en Oriente;
tú serás, como el mundo, inmortal.

El estudiante de Salamanca (Fragmento)

Segundo don Juan Tenorio,
alma fiera e insolente,
irreligioso y valiente,
altanero y reñidor:
siembre el insulto en los ojos,
en los labios la ironía,
nada teme y todo fía
en su espada y su valor.

Corazón gastado, mofa
de la mujer que corteja,
y hoy despreciándola, deja
la que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,
ni recuerda en lo pasado
la mujer que ha abandonado,
ni el dinero que perdió.

Ni vio el fantasma entre sueños
del que mató en desafío,
ni turbó jamás su brío
recelosa previsión.

Siempre en lances y en amores
siempre en báquicas orgías,
mezcla en palabras impías
un chiste a una maldición.

En Salamanca famoso
por su vida y buen talante,
al atrevido estudiante
le señalan entre mil.

Fueros le da su osadía,
le disculpa su riqueza,
su generosa nobleza,
su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios
caballeresca apostura,
agilidad y bravura
ninguno alcanza a igualar;

Que hasta en sus crímenes mismos,
en su impiedad y altiveza,
pone un sello de grandeza
don Félix de Montemar. ...

Elvira

Bella y mas pura que el azul del cielo,
con dulces ojos lánguidos y hermosos
donde acaso el amor brilló entre el velo
del pudor que los cubre candorosos;
tímida estrella que refleja al suelo
rayos de luz brillantes y dudosos,
ángel puro de amor que amor inspira,
fue la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un día,
tierna, feliz y de su amante ufana,
cuando al placer su corazón se abría,
como al rayo del Sol rosa temprana;
del fingido amador que la mentía,
la miel falaz que de sus labios mana
bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
de que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos,
más descuidado el candoroso infante,
que ella en los falsos lisonjeros lazos,
que teje astuto el seductor amante;
dulces caricias, lánguidos abrazos,
placeres, ¡ay!, que duran un instante
que habrán de ser eternos imagina
la triste Elvira en su ilusión divina.

Cifró en don Félix la infeliz doncella
toda su dicha, de su amor perdida,
fueron sus ojos a los ojos de ella
astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus labios con sus labios sella,
cuando su voz escucha embebecida
embriagada del dios que la enamora,
dulce le mira, extática le adora. ...

El poema sigue relatando la muerte de Elvira, de pena, al ser abandonada por don Félix, que incluso mata a su hermano, don Diego, en desafío, y cómo al punto se le aparece una visión, con los rasgos de Elvira, a la que sigue.

Cruzan tristes calles,
plazas solitarias,
arruinados muros,
donde sus plegarias
y falsos conjuros
en la misteriosa
noche borrascosa
maldecida bruja
con ronca voz canta,
y de los sepulcros
los muertos levanta;
y suenan los ecos
de sus pasos huecos
en la soledad,
mientras en silencio
yace la ciudad,
y en lúgubre son
arrulla su sueño
bramando Aquilón.

Y una calle y otra cruzan,
y más allá y más allá;
no tiene término el viaje,
ni nunca dejan de andar.

Distingue los edificios,
reconoce donde está,
y en su delirante vértigo
al vino vuelve a culpar,
y jura, y siguen andando
ella delante, el detrás.

"¡Vive Dios!", dice entre sí;
¡o Satanás se chancea,
o no debo estar en mí,
o el Málaga que bebí
en mi cabeza aún humea!" ...

Siguiendo siempre a la blanca visión acaba por encontrar un entierro doble: En uno de los féretros va don Diego de Pastrana, al que ha matado; en el otro, ¡él! La visión vuelve a ponerse en movimiento y don Félix la sigue siempre hasta que hartó, la conjura a que al fin se descubra, y acaba el poema:

Y entonces la visión del blanco velo
al fiero Montemar tendió una mano,
y era su tacto de crispado hielo,
y resistirlo audaz intentó en vano.

Y a su despecho y maldiciendo al cielo,
de ella apartó su mano Montemar
y temerario alzándola su velo,
tirando de él la descubrió la faz.

«¡Es su esposo!» , los ecos retumbaron,
«¡la esposa al fin que su consorte halló!»;
los espectros con júbilo gritaron:
«¡Es el esposo de su eterno amor!»

Y ella entonces gritó: «¡Mi esposo!» Y era
(¡desengaño fatal! ¡Triste verdad!)
una sórdida, horrible calavera,
¡la blanca dama del gallardo andar!...

JUAN RICO Y AMAT

(1821-1870)

La desesperación

(Largamente atribuido a Espronceda)

Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones
y oír los aquilones
horrísonos bramar;
me gusta ver la noche
sin luna y sin estrellas,
y sólo las centellas
la tierra iluminar.

Me agrada un cementerio
de muertos bien relleno,
manando sangre y cieno
que impida el respirar,
y allí un sepulturero
de tétrica mirada
con mano despiadada
los cráneos machacar.

Me alegra ver la bomba
caer mansa del cielo,
e inmóvil en el suelo,
sin mecha al parecer,
y luego embravecida
que estalla y que se agita
y rayos mil vomita
y muertos por doquier.

Que el trueno me despierte
con su ronco estampido,
y al mundo adormecido
le haga estremecer;
que rayos cada instante
caigan sobre él sin cuento,
que se hunda el firmamento
me agrada mucho ver.

La llama de un incendio
que corra devorando
y muertos apilando
quisiera yo encender;
tostarse allí un anciano,
volverse todo tea,

oír como vocea,
¡qué gusto!, ¡qué placer!

Me gusta una campiña
de nieve tapizada,
de flores despojada,
sin fruto, sin verdor,
ni pájaros que canten,
ni sol haya que alumbre
y sólo se vislumbre
la muerte en derredor.

Allí, en sombrío monte,
solar desmantelado,
me place en sumo grado
la luna al reflejar,
moverse las veletas
con áspero chirrido
igual al alarido
que anuncia el expirar.

Me gusta que al Averno
lleven a los mortales
y allí todos los males
les hagan padecer;
les abran las entrañas,
les rasguen los tendones,
rompan los corazones
sin de ayes caso hacer.

Insólita avenida
que inunda fértil vega,
de cumbre en cumbre llega,
y arrasa por doquier;
se lleva los ganados
y las vides sin pausa,
y estragos miles causa.
¡que gusto!, ¡qué placer!

Las voces y las risas,
el juego, las botellas,
en torno de las bellas
alegres apurar;
y en sus lascivas bocas,
con voluptuoso halago,
un beso a cada trago
alegres estampar.

Romper después las copas,
los platos, las barajas,
y abiertas las navajas,

buscando el corazón;
oír luego los brindis
mezclados con quejidos
que lanzan los heridos
en llanto y confusión.

Me alegra oír al uno
pedir a voces vino,
mientras que su vecino
se cae en un rincón;
y que otros ya borrachos,
en trino desusado,
canten al dios vendido
impúdica canción.

Me agradan las queridas
tendidas en los lechos,
sin chales en los pechos
y flojo el cinturón,
mostrando sus encantos,
sin orden el cabello,
al aire el muslo bello...
¡Qué gozo!, ¡qué ilusión!

JOSE BATRES MONTUFAR

(1809-1844)

Yo pienso en ti...

Yo pienso en ti; tú vives en mi mente
sola, fija, sin tregua, a toda hora,
aunque tal vez el rostro indiferente
no debe reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
brilla tu imagen apacible y pura,
como el rayo de luz que el sol envía
al través de una bóveda sombría
al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
mi corazón se embarga y se enajena;
y allá en su centro vibra moribundo
cuando entre el vano estrépito del mundo
la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
sin agitarme en ciego frenesí,
sin proferir un solo, un leve acento,
las largas horas de la noche cuento,
¡y pienso en ti!

NICOMEDES PASTOR DIAZ

(1811-1863)

A la luna (Fragmentos)

Desde el primer latido de mi pecho
condenado al amor y a la tristeza,
ni un eco a mi gemir, ni a la belleza
un suspiro alcancé;

halló por fin mi fúnebre despecho,
inmenso objeto a mi ilusión amante;
y de la luna el célico semblante,
¡y el triste mar amé!

El mar quedóse allá por su ribera;
sus olas no treparon las montañas;
nunca llega a estas márgenes extrañas
su solemne rugir.

Tú, empero, que mi amor sigues doquiera,
cándida luna, en tu amoroso vuelo,
tú eres la misma que miré en el cielo
de mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,
única antorcha que mis pasos guía,
tú sola enciendes en el alma fría
una sombra de amor.

Sólo el blando lucir de tu semblante
mis ya cansados párpados resisten;
sólo tus formas inconstantes visten
bello, grato color.

... ..

Mas, ¡ay!, que en vano en tu esplendor encantas
ese hechizo falaz no es de alegría;
y huyen tu luz y triste compañía
los astros con temor.

Sola por el vacío te adelantas,
y en vano en derredor tus rayos tiendes;
que sólo al mundo en tu dolor descienes,
cual sube a ti mi amor.

Y en esta tierra, de aflicción guarida,
¿quien goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres
no turbas la quietud.

No cantarán las aves tu venida

ni abren su cáliz las dormidas flores;
solo un ser... de desvelos y dolores,
 ¡ama tu yerta luz!...

... ..

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

(1813-1884)

Recuerdos

Volved, alegres sueños,
que de mi edad primera
las gratas ilusiones
besábais con amor.

¿Por qué sin vuestro encanto
en mi desdicha fiera,
ensueños dolorosos
me asaltan con horror?

¿Por qué la paz tranquila
de mi tranquilo pecho
cual disipada niebla
huyó de mí fugaz?

¿Por qué desde que gimo
en triste amor deshecho
no hay para mí ventura,
ni hay para mi alma paz?

¡Oh! ¡Nunca por mi daño
tus límites pisara,
infierno de la vida,
inquieta juventud!

Y antes que mi inocencia
veloz se disipara,
durmiera yo en la tumba
con eterna quietud.

Volad, mis pensamientos,
en alas de la mente,
y mis recuerdos vagos
de Elisa acariciad.

Y como luz hermosa
del ampo refulgente,
mostradme los hechizos
de su infeliz beldad.

Aquel amor sin celos,
sin penas ni amargura,
aquel afán sencillo
del blando corazón.

Todo era en ella dulce,
perfecta su hermosura,
sus ojos apacibles,

tranquila su pasión.

Pero murió, y yo ciego,
en tempestad violenta,
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche
la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

¿Por qué, ¡oh verdad!, rasgaste
los misteriosos velos
de aquellas ilusiones
de plácida ficción?

Mentidos paraísos
y nacarados cielos,
¿era mentira y humo
vuestra feliz mansión?

Aquellas esperanzas
que el alma concebía
al penetrar del mundo
por el fatal dintel,
todo desvanecido
con el dolor de un día,
irrita los tormentos
de mi pasión cruel.

El corazón gastado
de dulces sensaciones,
sus férvidas tormentas
se goza en arrostrar.

Y para más congoja,
mis blandas ilusiones
la realidad horrible
se afana en desgarrar.

Huyéronse livianas
las nubes vaporosas
que el claro sol cubrían
de purpurado tul.

Y ya negras tinieblas
de sombras temerosas
del limpio cielo empañan
el transparente azul.

Y pasa un día y otro,
y sin cesar me pierdo
por la gastada senda
de lo que ya no es.

tranquila su pasión.

Pero murió, y yo ciego,
en tempestad violenta,
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche
la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

¿Por qué, ¡oh verdad!, rasgaste
los misteriosos velos
de aquellas ilusiones
de plácida ficción?

Mentidos paraísos
y nacarados cielos,
¿era mentira y humo
vuestra feliz mansión?

Aquellas esperanzas
que el alma concebía
al penetrar del mundo
por el fatal dintel,
todo desvanecido
con el dolor de un día,
irrita los tormentos
de mi pasión cruel.

El corazón gastado
de dulces sensaciones,
sus férvidas tormentas
se goza en arrostrar.

Y para más congoja,
mis blandas ilusiones
la realidad horrible
se afana en desgarrar.

Huyéronse livianas
las nubes vaporosas
que el claro sol cubrían
de purpurado tul.

Y ya negras tinieblas
de sombras temerosas
del limpio cielo empañan
el transparente azul.

Y pasa un día y otro,
y sin cesar me pierdo
por la gastada senda
de lo que ya no es.

Y voy, arrebatado,
en su inmortal recuerdo,
sus huellas deliciosas
borrando con mis pies.

Sin porvenir, sin gloria,
desesperado gimo,
esclavo de la vida
en la prisión servil.

Mis días se resbalan,
y solo y sin arrimo,
la muerte pido al cielo
con ansiedad febril.

¡Adiós, recuerdos tristes
de mi fugaz ventura;
adiós, afán sencillo
del blando corazón!

Perdílo todo a un tiempo;
su cándida hermosura,
sus ojos apacibles,
su tímida pasión.

Murió, murió, y sin calma
en tempestad violenta
maldigo ya la vida
sin mi perdido bien.

Y en procelosa noche,
la bárbara tormenta
con honda furia estalla
sobre mi helada sien.

JOSE JACINTO MITANES

(1814-1863)

La fuga de la tórtola

¡Tórtola mía! Sin estar presa,
hecha a mi cama y hecha a mi mesa,
a un beso ahora y otro después
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
cimarronzuela de rojos pies?

¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala,
si te amenazan con muerte igual
la astuta liga, la ardiente bala
y el canto *jubo* del *manigual*?

Pero, ¡ay!, tu fuga ya me acredita
que ansías ser libre, pasión bendita,
que aunque la lloro, la apruebo yo.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿a quién confío
mi amor oculto, mi desvarío,
mis ilusiones que vierten miel,
cuando me quede mirando al río,
y a la alta luna que brilla en el?

Inconsolable, triste y marchita
me iré muriendo, pues en mi cuita
mi confidenta me abandonó.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

(1814-1873)

Soledad del alma

La flor delicada, que apenas existe una aurora,
tal vez largo tiempo al ambiente le deja su olor...
Mas, ¡ay!, que del alma las flores, que un día atesora,
muriendo marchitas no dejan perfume en redor.

La luz esplendente del astro fecundo del día
se apaga, y sus huellas aún forman hermoso arbol...
Mas, ¡ay!, cuando al alma le llega la noche sombría,
¿qué guarda del fuego sagrado que ha sido su sol?

Se rompe, gastada, la cuerda del arpa armoniosa,
y aún su eco difunde en los aires fugaz vibración...
Mas todo es silencio profundo, de muerte espantosa,
si da un pecho amante el postrero tristísimo son...

Mas nada, ni noche, ni aurora, ni tarde indecisa
cambian del alma desierta la lúgubre faz...
A ella no llegan crepúsculo, aroma ni brisa...;
a ella no brindan las sombras ensueños de paz.

Vista los campos de flores gentil primavera,
doren las mieses los besos del cielo estival,
pámpanos ornen de otoño la faz placentera,
lance el invierno brumoso su aliento glacial.

Siempre perdidas, vagando en su estéril desierto,
siempre abrumadas de peso de vil nulidad,
gimen las almas do el fuego de amor esta muerto...
Nada hay que pueble o anime su gran soledad.

Amor y orgullo (Fragmentos)

Un tiempo hollaba por alfombra rosas;
y nobles vates, de mentidas diosas
prodigábanme nombres;
mas yo, altanera, con orgullo vano,
cual águila real a vil gusano
contemplaba a los hombres.

... ..

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre
do osé mirar del sol la ardiente lumbre
que fascinó mis ojos,
cual hoja seca al raudo torbellino,
cedo al poder del áspero destino...

¡Me entrego a sus antojos!

Cobarde corazón, que el nudo estrecho
gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho
tú presunción altiva?

¿Qué mágico poder, en tal baja
trocando ya tu indómita fiereza,
de libertad te priva?

¡Mísero esclavo de tirano dueño,
tu gloria fue cual mentiroso sueño,
que con las sombras huye!

Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas
de necia vanidad, débiles plantas
que el aquilón destruye?

... ..

¿Qué esperaste, ¡ay de ti!, de un pecho helado
de inmenso orgullo y presunción hinchado,
de víboras nutrido?

Tú - que anhelabas tan sublime objeto-,
¿cómo al capricho de un mortal sujeto
te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,
que por flores tomé duros abrojos,
y por oro la arcilla?...

... ..

Nombre que un alma lleva por despojo,
nombre que excita con placer enojo,
y con ira ternura;
nombre más dulce que el primer cariño
de joven madre al inocente niño,
copia de su hermosura;

y más amargo que el adiós postrero
que al suelo damos, donde el sol primero
alumbró nuestra vida,
nombre que halaga y halagando mata;
nombre que hiere -como sierpe ingratal
pecho que le anida.

¡No, no lo envíes, corazón, al labio!
¡Guarda tu lengua con silencio sabio!
¡Guarda, guarda tu lengua!
¡Callad también vosotras, auras, fuente,
trémulas hojas, tórtola doliente,
como calla mi lengua!

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO

(1814-1883)

A los astros

Romped las nieblas que ocultando el cielo
corren los aires en flotante giro,
y derramad sobre el dormido suelo
vuestros lucientes rayos de zafiro.

¡Brillad! ¡Brillad! El ánima afligida
siente sed de ilusión, sed de esperanza,
ya que preside a mi angustiosa vida
negro fantasma de eternal venganza.

¡Ay!, yo no sé de mí; no me comprendo.
Ardiente el alma en su ambición desea
otros fatales gozos que no entiendo,
que cruzan como sombras por mi idea.

Vil juguete tal vez de la fortuna,
cansado siempre y solitario vago,
cual cisne que por lóbrega laguna
trocó las aguas del nativo lago.

¡Quién me volviera las fugaces horas,
ay, tan fugaces cuanto fueron bellas,
cuando en las playas de la mar sonoras
contemplaba la luz de las estrellas!

Sólo el rugir del piélago escuchando,
embriagado en la atmósfera marina
volaba el pensamiento arrebatando
el alma ardiente a la región divina.

De la fe entre las alas sostenido,
cruzaba por la bóveda ondeante,
en la sublime inmensidad mecido,
navegando entre globos de diamante.

Y siempre, siempre me humillé postrado
ante las puertas del eterno imperio;
y nunca pude penetrar osado
de esa esfera clarísima el misterio.

¿Sois las mansiones en que aguarda el alma,
libre ya de esta mísera existencia,
a recibir en expiatoria calma
esa que implora angelical esencia?

¿Sois tal vez los magníficos palacios,
trono inmortal de fúlgidos querubes,
cortando en su carrera los espacios,

rompiendo escollos de doradas nubes?

¿Sois los fanales que en su vago vuelo
guiarán al hombre en las etéreas salas.
cuando triunfante y justo alcance el cielo,
de la oración sobre las blancas alas?

Cuando extasiado en lánguida tristura,
llega a mis ojos vuestra luz serena,
quíébranse mis recuerdos de amargura,
cual la espuma del mar sobre la arena.

No sé que acentos de entusiasmo y gloria,
blancos fantasmas que en silencio giran,
despiertan al pasar en mi memoria,
con las mágicas voces que suspiran.

Mi existencia está aquí. Yo tengo un alma
que no abate contraria la fortuna;
capaz de hallar, como Endimión, la calma
en los trémulos rayos de la luna.

¡El sol! El sol magnífico, luciente,
me agobia con el peso de su lumbre.
¡oh! Nunca llegue el astro del oriente
a traspasar del monte la alta cumbre!

Quede en las nubes de su triste ocaso
el eje ardiente de su carro roto,
o arrastre triste el moribundo paso
por otro suelo frígido y remoto.

Su luz pesada como el plomo oprime;
ya no quiero su luz, amo la sombra;
que este retiro lóbrego, sublime,
ni espanta el alma, ni la mente asombra.

Bajo la copa del ciprés doliente,
en mi pereza muelle descansado,
dejo el triste vaivén de lo presente,
busco el dulce solaz de lo pasado.
Bellas venís, visiones de placeres,
gratos recuerdos, sombras amorosas,
bellas venís, dulcísimas mujeres,
verdes praderas, flores olorosas.

Con el nocturno céfiro os respiro,
de las estrellas con la luz os veo;
y con sed ardentísima os aspiro,
con pasión vehementísima os deseo.

Mas no, volad, espíritus amantes,
respetad, ¡ay!, de un mísero la calma;
pasaréis caprichosas, inconstantes;
y luego inquieta dejaréis mi alma.

Sólo en vosotros fijaré mis ojos,
astros brillantes, admirables faros,
que en la triste ansiedad de mis enojos
sólo me queda fe para admiraros.

Derramad blanca luz sobre mi frente,
y cuando el aire se colore en grana,
viéndoos morir sobre el purpúreo Oriente,
me hallará solitario la mañana.

ENRIQUE GIL Y CARRASCO

(1815-1846)

La violeta (Fragmentos)

Flor deliciosa en la memoria mía,
ven mi triste laúd a coronar,
y volverán las trovas de alegría
en sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;
yo sobre ti no inclinaré mi sien,
de miedo, pura flor, que entonces pierdas
tu tesoro de olores y de bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente
con tu gala en las tardes del abril.
yo te buscaba a orillas de la fuente,
yo te adoraba tímida y gentil.

... ..

Yo busqué la hermandad de la desdicha
en tu cáliz de aroma y soledad,
y a tu ventura asemejé mi dicha,
y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Que de consuelos a mi pena diste
con tu calma y tu dulce lobreguez,
cuando la mente imaginaba triste
el negro porvenir de la vejez!

... ..

Heme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento
y naufragué con mi doliente amor;
lejos ya de la paz y del contento,
mírame aquí en el valle del dolor.

... ..

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero
vuelve al hogar que niño le acogió;
pero mis glorias recobrar no espero;
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Ven mi tumba a adornar, triste viola,
y embalsama mi oscura soledad;
sé de su pobre césped la aureola

con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
enamorada y rica en juventud,
por las umbrosas y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd,

irá a cortar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá: «¡Pobre poeta!
¡Ya está callada el arpa del amor!»

JUAN MARTINEZ VILLERGA

(1816-1849)

El águila y la bala

Dicen que apostó una bala
con un águila a volar,
y ésta dijo sin tardar:
-Vete, plomo, noramala.

¿Quién a estas plumas iguala
con que hasta los vientos domo?
Mi cuerpo de tomo y lomo
verás donde tú no subes,
que esto de andar por las nubes
no es para un ave de plomo.

Despreció la bobería,
siempre la bala en sus trece,
diciendo: -¿A quién se le ofrece
negarme la primacía?
¿Pues no es mas claro que el día
que nunca mi vuelo igualas?
En mal camino resbalas,
ave infeliz, porque, en suma,
si son tus alas de pluma,
de pólvora son mis alas.

Ni el ave la lucha esquivas,
ni la bala se convence.
¿Probamos a ver quién vence?
- Arriba. Vamos arriba.

Subió la bala tan viva,
que dio a su rival antojos,
pues fue para darle enojos
y centuplicar sus quejas,
un estruendo a sus orejas
y un relámpago a sus ojos.
subió el águila con calma
cuando la bala caía,
y le dijo: -Amiga mía,
¿quién se llevará la palma?
si te hundes en cuerpo y alma,
paciencia, yo no desmayo,
harás de tu capa un sayo,
pero que sepas es bueno
que el que sube como un trueno

suele bajar como un rayo.

GABRIEL GARCIA TASSARA

(1817-1875)

Himno al Mesías (Fragmentos)

Baja otra vez al mundo,
¡baja otra vez, Mesías!
De nuevo son los días
de tu alta vocación;
y en su dolor profundo
la Humanidad entera
el nuevo oriente espera
de un sol de redención.

... ..

Serenos está en la esfera
el sol del firmamento;
la tierra en su cimiento,
inconmovible está;
la blanca primavera,
con su gentil abrazo,
fecunda el gran regazo
que flor y fruto da.
Mas, ¡ay!, que de las almas
el sol yace eclipsado;
mas, ¡ay!, que ha vacilado
el polo de la fe;
mas, ¡ay!, que ya tus palmas
se vuelven al desierto;
no crecen, no, en el huerto
del que tu pueblo fue.

Tiniebla es ya la Europa,
ella agotó la ciencia,
maldijo su creencia,
se apacentó con hiel;
y rota ya la copa
en que su fe bebía.
se alzaba y te decía:
-¡Señor!, yo soy Luzbel.

Mas, ¡ay!, que contra el cielo
no tiene el hombre rayo,
y en súbito desmayo
cayó de ayer a hoy;
y en son de desconsuelo,
y en llanto de impotencia,

hoy clama en tu presencia:

-Señor, tu pueblo soy.

... ..

Todo, Señor, diciendo
está los grandes días
de luto y agonías,
de muerte y orfandad
que, del pecado horrendo
envuelta en el sudario,
pasa por un calvario
la ciega humanidad.

... ..

Toda la historia humana,
¡Señor!, está en tu nombre;
tu fuiste Dios del hombre,
Dios de la Humanidad.
Tu sangre soberana
es un Calvario eterno;
tu triunfo del infierno
es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios, clemente
que tú no volverías,
y a horribles gemonías,
y a eterna perdición,
condena a esta doliente
raza del ser humano
que espera de tu mano
su nueva salvación?

Sí, tú vendrás. Vencidos
serán con nuevo ejemplo,
los que del santo templo
apartan a tu grey.
Vendrás, y confundidos
caerán con los ateos
los nuevos fariseos
de la caduca ley.

¿Quien sabe si ahora mismo
entre alaridos tantos
de tus profetas santos,
la voz no suena ya?
Ven, saca del abismo
a un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo,
y Dios, ¿no volverá?

¡Señor! En tus juicios

la comprensión se abisma;
mas es siempre la misma
del Gólgota la voz.

Fatídicos auspicios
resonarán en vano;
no es el destino humano
la humanidad sin Dios

Ya pasarán los siglos
de la tremenda prueba;
¡ya nacerás, luz nueva
de la futura edad!

Ya huiréis, ¡negros vestigios
de los antiguos días!
Ya volverás, ¡Mesías!,
en gloria y majestad.

JOSE ZORRILLA

(1817-1893)

La carrera de Al-hamar (Fragmento)

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje,
ganando a saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje,
a riesgo de la vida de su jinete real.
El con entrambas manos le recogió el rendaje
hasta que el rudo belfo tocó con el pretal:
mas todo en vano: ciego, gimiendo de coraje,
indómito al escape tendióse el animal.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
los calvos pedregales, los cenagosos hoyos,
que el paso de las aguas del temporal formó,
sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
cual si escapara en circo a la carrera abierto,
cual hoja que arrebatan los vientos del desierto,
el desbocado potro veloz atravesó.

Y matas y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión,
del viento a los silbos, ya agudos, ya roncacos,
pasaban al lado del suelto bridón.
Pasaban huyendo, cual vagas quimeras
que forja el delirio, febriles, ligeras,
risueñas o torvas, mohinas o fieras,
girando, bullendo, rodando en montón.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
las copas ligeras de palmas y pinos,
las varas revueltas de zarzas y espinos,
las yedras colgadas del brusco peñón,
medrosas fingiendo visiones perdidas,
gigantes y monstruos de colas torcidas,
de crespas melenas al viento tendidas,
pasaban en larga, fatal procesión.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
de la ilusión: fantásticos e informes
abortos del pavor: mudas y enormes
masas de sombra sin color ni faz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
pasaban aturdiendo su cabeza

con diabólico impulso y ligereza,
en fatigosa hilera pertinaz...

... ..

Oriental

Corriendo van por la vega
a las puertas de Granada
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,
parando su yegua blanca,
le dijo éste a una mujer
que entre sus brazos lloraba.
-Enjuga el llanto, cristiana,
no me atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores,
y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla
extiendo mi señorío;
ni en Córdoba ni en Sevilla
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera
y el encendido granado,
junto a la frondosa higuera,
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,
allí el nópalo amarillo,
allí el sombrío moral
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
tengo pájaros que cantan.

Y tú mi sultana eres,
que desiertos mis salones

están, mí harén sin mujeres,
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales;
de Grecia te traeré velos
y de Cachemira chales.

Y te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
mas blancas que las espumas,
de nuestros mares de Oriente,

Y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello;
para los labios...¡amor!

-¿Que me valen tus riquezas
-respondióle la cristiana-,
si me quitas a mi padre,
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada.

Escuchóla en paz el moro
y manoseando su barba,
dijo como quien medita,
en la mejilla una lágrima:

-Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son mas bellas tus flores,
por ser tuyas, en León,

y tu diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores;
vete con tus caballeros.

Y dándole su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

La tempestad

(Fragmentos del poema «Las Píldoras de Salomón»)

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire transparente por la región azul?

¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
del cenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia las mantiene?

¿Con qué secreto impulso por el espacio van?

¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuán rápidas se agolpan! ¡Cuán ruedan y se ensanchan
y al firmamento trepan en lóbrego montón,
y el puro azul alegre del firmamento manchan
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes
avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
el orbe y las tinieblas bajo ellas va a quedar.

La luna huyó al mirarla; huyeron las estrellas;
su claridad escasa la inmensidad sorbió;
ya reinan solamente por los espacios ellas,
doquier se ven tinieblas, mas firmamento no...

¡Señor, yo te conozco! La noche azul, serena,
me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí»
pero la noche oscura, la de nublados llena,
me dice mas pujante: «Tu Dios se acerca a ti»

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
detrás de esos nublados que bogan en tropel;
conozco en esos grupos de lóbregos vapores
los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

... ..

A buen juez, mejor testigo

Tradición de Toledo

I

Entre pardos nubarrones
pasando, la blanca luna,
con resplandor fugitivo,
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza
y unas en otras las sombras

confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverbera en los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la Vega
parecen en la espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta a quien duerme
ni a quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre las sombras confusa,
y el Tajo a sus pies pasando
con pardas ondas le arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
cuando a lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan,
y en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda,
la vigilante figura,
y tan a la sombra vela
que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente a sus ojos,
un balcón a poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra;

mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, o solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro a la calle
resuelto y audaz pregunta:

-¿Quién va?-y a corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.

-¿Quién va?-repite, y cercana
otra voz menos robusta
responde: -Un hidalgo, ¡calle!
Y el paso el bulto apresura.

-Téngase el hidalgo - el hombre
replica, y la espada empuña.

-Ved más bien si me haréis calle
(repitieron con mesura),
que hasta hoy a nadie se tuvo
Iván de Vargas y Acuña.

-Pase el Acuña y perdonedijo
el mozo en faz de fuga,
pues teniéndose el embozo
sopla un silbato y se oculta.

Paró el jinete a una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra:

-¡Mi padre!-clamó en voz baja,
y el viejo en la cerradura
metió la llave pidiendo
a sus gentes que le acudan.

Un negro por ambas bridas
tomó la cabalgadura,
cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.

En esto desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas

de la calle se asegura.
 Asió el brazo al que apostado
 hizo cara a Iván de Acuña,
 y huyeron en el embozo
 velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
 pasa la siguiente tarde,
 y el sol tocando su ocaso
 apaga su luz gigante;
 se ve la imperial Toledo
 dorada por los remates,
 como una ciudad de grana
 coronada de cristales.
 El Tajo por entre rocas
 sus anchos cimientos lame,
 dibujando en las arenas
 las ondas con que las bate.
 Y la ciudad se retrata
 en las ondas desiguales,
 como en prenda de que el río
 tan afanoso la bañe.
 A lo lejos en la Vega,
 tiende galán por sus márgenes
 de sus álamos y huertos
 el pintoresco ropaje;
 y porque su altiva gala
 más a los ojos halague
 la salpica con escombros
 de castillos y de alcázares.
 u n recuerdo es cada piedra
 que toda una historia vale,
 cada colina un secreto
 de príncipes o galanes.
 Aquí se bañó la hermosa
 por quien dejó un rey culpable
 amor, fama, reino y vida
 en manos de musulmanes.
 Allí recibió Galiana
 a su receloso amante,
 en esa cuesta que entonces
 era un plantel de azahares.
 Allá por aquella torre,

que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre Babieca
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
de San Servando, o Cervanrtes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
por do sacó vigilante
el conde don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que político y constante,
tuvo siempre el brazo quedo
las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida o vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades;
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino a los toledanos
hacia las murallas abren.
Los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados con sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes:
y los clérigos y monjes
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes,

que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla a los que pasan
como si a alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo de seguro
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.
una mujer, también sola,
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso
y en lo flexible del talle
puede a través de los velos
una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas ella, galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
con voz decisiva y grave
-Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,
que un hombre ha entrado en su
[ausencia
dentro mi aposento sabe,
y así quien mancha mi honra
con la suya me la lave;
o dadme mano de esposo,
o libre de vos dejadme.
Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y echando a un lado el embozo
repuso palabras tales:
-Dentro de un mes, Inés mía,
parto a la guerra de Flandes;

al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.
-Júralo- exclama la niña.
-Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.
-Diego, la palabra es aire.
-¡Vive Dios, que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste.
-No me basta, que olvidar
puedes la palabra en Flandes.
-¡Voto a Dios! ¿Que más pretendes?
-Que a los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano
del santo Cristo delante.
Vaciló un punto Martínez.
Mas porfiando que jurase,
llevóle Inés hasta el templo
que en medio la Vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre
a quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase
preguntóle:
-Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
-¡Sí, juro!
y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,

y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía,
Diego, que a Flandes partió.
Lloraba la bella Inés,
oraba un mes y otro mes
su vuelta aguardando en vano,
del crucifijo a los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y a Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueño y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía a ver
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos,
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver a brotar.

En vano a su confesor
pidió remedio o consejo
para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano a Iván acudía
llorosa y desconsolada;

el padre no respondía
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría:
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún rui señor colgado
entre su fresca espesura
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba a besar las flores,
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá, en el trémulo fondo,
el torreón se dibuja

como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vio de hombres tropel lejano
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
a las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado
banda azul, lazo en la hombrera
y sin pluma, al diestro lado,
el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés
gritando: -¡Diego, eres tú!
Y él viéndola de través,
dijo: -¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dio la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,

y a poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas
encomendóla a su gente
diciendo: -¡Malditas viejas,
que a las mozas malamente
enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas,
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.

A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.

Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey a su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.

Y otro no fue que Martínez
quien a poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.

Ni es otro a quien se dirige,
cobrando el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas
que vive por él muriendo.

Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda a sus caricias,

ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!

En vano porfía Inés
con amenazas y ruegos,
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.

Abrazada a sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.

Mas todo empeño es inútil
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez
como lo era en otro tiempo.

Y así, llamando a su gente
de amor y piedad ajeno,
mandóles que a Inés llevaran
de grado o de valimiento.

Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:

-Contigo se fue mi honra
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas
en buen fiel las pesaremos. -

Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
a pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
por el rey, gobernador,
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.

Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,

mas entero el corazón.

La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta
y en la derecha el bastón.

Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.

Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol,
los corchetes a una moza
guiñan en un corredor,
y abajo, en Zocodover,
gritan en disorde son
los que en el mercado venden
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto
tomó plaza en el salón
diciendo a gritos: «¡Justicia,
jueces; justicia, señor!»:

Y a los pies se arroja humilde
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.

Alzóla cortés don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:

-Mujer, ¿qué quieres?

-Quiero justicia, señor.

¿De qué?

De una prenda hurtada
-¿Qué prenda?

-Mi corazón.

-¿Tu lo diste?

-Lo presté.

-¿Y no te le han vuelto?

-No.

-¿Tienes testigos?

-Ninguno.

-¿Y promesas?

-¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.

-¿Quién es él?

-Diego Martínez.

-¿Noble?

-Y capitán, señor.

-Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala,
y a poco en el corredor
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.

Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo: - El capitán don Diego.

Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.

-¿Sois el capitán don Diego

-díjole don Pedro-vos?

Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

v-Yo soy.

-¿Conocéis a esta muchacha?

-Ha tres años, salvo error.

-¿Hicisteisla juramento
de ser su marido?

-No.-

-¿Juráis no haberlo jurado?

-Sí, juro.

-Pues id con Dios.-

-¡Miente!-exclamó Inés llorando
de despecho y de rubor.

-Mujer, ¡piensa lo que dices!...

-Digo que miente; juró.

-¿Tienes testigos?

-Ninguno.

-Capitán, idos con Dios,
y dispensad que acusado
dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
e Inés, que le vio partirse,
resuelta y firme gritó:

-Llamadle, tengo un testigo;
llamadle otra vez, señor.

Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:

-Tengo un testigo a quien nunca
faltó verdad ni razón.

-¿Quien?

- Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.

-¿Estaba en algún balcón?

-No, que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que expiró.

¿Luego es muerto?

-No, que vive.

-Estáis loca, ¡vive Dios!

-¿Quien fue?

-El Cristo de la Vega,
a cuya faz perjuró.

Pusieron en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces,
don Pedro en secreto habló
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

-La ley es ley para todos,
tu testigo es el mejor,

mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
escribano, al caer el sol,
al Cristo que esta en la Vega
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma de flores,
sus hojas plegando exhalan
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas;
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente
del Tajo a la Vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Ivan de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás, monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la Vega les aguarda,
cada cual comentariando
el caso según les cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.

Los plebeyos, de reajo,
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara;
hacia la severa imagen
un notario se adelanta
de modo que con el rostro
a1 pecho santo llegaba.
A un lado tiene a Martínez,
a otro lado a Inés de Vargas,
detrás al gobernador
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario a Jesucristo,
así demandó en voz alta:
*«Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana,
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿Juráis ser cierto que un día
a vuestras divinas plantas
juró a Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?»*

Asida a un brazo desnudo
una mano atarazada
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma,
y en los en los aires: «¡Si, juro!»
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa...
Los labios tenía abiertos

y una mano desclavada.

CONCLUSION

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de si propio
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando,
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que coy
en cada año una vez, [rre,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

La Siesta (Fragmentos)

Son las tres de la tarde, julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla;
la luz es una llama que abrasa el cielo;
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre a la mosca todo se enerva,
la culebra se enrosca bajo la hierba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño a la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galvana se asoma a su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
El agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo al fuego se agosta del seco estío;
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
solo yo de alborozo me siento lleno

porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.

Voraz la tierra tuesta sol del estío;
más el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!

¡Duerme entretanto,
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

... ..

Mis ojos no se sacian de verte y admirarte.
¡Cuán bella estas dormida! ¡Qué hermosa te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.
¡Que hermosa eres, Rosa! Naciste en Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz;
tu cuerpo fue amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Guad-al-kebir feraz.
sus árboles han dado su sombra a tus pestañas,
tus párpados se han hecho con hojas de su azahar;
la esencia de sus nardos se encierra en tus entrañas,
porque trasciende a ello tu aliento al respirar.

... ..

Duerme: el bosque nos presta su toldo umbrío
susurra la floresta, murmura el río;
duerme en calma tu siesta, que el duelo es mío.

¡Duerme entretanto,
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

Introducción a «Los Cantos del Trovador» (Fragmentos)

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
que henchidas de perfume se perdían
entre los lirios y las frescas rosas
que el huerto ameno en derredor ceñían?
Las brisas del otoño revoltosas
en rápido tropel las impelían,
y ahogaron la estación de los amores
entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
en torno de la antigua chimenea,
y acaso la ancha sombra recordamos

de aquel tizón que a nuestros pies humea,
y hora tras hora tristes esperamos
que pase la estación adusta y fea,
en pereza febril adormecidos,
y en las propias memorias embebidos.

.....

Yo soy el trovador que vaga errante;
si son de vuestro parque estos linderos,
no me dejéis pasar, mandad que cante;
que yo sé de los bravos caballeros,
la dama ingrata y la cautiva amante,
la cita oculta y los combates fieros
con que a cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

Venid a mi, yo canto los amores,
yo soy el trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores,
guirnaldas que recojo en mis jardines;
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Stambul en los confines,
y el lirio azul incógnito y campestre
que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven a mis manos, ven, arpa sonora!
¡Baja a mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del Querube mana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia,
respetaré su ley y sus altares;
en su desgracia, a par que en su opulencia,
celebraré su fuerza y sus azares,
y, fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias
y hollada asaz por la fortuna impía!
Yo cantaré tus olvidadas glorias;
que en alas de la ardiente poesía

no aspiro a más laurel ni a más hazaña
que a una sonrisa de mi dulce España.

«Don Juan Tenorio» (Fragmentos)

Don Luis relata sus hazañas en la hostería del Laurel

Buscando yo como vos
a mi aliento empresas grandes,
dije: «¿Do iré, ¡vive Dios!,
de amor y lides en pos
que vaya mejor que a Flandes?
Allí, puesto que empeñadas
guerras hay, a mis deseos
habrá al par centuplicadas
ocasiones extremadas
de riñas y galanteos.»
Y en Flandes conmigo di;
mas con tan mala fortuna
que al mes de encontrarme allí
todo mi caudal perdí,
dobla a dobla, una por una.
En tan total carestía,
mirándome sin dineros,
de mí todo el mundo huía;
mas yo busqué compañía
y me uní a unos bandoleros.
Lo hicimos bien, ¡voto a tall!,
y fuimos tan adelante,
con suerte tan colosal
que entramos a saco en Gante
el palacio episcopal.
¡Qué noche! Por el decoro
de la Pascua, el buen obispo
bajó a presidir el coro
y aún de alegría me crispo
al recordar su tesoro.
Todo cayó en poder nuestro,
mas mi capitán, avaro,
puso mi parte en secuestro;
reñimos, fui yo mas diestro
y le crucé sin reparo.
Juróme al punto la gente,
capitán por mas valiente;
juréles yo amistad franca;

pero a la noche siguiente
 huí y les dejé sin blanca.
 Yo me acordé del refrán,
 de que quien roba al ladrón
 ha cien años de perdón,
 y me arroje a tal desmán
 mirando a mi salvación.
 Pasé a Alemania opulento:
 mas un provincial jerónimo,
 hombre de mucho talento,
 me conoció, y al momento
 me delató en un anónimo.
 Compré a fuerza de dinero
 la libertad y el papel,
 y topando en un sendero
 al fraile, le envié certero
 una bala envuelta en él.
 Salté a Francia, ¡buen país!,
 y como en Nápoles vos,
 puse un cartel en París
 diciendo: *Aquí hay un don Luis
 que vale lo menos dos.*
*Parará aquí algunos meses,
 y no trae más intereses
 ni se aviene a mas empresas,
 que adorar a las francesas,
 y reñir con los franceses.*
 Esto escribí; y en medio año
 que mi presencia gozó
 París, no hubo lance extraño,
 no hubo escándalo ni daño
 donde no me hallara yo.
 Mas, como don Juan, mi historia
 también a alargar renuncio,
 que baste para mi gloria
 la magnífica memoria
 que allí dejé con mi anuncio.
 Y cual vos, por donde fui
 la razón atropellé,
 la virtud escarnecí,
 a la justicia burlé
 y a las mujeres vendí.
 Mi hacienda llevo perdida
 tres veces; mas se me antoja
 reponerla, y me convida

mi boda comprometida
con doña Ana de Pantoja.
Mujer muy rica me dan,
y mañana hay que cumplir
los tratos que hechos están;
lo que os advierto, don Juan,
por si queréis asistir.
A esto don Luis se arrojó,
y escrito en este papel
está lo que consiguió;
y lo que él aquí escribió
mantenido está por él.

Carta de don Juan a doña Inés

Inés, alma de mi alma,
perpetuo imán de mi vida,
perla sin concha escondida
entre las algas del mar;
garza que nunca del nido
tender osastes el vuelo
al diáfano azul del cielo
para aprenderle a cruzar;
si es que a través de esos muros
el Mundo apenada miras,
y por el Mundo suspiras,
de libertad con afán,
acuérdate que al pie mismo
de esos muros que te guardan,
para salvarte te aguardan
los brazos de tu don Juan.

Acuérdate de quien llora
al pie de tu celosía,
y allí le sorprende el día
y le halla la noche allí;
acuérdate de quien vive
sólo por ti ¡vida mía!,
y que a tus pies volaría
si me llamaras a ti.
Adiós, ¡oh luz de mis ojos!;
adiós, Inés de mi alma;
medita, por Dios, en calma
las palabras que aquí van;
y si odias esa clausura

que ser tu sepulcro debe,
manda, que a todo se atreve,
por tu hermosura, don Juan.

Palabras de amor de don Juan a doña Inés

(Le he dicho) que os hallabais
bajo mi amparo segura,
y el aura del campo, pura,
libre por fin respirabais.
Cálmate, pues, vida mía;
reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.
¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la Luna brilla
y se respira mejor?
Esta aura que vaga, llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
Esa armonía que el viento
recoge entre esos millares
de floridos olivares
que agita con manso aliento;
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor
de sus copas morador,
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?
Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón ya pendiente
de los labios de don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior

un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?
Y esas dos líquidas perlas
que se desprenden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome a beberlas,
evaporarse a no verlas
de sí mismas al calor;
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad, hermosa mía,
que están respirando amor?
¡Oh! Sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos
como lo haces, amor es;
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

... ..

¡Alma mía! Esa palabra
cambia de modo mi ser,
que alcanzo que puede hacer
hasta que el Edén se me abra.
No es, doña Inés, satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por ti,
ganarme para El quizá.
No; el amor que hoy se atesora
en mi corazón mortal,
no es un amor terrenal
como el que sentí hasta ahora;
no es esa chispa fugaz
que cualquier ráfaga apaga;
es incendio que se traga
cuanto ve, inmenso, voraz.
Desecha, pues, tu inquietud,
bellísima doña Inés,
porque me siento a tus pies

capaz aun de la virtud.
sí; iré mi orgullo a postrar
ante el buen Comendador
y o habrá de darme tu amor,
o me tendrá que matar.

Palabras de don Juan a don Gonzalo, por amor a doña Inés

(Escuchad), Comendador,
yo idolatro a doña Inés,
persuadido de que el Cielo
me la quiso conceder
para enderezar mis pasos
por el sendero del bien.
No amé la hermosura en ella,
ni sus gracias adoré;
lo que adoro es la virtud,
don Gonzalo, en doña Inés.
Lo que justicias ni obispos
no pudieron de mí hacer
con cárceles y sermones,
lo pudo su candidez.
su amor me torna otro hombre,
regenerando mi ser,
y ella puede hacer un ángel
de quien un demonio fue.

Escucha, pues, don Gonzalo
lo que te puede ofrecer
el audaz don Juan Tenorio
de rodillas y a tus pies.
Yo seré esclavo de tu hija;
en tu casa viviré;
tú gobernarás mi hacienda,
diciéndome *esto ha de ser*.
El tiempo que señalares,
en reclusión estaré;
cuantas pruebas exigieres
de mi audacia o mi altivez,
del modo que me ordenares
con sumisión cumpliré.
Y cuando estime tu juicio
que la puedo merecer,
yo la daré un buen esposo
y ella me dará el Edén.

Palabras de don Juan a las estatuas, en el cementerio

Mi buen padre empleó en esto
entera la hacienda mía;
hizo bien; yo al otro día
la hubiera a una carta puesto.
No os podéis quejar de mí,
vosotros a quien maté;
si buena vida os quité,
buena sepultura os di.
¡Magnífica es en verdad
la idea de tal panteón!
Y... siento que al corazón
le halaga esta soledad.
¡Hermosa noche!... ¡Ay de mí!
¡Cuántas como ésta tan puras
en infames aventuras
desatinado perdí!
¡Cuántas al mismo fulgor
de esa Luna transparente
arranqué a algún inocente
la existencia o el honor!
Sí; después de tantos años
cuyos recuerdos espantan
siento que aquí se levantan
pensamientos en mí extraños.
¡Oh! Acaso me los inspira
desde el Cielo, en donde mora
esa sombra protectora
que por mi mal no respira.
Mármol en quien doña Inés
en cuerpo sin alma existe,
deja que el alma de un triste
llore un momento a tus pies.
De azares mil a través
conserva tu imagen pura;
y pues la mala ventura
te separó de don Juan,
contempla con cuanto afán
vuelve hoy a tu sepultura.
En ti nada más pensó
desde que se fue de ti
y desde que huyó de aquí

sólo en volver meditó.
Don Juan tan sólo esperó
de doña Inés su ventura,
y hoy que en pos de su hermovuelve
el infeliz don Juan, [sura
mira cuál será su afán
al dar con tu sepultura.
Inocente doña Inés
cuya hermosa juventud
encerró en el ataúd
quien llorando está a tus pies;
si de esta piedra a través
puedes mirar mi amargura
del alma que tu hermosura
adoró con tanto afán,
prepara un lado a don Juan
en tu misma sepultura.
Dios te crió por mi bien,
por ti pensó en la virtud,
adoró su excelsitud
y anhelé su santo edén.
Si, aun hoy mismo en ti también
mi esperanza se asegura
y oigo una voz que murmura
en derredor de don Juan
palabras que con su afán
se calma en la sepultura.
¡Oh doña Inés de mi vida!
Si esa voz con quien deliro
es el postrimer suspiro
de tu eterna despedida;
si es que de ti desprendida
llega esa voz de la altura,
y hay un Dios tras esa anchura
por donde los astros van,
dile que mire a don Juan
llorando en tu sepultura.

Oriental

Dueña de la negra toca,
la del morado monjil,
por un beso de tu boca
diera a Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
del Zenete mas bizarro,
y con su fresco verdor
toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
y si fueran en sus manos,
con las zambras de los moros
el valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
y armaduras y pebetes,
y diera..., ¡que tanto vales!,
hasta cuarenta jinetes.
Porque tus ojos son bellos,
porque la luz de la aurora
sube al oriente desde ellos
y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubí
partido por gala en dos...
Le arrancaron para ti
de la corona de Dios.
De tus labios, la sonrisa,
la paz de tu lengua mana...
leve, aérea, como brisa
de purpurina mañana.

¡Oh, que hermosa nazarena
para un harén oriental,
suelta la negra melena
sobre el cuello de cristal,
en lecho de terciopelo,
entre una nube de aroma
y envuelta en el blanco velo
de las hijas de Mahoma!

Ven a Córdoba, cristiana,
sultana serás allí,
y el sultán será, ¡oh sultana!
un esclavo para ti.

Te dará tanta riqueza,
tanta gala tunecina,
que has de juzgar tu belleza,
para pagarle, mezquina.

Dueña de la negra toca
por un beso de tu boca
diera su reino Boabdil;
y yo por ello, cristiana,
te diera de buena gana

mil cielos, si fueran mil.

JOSE EUSEBIO CARO

(1817-1853)

En alta mar

¡Céfiro!, ¡Rápido lánzate! ¡Rápido empújame y vivo!
Más redondas mis velas pon; del proscrito a los lados,
¡haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren!
¡Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco!
¡Mar eterno! ¡Por fin te miro, te oigo, te tengo!
¡Antes de verte hoy te había ya adivinado!
¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!
¡Cerco fatal! ¡Maravilla en que centro siempre yo hago!
¡Ah! ¡Que esta gran maravilla conmigo forma armonía!
¡Yo, proscrito, prófugo, infeliz, desterrado,
lejos voy a morir del caro techo paterno;
lejos, ¡jay!, de aquellas prendas que amé, que me amaron!
¡Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;
quien de su amor arrancado, y de Patria, y de hogar, y de hermanos
solo en el mundo se mira, debe, primero que muera,
darte su adiós, y, por última vez, contemplarte, Oceano!
¡Yo por la tarde así, y en pie de mi nave en la popa,
alzo los ojos, ¡miro!, solo tú y el espacio!
¡Miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,
tiende, rozando tus crespas olas, el ultimo rayo!
¡Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:
pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo y tan vasto,
eres con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,
sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!
Luego, cuando en hosca noche, al son de la lluvia,
poco a poco me voy durmiendo, en mi Patria pensando,
sueño correr en el campo do niño corrí tantas veces,
ver a mi madre que llora a su hijo, lanzarme a sus brazos...
¡Y oigo justo entonces bramar tu voz incesante!
¡oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio;
oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela!
Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me preparo.
¡Oh! ¡Morir en el mar! ¡Morir terrible y solemne,
digno del hombre! ¡Por tumba el abismo, el cielo por palio!
¡Nadie que sepa donde nuestro cadáver se halla!
Que eche encima el mar sus olas, y el tiempo sus años.

RAMON DE CAMPOAMOR

(1817-1901)

El tren expreso

CANTO PRIMERO

LA NOCHE

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como el mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso.
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómoda la noche,
muellemente acostado,
al arrancar el tren subió a mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, a una voz de mando,
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren a trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación lanzó un gemido,
la máquina, que libre se veía,
y corriendo al principio solapada
cual la sierpe que sale de su nido,
ya, al claro resplandor de las estrellas
por los campos, rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
aquel tren que corría como el viento
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
-¿Sois español?-Y a su armonioso acento,

tan armonioso y puro que aun ahora
 el recordarlo sólo me embelesa,
 -so y español-le dije-. ¿Y vos, señora?
 Yo-dijo-soy francesa.
 -Podéis-la repliqué con arroganciala
 hermosura alabar de vuestro suelo;
 pues, creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
 un país tan hermoso como el cielo.
 -Verdad que es el país de mis amores,
 el país del ingenio y de la guerra;
 pero, en cambio-me dijo-, es vuestra tierra
 la patria del honor y de las flores.
 No os podéis figurar cuanto me extraña
 que, al ver sus resplandores,
 el sol de vuestra España
 no tenga, como el de Asia, adoradores-.
 Y después de halagarnos, obsequiosos,
 del patrio amor el puro sentimiento,
 entrambos nos quedamos silenciosos,
 como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras es lo mismo
 que dar vueltas por sendas mal seguras,
 en el fondo sin fondo de un abismo.
 Juntando a la verdad mil conjeturas,
 veía allá a lo lejos, desde el coche,
 agitarse sin fin, cosas oscuras,
 y en torno cien especies de negruras
 tomadas de cien partes de la noche.
 Calor de fragua a un lado; al otro, frío.
 ¡Lamentos de la máquina espantosos,
 que agregan el terror y el desvarío
 a todos estos limbos misteriosos! ...
 ¡Las rocas, que parecen esqueletos! ...
 ¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
 ¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas! ...
 ¡El horror que hace grandes los objetos!...
 ¡Claridad espectral de la neblina!...
 ¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
 ¡Unos grupos de bruma blanquecina
 esparcidos por dedos invisibles!
 ¡Masas informes!... ¡Límites inciertos,!
 ¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen!

¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!...
¡Acá lo turbio..., allí lo indiscernible!...
Y entre el humo del tren y las tinieblas,
aquí una cosa negra, allí otra horrible.

V

¡Cosa rara! Entretanto,
al lado de mujer tan seductora
no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
mas fue inútil empeño;
admiraba a la joven, y es sabido
que a mí la admiración me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado,
y como un ser prendado de la luna,
mira al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugaz estrella.
-¡Ved un alma que pasa! -me decía.

VI

-¿Vais muy lejos?- con voz ya conmovida.
le pregunté a mi joven compañera.
-¡Muy lejos-contestó-; voy decidida
a morir a un lugar de la frontera!-
y se quedó pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraída,
cual se mira en la noche un sitio oscuro
donde fue una visión desvanecida.
-¿No os habrá divertido
-la repliqué galantela
ciudad seductora,
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
-¿Lo traéis vos?- me dijo con tristeza.
-Todo en París te hace olvidar, señora
-la contesté-: la moda y la riqueza.
Yo me vine a París desesperado,
por no ver en Madrid a cierta ingrata.

-Pues yo vine-exclamó-- , y hallé casado
a un hombre ingrato a quien amé soltero.
-Tengo un rencor-le dije-que me mata.
-Yo una pena-me dijo-que me muero,
y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato,
pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba;
así el lector no extrañara que, tierno,
cuidase de su bien más que del mío;
pues hacía un gran frío, tan gran frío
que echó al lobo del bosque aquel invierno;
y cuando ella, doliente,
con el cuerpo aterido,
-¡Tengo frío!-me dijo dulcemente,
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué a contemplar su hermosa frente
y os juro por el cielo
que a aquel reflejo de la luz, escaso,
la joven parecía hecha de raso
de nácar, de jazmín y terciopelo.
Y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
la tape aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego al claroscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
al ver reverberar en cada muro
de la sombra la danza misteriosa!
¡La joven, que acostada traslucía,

con su aspecto ideal, su aire sencillo,
 y que, mas que mujer, me parecía
 un ángel de Rafael o de Murillo!
 ¡Sus manos, por las venas serpenteadas
 que la fiebre abultaba y encendía,
 hermosas manos, que a tener cruzadas
 por la oración habitual tendía!...
 ¡Sus ojos, siempre abiertos, aunque a oscuras,
 mirando al mundo de las cosas puras!
 ¡Su blanca faz, de palidez cubierta!
 ¡Aquel cuerpo a que daban sus posturas
 la celeste fijeza de una muerta!...
 ¡Las fajas tenebrosas
 del techo, que irradiaba tristemente
 aquella luz de cueva submarina,
 y esa continua sucesión de cosas,
 que así en el corazón como en la mente,
 acaban por formar una neblina!...
 ¡Del tren expreso la infernal balumba!...
 ¡La claridad de cueva que salía
 del techo de aquel coche, que tenía
 la forma de la tapa de una tumba!...
 ¡La visión triste y bella
 del sublime concierto
 de todo aquel horrible desconcierto,
 me hacían traslucir en torno de ella
 algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,
 entre un humo que surcan llamaradas,
 despide la feroz locomotora
 un torrente de notas aflautadas,
 para anunciar, al despertar la aurora,
 una estación, que en feria convertía
 el vulgo con su eterna gritería,
 la cual, susurradora y esplendente,
 con las luces de gas brillaba enfrente,
 y al llegar, un gemido
 lanzando, prolongado y lastimero,
 el tren en la estación entró seguido,
 cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO

EL DÍA

I

Y continuando la infeliz historia
que aún vaga como un sueño en mi memoria,
veo, al fin, a la luz de la alborada,
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por agosto en los campos de Castilla,
y con semblante cariñoso y serio,
y una expresión del todo religiosa,
como llevando a cabo algún misterio,
después de un -¡ Ay, Dios mío!,
me dijo señalando un cementerio:
-¡Los que duermen allí no tienen frío!

II

El humo, en ondulante movimiento,
dividiéndose a un lado y a otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra fauna, hoy otra flora;
verdura y aridez, calor y frío;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío,
sucede un horizonte a otro horizonte,
y una estación a otra estación sucede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
a pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y a la ventura,
muy de prisa el amor a los treinta años.
-¿Y dónde vais ahora?
-pregunté a la viajera.
-Marcho, olvidada de mi amor primero
-me respondió sinceraa

esperar el olvido un año entero.
 -Pero.. ¿y después-le pregunté-, señora?
 -Después...-me contestó-, lo que Dios quiera.

IV

Y porque así sus penas distraía
 las mías le conté con alegría,
 y un cuento amontoné sobre otro cuento,
 mientras ella, abstrayéndose, veía
 las gradaciones de color que hacía
 la luz descomponiéndose en el viento.
 Y haciendo yo castillos en el aire,
 o, como dicen ellos, en España,
 la referí, no sé si con donaire,
 los cuentos que contó Mari-Castaña.
 En mis cuadros risueños,
 pintando mucho amor y mucha pena,
 como el que tiene la cabeza llena
 de heroínas francesas y de ensueños,
 había cada llama
 capaz de poner fuego al mundo entero;
 y no faltaba nunca un caballero
 que, por gustar solícito a su dama,
 la sirviese, siendo héroe, de escudero.
 Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
 cual si fuese el aliento nuestro idioma,
 más bien que con la voz, con las señales,
 esta verdad tan grande como un templo
 la convertí en axioma;
 que para dos que se aman tiernamente,
 ella y yo, por ejemplo,
 es cosa ya olvidada, por sabida,
 que un árbol, una piedra y una fuente
 pueden ser el edén de nuestra vida.

V

Como en amor es credo
 o artículo de fe que yo proclamo,
 que en este mundo de pasión y olvido,
 o se oye conjugar el verbo *te amo*,
 o la vida mejor no importa un bledo,
 aunque entonces, como a hombre arrepentido,
 el ver a una mujer me daba miedo,
 más bien desesperado que atrevido.

Y un nuevo amor-la pregunté amoroso-,
¿no os haría olvidar viejos amores?
-Mas ella, sin dar tregua a sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
-La tierra está cansada de dar flores;
necesito algún año de reposo.

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo,
y en confusión extraña
parecen confundidos tierra y cielo
monte la nube, y la nube montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte
por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica curva de un pantano,
ya entrando por el hueco
de algún túnel que horada las montañas,
a cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al mundo en sus entrañas
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal, cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos
se vuelven hacia atrás en el instante
que nosotros pasamos,
y conforme va el tren hacia adelante,
parece que desandan lo que andamos
y, a sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en raudo movimiento
los postes del telégrafo, clavados
en fila a los costados del camino,
y como gota a gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres, y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento
el humo con la luz un remolino
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba o torbellino.

VIII

¡Oh, mil veces bendita
 la inmensa fuerza de la mente humana,
 que así el ramblizo como el monte allana,
 y al mundo echando su nivel, lo mismo
 los picos de las rocas decapita,
 que levanta la tierra,
 formando un terraplén sobre un abismo
 que llena con pedazos de una sierra!
 ¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
 no conocidas antes,
 del poderoso anhelo
 de los grandes gigantes
 que, en su ambición, para escalar el cielo,
 un tiempo amontonaron las montañas!

IX

Corría en tanto el tren con tal premura,
 que el monte abandonó por la ladera,
 la colina dejó por la llanura,
 y la llanura, al fin, por la ribera;
 y al descender a un llano,
 sitio infeliz de la estación postrera,
 le dije con amor: -¿Sería en vano
 que amaros pretendiera?
 ¿sería como un niño que quisiera
 alcanzar a la luna con la mano?
 Y contestó con lívido semblante:
 -No sé lo que será mas adelante,
 cuando ya soy vuestra mejor amiga.
 Yo me llamo Constancia, y soy constante;
 ¿qué más queréis-me preguntó-que os diga?
 Y, bajando al andén, de angustia llena,
 con prudencia fingió que distraía
 su inconsolable pena
 con la gente que entraba y que salía;
 pues la estación del pueblo parecía
 la loca dispersión de una colmena.

X

Y, con dolor profundo,
 mirándome a la faz desencajada,
 cual mira a su doctor un moribundo,

siguió: -Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dio con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
o aquí me encontrará dentro de un año,
o allí...-me dijo señalando al cielo,
y enjugando después con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba a sus labios amarillos.
El tren (cual la serpiente que escamosa,
queriendo hacer que marcha y no marchando,
ni marcha ni reposa),
mueve y remueve, ondeando y más ondeando
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,
la maquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hacia sí, pieza tras pieza;
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO

EL CREPUSCULO

I

Cuando un año después, hora por hora,
hacia Francia, volvía,
echando alegre sobre el cuerpo mío
mi manta de alamares de Zamora,
porque a un tiempo sentía,
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frío,
al minuto final del año entero
a la cita acudí, cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
mas al llegar a la estación aquella,
que no quiero nombrar... porque no quiero,
una tos de ataúd sonó a mi lado,
que salía del pecho de la anciana,
con cara de dolor y negro traje.
Me vio, gimió, lloró, corrió a mi lado,
y echándome un papel por la ventana,
-¡Tomad-me dijo-, y continuad el viaje!
Y cual si fuera una hechicera vana,

que, después de un conjuro en alta noche,
 quedase entre la sombra confundida,
 la mujer, más que vieja, envejecida,
 de mi presencia huyó con ligereza,
 cual niebla entre la luz desvanecida,
 al punto en que, llegando con presteza,
 echó por la ventana de mi coche
 esta carta, tan llena de tristeza,
 que he leído más veces en mi vida
 que cabellos contiene mi cabeza.

II

»Mi carta, que es feliz, pues va a buscaros,
 cuenta os dará de la memoria mía.

Aquel fantasma soy que, por gustaros,
 jugó a estar viva a vuestro lado un día.

»Cuando lleve esta carta a vuestro oído
 el eco de mi amor y mis dolores,
 el cuerpo en que mi espíritu ha vivido,
 ya durmiendo estará bajo unas flores.

»¡Por no dar fin a la ventura mía
 la escribo larga..., casi interminable!
 ¡Mi agonía es la bárbara agonía
 del que quiere evitar lo inevitable! ...

»Hundiéndose, al morir, sobre mi frente
 el palacio ideal de mi quimera,
 de todo mi pasado, solamente
 esta pena que os doy borrar quisiera.

»Me rebelo a morir, pero es preciso...
 ¡El triste vive y el dichoso muere!...

¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
 hoy, que quiero vivir, Dios no lo quiere!

»¡Os amo, sí! Dejadme que, habladora,
 me repita esta voz tan repetida:
 que las cosas más íntimas ahora
 se escapen de mis labios con mi vida.

»Hasta furiosa, a mí, que ya no existo,
 la idea de los celos importuna:
 ¡Juradme que esos ojos que me han visto
 nunca el rostro verán de otra ninguna!

»Y si aquella mujer de aquella historia
 vuelve a formar de nuevo vuestro encanto,
 aunque os ame, gemid en mi memoria:
 ¡yo os hubiera también amado tanto! ...

»Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida a la estación postrera.

¡Ya me siento morir! ... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca o muera el día,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mía.

»Pues yo desde ella os estaré mirando,
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando,
que Dios de par en par el cielo os abra.

¡Nunca olvidéis a esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡si es verdad que me amasteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...

»¡Oh, Padre de las almas pecadoras,
conceded el perdón al alma mía!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas:
mas sufrí por mas tiempo todavía!
¡Adiós, adiós! ¡Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba..., y que me muero!

III

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó de negro que era,
mi cabello mas blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que a un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza,
busqué a la mensajera envejecida;
mas fue esperanza vana,
pues lo mismo que un ciego deslumbrado,
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana,
decidido a tirarme de cabeza.
Cuando, por fin, sintiéndome agobiado

de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche maldecía
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, día por día,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma y como inútil mercancía,
me volvió hasta París, el tren expreso,

!Quién supiera escribir!

I

-Escribirme una carta, señor cura.
-Ya sé para quien es.
-¿Sabéis quien es porque una noche oscura
nos visteis juntos? -Pues...
-Perdonad; mas... -No es extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:
-¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
Si no queréis... -¡Sí, sí!
-*!Que triste estoy!* ¿No es eso? — Por supuesto.
!Que triste estoy sin ti!
Una congoja, al empezar, me viene.
-¿Como sabéis mi mal?
-Para un viejo, una niña siempre tiene
el pecho de cristal.
¿Que es sin ti el mundo? Un valle de amarguras.
¿Ycontigo? Un edén.
-Haced la letra clara, señor cura,
que lo entienda eso bien.
-*El beso aquel que de marchar a punto*
te di... -¿Cómo sabéis?...
-Cuando se va y se viene y se está junto
siempre..., no os afrentéis.
Y si volver tu afecto no procura,
tanto me harás sufrir...
-¿Sufrir y nada mas? No, señor cura,
¡que me voy a morir!
-¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...
-Pues si, señor: ¡morir!
-Yo no pongo *morir* -¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

-¡Señor Rector, señor Rector, en vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el ser de mi ser.
Escribirle, por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día... ,
porque puedo llorar.
Que en mis labios, las rosas de su aliento
no se saben abrir;
que olvidan de la risa el movimiento
a fuerza de sentir.
Que mis ojos, que el tiene por tan bellos
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos
cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz;
que es un perpetuo sueño de mi oído
el eco de su voz...
Que, siendo por su causa, el alma mía
¡goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
si supiera escribir!...

III

EPILOGO

-Pues, señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
A don Ramón... En fin,
que es inútil saber para esto, arguyo,
ni el griego ni el latín.

Murió por ti

Murió por ti; su entierro al otro día
pasar desde el balcón juntos miramos,
y, espantados tal vez de tu falsía,
en tu alcoba los dos nos refugiamos,
Cerrabas con terror los ojos bellos;
el *requiescat* se oía. Al verte triste,
yo la trenza besé de tus cabellos,

y -¡Traición! ¡Sacrilegio!- me dijiste.

Seguía el *de profundis*, y gemimos...

El muerto y el terror fueron pasando...

y al ver luego la luz cuando salimos,

-¡Qué vergüenza! - exclamaste suspirando.

Decías la verdad. ¡Aquel entierro!...

¡El beso aquel sobre la negra trenza!...

¡Después la oscuridad de aquel encierro!

¡Sacrilegio! ¡Traición! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

El gran festín

De un junco desprendido, a una corriente

un gusano cayó,

y una trucha, saltando de repente,

voraz se lo tragó.

Un martín-pescador cogió a la trucha

con carnívoro afán;

y al pájaro después, tras fiera lucha,

lo apresó un gavilán.

Vengando esta cruel carnicería,

un diestro cazador

dio un tiro al gavilán, que se comía

al martín-pescador.

Pero, ¡ay!, al cazador desventurado

que al gavilán hirió,

por cazar sin licencia y en vedado,

un guarda le mató.

A otros nuevos gusanos dará vida

del muerto la hediondez,

para volver, la rueda concluida,

a empezar otra vez.

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos

¿no han de tener más fin

que el de ser comedores y comidos

del Universo en el atroz festín?...

PABLO PIFERRER

(1818-1848)

Canción de la primavera

Ya vuelve la primavera:
suene la gaita,-ruede la danza.

Tiende sobre la pradera
el verde manto-de su esperanza,

Sopla caliente la brisa:
suene la gaita,-ruede la danza.

Las nubes pasan aprisa,
y el azul muestran-de la esperanza.

La flor ríe en su capullo:
suene la gaita,-ruede la danza.

Canta el agua en su murmullo
el poder santo-de la esperanza.

¿La oís que en los aires trina?
Suene la gaita,-ruede la danza:
-«Abrid a la golondrina,
que vuelve en alas-de la esperanza.»

Niña, la niña modesta:
suene la gaita,-ruede la danza.

El Mayo trae tu fiesta
que el logro trae-de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:
suene la gaita-ruede la danza.

El perfume engendrador
al seno sube-de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:
suene la gaita,-ruede la danza.

Cuando el son y el verdor crece,
tanto más crece-toda esperanza.

Sonido, aroma y color:
suene la gaita,-ruede la danza,
únense en himnos de amor,
que engendra el himno-de la esperanza.

Morirá la primavera;
suene la gaita,-ruede la danza.
Mas cada año en la pradera

tornará el manto-de la esperanza.

La inocencia de la vida:
calle la gaita,-pare la danza,
no torna una vez perdida:
Perdí la mía-¡Ay mi esperanza!

VENTURA RUIZ AGUILERA

(1820-1881)

Epístola (Fragmentos)

*(A don Damián Menéndez Rayón
y a don Francisco Giner de los Ríos.)*

No arrojará cobarde el limpio acero
mientras oiga el clarín de la pelea
soldado que su honor conserve entero;
ni del piloto el ánimo flaquea
porque rayos alumbren su camino
y el golfo inmenso alborotarse vea.

¡Siempre luchar!... del hombre es el destino
y al que impávido lucha, con fe ardiente,
le da la gloria su laurel divino.

Por sosiego suspira eternamente;
pero ¿dónde se oculta, dónde mana
de esta sed inmortal la ansiada fuente?...

En el profundo valle, que se afana
cuando del año la estación florida
lo viste de verdura y luz temprana;
en las cumbres salvajes, donde anida
el águila que pone junto al cielo
su mansión de huracanes combatida,
el límite no encuentra de su anhelo;
ni porque esclava suya haga la suerte,
tras íntima inquietud y estéril duelo.

Aquel sólo, el varón dichoso y fuerte
será que viva en paz con su conciencia
hasta el sueño apacible de la muerte.

... ..

Cayó; y entre los bárbaros peñones
de su destierro, en las nocturnas horas
le acosaron fatídicas visiones;
y diéronle tristeza las auroras,
y en el manso murmullo de la brisa
voces oyó gemir acusadoras.

Más conforme recibe y más sumisa,
la voluntad de Dios el alma bella
que abrojos siempre lacerada pisa.

Francisco, así pasar vimos aquella

que te arrulló en sus brazos maternas,
y hoy, vestida de luz, los astros huella:
 que al tocar del sepulcro los umbrales,
bañó su dulce faz con dulce rayo,
la alborada de goces inmortales.

Y así, Damián, en el risueño mayo
de una vida sin mancha, como arbusto
que el aquilón derriba en el Moncayo,
 pasó también tu hermano, y la del justo
severa majestad brilló en su frente,
de un alma religiosa templo augusto.

... ..

 Caminar hacia el bien con firme planta,
a la edad consolando que agoniza,
apóstol de otra edad que se adelanta,
 es empresa que al vulgo escandaliza;
por loco siempre o necio fue tenido
quien lanzas en su pro rompe en la liza.

... ..

MARIA JOSEFA MUJIA

(1820-1888)

La ciega

¡Todo es noche, noche oscura!
Ya no veo la hermosura
de la luna refulgente;
del astro resplandeciente
tan sólo siento calor.
No hay nubes que el cielo dora:
ya no hay alba, no hay aurora
de blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento
ya no tienen lucimiento
las estrellas en el cielo
-todo cubre un negro velo-,
ni el día tiene esplendor.
No hay matices, no hay colores;
ya no hay plantas, ya no hay flores
ni el campo tiene verdor.

Ya no gozo la belleza
que ofrece Naturaleza,
lo que al mundo adorna y viste;
todo es noche, noche triste
de confusión y pavor.
Doquier miro, doquier piso,
nada encuentro, y no diviso
más que lobreguez y horror.

Pobre ciega, desgraciada,
flor en su abril marchitada,
¿qué soy yo sobre la tierra?
Arca do tristeza encierra
su más tremendo amargor;
y mi corazón enjuto
cubierto de negro luto,
es el trono del dolor.

En mitad de su carrera,
cuando mas luciente era,
de mi vida el astro hermoso,
en eclipse tenebroso
por siempre se oscureció.
De mi juventud lozana
la primavera temprana

en invierno se trocó.

Mil placeres halagüeños,
bellos días y risueños,
el porvenir me pintaba,
y seductor me mostraba
por un prisma encantador.
Las ilusiones volaron,
y en mi alma sólo quedaron
la amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
que se mira condenado
en su juventud florida
a pasar toda su vida
en una horrenda prisión;
tal me veo; de igual suerte,
sólo espero que la muerte
de mi tendrá compasión.

Agotada mi esperanza,
ya ningún remedio alcanza
ni una sombra de delicia
ya mi existencia acaricia;
mis goces son el sufrir;
y, en medio de esta desdicha
sólo me queda una dicha
y es la dicha de morir.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

(1821-1888)

A Carlos Latorre

Elegía

Helo sin voz, el que arrancó al pasado
cien héroes y otros cien y les dio aliento
helo cadáver; aún ayer sonaban
entusiastas aplausos en su oído,
y hoy polvo y corrupción. La musa hispana
su postrer homenaje le tributa,
y no ya al gozo del ansiado triunfo
responde el noble corazón latiendo.
La mentira pasó, pasó la vida
y la verdad eterna, incomprensible,
la tremenda verdad, para él descorre
su negro velo que rasgó la muerte.

¡Carlos! Si de ese abismo inmensurable
do gira la creación, tras la grandeza
tu espíritu me escucha, oye propicio
el postrimer adiós que desde el fondo
de un corazón leal a ti se eleva.
Digno de lo que fuiste, yo no puedo
consagrarte un gemido de mi lira,
mas a do eterno vives y no alcanza
la mortal vanidad, mi afecto sube.
Otros, de gloria, en inspirado plectro,
a tu genio inmortal egregio canto
entonen mas dichosos; yo tan sólo
cuanto tu muerte de dolor me inspira
decirte quiero, y añadir, inculta,
una pálida flor a la corona
del auro divo que tu sien rodea.
Fuérame, en vez de lamentar tu muerte,
de un Dios dado el poder, y «Alza, cadáver,
del polvo de la fosa», te diría.

«¡Alza! ¡Torna! ¡El atónito concurso
vuelva a escuchar tu voz! ¡Zumbe en tu oído
una vez y otra vez el alto aplauso,
y una vez y otra vez deba el poeta
a tu gigante inspiración su fama!...»
Mas sueños, sueños son; que la inflexible

sentencia del Eterno nadie borra.
Quien nace ha de morir; así está escrito.
¡Carlos, adiós, hasta el incierto día!
Tal vez el sol, al fulgurar mañana,
aquí en reposo me verá contigo.
Hasta entonces, ¡adiós! ¡En paz, pues, queda!

ANTONIO DE TRUEBA

(1821-1889)

A la orilla del arroyo

I

Una mañana de mayo,
una mañana muy fresca
entréme por estos valles,
entréme por estas Vegas.
Cantaban los pajaritos,
olían las azucenas,
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Cabe un arroyo más claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.
Quince años no más tendría
y daba placer el verla,
«lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas».

II

-Pastorcica de mis ojos
-admirado la dijera-,
Dios te guarde por hermosa;
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera;
sin ellas estás hermosa
y estaráslo más con ellas.
-No me placen, mancebico
-respondióme la doncella-;
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.
-¿Quien te dice que las tienes?
-¿Quien te dice que eres bella?
-Me lo dicen los zagales

y las fuentes de estas vegas.
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
«lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas».

III

-Si no te placen las flores,
ven conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la hierba,
contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.

-Pues eso menos me place,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas.

Tal dijo la pastorcica
y no pude convencerla
con esta y otras razones,
con esta y otras promesas.
Partíme desconsolado,
y prorrumpiendo en querellas,
lloré por la pastorcica,
que, sin darme otra respuesta,
siguió cabe el arroyuelo
entre enojada y contenta,
«lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas».

IV

Entréme por estos valles,
entréme por estas vegas,
mas... ¡mi corazón estaba
muriéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran!
Torné cabe el arroyuelo
donde a la doncella viera...
el arroyo encontré al punto,
¡mas no encontré la doncella!
Pasaron días y días,
y hasta semanas enteras,
y yo no paso ninguna

sin que al arroyo no vuelva;
pero, ¡ay!, que la pastorcica
mis ojos aquí no encuentran,
«lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas».

CAROLINA CORONADO

(1823-1911)

El amor de mis amores (Fragmento)

¿Cómo te llamaré para que entiendas
que me dirijo a ti, ¡dulce amor mío!,
cuando lleguen al mundo las ofrendas
que desde oculta soledad te envió?...

... ..

Aquí tu barca está sobre la arena;
desierta miro la extensión marina;
te llamo sin cesar con tu bocina,
y no pareces a calmar mi pena.

Aquí estoy en la barca triste y sola,
aguardando a mi amado noche y día;
llega a mis pies la espuma de la ola,
y huye otra vez, cual la esperanza mía.

¡Blanca y ligera espuma transparente,
ilusión, esperanza, desvarío,
como hielas mis pies con tu rocío
el desencanto hiela nuestra mente!

Tampoco es en el mar adonde él mora;
ni en la tierra ni en el mar mi amor existe.
¡Ay!, dime si en la tierra te escondiste,
o si dentro del mar estás ahora.

Porque es mucho dolor que siempre ignores
que yo te quiero ver, que yo te llamo,
sólo para decirte que te amo,
que eres siempre *el amor de mis amores*.

... ..

JOSE SELGAS

(1824-1882)

La cuna vacía

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro,
y cantando a su oído, dijeron:
«Vente con nosotros.»

Vio el niño a los ángeles,
de su cuna en torno,
y agitando los brazos, les dijo:
«Me voy con vosotros»

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos,
y se fueron todos.

De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró a la mañana siguiente
la cuna vacía.

El sauce y el ciprés

Cuando a las puertas de la noche umbría,
dejando el prado y la floresta amena,
la tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogía,
un macilento sauce se mecía
por dar alivio a su constante pena,
y en voz suave y de suspiros llena,
al son del viento murmurar se oía:

-«¡Triste nací! ... mas en el mundo moran
seres felices, que en el penoso duelo,
el llanto oculto, la tristeza ignoran.»

Dijo y sus ramas esparció en el suelo.
-«Dichosos, ¡ay!, los que en la tierra lloran!»,
le contestó un ciprés, mirando al cielo.

FRANCISCO CEA

(1825-1857)

Al embestir

Cuando suelto la rienda a mi caballo
y alas le pido al viento,
salta la lumbre y bajo el férreo callo
retiembla el pavimento.
He roto ya una lanza en la muralla;
con sangre el campo humea.
Ante el solemne horror de la batalla
mi espada centellea.
¡Ladrad, canes, ladrad! -Yo, en vuestra frente
clavando el ancho escudo,
al son del trueno, en mi alazán valiente
caeré con golpe rudo.
¡Paso! ¡Yo soy! -¡Ensordecido el monte,
retumbe mi amenaza!
¿Veis?... Ese sol, sangriento en su horizonte,
relumbra en mi coraza.
¡Ay del que al agujón de su ardimiento
el hierro, audaz, blanda,
y, en pos del rayo, en su furor violento,
se lanza a la pelea!
¡Yo basto a hundir la colosal muralla
do su pendón tremola! ...
¿No ha de ceñirse el triunfo en la batalla
con su brillante aureola?
La extensa faz, con los escombros rota,
recruje el ancha tierra...
¡Guay! -¡Ya a los vientos deslumbrando flota
mi pabellón de guerra!

EULOGIO FLORENTINO SANZ

(1825-1881)

Epístola a Pedro (Fragmentos)

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
que a orillas del Spree (ya que del río
se hace mención en circunstancias graves)
mora un semi-alemán, muy señor mío,
que entre los rudos témpanos del Norte
recuerda la amistad y olvida el frío.

Lejos de mi Madrid, la villa y corte;
ni de ella falto yo porque esté lejos,
ni hay una piedra allí que no me importe;
pues sueña con la patria, a los reflejos
de su distante sol, el desterrado,
como con su niñez sueñan los viejos.

Ver quisiera un momento, y a tu lado,
cual por ese aire azul nuestra Cibeles
en carroza triunfal rompe hacia el Prado...
¿Ríes?... Juzga el volar cuando no vuelas...
¡Atomo harás del mundo que poseas
y mundo harás del átomo que anheles!

A1 sentir *coram vulgo* no te creas,
al pensar *coram vulgo* no te olvides
de compulsar a solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,
dondequiera que estés, ya echarás menos
esa patria de Dolfos y de Cides;
que obeliscos y pórticos ajenos
nunca valdrán los patrios palomares
con la memoria de la infancia llenos.

Por eso, aunque dan son a mis cantares
Elba, Danubio y Rin, yo los olvido
recordando a mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!... ¡Ay!, ¿quien no ha oído
desde cualquier región, ecos de aquella
donde niñez y juventud han sido?

Hoy mi vida de ayer, pálida o bella,
múltiple se repite en mis memorias,
como lágrimas mil, única estrella...

Que quedan en el alma las historias
de dolor o placer, y allí se hacinan,
del fundido metal, muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,
si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡aún consuelan el alma!..., ¡o la asesinan!

Cuando al partir del sol las sombras crecen
y, entre sombras y sol, tibios instantes
en torno del horario se adormecen,
el dolor y el placer, férvidos antes,
se pierden ya en el alma indefinidos,
a la luz y a la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,
crepúsculo moral en que indolente
se arrulla el corazón con sus latidos,
pláceme contemplar indiferente
cual del dormido spree sobre la espalda
y en lúbrico chapín sesga la gente.

O recordar el toldo de esmeralda
que antes bordó el abril en donde ahora
nieve septentrional tiende su falda;
mientras la luz del Héspero, incolora
baña el campo sin fin que Norte rudo
salpicó de brillantes a la aurora.

... ..

Recibe con mi adiós *tu violeta*;
la tumba de la virgen te la envía...
¡Y al unirse la flor con su poeta,
ya en el ocaso agonizaba el día!

CARLOS GUIDO Y SPANO

(1827-1918)

Nenia

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya,
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:

«¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay,
donde nací, como tú!
¡Llora, llora, urutaú!»

En el dulce Lambaré
feliz era en mi cabaña;
vino la guerra y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré.

Padre, madre, hermanos, ¡ay!,
todo en el mundo he perdido:
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay;
padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde ubirapitá,
mi novio, que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está:
de un verde ubirapitá.

Rasgado el blanco tipoy
tengo en señal de mi duelo,
¡y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy!

Le mataron los cambá,
no pudiéndole rendir;
el fue el último en salir
de Curuzú y Humaitá;
¡le mataron los cambá!

¿Por qué, cielos, no morí

cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curapaití?
¿Por qué, cielos, no morí?

«¡Llora, llora, urutaú,
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú!
¡Llora, llora, urutaú!»

ADELARDO LOPEZ DE AYALA

(1828-1879)

Epístola a Emiliano Arrieta (Fragmentos)

De nuestra gran virtud y fortaleza
al mundo hacemos con placer testigo;
las ruindades del alma y su flaqueza
sólo se cuentan al secreto amigo.
De mi ardiente ansiedad y mi tristeza
a solas quiero razonar contigo:
rasgue a su alma sin pudor el velo
quien busque admiración y no consuelo.

No quiera Dios que en rimas indolentes
de mi pesar al mundo le dé indicios,
imitando a esos genios imprudentes
que alzan la voz para cantar sus vicios.
Yo busco, retirado de las gentes,
de la amistad los dulces beneficios:
ni hay causa ni razón que me convenza
de que es genio la falta de vergüenza.

En esta humilde y escondida estancia,
donde aún resuenan con medroso acento
los primeros sollozos de mi infancia
y de mi padre el postrimer lamento,
esclarecido el mundo a la distancia
a que de aquí le mira el pensamiento,
se eleva la verdad que amaba tanto;
y, antes que afecto, me produce espanto.

... ..

Y estos salvajes montes corpulentos,
fieles amigos de la infancia mía,
que con la voz de los airados vientos
me hablaban de virtud y de energía,
hoy con duros semblantes macilentos
contemplan mi abandono y cobardía,
y gimen de dolor, y cuando braman,
ingrato, y débil, y traidor me llaman.

... ..

Inquieto, vacilante, confundido
con la múltiple forma del deseo,
impávido una vez, otra corrido,
del vergonzoso estado en que me veo,
al mismo Dios contemplo arrepentido

de darme un alma que tan mal empleo;
la hacienda que he perdido no era mía,
y el deshonor los tuétanos me enfría.

Aquí, revuelto en la fatal madeja
del torpe amor, disipador cansado
del tiempo, que al pasar sólo me deja
el disgusto de haberlo malgastado;
si el hondo afán con que de mí se queja
todo mi ser me tiene desvelado,
¿por qué no es antes noble impedimento
lo que es después atroz remordimiento?

¡Valor!, y que resulte de mi daño
fecundo el bien; que de la edad perdida
brote la clara luz del desengaño
iluminando mi razón dormida;
para vivir me basta con un año,
que envejecer no es alargar la vida;
¡joven murió tal vez que eterno ha sido,
y viejos mueren sin haber vivido!

Que tu voz queridísimo Emiliano,
me mantenga seguro en mi porfía;
y el Creador, que con tan larga mano
te regaló fecunda fantasía,
te enriquezca, mostrándote el arcano
de su eterna y espléndida armonía;
tanto, que el hombre, en su placer o duelo
tu canto elija para hablar al cielo.

Los ecos de la cándida alborada,
que al mundo anima en blando movimiento
te demuestran del alma enamorada
el dulce anhelo y el primer acento;
el rumor de la noche sosegada,
la noble gravedad del pensamiento;
y las quejas del ábrego sombrío,
la ronca voz del corazón impío.

Y el gran torrente que, con pena tanta
por las quiebras del hondo precipicio,
rugiendo de amargura se quebranta,
deje en tu alma verdadero indicio
de la virtud, que gime y se abrillanta
en las quiebras del duro sacrificio,
y en tu canto resuenen juntamente
el bien futuro y el dolor presente.

Y en las férvidas olas impelidas
del huracán, que asalta las estrellas

y rebraman, mostrando embravecidas
que el aliento de Dios se encierra en ellas,
aprendas las canciones dirigidas
al que para en su curso las centellas,
y resuene tu voz de polo a polo,
de su grandeza intérprete tú solo.

ANTONIO ARNAO

(1828-1889)

Barcarola

Brillan las nubes en nácar y en oro;
sol esplendente se ve despuntar...

Leda conmigo, que ciego te adoro,
surca las ondas que rizan la mar.

Ella te brinda con plácido acento

puro contento,
venturas sin par.

Aves marinas de cándida pluma
vuelan en torno con vivo placer;
peces dorados, hendiendo la espuma,
siguen la barca, tus ojos por ver.

Brisa ligera tu labio acaricia,
casta delicia
queriendo tener.

Lejos del mundo que llora sus penas
hondo silencio reinando en derredor,
tornen al alma las horas serenas,
libre pudiendo vivir sin dolor.

Hoy ante el cielo que grato sonrío
clara nos guíe
la fe del amor.

FRANCISCO GUAYCAYPURU PARDO

(1829-1882)

Soledad

¿A qué tan dulces horas
traer al corazón, Leonor altiva,
si el sol de esas auroras
ya pasó como lumbre fugitiva?
Callada está la ola
del blando río; el aura no despierta;
y mi alma esta sola;
y la tuya, Leonor, la tuya, muerta.

Mira el bosque, sombrío;
mustio el ciprés, fatídica la nube;
y tu suspiro frío,
como esa niebla que del lago sube.

De tanto amor abrigo,
allí está-¿no la ves? -seca la palma
que fue mudo testigo
del amor de tu alma y de mi alma.

¡Iris de mil colores,
que espléndido brillaste una mañana!

Te fuiste con sus flores
y entre sus orlas de zafiro y grana.

Todo sobre la ola
pasó, del tiempo, con tu amor y el mío;
y mi alma está sola;
y está, sin ti, mi corazón vacío.

AMOS DE ESCALANTE

(1851-1902)

Caligo

Cierra la noche lóbrega; a lo lejos
se oyen, roncadas, rugir las ondas bravas
en cuyos senos cóncavos se agita
el viento precursor de las borrascas.

¡Ay! ¡Pobre marinero a quien sorprenda
el huracán soberbio!; ¡ay de la barca
lejos del puerto amigo, ciega y sola
sobre el espacio inmenso de las aguas!

Sin una estrella en los cerrados cielos,
ni una luz en las desiertas playas,
¿dónde poner la descarriada proa
y con certero rumbo encaminarla?

Sólo la densa oscuridad rompiendo
traidoras brillan las espumas blancas
que hirviendo en torno al sumergido escollo
a1 engañado náufrago amenazan.

¿Por qué su riesgo en evitar porfías,
alma que en noche oscura, solitaria,
a merced de los vientos y las olas
entre el fragor de la tormenta vagas?

Seguro es el naufragio, ¿a que resistes
y tu agonía y padecer dilatas?
No ofrece el mundo a tu miseria amparo,
ni el cielo a tu dolor una esperanza.

FEDERICO BALART

(1831-1905)

Restitución

Estas pobres canciones que te consagro,
en mí mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
mi voluntad en ellas no tiene parte;
yo no sé resistirlas ni suscitarlas;
yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;
y es en mí su lamento, sentido y grave,
natural como el trino que lanza el ave,
santas inspiraciones que tú me envías
puedo decir, esposa, que no son mías;
pensamiento y palabras de ti recibo;
tú en silencio las dictas; yo las escribo.

* * *

Desde que abandonaste nuestra morada,
de la mortal escoria purificada,
transformado está el fondo del alma mía,
y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto en la tierra y el mar y el viento
tiene matiz, aroma, forma o acento,
de mi ánimo abatido turba la calma
y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
todo está confundido con tú recuerdo:
¡Sin él todo es silencio, sombra y vacío
en la tierra y el viento y el mar bravío!

* * *

Revueltos peñascales, áspera breña
donde salta el torrente de peña en peña;
corrientes bullidoras del claro río;
religiosos murmullos del bosque umbrío;
tórtola que en sus frondas une sus quejas
al calmante zumbido de las abejas;
águila que levantas el corvo vuelo
por el azul espacio que cubre el cielo;
golondrina que emigras cuando el octubre,
con sus pálidas hojas el suelo cubre,
y al amor de tu nido tornas ligera

cuando esparce sus flores la primavera;
aura mansa que llevas, en vuelo tardo,
efluvios de azucena, jazmín y nardo:
brisas que en el desierto sois mensajeras
de los tiernos amores de las palmeras
-(¡de las pobres palmeras que, separadas,
se miran silenciosas y enamoradas!);
pardas nieblas del valle, nieves del monte,
cambiantes y vislumbres del horizonte;
tempestad que bramando con ronco acento
tus cabellos de lluvia tiendes al viento;
solitaria ensenada, restinga ignota
donde su nido oculta la gaviota;
olas embravecidas que pone a raya
con sus rubias arenas la corva playa;
grutas donde repiten con sordo acento
sus querellas y halagos la mar y el viento;
velas desconocidas que en lontananza
pasáis como los sueños de la esperanza;
nebuloso horizonte, tras cuyo velo
sus límites confunden la mar y el cielo;
rayo de sol poniente que te abres paso
por los rotos celajes del triste ocaso;
melancólico rayo de blanca luna
reflejado en la cresta de escueta duna;
negra noche que dejas de monte a monte
granizado de estrellas el horizonte;
lamento misterioso de la campana
que en la nocturna sombra suena lejana,
pidiendo por ciudades y por desiertos
la oración de los vivos para los muertos;
plegaria que te elevas entre la nube
del incienso que en ondas al cielo sube
cuando al señor dirigen himnos fervientes
santos anacoretas y penitentes;
catedrales ruinosas mudas y muertas,
cuyas góticas naves hallo desiertas,
cuyas leves agujas, al cielo alzadas,
parecen oraciones petrificadas;
torres donde, por cima de la veleta
que a merced de los vientos se agita inquieta
señalando regiones que nadie ha visto,
tiende inmóvil sus brazos la fe de Cristo;
luces, sombras, murmullos, flores, espumas,
transparentes neblinas, espesas brumas,

valles, montes, abismos, tormentas, mares,
 auras, brisas, aromas, nidos y altares,
 vosotros en el fondo del alma mía
 despertáis siempre un eco de poesía;
 y es que siempre a vosotros encuentro unido
 el recuerdo doliente del bien perdido.
 sin él ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
 de la tierra y el viento y el mar sonoro?

* * *

Ya lo ves, las canciones que te consagro
 en mi mente han nacido por un milagro.
 Nada en ellas es mío, todo es don tuyo;
 por eso a ti, de hinojos, las restituyo.
 ¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
 sin su verdor el alma desnuda queda!
 Pero no, que aun te deben mis desventuras
 otras más delicadas, otras más puras;
 canciones que, por miedo de profanarlas,
 en el alma conservo sin pronunciarlas;
 recuerdos de las horas que, embelesado,
 en nuestro pobre albergue pasé a tu lado
 cuando al alma y al cuerpo daban pujanza,
 juventud y cariño, fe y esperanza;
 cuando, lejos del mundo parlero y vano,
 íbamos por la vida mano con mano;
 cuando húmedos los ojos, juntas las palmas,
 en una se fundían nuestras dos almas;
 canciones silenciosas que el alma hieren,
 canciones que en mí nacen y que en mí mueren;
 ¡hechizadas canciones, con cuyo encanto
 en mis áridos ojos se agolpa el llanto!
 Y aun a veces aplacan mis amarguras
 otras más misteriosas, otras más puras;
 canciones sin palabra, sin pensamiento,
 vagas emanaciones del sentimiento,
 silencioso gemido de amor y pena
 que, en el fondo del pecho, callado suena;
 aspiración confusa que, en vivo anhelo,
 ya es canción, ya es plegaria que sube al cielo;
 inquietudes del alma, de amor herida;
 vagos presentimientos de la otra vida;
 éxtasis de la mente que a Dios se lanza;
 luminosos destellos de la esperanza;

voces que me aseguran que podré verte
cuando al mundo mis ojos cierre la muerte.
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
en la lengua grosera que hablan los hombres!
Esas son las que endulzan mi amargo duelo;
ésas son las que al alma llaman al cielo;
ésas de mi esperanza fijan el polo,
¡y esas son las que guardo para mi solo!

MANUEL DEL PALACIO

(1832-1906)

Amor oculto

Ya de mi amor la confesión sincera
oyeron tus calladas celosías,
y fue testigo de las ansias mías
la luna, de los tristes compañera.

Tu nombre dice el ave placentera
a quien visito yo todos los días,
y alegran mis soñadas alegrías
el valle, el monte, la comarca entera.

Solo tú mi secreto no conoces,
por más que el alma con latido ardiente,
sin yo quererlo, te lo diga a voces
y acaso has de ignorarlo eternamente,
como las ondas de la mar veloces
la ofrenda ignoran que les da la fuente.

Ayer y hoy

Niña que está enamorada
y después de mucho afán,
de su amor al dulce objeto
consigue a solas hablar,
al ver que de su partida
el instante llega ya,
le dice, siempre llorando:
«¿Cuándo vendrás?»

Casada de un año, o menos,
que ve a su cara mitad
dormirse a la chimenea
en noche de carnaval,
después de mirar la calle
y acariciar el gabán,
le dice, siempre riendo:
«¿Cuándo te vas?»

A la memoria de un ángel

Con lento paso me acerqué a la puerta

oprimiendo mi frente enardecida:
sobre su lecho cándido tendida
la prenda de mi amor estaba muerta.

De cuatro cirios a la llama incierta
aquel espectro vi que era mi vida,
aún cerca de la almohada hallé caída
la humilde rosa que la di entreabierta.

Me pareció que de sus negros ojos
una celeste claridad brotaba,
que otra vez animados sus despojos
para decirme: -tuya-, me llamaba.
Besé sus labios, se tornaron rojos...
¡Era el beso primero que la daba!

Canciones

Dos almas en una sola
nuestras dos almas serán;
así me dijiste un día
en vísperas de marchar.
No te he visto desde entonces
ni de ti supe jamás,
ni pensando en nuestras almas
puedo ya vivir en paz.
Si tú las dos te llevaste
debes pasarlo muy mal,
si sólo la tuya tienes
la mía, ¿dónde estará?
Por si muy extraviada
más vale no averiguar.

Hay gentes muy convencidas,
de que uno y uno son dos,
pero una mujer y un hombre
o son uno o nada son.

El amigo verdadero
debe ser como la sangre,
que acude siempre a la herida
sin esperar que la llamen.

Corazón no te humilles
al verte herido,
es mas noble ser carne
que ser cuchillo.

Toda la vida corriendo
tras de la felicidad
¡y a fuerza de correr tanto
nos la dejamos atrás!.

Toda la vida corriendo
tras de la felicidad
¡y a fuerza de correr tanto
nos la dejamos atrás!.

JOSE ECHEGARAY

(1832-1916)

Los tres encuentros

I

Un niño de tersa frente
y *la Muerte* carcomida,
en la senda de la vida
y en el borde de una fuente,
por su bien o por su mal
una mañana se hallaron
y sedientos se inclinaron
sobre el líquido cristal.

Se inclinaron, y en la esfera
cristalina viose al punto
de un niño el rostro muy junto
a una seca calavera.

La Muerte dijo: «¡Qué hermoso!»
«¡Que horrible!» -el niño pensó:
bebió aprisa y se escapó
por el bosque presuroso.

II

Pasó el tiempo, y cierto día
ya el sol en toda su altura,
en la misma fuente pura
bebieron en compañía,
por su bien o por su daño,
la Muerte y un hombre fuerte;
la de siempre era la Muerte;
el hombre, el niño de antaño.

Como viose de los dos
la imagen en el cristal,
con la luz matutinal
que manda a los mundos Dios,
la del hombre áspere tez
y la imagen hosca y fiera
de su helada compañera,
se pintaron esta vez.

Bajo el agua limpia y fría:
sus reflejos observaron;
como entonces se miraron,

se miraron todavía.

Ella dijo no sé qué
señalando hacia el espejo.
El murmuró «¡Pobre viejo!»
bebió despacio y se fue.

III

Cae la tarde; el sol anega
en pardas nubes su luz;
envuelta en negro capuz
medrosa la noche llega.

Dos sombras van a la fuente,
las dos beben a porfía,
y aun no sacia el agua fría
sed atrasada y ardiente.

Se miran y no se ven;
pero pronto, por fortuna,
subirá al cielo la luna
y podrán mirarse bien.

Al fin su luz transparente
el espacio iluminó,
y en espejo convirtió
los cristales de la fuente.

Y eran las sombras ideales,
bajo el agua sumergidas,
de tal modo parecidas,
que al partir las sombras reales
de sus destinos en pos,
o por darse mala maña,
o por confusión extraña,
cada sombra de las dos

tomó en el líquido espejo
lo primero que encontróse,
y sin notarlo, llevóse
de la otra sombra el reflejo.

OK



LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

JOSE ECHEGARAY

(1832-1916)

Los tres encuentros

I

Un niño de tersa frente
y *la Muerte* carcomida,
en la senda de la vida
y en el borde de una fuente,
por su bien o por su mal
una mañana se hallaron
y sedientos se inclinaron
sobre el líquido cristal.

Se inclinaron, y en la esfera
cristalina viose al punto
de un niño el rostro muy junto
a una seca calavera.

La Muerte dijo: «¡Qué hermoso!»
«¡Que horrible!» -el niño pensó:
bebió aprisa y se escapó
por el bosque presuroso.

II

Pasó el tiempo, y cierto día
ya el sol en toda su altura,
en la misma fuente pura
bebieron en compañía,
por su bien o por su daño,
la Muerte y un hombre fuerte;
la de siempre era la Muerte;
el hombre, el niño de antaño.

Como viose de los dos
la imagen en el cristal,
con la luz matutinal
que manda a los mundos Dios,
la del hombre áspera tez
y la imagen hosca y fiera
de su helada compañera,
se pintaron esta vez.

Bajo el agua limpia y fría:
sus reflejos observaron;
como entonces se miraron,

se miraron todavía.

Ella dijo no sé qué
señalando hacia el espejo.
El murmuró «¡Pobre viejo!»
bebió despacio y se fue.

III

Cae la tarde; el sol anega
en pardas nubes su luz;
envuelta en negro capuz
medrosa la noche llega.

Dos sombras van a la fuente,
las dos beben a porfía,
y aun no sacia el agua fría
sed atrasada y ardiente.

Se miran y no se ven;
pero pronto, por fortuna,
subirá al cielo la luna
y podrán mirarse bien.

Al fin su luz transparente
el espacio iluminó,
y en espejo convirtió
los cristales de la fuente.

Y eran las sombras ideales,
bajo el agua sumergidas,
de tal modo parecidas,
que al partir las sombras reales
de sus destinos en pos,
o por darse mala maña,
o por confusión extraña,
cada sombra de las dos

tomó en el líquido espejo
lo primero que encontróse,
y sin notarlo, llevóse
de la otra sombra el reflejo.

JUAN LEON MERA

(1832-1894)

Indiana

Indica bella, Corí adorada,
el astro sumo tu tez morena
te dio, y la luna, la luz serena
de tu mirar.

Tiñó tu trenza noche atezada;
pintó tus labios la rósea aurora;
te dio tu talle la cimbradora
palma real.

Las tiernas aves de la montaña
te han enseñado gratos cantares;
gracias te han dado los tutelares
genios del bien.

Miel en tu lengua la dulce caña
vertió, y la brisa, que entre las flores
vuela, a tu aliento dio los olores
de algún clavel.

Pero, ¡ay!, los Andes, cuando naciste,
alma de crudo hielo te han dado,
y de sus rocas, ¡ay!, han formado
tu corazón.

Pues no te inflamas al ver al triste
yupanqui en llanto por ti deshecho
ni su gemido hiere tu pecho,
que nunca amó.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON

(1833-1891)

El amanecer

(Crescendo)

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas de fresco rocío...
De la noche el alcázar sombrío
dulce alondra se atreve a turbar...
Las estrellas, cual sueños, se borran...
Sólo brilla magnífica una...
¡Es el astro del alba! La luna
ya desciende, durmiéndose, al mar.

Amanece: en la raya del cielo
luce trémula cinta de plata que,
trocada en fulgente escarlata,
esclarece la bóveda azul;
y montañas, y selvas, y ríos,
y del campo la mágica alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
muestran nieblas de cándido tul.

¡Es de día! Los pájaros todos
te saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso lejano arrebol.
El Oriente se incendia en colores...;
los colores en vívida lumbre... ,
¡y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

JOSE HERNANDEZ

(1834-1886)

Martín Fierro (Fragmento)

VIII

Otra vez en un boliche
estaba haciendo la tarde;
cayó un gaucho que hacía alarde
de guapo y de peliador.
A la llegada metió
el pingo hasta la ramada,
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.

Era un terne de aquel pago
que nadies lo reprendía,
que sus enriedos tenía
con el señor comendante;
y como era protegido,
andaba muy entonaio,
y a cualquiera desgraciao
lo llevaba por delante.

¡Ah, pobre!, si él mismo creiba
que la vida le sobraba.
Ninguno diría que andaba
aguitándole la muerte.
Pero así pasa en el mundo,
es así la triste vida;
pa todos está escondida
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo: al dentrar
le dio un empellón a un vasco,
y me alargó un medio frasco,
diciendo : "Beba, cuñao."
"Por su hermana, contesté,
que por la mía no hay cuidao."

"¡Ah, gaucho!", me respondió;
¿de qué pago será crioyo?
¿Lo andará buscando el hoyo?
¿Deberá tener güen cuero?
"Pero ande bala este toro
no bala ningún ternero."

Y ya salimos trenzaos.

porque el hombre no era lerdo;
mas como el tino no pierdo
y soy medio ligerón,
le dejé mostrando el sebo
de un revés con el facón.

Y como con la justicia
no andaba bien por allí,
cuando pataliar lo vi
y el pulpero pegó el grito,
ya pa el palenque salí,
como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios
rumbiando para otro pago;
que el gaucho que llaman vago,
no puede tener querencia,
y así de estrago en estrago,
vive llorando la ausencia.

El anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido;
no tiene cueva ni nido,
como si fuera maldito;
porque el ser gaucho ...¡barajo!,
el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta:
lo larga éste, aquel lo toma;
nunca se acaba la broma.
Dende chico se parece
al arbolito que crece
desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
aquel que nació en la selva;
"Buscá madre que te envuelva",
le dice el fraile y lo larga,
y dentra a cruzar el mundo
como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
como oveja sin trasquila,
mientras su padre en las filas
anda sirviendo al Gobierno.
Aunque tirite en invierno,
naide lo ampara ni asila.

Le llaman gaucho mamao
si lo pillan divertido,
y que es mal entretenido
si en un baile lo sorprenden;

hace mal si se defiende,
y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni protetores;
pues todos son sus señores,
sin que ninguno lo ampare.
Tiene la suerte del güey,
¿y dónde ira el güey que no are?

Su casa es el panojal,
su guarida es el desierto;
y si de hambre medio muerto
le echa el lazo a algún mamón,
le persiguen como a plaito
porque es un gaucho ladrón.

Y si de un golpe por ay
lo dan güelta panza arriba,
no hay un alma compasiva
que le rece una oración;
tal vez como cimarrón
en una cueva lo tiran.

El nada gana en la paz
y es el primero en la guerra;
no le perdonan si yerra,
que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
solo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones,
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre;
que son campanas de palo
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto
si no aguanta, es gaucho malo.
¡Dele azote, dele palo!
Porque es lo que él necesita.
De todo el que nació gaucho
ésta es la suerte maldita.

Vamos, suerte, vamos juntos
dende que juntos nacimos;
y ya que juntos vivimos,
sin podernos dividir,
yo abriré con mi cuchillo
el camino pa seguir. ...

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

(1834-1903)

Tristezas

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos,
alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;
hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella,
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí!, diera la vida.
¡Con qué cándido amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.
Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
a un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;
las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte a lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito:
haces de donde en curva fugitiva.
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando a los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara,
en el gótico altar inmoble y fijo
el santo crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,

siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos;
el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre y sueña;
todo eleva mi ánimo intranquilo
a más sereno asilo;
religión, arte, soledad, misterio... ,
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.
Y a esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba a las alturas
virgen sin mancha, mi oración de niño.
Su rauda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.
¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mi tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!
Ya no temblas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar a Ti perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespere y dudo.
Voy espantado sin saber por donde;
grito y nadie responde
a mi angustiada voz; alzo los ojos
y a penetrar la lóbreguez no alcanzo:
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
a su impiedad. ¡Oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
levanta sobre escombros,
un Dios sin esperanza, un Dios que gime.
¡Y ese Dios no eres Tú! No Tu serena
faz de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío;
sacerdote, el Error; ley, el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo mas inmenso,
más rebelde a tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel potente;
pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
el piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo coloso
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...

A los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde; es, ¡ay!, muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
a todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y a través de intrincadas espesuras,
desbocado y a oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.

En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!

Salva a esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores.
Como al tender el vuelo hacia la altura
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
di a nuestra fe desalentada y yerta:
-¡Anímate y despierta!,
como dijiste a Lázaro: -¡Levanta!

Estrofas

I

La generosa musa de Quevedo
desbordóse una vez como un torrente
y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando los labios, ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.»

II

Y al estampar sobre la herida abierta
el hierro de su cólera encendido,
tembló la confusión que siempre alerta,
incansable y voraz, labra su nido,
como gusano ruin en carne muerta,
en todo Estado exánime y podrido.

III

Arranque de dolor, de ese profundo
dolor que se concentra en el misterio

y huye amargado del rumor del mundo,
fue su sangrienta sátira cauterio,
que aplicó sollozando al patrio imperio,
mísero, gangrenado y moribundo.

IV

¡Ah, si hoy pudiera resonar la lira
que con Quevedo descendió a la tumba,
en medio de esta universal mentira,
de este viento de escándalo que zumba,
de este fétido hedor que se respira,
de esta España moral que se derrumba!

V

De la viva y creciente incertidumbre
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
del huracán de sangre que alborota
el mar de la revuelta muchedumbre;
de la insaciable y honda podredumbre
que el rostro y la conciencia nos azota.

VI

De este horror, de este ciego desvarío
que cubre nuestras almas con un velo,
como el sepulcro, impenetrable y frío,
de este insensato pensamiento impío,
que destituye a Dios, despuebla el cielo
y precipita el mundo en el vacío.

VII

Si en medio de esta borrasca orgía
que infunde repugnancia al par que aterra,
esa lira estallara, ¿qué sería?
Grito de indignación, canto de guerra,
que en las entrañas mismas de la tierra
la muerta humanidad conmovería.

VIII

Mas ¿porque el gran satírico no aliente
ha de haber quien contemple y autorice
tanta degradación, indiferente?
«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?

¿Nunca se ha de decir lo que se siente? »

IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados
como las leves gotas de rocío,
que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío
y cuántos corazones anegados
en la amarga corriente del hastío!

X

No es la revolución raudal de plata
que fertiliza la extendida vega;
es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata
sino confuso resplandor que ciega
y tormentoso vértigo que mata.

XI

Al menos en el siglo desdichado
que aquel ilustre y vigoroso vate
con el rayo marcó de su censura
podía el corazón atribulado
salir ileso del mortal combate
en alas de la fe radiante y pura.

XII

Y apartando la vista de aquel cieno
social, de aquellos fétidos despojos
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,
fijar llorando los ardientes ojos
en ese cielo azul, limpio y sereno,
de santa paz y de esperanza lleno.

XIII

Pero hoy, ¿dónde mirar? Un golpe mismo
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma
prepara el misterioso cataclismo,
y como en tiempo de la antigua Roma,
todo cruje, vacila y se desploma
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV

Perdida en tanta soledad la calma,
de noche eterna el corazón cubierto
la gloria muda, desolada el alma,
en este pavoroso desconcierto
se eleva la Razón, como la palma
que crece triste y sola en el desierto.

XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?
¿De qué le sirve desgarrar el velo
que envuelve y cubre la vivaz materia,
y con profundo, inextinguible anhelo,
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI

entregarse a merced del torbellino
y en la duda incesante que le aqueja
el secreto inquirir de su destino,
si a cada paso que adelanta deja
su fe inmortal, como el vellón la oveja,
enredado en las zarzas del camino?

XVII

¿Si a su culpada humillación se adhiere
con la constancia infame del beodo,
que goza en su abyección y en ella muere?
¿si ciega, y torpe, y degradada en todo,
desconoce su origen y prefiere
a descender de Dios surgir del lodo?

XVIII

¡Libertad, libertad! No es aquella
virgen, de blanca túnica ceñida,
que vi en mis sueños, pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
que alumbra con su luz como una estrella
los oscuros abismos de la vida.

XIX

No eres la fuente de perenne gloria
que dignifica el corazón humano
y engrandece esta vida transitoria.

¡No el ángel vengador que con su mano
imprime en las espaldas del tirano
el hierro enrojecido de la Historia!

XX

No eres la vaga aparición que sigo
con hondo afán desde mi edad primera,
sin alcanzarla nunca... Mas, ¿qué digo?
¡No eres la libertad; disfraces fuera,
licencia desgredada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo!

XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
los humanos instintos se desborden
con el rugido del volcán que estalla,
y en medio del tumulto y la anarquía,
como corcel indómito, el desorden
no respete ni látigo ni valla.

XXII

¿Quien podrá detenerle en su carrera?
¿Quien templar los impulsos de la fiera
y loca multitud enardecida,
que principia a dudar y ya no espera
hallar en otra luminosa esfera
bálsamo a los dolores de esta vida?

XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,
rotas ya sus mortales ligaduras,
mira doquier con ojos espantados
por toda la extensión del horizonte
dilatarse a sus pies vastas llanuras,
ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV

Y excitando su afán calenturiento
tanta grandeza y tanto poderío
de la codicia el persuasivo acento
grítale audaz: -¡El cielo esta vacío!
¿A quien temer? -Y ronca y sin aliento
la muchedumbre grita: -¡Todo es mío!

XXV

Y en el tumulto su puñal afila,
y en la enconada cólera que encierra
enturbia y enardece su pupila,
y ensordeciendo el aire en son de guerra
hace temblar bajo sus pies la tierra,
como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI

No esperéis que esa turba alborotada
infunda nueva sangre generosa
en las venas de Europa desmayada;
ni que termine su fatal jornada,
sobre el ara desierta y polvorosa
otro Dios levantando con su espada.

XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo a su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal, ¡es la materia que se mueve!

XXVIII

Y buscará la libertad en vano,
que no arraiga en los crímenes la idea
ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
pronto a estallar; que el rayo y el tirano
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

(1836-1870)

Rimas

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuanta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay!, pensé; cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: «¡Levántate y anda! »

* * *

Como se arranca el hierro de una herida
su amor de las entrañas me arranqué,
aunque sentí al hacerlo que la vida
me arrancaba con él.

Del altar que la alcé en el alma mía
la voluntad su imagen arrojó,
y la luz de la fe que en ella ardía
ante el ara desierta se apagó.

Aún, para combatir mi firme empeño
viene a mi mente su visión tenaz...
¡Cuándo podré dormir con ese sueño
en que se acaba el soñar!

* * *

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres... ,
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más hermosas,

sus flores se abrirán.

Pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer como lágrimas del día...

ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;
tu corazón de su profundo sueño
tal vez despertará.

Pero mudo y absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te he querido... , desengáñate,
¡así no te querrán!

* * *

Cuando en la noche te envuelven
las alas de tul del sueño,
y tus curvadas pestañas
semejan arcos de ébano,
por escuchar los latidos
de tu corazón inquieto
y reclinar tu dormida
cabeza sobre mi pecho,

diera, alma mía,
cuanto poseo;
¡la luz, el aire
y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
en un invisible objeto
y tus labios ilumina
de una sonrisa el reflejo,
por leer sobre tu frente
el callado pensamiento
que pasa como la nube
del mar sobre el ancho espejo,

diera, alma mía,
cuanto deseo:
¡la fama, el oro,
la gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua,
y se apresura tu aliento
y tus mejillas se encienden,

y entornas tus ojos negros,
por ver entre tus pestañas
brillar con húmedo fuego
la ardiente chispa que brota
del volcán de los deseos,

diera, alma mía,
por cuanto espero:
¡la fe, el espíritu,
la tierra, el cielo!

* * *

Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y a su albor primero,
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento.
*!Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

De la casa en hombros
lleváronla al templo
y en una capilla
dejaron el féretro.
Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas

y de paños negros.

Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.

De un reloj se oía
acompasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento:
*!Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

De la alta campana
la lengua de hierro,
le dio, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila
formando el cortejo.

Del último asilo
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta.
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronla luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro
el sepulturero,
cantando entre dientes,
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en las sombras
medité un momento:
*!Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos.

... ..
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos, los muertos!

Las ropas desceñidas,
desnudas las espadas,
en el dintel de oro de la puerta
dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros
que defienden la entrada,
y de las dobles rejas en el fondo
la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen
que en el ensueño pasa,
como un rayo de luz tenue y dique
entre tinieblas nada. [fuso

Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma;
como atrae un abismo, aquel

hacia sí me arrastraba. [misterio

Mas, ¡ay!, que de los ángeles
parecían decirme las miradas:

-El umbral de esta puerta
sólo Dios lo traspasa.

AUGUSTO FERRAN

(1836-1880)

«!Qué a gusto sería...!»

¡Qué a gusto sería
sombra de tu cuerpo!
¡Todas las horas del día de cerca
te iría siguiendo!
Y mientras la noche
reinara en silencio,
toda la noche mi sombra estaría
pegada a tu cuerpo.
Y cuando la muerte
llegara a vencerlo,
solo una sombra por siempre serían
mi sombra y tu cuerpo.

TEODORO LLORENTE

(1836-1911)

La melancolía

A la luz tibia de otoñal ocaso
entre marchitos árboles torcía
mi errante senda el caprichoso ocaso;
deidad hermosa y triste hallé a mi paso
y eras tú esa deidad, Melancolía.

De derribado muro rotas piedras
eran tu trono, al que mullida alfombra
las enlazadas hiedras
daban, y un sauce vacilante sombra;
allí sentada, al cielo transparente
levantabas, marcada con el sello
de tranquilo dolor, la augusta frente;
y brillaba en tus ojos seductores
el que nos dejan pálido destello
los perdidos amores.

Me miraste llegar, y sonreíste
con la incierta sonrisa
que deja al alma triste
entre el dolor y el júbilo indecisa;
y a mi viniendo con semblante amigo,
me asiste de la diestra, y apartando
las mustias ramas, con acento blando
cariñosa exclamaste: «Ven conmigo.»

Y contigo crucé la selva umbrosa,
y vi morir las luces de la tarde,
y vi nacer la estrella esplendorosa
que la primera en las tinieblas arde,
y respire feliz el triste encanto
que, halagándonos más que la alegría,
los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día,
escalo audaz las pardas
rocas del monte, y a la oscura umbría
voy, donde fiel a tu amador aguardas;
y de tu mano asido
la senda busco del oculto nido;
y donde el breve espacio el bosque cierra,
nuestro horizonte con sus verdes velos,
evoco los recuerdos de la tierra

y tú las esperanzas de los cielos.

VICENTE W. QUEROL

(1836-1889)

En Nochebuena

A mis ancianos padres.

I

Un año mas en el hogar paterno
celebramos la fiesta del Dios-Niño,
símbolo augusto del amor eterno
cuando cubre los montes el invierno
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
o en el que el santo de los padres llega,
la turba alegre de los niños juega,
y en la ancha sala la familia toda
de noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla
del pequeño dormido en la mejilla
que con tímido afán su madre besa;
y se refleja alegre en la vajilla
de la dispuesta mesa.

IV

A su sobrino, que lo escucha atento,
mi hermana dice el pavoroso cuento,
y mi otra hermana la canción modula que,
o bien surge vibrante, o bien ondula
prolongada en el viento.

V

Mi madre tiende las rugosas manos
al nieto que huye por la blanda alfombra;
hablan de pie mi padre y mis hermanos,
mientras yo, recatándome en la sombra,
pienso en hondos arcanos.

VI

Pienso que de los días de ventura
las horas van apresurando el paso,
y que empaña el Oriente niebla oscura,
cuando aún el rayo trémolo fulgura,
último del ocaso.

VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Como envenena
las breves dichas el temor del daño!
Hoy presidís nuestra modesta cena,
pero en el porvenir... yo sé que un año
vendrá sin Nochebuena.

VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo
serán muda aflicción y hondo sollozo.
No cantará mi hermana, y mi sobrina
no escuchará la historia peregrina
que le da miedo y gozo.

IX

No dará nuestro hogar rojos destellos
sobre el limpio cristal de la vajilla,
y, si alguien osa hablar, será de aquellos
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla
con sus blancos cabellos.

X

Blancos cabellos cuya amada hebra,
es cual corona de laurel de plata,
mejor que esas coronas que celebra
la vil lisonja, la ignorancia acata,
y el infortunio quiebra.

XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo
la sublime bondad de vuestro rostro,
mi alma a los trances de la vida templo,
y ante esa imagen para orar me postro,
cual me postro en el templo.

XII

Cada arruga que surca ese semblante

es del trabajo la profunda huella,
o fue un dolor de vuestro pecho amante.
La historia fiel de una época distante
puedo leer yo en ella.

XIII

La historia do los tiempos sin ventura
en que luchasteis con la adversa suerte,
y en que, tras negras horas de amargura,
mi madre se sintió más noble y pura
y mi padre más fuerte.

XIV

Cuando la noche toda en la cansada
labor tuvisteis vuestros ojos fijos,
y, al venceros el sueño a la alborada,
fuerzas os dio posar vuestra mirada
en los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una
con noble orgullo, por mi faz yo siento,
pensando que hayan sido, por fortuna,
esas honradas manos mi sustento
y esos brazos mi cuna.

XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera
pagaros hoy lo que en mi edad primera
sufristeis sin gemir, lenta agonía,
y que cada dolor de entonces fuera
germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo
de ver al hijo convertirse en mozo,
mientras que al verme yo en vuestra presencia
siento mi dicha ahogada en el sollozo
de una temida ausencia.

XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo
pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?

Yo os daría mi sangre de mancebo,
tornando así con ella a vuestras venas
esta vida que os debo.

XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga
pensando en la posible despedida,
que imagino ha de ser tarea amarga
llevar la vida, como inútil carga
después de vuestra vida.

XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
miro acercarse con profundo espanto,
y en dudas grita el corazón sensible:
«Si aplacar al destino es imposible,
¿para que amaros tanto?»

XXI

Para estar juntos en la vida eterna
cuando acabe esta vida transitoria;
si Dios, que el curso universal gobierna,
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
yo no aspiro a más gloria.

XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma
será que prolonguéis la dulce calma
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra;
para marchar yo solo por la tierra
no hay fuerzas en mi alma,

JOSE MARTINEZ MONROY

(1837-1861)

Cruzando el Mediterráneo

¡Hermosa noche! Por oriente asoma
de bruma envuelta en anchurosa franja,
y cruzando sus velos en la altura,
doquiera tibia oscuridad derrama.
Huye la luz bordando las esferas
con ricas orlas de colores varias,
y en los mares revueltos del ocaso
la refulgente cabellera baña.
Teñida en rayos de ilusión, desea
flotar ligera en la extensión del alma
rasgar los tules y aspirar los gratos
frescos aromas que suspende el aura.
Tiembla la brisa de placer, meciendo
los blandos pliegues de ondulantes gasas
partiendo sombras, las espesas nubes
el aire en cintas de arrebol desgarran;
y el cielo por encima de los orbes
corona de diamantes, se destaca.
¡Hermosa noche! Las estrellas brotan
cual copos de zafir, rosas de nácar
que al perfumado ambiente de los cielos
sus pétalos de chispas abrillantan.
La luna, su fulgor plácido y triste
rompiendo, bellos tornasoles lanza,
florón do cuelgan los perdidos paños
que en la bóveda inmensa se desatan,
encantada azucena, sol de nieve,
globo de luz de rutilante plata,
águila de la noche, que tendiendo
allá, en lo azul, con majestad las alas
reposa sus miradas sobre el mundo,
que entre velos de lumbre pura y blanca
y en los brazos mecida del espacio,
con sueño arrobador, muda descansa
y sus rayos, en hilos destilados
por el tenue vapor rielando pasan,
y mil plumas fantásticas dibujan
del mar tranquilo en las azules aguas.
El mar, undoso ceñidor celeste,

que con sus lazos a la tierra abarca,
y colgada, en los cielos la suspende,
con un jirón del firmamento atada;
el mar, la losa del sepulcro inmenso
que el cadáver del mundo encierra y guarda
do sus copas altísimas cimbread,
cual sauces de la muerte, las montañas
el mar, que empaña su cristal bramando
al aliento que el aire desparrama,
sepultando una ola en otra ola
que se pierden gimiendo en sus entrañas,
cual del triste los míseros gemidos
se pierden en el mar de la esperanza.
Allá, extendida en la dudosa línea
que en el vasto horizonte se señala,
donde las ondas apacibles mueren,
donde se besan con amor las aguas,
cual tierno corazón que infunde vida
en el gigante mundo, late Italia.
Pedazo de la lumbre de la gloria
que las cenizas de la tierra inflama;
mentira hermosa, del Edén caída;
de una bella ilusión sagrada estatua,
que yace sepultada entre ilusiones,
lira doliente, melodiosa arpa
que del cielo en la crespas cabellera
sus cuerdas de marfil y oro enredaba,
hasta tanto que al mundo desprendida
osaron los tiranos desgarrarla,
para tejer con ellas sus coronas,
para cubrir de su borrrón la infamia.
Y hoy sus tonos armónicos anega
entre el llanto inmensísimo que abrasa
los senos de la mar, como los mártires
anegan sus quejidos entre lágrimas;
y hoy descansa en monótona agonía
con laureles de espuma coronada,
blancas flores del campo de los mares
que su perfume de murmullo exhalan;
y al aire de su llanto dolorido,
y al aura dice, si la besa el aura,
que pida al cielo libertad y vida
¡ay!, porque vida y libertad le faltan.

ROSALIA DE CASTRO

(1837-1885)

Las campanas

Yo las amo, yo las oigo,
cual oigo el rumor del viento
el murmurar de la fuente,
o el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas,
tan pronto asoma en los cielos
el primer rayo del alba,
le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van prolongándose
por los llanos y los cerros,
hay algo de candoroso,
de apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en el aire y en el cielo!
¡Qué silencio en las iglesias!
¡Qué extrañeza entre los muertos!

Tiempos que fueron

Hora tras hora, día tras día,
entre el cielo y la tierra que quedan
eternos vigías,
como torrente que se despeña
pasa la vida.

Devolvedle a la flor su perfume
después de marchita;
de las ondas que besan la playa
y que una tras otra besándola expiran,
recoged los rumores, las quejas
y en planchas de bronce grabad su armonía.

Tiempos que fueron llantos y risas,
negros tormentos, dulces mentiras,
¡ay!, ¿en dónde su rastro dejaron,
en dónde, alma mía?

BERNARDO LOPEZ GARCIA

(1840-1877)

Dos de Mayo

ELEGIA HEROICA

Oigo patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman, tocando a muerto,
la campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse a otras regiones
en estrofas funerarias,
de la Iglesia las plegarias,
y del Arte las canciones.

* * *

Lloras porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron...
¡A ti, a quien siempre temieron
porque tu gloria admiraron:
a ti, por quien se inclinaron
los mundos de zona a zona
a ti, soberbia matrona,
que, libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona!...

* * *

Doquiera la mente mía
sus alas rápida lleva,
allí un sepulcro se eleva
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola
hasta el Africa, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

* * *

Tembló el orbe a tus legiones
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria,
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo
ni en los ámbitos del mundo
ni en el libro de la Historia.

* * *

Siempre en lucha desigual
cantan su invicta arrogancia
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu seno virginal
no arraigan extraños fueros,
porque indómitos y fieros
saben hacer tus vasallos
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

* * *

Y hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto...
¡Espacio falta a mi canto
para maldecir su nombre! ...
Sin que el recuerdo me asombre,
con ansia abriré la Historia;
presta luz a mi memoria,
y el mundo y la patria a coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

* * *

Aquel genio de ambición
que, en su delirio profundo,
cantando guerra hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león,
ansiando a España regir;
y no llegó a percibir,
ebrio de orgullo y poder

que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

* * *

¡Guerra!, clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra!, repitió la lira
con indómito cantar;
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra
cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡Venganza y guerra!

* * *

La virgen con patrio ardor
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
odio a muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmada está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere
lánzate al combate y muere;
tu madre te vengará...»

* * *

Y suenan patrias canciones
cantando santos deberes,
y van roncas las mujeres
empujando los cañones,
al pie de libres pendones,
el grito de patria zumba.
Y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba...

* * *

Mártires de la lealtad,
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo

y honra de la Humanidad...
En la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que, hasta que España sucumba
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

EVARISTO SILIO

(1841-1874)

Una tarde

¡Tarde horrible! ¡Del horizonte
la alta esfera, negro velo
recubrió;
triste, oscuro estaba el monte,
triste el valle, triste el cielo,
triste yo!

En medio al cuadro sombrío
de pavora todo acento
feneció;
mudo estaba el manso río,
muda el ave, mudo el viento,
mudo yo.

De la aldea la cabaña
buscó un ser mi vista; en vano
le buscó;
sola estaba la montaña,
solo el bosque, solo el llano,
¡solo yo!

Y tras el negro horizonte
solo el poder soberano
que hoy logró
que ni una flor guarde el monte,
ni una el bosque, ni una el llano,
¡ni una yo!

¡Ah! Del tiempo la honda saña
seremos en este arcano
que él formó,
polvo estéril la montaña,
polvo el bosque, polvo el llano,
¡polvo yo!

EUSEBIO BLASCO

(1844-1903)

«Explicando una tarde Anatomía...»

Explicando una tarde Anatomía
un sabio profesor
del corazón a sus alumnos daba
perfecta descripción.
Anonadado por sus propias penas,
la cátedra olvidó;
y a riesgo de que loco le creyeran,
con alterada voz:
«Dicen, señores, exclamaba pálido,
que nadie consiguió
vivir sin esa víscera preciosa.
¡Error, extraño error!
Hay un ser de mi ser, una hija mía,
que ayer me abandonó;
¡las hijas que abandonan a sus padres
no tienen corazón!»
Un estudiante que del aula oscura
se oculta en un rincón,
mientras los otros, asombrados, oyen
tan público dolor,
sonriendo a un amigo y compañero
le dijo a media voz:
«¡Piensa que a su hija el corazón le falta...
y es que le tengo yo!»

ANTONIO FERNANDEZ GRILO

(1845-1906)

Las ermitas de Córdoba

Hay de mi alegre sierra
sobre las lomas
unas casitas blancas
como palomas.

Les dan dulces esencias
los limoneros,
los verdes naranjales
y los romeros.

¡Allí junto a las nubes
la alondra trina,
allí tiende sus brazos
la cruz divina!

¡La vista arrebatada
vuela en su anhelo
del llano a las ermitas;
de ellas, al cielo!

Allí olvidan las almas
sus desengaños;
allí cantan y rezan
los ermitaños.

¡El agua que allí oculta
se precipita,
dicen los cordobeses
que está bendita!

¡Prestan a aquellos nidos
luz los querubas,
guirnalda las estrellas,
mantos las nubes!

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
Para llegar al cielo,
¡cuán poco falta!
¡Puso Dios en los mares
flores de perlas;

en las conchas, joyeros
donde esconderlas;
en el agua del bosque,
frescos murmullos:
de abril en las auroras,

rojos capullos;
arpas de paraíso
puso en las aves;
en las húmedas áureas,
himnos süaves,
y para dirigirle
preces benditas,
puso altares y flores
en las ermitas!

¡Las cuestas por el mundo
dan pesadumbre
a los que desde el suelo
buscan la cumbre!

Subid adonde el monje
reza y trabaja:
¡más larga es la vereda
cuando se baja!

¡Ya la envuelva la noche,
ya el sol alumbre,
buscad a los que rezan
sobre la cumbre!

¡Ellos de santos mares
van tras el puerto;
caravana bendita
de aquel desierto!

Forman música blanda
de un campanario;
de semillas campestres
santo rosario;

de una gruta en el monte,
plácido asilo;
de una tabla olvidada,
lecho tranquilo;
de legumbres y frutas
pobres manjares,
parten con los mendigos
en sus altares.

¡Allí la cruz consuela,
la tumba advierte,
allí pasa la vida
junto a la muerte!

Por los ojos que finge
la calavera,
ven el mundo... y su vana
pompa altanera.

¡Calavera sombría
que en bucles bellos
adornaron un día
ricos cabellos!

Esos huecos oscuros
que se ensancharon,
fueron ojos que vieron
y que lloraron.

¡Por esas agrietadas
formas vacías,
penetraron del mundo
las armonías!

¿Qué resta ya del libre,
mágico anhelo,
con que esa frente altiva
se alzaba al cielo?

¡La huella polvorosa
de un ser extraño
adornando la mesa
de un ermitaño!

Aquí en la solitaria
celda escondida,
un cráneo dice: ¡Muerte!
Y una cruz : ¡Vida!

... ..

¡Muy alta está la cumbre!
¡La cruz muy alta!
¡Para llegar al cielo
cuán poco falta!

MARCOS ZAPATA

(1845-1913)

Ladrar a la luna

¡No desmayes jamás ante una guerra
de torpe envidia y miserables celos!
¿Qué le importa a la luna, allá en los cielos,
que le ladren los perros de la tierra?

Si alguien aspira a derribarte, yerra
y puede ahorrarse inútiles desvelos;
no tan pronto se abate por los suelos
el Escorial que tu talento encierra.

¿Que no cede el ataque ni un minuto?
¿Que a todo trance buscan tu fracaso?
¿Que te cansa el luchar...? ¡No lo disputo!

Mas oye, amigo, este refrán de paso:
¡Se apedrean las plantas que dan fruto!
¿Quién del árbol estéril hace caso?

MARCOS ZAPATA

(1845-1913)

Ladrar a la luna

¡No desmayes jamás ante una guerra
de torpe envidia y miserables celos!
¿Qué le importa a la luna, allá en los cielos,
que le ladren los perros de la tierra?

Si alguien aspira a derribarte, yerra
y puede ahorrarse inútiles desvelos;
no tan pronto se abate por los suelos
el Escorial que tu talento encierra.

¿Que no cede el ataque ni un minuto?

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

se miraron todavía.
Ella dijo no sé qué
señalando hacia el espejo.
El murmuró «¡Pobre viejo!»
bebió despacio y se fue.

III

Cae la tarde; el sol anega
en pardas nubes su luz;
envuelta en negro capuz
medrosa la noche llega.
Dos sombras van a la fuente,
las dos beben a porfía,
y aun no sacia el agua fría
sed atrasada y ardiente.
Se miran y no se ven;
pero pronto, por fortuna,
subirá al cielo la luna
y podrán mirarse bien.
Al fin su luz transparente
el espacio iluminó,
y en espejo convirtió
los cristales de la fuente.
Y eran las sombras ideales,
bajo el agua sumergidas,
de tal modo parecidas,
que al partir las sombras reales
de sus destinos en pos,
o por darse mala maña,
o por confusión extraña,
cada sombra de las dos
tomó en el líquido espejo
lo primero que encontróse,
y sin notarlo, llevóse
de la otra sombra el reflejo.

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

JUAN LEON MERA
(1832-1894)

Indiana

Indica bella, Cori adorada,
el astro sumo tu tez morena
te dio, y la luna, la luz serena
de tu mirar.

Tiñó tu trenza noche atezada;
pintó tus labios la rósea aurora;
te dio tu talle la cimbradora
palma real.

Las tiernas aves de la montaña
te han enseñado gratos cantares;
gracias te han dado los tutelares
genios del bien.

Miel en tu lengua la dulce caña
vertió, y la brisa, que entre las flores
vuela, a tu aliento dio los olores
de algún clavel.

Pero, ¡ay!, los Andes, cuando naciste,
alma de crudo hielo te han dado,
y de sus rocas, ¡ay!, han formado
tu corazón.

Pues no te inflamas al ver al triste
yupanqui en llanto por ti deshecho
ni su gemido hiere tu pecho,
que nunca amó.

MARCOS ZAPATA

(1845-1913)

Ladrar a la luna

¡No desmayes jamás ante una guerra
de torpe envidia y miserables celos!
¿Qué le importa a la luna, allá en los cielos,
que le ladren los perros de la tierra?

Si alguien aspira a derribarte, yerra
y puede ahorrarse inútiles desvelos;
no tan pronto se abate por los suelos
el Escorial que tu talento encierra.

¿Que no cede el ataque ni un minuto?
¿Que a todo trance buscan tu fracaso?
¿Que te cansa el luchar...? ¡No lo disputo!

Mas oye, amigo, este refrán de paso:
¡Se apedrean las plantas que dan fruto!
¿Quién del árbol estéril hace caso?

MANUEL GONZALEZ PRADA

(1848-1918)

El mitayo

-Hijo, parto: la mañana
reverbera en el volcán.
Dame el báculo de chonta,
las sandalias de jaguar.

-Padre, tienes las sandalias,
tienes el báculo ya,
mas ¿por qué me ves y lloras?
¿A qué región, dime, vas?

-La injusta ley de los blancos
me arrebató del hogar.
Voy al trabajo y al hambre,
voy a la mina fatal.

-Tú, que partes hoy en día,
¿cuándo, cuándo volverás?

-Cuando el llama de las punas
ame el desierto arenal.

-¿Cuándo el llama de las punas
las arenas amará?

-Cuando el tigre de los bosques
beba las aguas del mar.

-¿Cuándo el tigre de los bosques
en los mares beberá?

Cuando del huevo de un cóndor
nazca la sierpe mortal.

-¿Cuándo del huevo de un cóndor
una sierpe nacerá?

-Cuando el pecho de los blancos
se conmueva de piedad.

-¿Cuándo el pecho de los blancos
piadoso y tierno será?

-Hijo, el pecho de los blancos
no se conmueve jamás.

MANUEL ACUÑA

(1849-1873)

Nocturno a Rosario

Pues bien, yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito que te imploro
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías;
que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
que ya no sé ni donde
se alzaba el porvenir

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
camino mucho, mucho
y al fin de la jornada
las formas de mi madre
se pierden en la nada,
y tú de nuevo vuelves
en mi alma a aparecer.

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos;
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos
bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos

te quiero mucho más.

A veces pienso en darte,
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y huir de esta pasión;
mas si es en vano todo
y mi alma no te olvida,
¡qué quieres tú que yo haga
pedazo de mi vida;
qué quieres tú que yo haga
con este corazón!

Y luego que ya estaba,
concluido el santuario,
la lámpara encendida
tu velo en el altar,
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
y abierta allí a lo lejos
la puerta del hogar...

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
los dos, una sola alma,
los dos, un solo pecho,
y en medio de nosotros
mi madre como un Dios!

¡Figúrate que hermosas
las horas de la vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
mi santa prometida,
y al delirar en eso
con alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno
por ti, no más por ti.

Bien sabe Dios que ése era
mi más hermoso sueño,
mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;

¡bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño,
sino en amarte mucho
en el hogar risueño
que me envolvió en sus besos
cuando me vio nacer!

Esa era mi esperanza...
mas ya que a sus fulgores
se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,
¡adiós por la vez última,
amor de mis amores;
la luz de mis tinieblas,
la esencia de mis flores;
mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

JOSE VELARDE

(1849-1892)

Tempestades

I

Como produce estancamiento insano,
si es duradera, la apacible calma
amo la tempestad embravecida
que esparce los efluvios de la vida,
al romper en los cielos o en el alma.

II

El rugiente Oceano
cuando lo azotan roncoss vendavales,
se corona magnífico de espumas,
cuaja en su seno perlas y corales
y vida emana levantando brumas;
y el pantano sereno,
traidor oculto bajo verde lama,
asilo es de reptil y forma el cieno,
que implacable, mortífero veneno
por la tranquila atmósfera derrama.

III

Cuando se tiende, como negro manto,
en el azul fluido,
espesa nube produciendo espanto,
súbito el rayo rásgala encendido,
resuena conmoción atronadora,
y el nublado espantoso, estremecido,
en lluvia se deshace bienhechora.

IV

Cuando chocan las nubes, en la mente
vibra y relampaguea,
como rayo fulgente,
la luminosa idea;
con voz de trueno la palabra brota,
y el nublado iracundo
va cayendo deshecho gota a gota,
en lluvia de verdades sobre el mundo.

V

En el fondo del alma el bien palpita;
el ánimo, enervado en los placeres,
cobra en la adversidad fuerza infinita,
y en el laboratorio de los seres,
todo aquello que ha muerto, resucita.

La tormenta es presagio de bonanza;
del desengaño nace la experiencia;
de la duda, la ciencia,
y del triste infortunio, la esperanza.

Un espinoso arbusto da la rosa;
sale volando de la larva inerte,
como una alada flor, la mariposa;
brilla el iris en nube ennegrecida.
y bullen en el seno de la muerte
los gérmenes fecundos de la vida.

VI

La gloria es grande, si la lucha es fuerte;
la estatua a golpes de cincel se labra;
la tierra, con el hierro del arado,
y el error de su altar cae desplomado
al golpe inmaterial de la palabra.

El seno se desgarrar al nacimiento;
la religión se prueba en el martirio;
la virtud es combate turbulento;
el genio, tempestad, fiebre, delirio.

Al soplo del simún crecen las palmas;
surgen de las borrascas las centellas;
del incendio del caos, las estrellas,
¡y el amor, del incendio de las almas!

VII

El vértigo en el caos se desata;
a una explosión de vaporosas moles,
el espacio se forma y se dilata,
y lo surcan estrellas, mundos, soles,
volteando en hirviente catarata,
entre nubes y truenos y arreboles:
llena el *fiat* de luz toda la esfera,
y es la creación la tempestad primera.

VIII

La negra sombra se condensa, crece,
y el espléndido azul del cielo empaña;
mas súbito lo alumbra y lo enrojece
vivo incendio que brota en la montaña.
El Sinaí gigante se estremece;
derriba el cedro el aquilón con saña;
rueda el trueno en los aires retumbando;
brama la tempestad... ¡Dios está hablando!

IX

Se eclipsa el claro sol y zumba el notó;
se abre en curvo zig-zag la roca dura;
sacude mar y tierra el terremoto;
sale de la volcada sepultura
el esqueleto carcomido y roto,
y oyen los hombres con mortal pavor
la borrasca, que entona el miserere,
¡ay!, a Jesús, que por salvarnos muere.

SALOME UREÑA DE ENRIQUEZ

(1850-1897)

Sombras

Alzad del polvo inerte,
del polvo arrebatad el arpa mía,
melancólicos genios de mi suerte.
Buscad una armonía
triste como el afán que me tortura,
que me cercan doquier sombras de muerte
y rebosa en mi pecho la amargura.

Venid, que el alma siente
morir la fe que al porvenir aguarda
venid, que se acobarda
fatigado el espíritu doliente
mirando alzar con ímpetu sañudo
su torva faz el desencanto rudo,
y al entusiasmo ardiente
plegar las alas y abatir la frente.

¿No veis? Allá, a lo lejos,
nube de tempestad siniestra avanza
que oscurece a su paso los reflejos
del espléndido sol de la esperanza.
Mirad cual fugitivas
las ilusiones van, del alma orgullo
no como ayer, altivas,
hasta el éter azul tienden el vuelo,
si a recibirlas, con piadoso arrullo,
sus pórticos de luz entreabre el cielo.

¿Cual será su destino?
Proscritas, desoladas, sin encanto,
en el vértigo van del torbellino,
y al divisarlas, con pavor y espanto,
sobre mi pecho la cabeza inclino.
¡Se estremece el alcázar opulento,
de bien, de gloria, de grandeza suma,
que fabrica tenaz el pensamiento;
bajo el peso se rinde que le abruma!
Conmuévese entre asombros,
de la suerte a los ímpetus terribles;
y se apresta a llorar en sus escombros
el ángel de los sueños imposibles.

Venid, genios, venid, y al blando halago,

de vuestros himnos de inmortal tristeza,
para olvidar el porvenir aciago
se aduerma fatigada mi cabeza.
Del arpa abandonada,
al viento dad la gemebunda nota,
mientras que ruge la tormenta airada
y el infortunio azota
la ilusión por el bien acariciada,
y huye la luz de inspiración fecunda
y la noche del alma me circunda.

Mas, ¡ah!, venid en tanto
y adormeced el pensamiento mío
al sonoro compás de vuestro canto.
¡Meced con vuestro arrullo el alma sola!
Dejad que pase el huracán bravío,
y que pasen del negro desencanto
las horas en empuje turbulento,
como pasa la ola,
como pasa la ráfaga del viento.

Dejad que pase, y luego,
a la vida volvedme, a la esperanza,
al entusiasmo en fuego;
que es grato tras la ruda
borrasca de la duda,
despertar a la fe y la confianza,
y tras la noche de dolor, sombría,
cantar la luz y saludar el día.

EMILIO FERRARI

(1850-1907)

¡Semper!

Arrojada en los escarpes
de la costa en que halló abrigo,
inválida del naufragio,
veterana del peligro,

la vieja barca se pudre
sobre los ásperos guijos
crujiendo al viento que azota
sus tabloncillos carcomidos.

Al ascender la marea,
el mar, su señor antiguo,
en los brazos de sus olas
la levanta convulsivo,
y entre impetuosas caricias
la habla, rugiendo y magnífico,
de combates y aventuras,
de escollos y torbellinos.

Declina el sol; de la tarde
se aspira el ósculo tibio;
sus penetrantes aromas
confunden brea y marisco;

delante está lo insondable
más allá está lo infinito,
mas allá... más allá el mundo
poblado por el delirio.

... ..

Columpiada en la rompiente,
sin velas, jarcias ni rizos,
aún siente la vieja barca
la tentación del abismo.

MANUEL CURROS ENRIQUEZ

(1851-1908)

El árbol maldito

Me lo contó un piel roja cazando en la Luisiana.
Cuando el Señor los montes de América pobló,
dejó un espacio estéril en la extensión lozana,
y en ese espacio yermo, de arena seca y vana,
donde no nace el trébol ni crece la liana,
el diablo plantó su árbol y luego... descansó.

El suelo en que brotara, de savia y jugos falto,
que interiormente cruzan en direcciones mil
volcánicas corrientes de liquido basalto,
de su raíz opúsose al invasor asalto,
mientras su copa hiere, perdida allá en lo alto,
el rayo tempestuoso, colérico y hostil.

Así, por tierra y cielo sin tregua combatido,
el árbol sus antenas tendió en oscura red
por la ancha superficie del páramo abatido,
y allí donde el cadáver hallaba de un vencido,
de las salvajes hordas al ímpetu caído,
bebiéndole la sangre calmó su ardiente sed.

El llanto de las tribus guerreras, derrotadas,
nutrió su tronco débil prestándole vigor;
y en misteriosa química, las savias combinadas
de lágrimas y sangre por él asimiladas,
pobláronse de vástagos punzantes como espadas
y de hojas le cubrieron de cárdeno color.

Sus ramas, por el viento del septentrión mecidas,
sonaban tristemente con canto funeral,
y, de la luna al beso lascivo estremecidas,
en flores reventaron que, al aire suspendidas,
vertían de sus cálices esencias corrompidas,
la atmósfera impregnando de un hálito mortal.

Leones y elefantes, su sombra pestilente
temiendo, nunca osaron llegar en torno de él:
sobre él desliza el ave sus alas raudamente,
torció el jaguar su senda, si le encontró de frente,
y el oso sibarita, que sus aromas siente,
contéplale de lejos, soñando, con su miel.

Mas solamente es grata la pulpa que destila
a insectos y reptiles, del silfo al caracol,
por ella, en torno al árbol, tenaz la mosca oscila,

la araña encuentra en ellas las gomas con que hila,
y viene a saborearla, candente la pupila,
el saurio, que dilata sus vértebras al Sol.

Por respirar sus densos efluvios penetrantes,
la víbora abandona su rústico dosel,
los pútridos pantanos, los cínifes vibrantes,
sus hoyos las serpientes de escamas repugnantes,
sus matas las luciérnagas policromo-cambiantes,
su hogar la salamandra de jaspeada piel.

La oruga su capullo, que rompe con trabajo,
su celda arquitectónica la abeja monacal,
su limo la babosa perdida en el atajo,
su lecho de detritus el sucio escarabajo,
su llano la langosta, su charca el renacuajo,
su huevo el infusorio, la larva su cendal.

Y de esa fauna exótica la multitud bravia,
de entrambos hemisferios monstruosa producción,
se cobijaba al árbol o nido en él hacía,
en tanto que en su fronda magnífica y sombría
los genios de los bosques, al fenecer el día,
celebran conciliábulo de muerte y destrucción.

JOSE ESTREMER

(1852-1895)

¡Victoria!

I

-Tranquilo ve, mi hermoso caballero;
vence, humilla, derrota al moro fiero,
que, pues vas a la guerra, yo deploro
no poder ir contigo contra el moro.

Pero..., si, que mudando nombre y traje,
a tu lado estaré; seré tu paje.
Es vano que te opongas; yo te sigo,
para, si has de morir, morir contigo;
y por si tienes de vencer 1a gloria,
a tu lado gozar de la victoria.

II

-Ya sé, moro traidor, mi triste suerte.
En tu poder estoy; dame la muerte,
Matarme, a tu valor será un ultraje;
¡gran victoria es vencer a un pobre paje!

-Paje, no tal, hermosa castellana.

- ¡Qué!

-Te he visto bañarte esta mañana,
y eres, ¡fingido paje!, una doncella,
y me has enamorado por lo bella.
Si lograra gozar de tus favores,
fueran tus castellanos vencedores,
porque yo con mis huestes, niña hermosa,
emprendiera una fuga vergonzosa;
mas, logrando tu amor, niña hechicera,
¡que me juzgue la Historia como quiera!

III

Clarines y añafles y atabales
hacen en la ciudad salva y señales
de que viene el ejército cristiano
victorioso del fiero mahometano.
Vedlos; se acercan ya. Viene el primero
con su paje el hermoso caballero,
coronado de lauros y de gloria,
tremolando el pendón de la victoria.

SALVADOR DIAZ MIRON

(1853-1926)

Cintas de sol

I

La joven madre perdió a su hijo,
se ha vuelto loca y está en su lecho.
Eleva un brazo, descubre un pecho,
suma las líneas de un enredijo.

El dedo en alto y el ojo fijo
cuenta las curvas que ornan el techo
y muestra un rubio pezón, derecho,
como en espasmo y ardor de rijo;

En la vidriera, cortina rala,
tensa y purpúrea cierne curiosa;
lumbre, que tiñe su tenue gala.

¡Y roja lengua cae y se posa,
y con delicia treme y resbala
en el erecto botón de rosa!

II

Cerca, el marido forma concierto
¡ofrece el torpe fulgor del día
desesperada melancolía
y en la cintura prueba el desierto!

¡Ah! Los olivos del sacro huerto
guardan congoja ligera y pía.
El hombre sufre doble agonía:
¡la esposa insana y el niño muerto!

Y no concibe suerte más dura;
y con el puño crispado azota
la sien, y plañe su desventura.

¡Llora en un lampo la dicha rota;
y el rayo juega con la tortura
y enciende un iris en cada gota!

III

Así la lira. ¿Qué grave duelo
rима el sollozo y enjoya el luto
y a la insolencia paga tributo
y en la jactancia procura vuelo?

¿Que mano digna recama el velo

y la ponzoña del triste fruto,
y al egoísmo del verso bruto
inmola el alma que mira al cielo?

¡La poesía canta la historia;
y pone fértil en pompa espuria;
a mal de infierno burla de gloria!

¡Es implacable como una furia,
y pegadiza como una escoria,
e irreverente como una injuria!

JOSE MARTI

(1853-1896)

«Cultivo una rosa blanca... »

Cultivo una rosa blanca,
en mayo como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo;
cultivo la rosa blanca.

«¿Del tirano? Del tirano... »

¿Del tirano? Del tirano
di todo, di más, y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
di los antros, las veredas
oscuras, di cuanto puedas
del tirano y del error.

¿De mujer? Bien puede ser
que mueras de su mordida,
pero no manches tu vida
diciendo mal de mujer.

Quiero a la sombra de un ala

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de guatemala,
la que se murió de amor.
Eran de lirio los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín; la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
el volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

...Ella, por volverle a ver,

salió a verle al mirador:
el volvió con su mujer:
ella se murió de amor.
Como de bronce candente
al beso de despedida,
era su frente: ¡la frente
que más he amado en mi vida!
...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío;
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos;
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

Versos sencillos

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves;
mi verso es un monte,
y es abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

Mi caballero

Por las mañanas
mi pequeñuelo
me despertaba

con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos;
ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero.
¡Qué suave espuela
los dos pies frescos!
¡Como reía
mi jinetuelo,
y yo besaba
sus pies pequeños
dos pies que entraban
en sólo un beso!

PEDRO B. PALACIOS (ALMAFUERTE)

(1854-1917)

Dios te salve

I

Cuando se haga en ti la sombra;
cuando apagues tus estrellas;
cuando abismes en el fango más hediondo, más infecto,
más maligno, más innoble, más macabro -más de muerte,
más de bestia, más de cárcel-,
tu divina majestad:
no has caído todavía
no has rodado a lo mas hondo...
si en la cueva de tu pecho más ignara, más vacía,
más ruin, más secundaria,
canta salmos la Tristeza,
muerde angustias el Despecho,
vibra un punto, gime un ángel, pía un nido de sonrojos
se hace un nudo de ansiedad.

II

Los que nacen tenebrosos;
los que son y serán larvas;
los estorbos, los peligros, los contagios, los satanes,
los malditos, los que nunca-nunca en seco, nunca, siempre,
nunca misma, nunca, nuncase
podrán regenerar;
no se auscultan en sus noches,
no se lloran a si propios... ;
se producen imperantes, satisfechos-como normas,
como moldes, como pernos, como pesas controlarias,
como básicos puntales-,
y no sienten el deseo
de lo Sano y de lo Puro
ni siquiera un vil momento, ni siquiera un vil instante
de su arcano cerebral.

III

Al que tasca sus tinieblas;
al que ambula, taciturno;
al que aguanta en sus dos lomos-como el peso indeclinable,
como el peso punitorio de cien urbes, de cien siglos,

de cien razas delincuentes
su tenaz obcecación;
al que sufre noche y día
-y en la noche hasta durmiendo-,
como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta,
como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos,
la noción de sus miserias,
la gran cruz de su pasión;
yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas;
yo le beso las dos plantas; yo le digo: «-Dios te salve...
¡Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro,
vaso infame del dolor!»

MIGUEL COSTA LLOBERA

(1854-1923)

El pino de Formentor

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera;
de cedro es su ramaje, de césped su verdor,
anida entre sus hojas perenne primavera
y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
añoso luchador.

No asoma por sus ramos la flor enamorada,
no va la fuentecilla sus plantas a besar;
más báñase en aromas su frente consagrada
y tiene por terreno la costa acantilada,
por fuente el hondo mar.

Al ver sobre las olas rayar la luz divina,
no escucha débil trino que al hombre da placer,
el grito oye salvaje del águila marina,
y siente el ala enorme que el vendaval domina
su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento;
retuerce sus raíces en fuerte peñascal.
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento;
y cual viejo profeta recibe el alimento
de efluvio celestial.

¡Arbol sublime! Enseña de vida que adivino,
la inmensidad augusta domina por doquier.
Si dura le es la tierra, celeste es su destino;
le encanta y aun le sirve el trueno y torbellino
de gloria y de placer.

¡Oh!, sí; que cuando asaltan furiosos la ribera
los vientos y las olas con hórrido fragor,
entonces ríe y canta con la borrasca fiera,
y sobre rotas nubes la augusta cabellera
sacude triunfador.

¡Arbol, tu suerte envidio! Sobre la tierra impura
de un ideal sagrado la cifra en ti he de ver.
Luchar, vencer constante, mirar desde la altura,
vivir y alimentarse de cielo y de luz pura...

¡Oh vida, oh noble ser!

¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundado,
y en las austeras cumbres arraiga con afán.
Verás al pie estrellarse las olas de este mundo,
y libres como alciones sobre ese mar profundo

tus cantos volarán.

JUAN ALCOVER

(1854-1926)

Sed

Es de noche, Israel tiende su hueste
en Odollan agreste.

David en la caverna se encastilla;
la flor de sus guerreros le rodea,
y por el ancho Raphain acampa
la hueste filisteá.

Al otro lado, Bethlehen vigila;
su muro se perfila
coronado de arqueros enemigos;
y el fresco aliento de su gloria abierta
ofrece la cisterna, junto al hueco
de la murada puerta.

Codiciando, sin sueño ni reposo,
el líquido precioso,
David tenía sed.-¡Ah, quién me diera
sólo un sorbo del agua betlemita,
para templar el hálito de fuego
que mi garganta irrita!

En medio de la flor de sus valientes
descuellan, eminentes,
Sema, Jesbánm y Eleazar. Se miran
y, velando su oculto pensamiento,
cruzan, entre las tiendas enemigas,
el vasto campamento.

Saltan reflejos pálidos, fugaces,
de las revueltas haces
y sienten, al pasar, sordo crujido
de quienes rumian o degluten,
y las voces de alerta que a lo largo
del valle repercuten.

Llegan a la cisterna. Ven echados
en tierra tres soldados.
El uno duerme en posición supina,
el otro palpa el puño del acero,
el otro a las imágenes sonríe
de un sueño lisonjero.

Tres para tres-Eleazar murmura;
entre la sombra, oscura,
sin que exhalen un grito, los degüellan;

y en la cisterna al pórtico vecina,
los héroes de David llenan el casco
del agua cristalina.

De nuevo emprenden a la fuerte gruta
la temeraria ruta;
y al trasponer los términos del valle,
suenan voces, tañidos de trompetas,
y en torno de sus cráneos indefensos
silbidos de saetas.

A la presencia de su rey sediento
llegan en salvamento,
y le ofrecen el agua que en el casco
brilla al reflejo de la luz nocturna.
Respóndeles David y el casco toma
como sagrada urna.

«Mal hice en revelar un vil deseo.

Al odio filisteo
expuse las columnas de mi trono,
el precioso licor de vuestras venas,
que apetece la chusma incircuncisa
con avidez de hienas.

»Süave es el olor del incensario,
süave, en el santuario,
el humo de las víctimas ardientes;
empero mas süave es el perfume
del deseo que a Dios sacrificamos
y oculto se consume.

»Gloria al Dios de Israel, que os vuelve ilesos,
si como ardor de huesos
me abrasara la sed, no bebería.

También está sediento el pueblo mío.
¿Por qué yo solo regalar mi boca
en el fresco rocío?

»Sabor de vuestra sangre, oh, mis leales,
hallará en sus raudales
mi labio pecador...» Dice el caudillo,
alza los ojos de vidente al cielo,
y en libación pacífica derrama
el agua por el suelo.

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(A), poeta americano; (M) selección Meléndez Pelayo.

Acosta, Agustín.-La marquesa Eulalia (A)

Acuña Figueroa, Francisco.-¿Por qué su odio?

Acuña, Manuel.- Nocturno a Rosario (A)

Agustini, Delmira.- Mis amores (A)

Alarcón, Pedro Antonio.-El amanecer

Alberti, Rafael. - El Bosco

-A un capitán de navío

-Los ángeles muertos

-De ayer para hoy

-Se equivocó la paloma

Alcázar, Baltasar del.-Una cena

-Su modo de vivir

-Preso de amores

Alcover, Juan.-Sed

Aleixandre, Vicente.-El poeta

-Ciudad del paraíso

-Despedida

-Llueve

Alfonso X. - Cantiga 207

Alfonso XI. - Cantiga

Alonso, Dámaso.-Evocación

-Morir

-Insomnio

Alonso Cortés, Narciso.-La bodega

Altolaguirre, Manuel.-Mi sueño no tiene sitio

-El alma es igual que el aire

-Ojos de puente los míos

-Crepúsculo

Alvarez Gato, Juan.-Quita allá que no quiero

-Amor no me dexes

-Canción

Alvarez Quintero, Hermanos.-En un jardín sonriente

Andrés, Elena.-La Caja de Pandora

-Oh magia de su música

Andreu, Blanca.-En el viejo Mississipi

Anónimo. - Cantar de Rodrigo

-Coplas de la panadera

- [-Danza de la Muerte](#)
- [-Jura en Santa Gadea](#)
- [-Libro de Alixandre, Los grifones amaestrados](#)
- [-Libro de Apolonio, Tarsiana la Juglaresa](#)
- [-Los siete infantes de Lara](#)
- [-Poema de Alfonso Onceno](#)
- [-Poema de Fernán Gonzalez](#)
- [-Poema del Mío Cid](#)
- [-Romance de Abenámar \(M\)](#)
- [-Romance de doña Alda \(M\)](#)
- [-Romance de don Alvaro de Luna](#)
- [-Romance del conde Arnaldos \(M\)](#)
- [-Romance de Blanca-Niña \(M\)](#)
- [-Romance de Bernardo del Carpio](#)
- [-Romance del caballero](#)
- [-Romance del Conde Arnaldos \(M\)](#)
- [-Romance de Fontefrida \(M\)](#)
- [-Romance de la hija del rey de Francia \(M\)](#)
- [-Romance del Infante vengador \(M\)](#)
- [-Romance de la muerte del rey don Pedro](#)
- [-Romance del rey moro que perdió Alhama \(M\)](#)
- [-Romance del rey moro que perdió Valencia.](#)
- [-Romance de Rosa Fresca \(M\)](#)
- [-Romance de los siete infantes de Lara](#)
- [-Seguidillas](#)
- [-Soneto a la mujer y sus años](#)
- [-Soneto a Jesús Crucificado \(atribuido a Santa Teresa\) \(M\)](#)
- [*Anónimo Sevillano, \(Fernández Andrada?\), Epístola moral*](#)
- [*Anselmo, Anselmo de.* -Parque del Oeste](#)
- [*Arciniegas, Ismael Enrique.* -En Colonia](#)
- [*Arcipreste de Hita, \(Juan Ruiz\).* -Cántigas de serrana](#)
- [*Argensola, Lupercio Leonardo de.* -A la esperanza \(M\)](#)
- [-Al sueño \(M\)](#)
- [-La vida en el campo \(M\)](#)
- [*Argensola, Bartolomé Leonardo de.* -Soneto, A una mujer \(M\)](#)
- [-Soneto, Dime Padre común](#)
- [*Arguijo, Juan de.* -Al Guadalquivir \(M\)](#)
- [-La tempestad y la calma \(M\)](#)
- [-La avaricia \(M\)](#)
- [-En segura pobreza vive Eumelo \(M\)](#)
- [*Arjona Martínez, Antonio.* -Sardina en tierra](#)

-La enamorada del obispo

Arjona, Manuel María de. -La diosa del bosque (M)

Arnao, Antonio. -Barcarola (M)

Arolas, Juan. -Sé más feliz que yo (M)

-La odalisca

Bacarisse, Mauricio. -Los estados mayores

Balart, Federico. -Restitución (M)

Balaguer, Vicente. -¿Y quién es el poeta?

Balbuena, Bernardo. -Perdido ando, señora

Barahona de Soto, Luis. -Ve, suspiro caliente

Baroja, Pío. -Prólogo un poco fantástico

-Despedida

Barros, Alonso de. -Proverbios morales

Basterra, Ramón. -El establo

Batres Montúfar, José (A). -Yo pienso en ti

Bécquer, Gustavo Adolfo. -Siempre habrá poesía

Rimas: -Del salón en el ángulo

-Como se arranca

-Volverán las oscuras golondrinas

-Cuando en la noche te envuelven

-Cerraron sus ojos

-Las ropas desceñidas

Bello, Andrés (A). -La agricultura en la zona tórrida (M)

Benavente, Jacinto. -En el "meeting" de la Humanidad

-El reino de las almas

Benedetti, Mario (A). -El hijo

Bengoechea, Javier. -Pequeño relato

Berceo, Gonzalo de. -El labrador avaro

Bergua, Juan B. -A una de sus hijas

-Aniversario

-¿Para qué?

-Ocho años ha

-Año nuevo

Bermúdez de Castro, Salvador. -A los astros

Bernárdez, Francisco Luis. (A) -Estar enamorado

Blanco Fombona, Rufino (A). -Corazón adentro

Blasco, Eusebio. -Explicando una tarde anatomía

Borges, Jorge Luis (A). -Antelación de amor

-Casas como ángeles

-Remordimiento

Borrero, Juana (A). -Última rima

Borrás, Tomás. -La copla de "La Sarneta"

Boscán, Juan. -El ruiñeñor

-A la tristeza

Bretón de los Herreros, Manuel. -A la pereza

-Letrilla satírica

-Dios me libre y me defienda

Brines, Francisco. -La última costa

-Lamento del distinto

Brull, Mariano (A).-Verdehalago

Buscarini, Armando. -Hospital de leprosos

Byrne, Bonifacio (A).-Analogías

Cabanyes, Manuel.-La independencia de la poesía

Cadalso, José. - A Venus

Calderón de la Barca, Pedro. - Cantarcillo

-A las flores (M)

-La vida es sueño

Calle Iturrino, Esteban.-Soneto astronáutico

Camín, Alfonso. -El bandolero de estrellas

Campoamor, Ramón de. -El tren expreso

-Quién supiera escribir (M)

-Murió por ti

-El gran festín

Capdevila, Arturo.-Si la vida es un mal

Caro, José Eusebio (A).-En alta mar

Caro, Rodrigo. - Iba cogiendo flores

-A las ruinas de Itálica

Carranza, Eduardo. (A)-Soneto con una salvedad

Carrere, Emilio.-La musa del arroyo

-Schopenhauer

-Los hijos

-Ocaso sentimental.

Casal, Julián del (A).-Dolorosa

Castillejo, Cristóbal de.-Visita de amor

Castro, Guillén de.-Diálogo

Castro, Gonzalo de.-Dos templos

Castro, Rosalía de.-Las campanas

-Tiempos que fueron

Cea, Francisco.-Al embestir

Celaya, Gabriel.-La poesía es un arma cargada de futuro

-Tú por mí

Cernuda, Luis.-Góngora

Cervantes, Miguel de.-A un valentón

-Viaje al Parnaso

-Ovillejos

-Al túbulo de Felipe II

-Soneto-Oración

Céspedes, Pablo de.-El arte de la pintura

Cetina, Gutierre de.-Madrigal (M)

-Soneto amoroso

Colinas, Antonio.-Nacimiento del amor

-Novalis

Comendador Escrivá.-A la muerte

Conde, Carmen.-Amante

-Revelación

Conde de Villamediana.-Defiéndeme de este mal

-Llegar, ver y entregarme

Coronado, Carolina.-El amor de mis amores

Costa Llobera, Miguel.-El pino de Formentor

Cremer, Victoriano.-Canto total a España

Crespo, Argel.-Un vaso de agua para una madre

Cruz, Sor Juana Inés de la (A).-Redondillas

-Al que ingrato me deja

-Fantasía contenta.

Curros Enríquez, Manuel(A).-El árbol maldito

Cuyás de la Vega, Arturo.-La Milana

Chamizo, Luis.-La naciencia

Darío, Rubén (A).-Canción de otoño en primavera

-Sonatina.

-Marcha Triunfal

-Cosas del Cid

-Los motivos del lobo

Díaz, Leopoldo.-El ánfora

Díaz Mirón, Salvador (A).-Cintas de Sol

Diego, Gerardo.-Romance del Duero

-El ciprés de Silos

-Angelus

-Insomnio

Diego, José de (A).-"Última actio"

Díez-Canedo, Enrique.-Crepúsculo de invierno

-Cantares rimados

Díaz, Leopoldo.-El ánfora

D'Ors, Eugenio.-En el tren

Domechina, Juan José.-Siesta de junio

Domínguez Millán, Enrique.-Aquí estoy ante ti

Duque de Rivas, (véase Saavedra, Angel)

Duyos, Rafael.-Poetas

-Ya no hay islas

Echegaray, José de.-Los tres encuentros

Encina, Juan del. -Villancico

-Ya cerradas son las puertas

Ercilla, Alonso de.-La Araucana (Fragmento)

Escalante, Amós de.-Caligo

Escosura, Patricio de la.-El bulto del negro capuz

Espina, Antonio.-Concéntrica VI

Espina, Concha.-Lejos

Espinel, Vicente. -Letrilla

Espronceda, José de.-Canto a Teresa (M)

-Canción del pirata (M)

-Himno a la inmortalidad (M)

-El estudiante de Salamanca

Estébanez Calderón, Serafín. -Contra un bibliómano

-La tarde

Esteves, José J. (A).-El ladrón

Estremera, José.-¡Victoria!

Felipe, León.-Romero solo

-Como tú, piedra

-¡Qué lástima!

-Cristo

-Oración

-Ven con nosotros

-Más sencilla

Fernández Ardavín, Luis.-Letanía

Fernández de Andrada.-Epístola moral

Fernández Grilo, Antonio.-Las ermitas de Córdoba

Fernández Moratín, Nicolás.-Fiesta de toros (M)

Fernández Moratín, Leandro.-A don Francisco de Goya

-A Flérida

-La noche de Montiel

-La despedida

Fernández Moreno, Baldomero (A).-Infancia

-La herrada

-La torre más alta

Fernández Shaw, Carlos.-¿Volverán?

Fernández y González, Manuel.-Elegía

Ferrán, Augusto.-¡Qué a gusto sería

Ferrari, Emilio.-¡Semper!

Figuera, Angela.-San poeta labrador

Foxá, Agustín de.-Las seis muchachas tras el mirador

-Alegoría de las vendimias

Fuentenebro, Francisco.-El viento te trajo

Fuentes Ruiz.-Nacimiento del soneto

-Espejismo

Fuertes, Gloria.-Silencio de nieve

-Oración

Gabriel y Galán, José María.-El embargo

- El ama

-¿Qué tendrá la hija del sepulturero?

Gala, Antonio.-Cuando tendré

-Playa del Palo

-Hoy vuelvo a la ciudad enamorada

Gálvez, Pedro Luis de.-Don Quijote

Gallardo, Bartolomé José.-Blanca Flor

Gallego, Juan Nicasio.-Elegía a la duquesa de Frías

Ganivet, Angel.-Sueños

-Un bautizo

Gaos, Vicente.-La tristeza

-Luzbel

Garcí Sánchez de Badajoz.-Lamentaciones de amores

García Gutiérrez, Antonio.-Recuerdos.

García Lorca, Federico.-Tres sonetos

-La casada infiel

-Prólogo

-Romance de luna luna

-Reyerta

-Prendimiento de Antoñito el Camborio

-Muerte de Antoñito el Camborio

-Romance de la Guardia Civil

-Tarde

-Hora de estrellas

-El camino

García Montero, Luis.-Pasear contigo

-Canción india

-Da vergüenza decirlo

Garciasol, Ramón.-Romancillo de la libertad creadora

-Poemas y poemas

García Nieto, José.-Qué quieto está ahora el mundo

García Tassara, Gabriel.-Himno al Mesías

Garcilaso de la Vega.-Egloga primera (M)

-A la flor de Gnido (M)

Geenzier, Enrique (A).-Anatómica

Gil, Ricardo.-Tristitia rerum

-Duda

Gil de Biedma, Jaime.-Vals de Aniversario

-Las hojas muertas

-De vita beata

Gil Polo, Gaspar.-Quien libre está

-No es amor ciego

Gil, Vicente.-Canción

-Cantiga

Gil y Carrasco, Enrique.-La violeta (M)

Giménez Ramos, José María.- Llamada

Distancia

-La sequía

Gimpferrer, Pere. Mazurca en este día

-Ausencia

Gómez de Avellaneda, Gertrudis (A).-Soledad del alma

-Amor y orgullo

Gomis, Lorenzo.-León triste

Góngora, Luis de.-Angélica y Medoro (M)

-Romance, Servía en Orán al Rey (M)

-Entre los sueltos caballos (M)

-Ande yo caliente (M)

-La más bella niña (M)

-El forzado (M)

-Soledades (Fragmentos)

-Hermana Marica

-A la brevedad de las cosas

Góngora, Manuel de.-Últimos días de Cervantes

González, Angel.-Mensaje a las estatuas

González Martínez, Enrique (A).-Irás sobre la vida

-Parábola de los ojos

-Tuércele el cuello al cisne

-Péndulo fiel

-Persecución

González Prada, Manuel (A).-El mitayo

González Ruano, César.-Sobre quién era aquel que dijo

Goytisolo, José Agustín.-Bécquer en Veruela

-En tiempos de inclemencia

-Como los trenes de la noche

Grande, Felix. -Boda de plata

Guaycaypuru Pardo, Francisco (A).-Soledad

Guido y Spano, Carlos (A).-Nenia

Guillén, Jorge.-Beato Sillón

-Perfección

-Unos caballos

Guillén, Nicolás (A).-Fusilamiento

-José Ramón Cantaliso

Gutiérrez Nájera, Manuel (A).-Mis enlutadas

-Para entonces

Hartzenbusch, Juan Eugenio.-Los viajes

-Dos epigramas

Heredia, José María (A).-Niágara

Hernández, José (A).-Martin Fierro (Fragmento)

Hernández, Miguel.-Fuera menos penado

-Echa la Luna en pandos

-Pena-bienhallada

-A ti llamada impropriamente rosa

-Culebra

-Limón

-Toro

-Aceituneros

-Querer, querer

-Silbo de la llaa perfecta

-El silbo de las ligaduras

-El silbo del dale

-Mis ojos sin tus ojos

-Canción última

-Umbrío por la pena

-Elegía a Ramón Sijé

-Canción del esposo soldado

Hernández-Catá, Alfonso.-Camino, Esperanza

Herrera, Fernando.-Victoria de Lepanto (M)

-Al rey don Sebastián

-Soneto, Rojo sol

Herrera Reissig, Julio (A).-Triptico

Hidalgo, José Luis.-Por qué voy a llorar

-Vivir doloroso

-Muerto en el aire.

Hierro, José.-El indiferente

-Caballero de otoño

-Las nubes

-Canto a España

Huidobro, Vicente. (A).-Basta

Hurtado de Mendoza, Diego.-Soneto, a Reina

-A una dama.

Ibarbourou, Juana de (A).-El fuerte lazo

-La higuera

Icaza, Francisco de.-A la muerte

Iriarte, Tomás. -El burro flautista

Jaimes Freyre, Ricardo.-Aeternum vale

Janés, Clara.-Poemas

Jardiel Poncela, Enrique.-Nueva York

Jáuregui, Juan de.-Afecto amoroso

-A un navío destrozado

Jiménez, Juan Ramón. -Adolescencia

-La tristeza del campo

-Desnudos

-¿Nadie?

-Canción.

-Las tardes de enero

-Criatura afortunada

-Los niños tenían miedo

-Octubre

Jovellanos, Gaspar Melchor.-Epístola de Fabio a Anfriso (M)

-Epigrama

Labordeta, Miguel.-1936

Larrea, Juan.-Centenario

-Razón

Lasso de la Vega, Rafael.-Canción del bosque

Lázaro, Angel.-La hija del tabernero

León, Fray Luis de.-Al salir de la prisión

-Vida retirada (M)

-En la prisión.

-A Francisco Salinas (M)

-A Felipe Ruiz (M)

-Noche serena (M)

-Imitación a diversos

-En la Ascensión.

-Soneto, Agora con aurora

León, Ricardo.-Todo está en el corazón

Lista, Alberto.-Al sueño

Lope de Stúñiga.-Cruelles penas que da amor

Lope de Vega, Félix.-Soneto, A Violante

-Soneto, Es la mujer

-Canción, ¡Oh libertad preciosa

-A mis soledades voy (M)

-Pobre barquilla mía (M)

-Judit (M)

-Lágrimas de mujer

-Duerme, mi niño

-Ausencia

-¿Qué tengo yo

-Amor es esto

-El Isidro

-Canción de bodas

-Ruego a la muerte

-Cancioncillas

-Maya

-Seguidilla

López Alarcón, Enrique.-Soy español

-Un hidalgo

López Alvarez, Luis.-Puede

-A falta.

López Anglada, Luis.-Cuenta cómo sucedió

-Mendigo

-Vuelvo otra vez

López de Ayala, Adelardo.-Epístola a Arrieta (M)

López de Ayala, Pedro.-Aquí habla de la guerra

López de Mendoza, Íñigo.-Serranilla (M)

López de Ubeda, Juan.-Romance de un alma

López García, Bernardo.-Dos de Mayo

López Maldonado.-Al amor

Luca de Tena, Torcuato.-Madrigalillo triste

-Preludio de diálogo

Lugones, Leopoldo.-A ti, única

-Oceánida

-Salmo pluvial

Luis, Leopoldo de.-Patria de cada día

Luna, José Carlos de.-El Piyayo

Llorente, Teodoro.-La melancolía

Llovet, Juan José.-Rimas

Macías.-Cantiga en loores de amor

Machado, Antonio.-A un olmo seco

-Anoche, cuando dormía

-Yo voy soñando caminos

-Daba el reloj las doce. y eran, doce

-Desde el umbral de un sueño me llamaron

-Tal vez la mano, en sueños

-Recuerdo infantil

-Proverbios y cantares

-Señor, ya me arrancaste

-El mañana efímero

-Retrato

Machado, Manuel.-Soneto heterosilábico

-Castilla

-Adelfos

-Felipe IV

-Cantares

-La saeta

-Retrato

-Rimas

-Canto a Andalucía

Magallanes Moure, Manuel.-"Apaisement"

Manrique, Jorge-Coplas (M)

Mantero, Manuel.-Catedral

-Cipriano de Valera

-Lamentación de Ariadna

-Muerto legítimo

March, Susana.-Amor

Marqués de Santillana, Serranilla

Marchal, Leopoldo. (A)-Del amor navegante

Marquina, Eduardo.-Votos floridos

-El sendero

Martí, José (A).-Cultivo una rosa blanca

-Del tirano

-Quiero a la sombra de un ala

-Versos sencillos

-Mi caballero

Martínez Kleiser, Luis.-Castellana

Martínez de la Rosa, Francisco.-Epigramas

-Epigramas

-La aparición de Venus

-Epístola al duque de Frías (M)

Martínez Monroy, José.-Cruzando el Mediterráneo

Martínez Villergas, Juan.-El águila y la bala

Maruri, Julio.-Estoy en medio de la vida

-Me desconocen quienes me recuerdan

Mauri, Juana María.-La timidez (M)

-La ramilletera ciega

Medina, Vicente.-Cansera

Medrano, Francisco.-No siempre fiero

-Yo vi romper

Meléndez Valdés, Juan.-Rosana en los fuegos

Melgar, Mariano (A).-Yarabí

Mena, Juan de.-Lorenzo Dávalos

Menéndez Pelayo, Marcelino.-Epístola a Horacio

Mera, Juan León (A).-Indiana

Mesa, Enrique de.-El poema del hijo

-Tierra hidalga

-Sed en la tierra

-A una niña

-Un papa del siglo XV

-Un galán del siglo XVII

-Deseo

Meta, Antón.-Departimiento del cuerpo y el alma

Mingo Revulgo.-Coplas

Micer Francisco Imperial

Milanés, José Jacinto (A).-La tórtola

Mingo Revulgo, Coplas de

Mira de Amescua, Antonio.-Canción

Mistral, Gabriela (A).-Balada

-Nocturno

-Meciendo

-Apegado a mí

Molina, Ricardo.-Poeta árabe

Molina, Tirso.-Chispas

Molinari, Ricardo E. (A).-Poema como el desierto

Mollá, Juan.-Universo

-El pozo

-Las palabras

-Llanura

Mora, José Joaquín de.-El estío (M)

Morales, Tomás.-Balada del niño arquero (M)

Morales, Rafael.-Suburbio

-El toro

Morán, Francisco.-Perfección

Mujía, María Josefa (A).-La ciega

Neruda, Pablo (A).-Puedo escribir los versos mas tristes

-¡Ah, vastedad de pinos!

-En la mañana llena

-Me gustas cuando callas

-La canción desesperada

- [Medina, Vicente.-Cansera](#)
[Medrano, Francisco.-No siempre fiero](#)
[-Yo vi romper](#)
[Meléndez Valdés, Juan.-Rosana en los fuegos](#)
[Melgar, Mariano \(A\).-Yarabí](#)
[Mena, Juan de.-Lorenzo Dávalos](#)
[Menéndez Pelayo, Marcelino.-Epístola a Horacio](#)
[Mera, Juan León \(A\).-Indiana](#)
[Mesa, Enrique de.-El poema del hijo](#)
[-Tierra hidalga](#)
[-Sed en la tierra](#)
[-A una niña](#)
[-Un papa del siglo XV](#)
[-Un galán del siglo XVII](#)
[-Deseo](#)

- [Meta, Antón.-Departimiento del cuerpo y el alma](#)
[Mingo Revulgo.-Coplas](#)
[Micer Francisco Imperial](#)
[Milanés, José Jacinto \(A\).-La tórtola](#)
[Mingo Revulgo, Coplas de](#)

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

MARCOS ZAPATA
(1845-1913)

Ladrar a la luna

¡No desmayes jamás ante una guerra
de torpe envidia y miserables celos!
¿Qué le importa a la luna, allá en los cielos,
que le ladren los perros de la tierra?
Si alguien aspira a derribarte, yerra
y puede ahorrarse inútiles desvelos;
no tan pronto se abate por los suelos
el Escorial que tu talento encierra.
¿Que no cede el ataque ni un minuto?
¿Que a todo trance buscan tu fracaso?
¿Que te cansa el luchar...? ¡No lo disputo!
Mas oye, amigo, este refrán de paso:
¡Se apedrean las plantas que dan fruto!
¿Quién del árbol estéril hace caso?

LAS MIL MEJORES POESÍAS DE LA LENGUA CASTELLANA, J...

MANUEL GONZALEZ PRADA
(1848-1918)

El mitayo

-Hijo, parto: la mañana
reverbera en el volcán.
Dame el báculo de chonta,
las sandalias de jaguar.
-Padre, tienes las sandalias,
tienes el báculo ya,
mas ¿por qué me ves y lloras?
¿A qué región, dime, vas?
-La injusta ley de los blancos
me arrebató del hogar.
Voy al trabajo y al hambre,
voy a la mina fatal.
-Tú, que partes hoy en día,
¿cuándo, cuándo volverás?
-Cuando el llama de las punas
ame el desierto arenal.
-¿Cuándo el llama de las punas
las arenas amará?
-Cuando el tigre de los bosques
beba las aguas del mar.
-¿Cuándo el tigre de los bosques
en los mares beberá?
Cuando del huevo de un cóndor
nazca la sierpe mortal.
-¿Cuándo del huevo de un cóndor
una sierpe nacerá?
-Cuando el pecho de los blancos
se conmueva de piedad.
-¿Cuándo el pecho de los blancos
piadoso y tierno será?
-Hijo, el pecho de los blancos
no se conmueve jamás.

rto

las t

-Niña morena
-Era mi corazón
-Cuerpo de mujer
-Para que tú me oigas
-Te recuerdo como eras
-Abeja blanca
-Amor.

Nervo, Amado (A).-A Kempis

- Gratia plena
-Viejo estribillo

Nora, Eugenio de.-Antipoema del cansancio

-Patria

Núñez de Arce, Gaspar.-Guarneciendo de una ría.

-¡Conciencia nunca dormida.
-Tristezas (M)
-Estrofas (M)

Ory, Carlos Edmundo de.-Silencio extraño

-Racimo y ramo

Otero, Blas.-Hija de Yago

-Pido la paz y la palabra

Oteyza, Luis de.-La vuelta de los vencidos

Othón, Manuel José.-Sonetos, ¿Por qué a mi helada soledad

-En la estepa maldita

Palacio, Manuel del.-Amor oculto (M)

A-Ayer y hoy

A-A la memoria de un ángel

A-Canciones.

Palacios, Pedro B.(Almafuerte) (A).-Dios te salve

Panero, Leopoldo.-Por dónde van las águilas

-César Vallejo

Paso, Manuel.-Nieblas

Pastor Díaz, Nicomedes.-A la Luna (M)

Paz, Octavio. (A)-Primavera a la vista

Pemán, José María.-Después de la corrida

-Primavera

-Romances del hijo

-Soledad

Penagos, Rafael.-Todo al fin

-Te acuerdas.

Pérez: de Ayala, Ramón.-Castilla

Pérez Valiente, Salvador.-Homenaje a Rafael Alberti

Piferrer, Pablo.-Canción de primavera (M)
Pinillos, Manuel.-Un impertinente ha muerto
Prados, Emilio.-Fuente de la noche
Pujol, Juan.-Pastorela de abanico

Querol, Vicente.-En nochebuena
Quevedo, Francisco de.-Septinas
-Octava real
-Décimas
-Soneto, El amor y sus tormentos
-Soneto difícil
-Tras arder siempre
-A la brevedad de la vida
-¿Quién es el cornudo?
-Soneto casi coprológico
-A San Pedro cuando negó al Cristo
-El sueño
-Epístola satírica (M)
-Al Duque de Osuna (M)
-Ya formidable y espantoso suena
-Miré los muros de la patria mía
-A una nariz
-Letrilla satírica
-Romance del Cid

Quintana, Manuel José.-La revolución de marzo
Quiroga Pla, José María.-Ciudades de España

Rabí Sem Tob, Poverbios morales
Reina, Manuel.-Jorge Manrique
Répide, Pedro.-Dos mujeres
Restrepo, Nazario.-Atención a las finales
Ribera Chevrement, Evaristo (A).-San Juan de la Cruz
Rico y Amat, Juan.-La desesperación
Ridruejo, Dionisio.-Cementerio
-Cargado estoy de escombros
Río Sainz, José del.-Luz por la amura
-Las tres hijas del capitán

Rioja, Francisco.-A la rosa (M)
Rizal, José.-Despedida
Rodríguez, Claudio.-Alto jornal
-Espuma

Rodríguez Marín, Francisco.-Chismografía
-Anhelos

-Madrigal

-A un bien efímero

Ros de Olano, Antonio.-Sin hijo

Roxlo, Carlos (A).-Andresillo

Rueda, Salvador.-La sandía

-El ave del paraíso

-La cigarra

-El cohete

Ruiz, Juan. Véase Arcipreste de Hita

Ruiz Aguilera, Ventura.-Epístola (M)

Ruiz Contreras, Luis.-Lamentación

Ruiz de la Serna, Enrique.-Como los árboles

Saavedra, Angel.-Un castellano leal (M)

-El faro de Malta

Sahagún, Carlos.-Cosas inolvidables

-Deseo de la madrugada

Salinas, Pedro.-Las cosas

-Sí, te quiero

Samaniego, Félix María de.-Fábulas, El perro y el cocodrilo

-La alforja

-La serpiente y la lima

-La zorra y el busto

San Juan de la Cruz.-Cántico espiritual (M)

-Canciones del alma

San Juan, Gregorio.-Mientras dura escribimos al dictado

Santa Teresa de Jesús.-Vivo sin vivir en mí

-Soneto a Jesús crucificado(atribuído)

Santillana, Marqués de.-Serranilla

Santos Chocano, José (A).-¡Quién sabe!

-Nostalgia

-El sueño del caimán

-Caupolicán

Sanz, Eulogio Florentino.-Epístola a Pedro (M)

Selgas, José.-La cuna vacía

-El sauce y el ciprés

Silió, Evaristo.-Una tarde

Silva, José Asunción (A).-Nocturno

Solano, Juan.-Umbral florido

Somoza, José.-Soneto, La luna

Storni, Alfonsina.-Carta a otra mujer

Stúñiga, Lope de.-Cruelles penas de amor

Tablada, José Juan (A).-Onix

Tassis, Juan de.-Ver Villamediana, Conde de,

Timoneda, Juan de.-Canzoneta

Torre, Francisco de la.-Oda

-La cierva

Torres Bodet, Jaime.-Nunca

-Ruptura.

Torres Villarroel.-El mundo y los poetas.

-A otro perro con ese hueso

Trueba, Antonio.-A la orilla del arroyo

Uceta, Acacia.-La llama de tu amor

Unamuno, Miguel de.-Leer

-Tántalo

-En un cementerio

Urbina, Luis G. de (A).-Metamorfosis

Ureña de Enriquez, Salomé (A).-Sombras

Valbuena, Bernardo de.-El Bernardo

-El Bernardo, Origen de Granada

Valderrama, Pilar.-Lo único-que me importa

Valdivielso, Jose de.-A una conversión

Valencia, Guillermo (A).-Los camellos

Valente, José Angel.-Poeta en tiempo de miseria

-Serán ceniza

Valverde, José Maria.-Vida de esperanza

Valle, Adriano del.-Huye el río.

Valle-Inclán, Ramón del.-Garrote vil

-Ave Serafín

Vallejo, César (A).-Heraldos negros

-España, aparta de mí este cáliz

Vasseur, Alvaro Armando (A).-Heroica

Vaz Ferreira, María Eugenia.-Unico poema

Vega, Ventura de la.-La reina gobernadora

Velarde, José.-Tempestades

Vicente, Gil.-Canción

-Cantiga

Villaespesa, Francisco.-La rueca

-La sombra de las manos

-Jardín de otoño

Villalón, Fernando.-Diligencia de Carmona

-Don Juan Fermín de Plateros

-Veinte pesos, niña

Villamediana, Conde de.-Defiéndeme de este mal

-Lllegar, ver y entregarme

-Nadie escuche mi voz

Villaurrutia, Xavier. (A)-Nocturno miedo

Villegas, Esteban Manuel de.-Oda sáfica (M)

-El pajarillo (M)

Zapata, Marcos.-Ladrar a la Luna

Zorrilla, José.-La carrera de Al-hamar

-Oriental

-La tempestad

-A buen juez, mejor testigo

-La siesta

-Introducción a "Los cantos del trovador"

-Don Juan Tenorio (Fragmentos)

-Oriental

Zorrilla San Martín, Juan (A).-Tabaré

Zurita, Marciano.-Los ojos del huerfanito

EL CRÍTICO Y EDITOR - JUAN BAUTISTA BERGUA

Juan Bautista Bergua nació en España en 1892. Ya desde joven sobresalió por su capacidad para el estudio y su determinación para el trabajo. A los 16 años empezó la universidad y obtuvo el título de abogado en tan sólo dos años. Fascinado por los idiomas, en especial los clásicos, latín y griego, llegó a convertirse en un célebre crítico literario, traductor de una gran colección de obras de la literatura clásica y en un especialista en filosofía y religiones del mundo. A lo largo de su extraordinaria vida tradujo por primera vez al español las más importantes obras de la antigüedad, además de ser autor de numerosos títulos propios.

SU LIBRERÍA, LA EDITORIAL Y LA “GENERACIÓN DEL 27”

Juan B. Bergua fundó la Librería-Editorial Bergua en 1927, luego Ediciones Ibéricas y Clásicos Bergua. Quiso que la lectura de España dejara de ser una afición elitista. Publicó títulos importantes a precios asequibles a todos, entre otros, los diálogos de Platón, las obras de Darwin, Sócrates, Pitágoras, Séneca, Descartes, Voltaire, Erasmo de Rotterdam, Nietzsche, Kant y los poemas épicos de La Ilíada, La Odisea y La Eneida. Se atrevió con colecciones de las grandes obras eróticas, filosóficas, políticas, y la literatura y poesía castellana. Su librería fue un epicentro cultural para los aficionados a literatura, y sus compañeros fueron conocidos autores y poetas como Valle-Inclán, Machado y los de la Generación del 27.

EL PARTIDO COMUNISTA LIBRE ESPAÑOL Y LAS AMENAZAS DE LA IZQUIERDA

Poco antes de la Guerra Civil Española, en los años 30, Juan B. Bergua publicó varios títulos sobre el comunismo. El éxito, mucho mayor de lo esperado, le llevó a fundar el Partido Comunista Libre Español que llegaría a tener mas de 12.000 afiliados, superando en número al Partido Comunista prosoviético oficial existente. Su carrera política no duró mucho después que estos últimos le amenazaran de muerte viéndose obligado a esconderse en Getafe.

LA CENSURA, QUEMA DE LIBROS Y SENTENCIA DE MUERTE DE LA DERECHA

Juan B. Bergua ofreció a la sociedad española la oportunidad de conocer otras culturas, la literatura universal y las religiones del mundo, algo peligrosamente progresivo durante esta época en España.

En el 1936 el ejército nacionalista del General Franco llegó hasta Getafe, donde Bergua tenía los almacenes de la editorial. Fue capturado, encarcelado y sentenciado a muerte.

Mientras estuvo en la cárcel temiendo su fusilamiento, fueron quemados miles de sus libros por encontrarlos contradictorios a la Censura, todas las existencias de las colecciones de la Historia de Las Religiones y la Mitología Universal, los libros sagrados de los muertos de los Egipcios y Tibetanos, las traducciones de El Corán, El Avesta de Zoroastrismo, Los Vedas (hinduismo), las enseñanzas de Confucio y El Mito de Jesús de Georg Brandes, entre otros.

Aparte de los libros religiosos y políticos, se perdieron otras colecciones como Los Grandes Hitos Del Pensamiento. Ardieron 40.000 ejemplares de La Crítica de la Razón Pura de Kant, y miles de libros más de la filosofía y la literatura clásica universal. La pérdida de su negocio fue un golpe tremendo, el fin de tantos esfuerzos y el sustento para él y su familia .fue una gran pérdida también para el pueblo español.

PROTEGIDO POR GENERAL MOLA Y EXILIADO A FRANCIA

Cuando General Emilio Mola, jefe del Ejército del Norte nacionalista y gran amigo de Bergua, recibe el telegrama de su detención en Getafe intercede inmediatamente para evitar su fusilamiento. Le fue alternando en cárceles según el peligro en cada momento.

—El General y “El Rojo”—Su amistad venía de cuando Mola había sido Director General de Seguridad antes de la guerra civil. En 1931, tras la proclamación de la segunda República, Mola se refugió durante casi tres meses en casa de Bergua y para solventar sus dificultades económicas Bergua publicó sus memorias. Mola fue encarcelado, pero en 1934 regresó al ejército nacionalista y en 1936 encabezó el golpe de estado contra la República que dio origen a la Guerra Civil Española. Mola fue nombrado jefe del Ejército del Norte de España, mientras Franco controlaba el sur.

Tras la muerte de Mola en 1937, su coronel ayudante dio a Bergua un salvoconducto con el que pudo escapar a Francia. Allí siguió traduciendo y escribiendo sus libros y comentarios. En 1959, después de 22 años de exilio, el escritor regresó a España y a sus 65 años comenzó a publicar de nuevo hasta su fallecimiento en 1991. Juan Bautista Bergua llegó a su fin casi centenario.

Escritor, traductor y maestro de la literatura clásica, todas sus traducciones están acompañadas de extensas y exhaustivas anotaciones referentes a la obra original. Gracias a su dedicado esfuerzo y su cuidado en los detalles, nos sumerge con su prosa clara y su perspicaz sentido del humor en las grandes obras de la literatura universal con prólogos y notas fundamentales para su entendimiento y disfrute.

*Cultura unde abiit, libertas nunquam redit.
Donde no hay cultura, la libertad no existe.*

LA CRÍTICA LITERARIA

www.LaCriticaLiteraria.com

TODO SOBRE LITERATURA CLÁSICA, RELIGIÓN, MITOLOGÍA, POESÍA, FILOSOFÍA...

La Crítica Literaria es la librería y distribuidor oficial de Ediciones Ibéricas, Clásicos Bergua y la Librería-Editorial Bergua fundada en 1927 por Juan Bautista Bergua, crítico literario y célebre autor de una gran colección de obras de la literatura clásica.

Nuestra página web, LaCriticaLiteraria.com, es el portal al mundo de la literatura clásica, la religión, la mitología, la poesía y la filosofía. Ofrecemos al lector libros de calidad de las editoriales más competentes.

LEER LOS LIBROS GRATIS ONLINE

www.LaCriticaLiteraria.com

La Crítica Literaria no sólo está dedicada a la venta de libros nacional e internacional, también permite al lector la oportunidad de leer la colección de Ediciones Ibéricas gratis online, acceso gratuito a más que 100.000 páginas de estas obras literarias.

LaCriticaLiteraria.com ofrece al lector un importante fondo cultural y un mayor conocimiento de la literatura clásica universal con experto análisis y crítica. También permite leer y conocer nuestros libros antes de la adquisición, y tener la facilidad de compra online en forma de libros tradicionales y libros digitales (ebooks).

COLECCIÓN LA CRÍTICA LITERARIA

Nuestra nueva “Colección La Crítica Literaria” ofrece lo mejor de los clásicos y análisis de la literatura universal con traducciones, prólogos, resúmenes y anotaciones originales, fundamentales para el entendimiento de las obras más importantes de la antigüedad.

Disfrute de su experiencia con nosotros.

www.LaCriticaLiteraria.com

Otros títulos de la Colección La Crítica Literaria con prólogos, traducciones y notas por el célebre crítico literario Juan Bautista Bergua de Ediciones Ibéricas:

Las Mil Mejores Poesías de la Literatura Universal

ISBN 978-84-7083-197-3

Mil Frases Célebres De La Literatura Clásica, Juan B. Bergua

ISBN 978-84-7083-150-8

Los Mil Mejores Epigramas de la Literatura Española, Juan B. Bergua

ISBN 978-84-7083-189-8

978-84-7083-137-9 El Bardo Thodol: El Libro Tibetano De Los Muertos, Juan B. Bergua

978-84-7083-138-6 El Mito de Jesús, Georg Brandes

978-84-7083-140-9 Fedón, Platón

978-84-7083-142-3 Los Estoicos: Marco Aurelio "Pensamientos"

978-84-7083-144-7 Los Estoicos: Boecio "De La Consolacion Por La Filosofia"

978-84-7083-143-0 Los Estoicos: Epicteto "Maximas"

978-84-7083-134-8 El Libro de Los Muertos de los antiguos Egipcios

978-84-7083-136-2 LOS CUATRO LIBROS DE CONFUCIO, Confucio y Mencio

978-84-7083-135-5 EL LIBRO CANÓNICO DE LA HISTORIA DE CONFUCIANISMO

978-84-7083-147-8 Flores de Almendro, Valle-Inclán

978-84-7083-146-1 Las Leyes De Manú, Manava-Dharma-Sastra

978-84-7083-139-3 El Banquete, Platón

978-84-7083-175-1 Humor Picante de Antaño: Volumen 1, Juan B. Bergua

978-84-7083-176-8 Humor Picante de Antaño: Volumen 2, Juan B. Bergua

978-84-7083-177-5 Humor Picante de Antaño: Volumen 3, Juan B. Bergua

978-84-7083-178-2 Humor Picante de Antaño: Volumen 4, Juan B. Bergua

978-84-7083-179-9 Humor Picante de Antaño: Volumen 5, Juan B. Bergua

978-84-7083-180-5 El Avesta: Zoroastrismo y Mazdeísmo

978-84-7083-181-2 Lope de Vega: Pastores De Belén: Prosa Varia Volumen 1

978-84-7083-182-9 La Galatea de Cervantes

978-84-7083-183-6 Jean-Jacques Rousseau: El Contrato Social

978-84-7083-145-4 La Divina Comedia de Dante

978-84-7083-141-6 El Paraíso Perdido de John Milton

978-84-7083-184-3 Filosofía Elemental: Ética, Jaime Balmes

978-84-7083-185-0 Filosofía Elemental: Lógica, Jaime Balmes

978-84-7083-186-7 Filosofía Elemental: Metafísica, Jaime Balmes

978-84-7083-187-4 Las Bucólicas y Las Geórgicas de Virgilio

- 978-84-7083-188-1 Virgilio: La Eneida
- 978-84-7083-190-4 Volney: Las Ruinas De Palmira
- 978-84-7083-191-1 Blaise Pascal: Pensaminetos (o Pensées)
- 978-84-7083-192-8 Blaise Pascal: Cartas Provinciales o Lettres Provinciales
- 978-84-7083-193-5 Viaje Al Parnaso y Poesías Sueltas, Cervantes
- 978-84-7083-194-2 Moisés, Jesús y Mahoma, Barón de Holbach
- 978-84-7083-195-9 Lope de Vega: La Dorotea
- 978-84-7083-196-6 Lope de Vega: Poesía Épica
- 978-84-7083-198-0 Manchas De Tinta, Luis Royo Villanova
- 978-84-7083-199-7 Los Cantores de la Sierra: Antología de la Poesía de las Montañas
- 978-84-7083-950-4 Anécdotas Históricas Para Todas Las Ocasiones
- 978-84-7083-951-1 General Emilio Mola: Memorias De Mi Paso Por La Dirección General De Seguridad
- 978-84-7083-952-8 Física de Aristóteles
- 978-84-7083-953-5 General Emilio Mola: El Pasado, Azaña y El Porvenir: Las Tragedias de Nuestras Instituciones Militares
- 978-84-7083-954-2 500 Chistes De Antaño
- 978-84-7083-955-9 Karl Marx: Crítica de la Economía Política (Grundrisse) y Miseria de la Filosofía
- 978-84-7083-956-6 Karl Marx: El 18 Brumario, Revolución y Contrarrevolución, y Crítica del Programa de Gotha
- 978-84-7083-957-3 Anti-Duhring de Friedrich Engels: La Ciencia y Las Teorías Marxistas
- 978-84-7083-958-0 Lessing: Laocoonte (Laocoon o Sobre Los Límites de la Pintura y de la Poesía), y Cartas Sobre La Literatura Moderna y Sobre El Arte Antiguo
- 978-84-7083-959-7 Poema Del Cid o Cantar de Mio Cid: Texto Original y Transcripción Moderna Con Prólogo y Notas
- 978-84-7083-960-3 Los Evangelios Apócrifos Tomo 1
- 978-84-7083-961-0 Los Evangelios Apócrifos Tomo 2
- 978-84-7083-962-7 Los Evangelios Apócrifos Tomo 3

La Colección Clásicos Bergua con traducciones, prólogos y notas por Juan Bautista Bergua:

LOS VEDAS, el libro sagrado del Brahmanismo, Vyasa 9788470830938

EL CORAN, Mahoma 9788470830600

Grupo Historia de las Religiones completo 9788470832031

Tomo I: LAS RELIGIONES PRIMITIVAS 9788470830372

Tomo II: RELIGIONES INDOEUROPEAS Y PRECOLOMBINAS 9788470830365

Tomo III: LAS GRANDES RELIGIONES 978847083038

Tomo IV: EL CRISTIANISMO. Religión y herejías. 9788470830815

Tomo V: JESCHUA. El nasoreo. Historia de la Iglesia Cristiana. 9788470830907
VIDA DE JESUS, Renán. Exégesis histórica de Jesús y su época. 9788470831270
MITOLOGIA UNIVERSAL 9788470830877
EL RAMAYANA, Valmiky. 2 Tomos. 9788470830488
EL KALEVALA 9788470830495
LA ILIADA, Homero 9788470830402
LA ODISEA, Homero 9788470830440
LA EROTICA ORIENTAL. LIBROS DE AMOR DEL ORIENTE. 9788470830846
LA EROTICA ROMANA 9788470830419
LA EROTICA DEL RENACIMIENTO 9788470830822
LA EROTICA POSTROMANTICA 9788470830280
EL ROMANCERO ESPAÑOL 9788470831072
LAS MIL MEJORES PAGINAS DE LA LENGUA CASTELLANA 9788470830266
DON QUIJOTE DE LA MANCHA, Cervantes 9788470830662
LA CELESTINA, Fernando de Rojas 9788470830532
PROSA COMPLETA, Quevedo 9788470831249
TEATRO ESCOGIDO, Calderón de la Barca 9788470830501
LA NOVELA ROMANA 9788470830341
LA NOVELA GRIEGA 9788470830310
LA NOVELA BIZANTINA 9788470830211
LA GRECIA CLASICA 9788470830594
PITAGORAS, el fundador de la Matemática y LOS VERSOS DE ORO, comentados por Hierocles. 9788470831232
SOKRATES, Xenofón 9788470830570
EL LIBRO DE ORO y el TRATADO DE LOS BENEFICIOS, Séneca 9788470830044
EL DISCURSO DEL METODO, MEDITACIONES FILOSOFICAS, REGLAS PARA LA DIRECCION DEL ESPIRITU, Descartes 9788470830198
ELOGIO DE LA LOCURA, Erasmo de Rotterdam 9788470831096
ETICA y TRATADOS MENORES, Spinoza 978847083011
DICCIONARIO FILOSOFICO, Voltaire 9788470830136
CRITICA DE LA RAZON PURA, Kant 9788470830679
EL ORIGEN DE LAS ESPECIES POR LA SELECCION NATURAL 9788470830037
EL ORIGEN DEL HOMBRE, Darwin 9788470830785
EUDEMONOLOGIA, Schopenhauer 9788470830174
ASI HABLABA ZARATHUSTRA, Nietzsche 9788470830648
Grupo Platón Obras Completas. Traducción Juan B. Bergua. 9 tomos. 9788470832116
Platón I: APOLOGIA DE SOKRATES, KRITON, EUTIFRON, PRIMER HIPPIAS, CHARMIDES, LACHES, LISIS, ALKIBIADES e ION 9788470830150
Platón II: SEGUNDO HIPPIAS o «Sobre la mentira» PROTAGORAS, EUTIDEMOS, GORGIAS 9788470830143

Platón III: MENEXENOS, MENON, KRATILOS, FAIDROS 9788470830051

Platón IV: EL BANQUETE o «Sobre el amor», FAIDON 9788470830983

Platón V: LA REPUBLICA 9788470831034

Platón VI: PARMENIDES, TEAITETOS, SOFISTA, POLITICO 9788470831027

Platón VII: FILEBOS, TIMAIOS, KRITIAS. Apéndice: EL ALMA DEL MUNDO de Timaios de Lokres. DE LA CREACION DEL ALMA EN EL TIMAIOS, Plutarco 9788470831010

Platón VIII: LAS LEYES, EPINOMIS. 2 Tomos. 9788470831003

Platón IX: DIALOGOS DUDOSOS, DIALOGOS APOCRIFOS, CARTAS, DEFINICIONES y EPIGRAMAS 9788470831119

LEYENDAS Y TRADICIONES ESPAÑOLAS 9788470830334

EL PRINCIPE, Maquiavelo 9788470830747

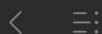
FAUSTO, FABULAS COMPLETAS 9788470830976

EL CRITERIO y la HISTORIA DE LA FILOSOFIA, Balmes 9788470831188

CUENTOS DE LA ALHAMBRA, Washington Irving 9788470830228

HISTORIAS DE LOCOS, Vladimiro U. Pschitt 9788470830297

MAXIMAS, La Rochefoucauld. LOS EPIGRAMAS, Goethe. LOS CARACTERES DE TEOFRASTOS, La Bruyère. 9788470830013



Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana. Juan Bautista Bergua: Colección La Crítica Liter...



II: MENEXENOS, MENON, KRATILOS, FAIDROS 9788470830051



Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Castellana, Juan Bautista Bergua; Colección La Crítica Literaria, Ediciones Ibéricas (Colección La Crítica Literaria ... Bautista Bergua, Ediciones Ibéricas nº 157)

Juan Bautista Bergua

Calificación general

Haga una reseña de este libro en Amazon.



Recomendar este libro

¿Te ha gustado el libro? Recomiéndaselo a un amigo

Recomendar

Seguir al autor



Juan Bautista Bergua

+ Seguir

Más de Juan Bautista Bergua



LA CRÍTICA LITERARIA
REFRANERO ESPAÑOL
Y EL LIBRO DE LOS
PROVERBIOS MORALES

Edición, prólogo y notas
del crítico literario
JUAN BAUTISTA BERGUA



Colección de ocho mil refranes populares
ordenados, concordados y explicados.



LA CRÍTICA LITERARIA
MITOLOGÍA UNIVERSAL

Edición, traducción, introducción crítica y
notas del crítico literario
Juan Bautista Bergua



Las mitologías de todos los pueblos y
sus maravillosas leyendas de los tiempos
fabulosos y heroicos.

Los clientes que compraron este libro también compraron

